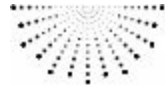


el Regalo
de LYON

TANYA ANNE
CROSBY

AUTORA SUPERVENTAS DEL NEW YORK TIMES Y DEL USA TODAY

EL REGALO DE LYON



TANYA ANNE CROSBY

Traducido por
ELISA PEDRAZ



ÍNDICE

[Bibliografía de sagas](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Sobre la autora](#)

Para Chaise.

CRÍTICAS PARA EL REGALO DE LYON

Nominado al ROMANCE HISTÓRICO DEL AÑO (Historical Romance of the Year) por RT Book Reviews

4 ½ Estrellas y premio K.I.S.S.

Extraordinaria narradora. Ms. Crosby continúa impresionando a los lectores con historias emotivas que capturan la esencia de la humanidad. Evocación brillante de la belleza majestuosa y la pasión de las Tierras Altas y repleto de personajes que salen de las páginas hasta sus corazones. El Regalo de Lyon es un tesoro maravilloso para disfrutar; una historia encantadora y con humor que hará que tu corazón vuele.

— RT BOOK REVIEWS

4 ½ Estrellas

Un regalo del talento de Tanya Anne Crosby... Un indispensable para los amantes del romance histórico.

— AFFAIRE DE COEUR

“Los personajes de Crosby enganchan al lector...”

— PUBLISHERS WEEKLY

“Ms. Crosby mezcla la cantidad perfecta de humor... ¡Fantástica, seductora!”

— RENDEZVOUS

“Tanya Anne Crosby crea una historia que te tocará el alma y permanecerá para siempre en tu corazón”

— SHERRILYN KENYON ESCRITORA NÚMERO UNO EN VENTAS EN
NYT

BIBLIOGRAFÍA DE SAGAS

Las Novias de las Tierras Altas

La Novia de MacKinnon

El Regalo de Lyon

De Rodillas

Corazón de León

Canción de las Tierras Altas

La esperanza de MacKinnon

Guardianes de las piedras

Érase una Leyenda de las Tierras Altas

Fuego de las Tierras Altas

Acero de las Tierras Altas

Tormenta de las Tierras Altas

PRÓLOGO



El bosque era su santuario.

Meghan y su nana se pasaban casi todas las mañanas en la penumbra del bosque recogiendo plantas para las pociones de su nana. En ese preciso momento, se encontraban buscando rosa mosqueta en los terrenos de MacLean. Meghan se apoyaba en sus manos y rodillas y se arrastraba por el suelo de la linde del bosque, mientras inspeccionaba minuciosamente el follaje.

Sabía que no debían estar allí, ya que el viejo MacLean posiblemente se enfadaría si se enterase de que habían vuelto a pisar sus tierras. La última vez, había acusado a su nana de estar cazando, a pesar de no encontrar ni un ápice de evidencia en su bolsa. Todo lo que se habían llevado aquel día habían sido hierbas y poco más. No conocía a su nana si la creía capaz de algo así; su nana nunca se comería a un animal si antes lo había mirado a los ojos.

—¡Meghan, no tienes que mirar con tanto cuidado! —dijo su nana—. No es una planta pequeña, ¡es más bien todo un arbusto!

—Ya lo sé nana, también me dijiste que buscara las flores rosas. Eso estoy haciendo, pero ¡no veo ninguna!

—¡Vaya, muchacha! ¡Eso es porque te estás arrastrando como una víbora! ¡Levántate antes de que te lleves toda la suciedad con tus rodillitas!

Meghan miró a su nana por encima del hombro, y la observó durante un instante. La anciana estaba inclinada, observando las plantas y canturreando mientras examinaba cada una de ellas. Cada dos por tres, se agachaba a coger una muestra para luego aplastarla con los dedos.

—Ten cuidado con las espinas —dijo su nana mientras inspeccionaba una pequeña rama de una planta.

—¡Lo tendré! —Meghan deseaba que su nana no la tratase como un bebé. Ya tenía ocho años y ya no era una niña pequeña.

Su nana se puso a cantar y bailar haciendo caso omiso a sus quejas.

Hombre desdichado, ¿por qué estás orgulloso

de que la tierra te haya creado?

¡No te escondas tras tu mortaja!

¡Y sal desnudo!

A Meghan se le escapó la risa al verla bailar con tanto entusiasmo y se sintió reconfortada por la alegría de la anciana.

—Ta ta dum, da dum, da dum —canturreó su nana.

Meghan se disponía a levantarse cuando divisó el rostro de alguien que la espiaba desde detrás de un gran roble, y parpadeó sorprendida. El tamaño de la cabeza era casi como el de la suya, y sus ojos eran grandes y estaban llenos de miedo. Solo los pudo ver un instante, ya que desaparecieron detrás del árbol.

Su nana continuaba.

Cuando tu alma comience su viaje,

¡Tu cuerpo cubierto de tierra!

¡Ese cuerpo que había sido altanero, por

todos los hombres es odiado!

¡Ta dum dee dum, dee dum!

—¡VAYA, MEGHAN! —LA LLAMÓ DE REPENTE.

—¿Sí? —respondió Meghan. Miró por encima del hombro para ver si su nana había visto también aquel rostro.

—*Nunca* dejes que una hermosa sonrisa te nuble la vista y enamore tu corazón, ¿me has escuchado, muchacha?

—Sí, nana—¿Por qué su nana estaba tan preocupada de los chicos, cuando claramente Meghan no lo estaba?

—Ya sabes que Adán cogió la manzana por su cuenta, ¿verdad? ¡El maldito bellaco le echó la culpa a Eva porque no tuvo las agallas de cargar con la culpa él solo!

Meghan movió los ojos, ya que había escuchado aquella historia más veces de las que podía contar.

—¡Al muy cobarde le vino bien decir que Eva le obligó a comerse aquella manzana y que todavía carga con la culpa!

—Sí —respondió Meghan.

Se acercó al árbol arrastrándose con el corazón a punto de salirse del pecho. Sin embargo, aquella cara no volvió a aparecer, ni siquiera cuando se encontraba próxima al tronco, y temió terriblemente que la hubieran asustado. Mientras mantenía la respiración estiró el cuello hacia el tronco, para dar un grito de asombro al ver un par de enormes ojos tan verdes como los suyos observándola.

—¡Oh! —dijo Meghan— ¡Ahí estás! ¡Pensé que habías huido!

La pequeña no dijo nada, tan solo miró fijamente a Meghan mientras lanzaba miradas nerviosas por encima del hombro de Meghan a su nana, que seguía recolectando detrás de ella como una loca. Meghan se giró para ver a su nana, observándola desde otros ojos y frunció el ceño. La anciana de pronto se arrodilló con un grito de sorpresa por algún descubrimiento que había hecho. Meghan se estremeció frente a la escena que estaba presenciando.

Meghan se giró hacia la pequeña,

—No te va a hacer daño, te lo prometo. No está loca, tan solo es mi nana.

El rostro de la niña se había quedado paralizado con una expresión de duda y sus ojos se dirigieron con cautela hacia la nana de Meghan.

—¡Oye, Meghan! —gritó su nana— ¡Creo que he encontrado algo!

Los ojos de la cría se abrieron con un temor repentino.

Meghan negó con la cabeza,

—No te preocupes, no le voy a decir que estás aquí —Meghan sonrió y respondió—. ¿Qué es, nana?

—¡Mimosa púdica!

A Meghan le encantaba el entusiasmo con el que su nana veía las cosas, tanto las grandes como las pequeñas.

—¿Para qué sirve? —preguntó intentando evitar que la atención de su nana se dirigiese hacia aquella invitada inesperada.

—¡Para nada! ¿Alguna vez has visto algo así, Meghan? —se rio su nana socarronamente.

—No, nana —respondió Meghan.

Volvió a mirar de nuevo a la anciana que se encontraba tumbada bocabajo en medio del suelo del bosque. ¿Querría que Meghan se incorporase? Meghan volvió a poner los ojos en blanco.

—¡Mira! ¡Tocas los muy puñeteros y la vaina se llena de semillas! — Meghan observó a su nana mientras esta tocaba unos cuantos y luego la escuchó reírse.

Se giró hacia la pequeña,

—Soy Meghan, ¿cómo te llamas?

—Alison —respondió la niña, todavía observando a la anciana reír.

—Estamos buscando rosa mosqueta —susurró Meghan.

—¿Por qué?

—No lo sé. Quizás para las pociones de mi nana —ya era demasiado tarde cuando se percató de cómo había sonado su revelación y se estremeció.

—¿Para convertir a la gente en sapos?

—¡Oh, no! —dijo Meghan— ¡Mi nana nunca haría algo así! Jamás en mi

vida la he visto convertir a nadie en sapo. Lo que sí la he escuchado hacer es llamarle rana a mi hermano Leith.

La pequeña ladeó la cabeza, con aspecto de querer creer a Meghan.

—¿No me convertirá en rana?

—¡Claro que no!

Las dos niñas se sentaron durante un buen rato mirándose la una a la otra, y Meghan se preguntó si se atrevería a hacer la pregunta.

—¿Quieres ser mi amiga? —preguntó— ¡Nunca he tenido una amiga tan pequeña como tú!

La niña parecía haberse olvidado de su miedo y de la nana,

—¡No soy mucho más pequeña que tú!

Meghan sonrió.

—Puede. Pero nunca he tenido una amiga, salvo mi nana.

—¡Escucha, Meghan! ¿Puedes oírlos, pequeña? —gritó su nana.

—¿Oír el qué?

Alison se escondió detrás del árbol.

—¡Los espíritus del bosque! Muchacha, creo que me están hablando, aunque no puedo estar segura. ¿Los oyes tú también?

—¡No oigo nada, nana! —Meghan volvió a echar un vistazo hacia el árbol— Alison, no te va a hacer daño; lo juro por nuestra amistad.

—¡Yo no he dicho que podamos ser amigas! —replicó Alison—. Mi papá no me deja jugar cerca de la vieja bruja... quiero decir, tu nana.

Meghan miró hacia el suelo y sus esperanzas se desvanecieron.

Alison se encogió de hombros.

—Pero a lo mejor puedo salir sin que se den cuenta... Si tú también lo haces

Meghan no se lo pensó ni un minuto, ya que estaba desesperada por tener una amiga.

—¡Claro que sí! ¡Lo haré! —prometió—. Entonces, ¿somos amigas?

—Sí —respondió Alison con una sonrisa.

—Meghan, ¿estás segura de que no los oyes? —su nana ladeó la cabeza para escuchar mejor— ¡Yo sí lo hago! Escucha, pequeña.

—¡Estoy escuchando! —respondió Meghan y se giró hacia su nueva amiga—. Debo irme y ayudarla, pero ¿jugamos en el prado esta tarde?

—¡Vale! —dijo Alison entusiasmada— Quedamos en el montón de piedras.

—Muy bien.

—Ven sola —dijo Alison.

—¡Lo haré! Vete... antes de que venga a buscarme.

Alison asintió con la cabeza y sin demora echó un vistazo a la nana de Meghan, se giró y salió corriendo.

Meghan la observó marcharse y sintió tanta alegría por su descubrimiento como su nana había sentido con el suyo. Luego se giró hacia la anciana para ver qué había encontrado.

Se arrastró hasta donde se encontraba su nana y se tumbó junto a ella. Las dos se olvidaron por completo de la búsqueda de hierbas mientras jugaban con las flores amarillas y las vainas, apretándolas y viendo cómo estallaban. Durante unos largos minutos se rieron juntas sobre el suelo del bosque. Meghan pensó que era una delicia tener una nana tan dulce. Pero ese era un día especial, ya que también había hecho una amiga.

CAPÍTULO UNO



Veintisiete! —anunció Baldwin al entrar en la habitación donde se encontraba Piers sentado mientras miraba su nuevo mapa.

Era algo que había aprendido del antiguo rey Guillermo: uno no puede reinar sin saber con exactitud lo que está reinando.

Siguiendo el ejemplo de Guillermo el conquistador, lo primero que hizo tras conseguir su feudo fue hacer un estudio del terreno, por muy escaso que fuera; y por lo visto hizo bien, ya que daba la impresión de que sus suministros iban disminuyendo a pasos agigantados. Tal vez nunca se hubiera dado cuenta hasta que se hubieran agotado.

Ladrones, conspiradores escoceses.

—¡Veintisiete! —exclamó.

No sabía si estar enfadado o impresionado. En el último recuento —el día anterior— tenía treinta y cuatro ovejas.

—¿Cuándo han conseguido esos hijos de puta robarme? Creo que te ordené que pusieras a un hombre a vigilar a esas miserables bestias.

—¿Los escoceses?

— A ellos también, ¡astutos bastardos! Pero ¡me refería a las malditas ovejas, Baldwin! ¡Las miserables ovejas! Creo que te ordené que las vigilaras.

Las orejas de Baldwin se enrojecieron.

—Bueno... —su rostro hizo una mueca de vergüenza—. Sí que puse a un hombre para que las vigilase... Pero parece ser que encargué a un lobo vigilar un rebaño de ovejas.

—¿Un lobo? —Piers levantó ambas cejas, no veía el momento de escuchar lo que tenía que decir.

Baldwin hizo una mueca de dolor.

—Envié a Cameron —dijo avergonzado— ya que estaba vigilando a sus propias ovejas y yo...

—¿Cameron? —explotó Piers— ¿El imbécil que decidió abandonar su parcela y choza? —tiró la pluma con desdén— ¡Maldita sea, Baldwin! ¡En qué estabas pensando cuando pusiste a un ladrón escocés para que vigilase a los ladrones de sus paisanos!

—Bueno, pensé...

—¿Qué juraría lealtad a un inglés frente a sus propios compatriotas?

Baldwin frunció el ceño.

—Lo cierto es que él se quedó cuando el resto nos abandonó —señaló.

—Solo porque es un pobre viejo que se niega a entregar sus tierras a un maldito forastero. ¿No te acuerdas de sus propias palabras? ¡Su comportamiento no tiene nada que ver con la lealtad!

—Ya, pero no es lo que pensáis —respondió Baldwin—. Solo se quedó dormido.

Piers suspiró desplomándose en la silla y apoyó la cabeza con desesperación en el alto respaldo. Alzó la vista y se quedó mirando fijamente el techo por lo que se percató por primera vez de la nefasta condición de éste.

Frunció el ceño.

¿Cómo no se había dado cuenta de aquello antes? Sus aposentos se encontraban justamente en el cuarto de encima. Tendría que arreglar aquel maldito techo pronto, a no ser que quisiera acabar cayendo sobre la mesa que tenía en frente y encontrarse de golpe con el grupo de desgraciados escoceses que habían permanecido en aquella terratenencia en ruinas.

—¿Mi Lord?

Piers dirigió su atención a los suelos putrefactos y miró a su amigo de toda la vida con una mezcla de desconcierto y desagrado. Daba la sensación de que Baldwin había comenzado a comportarse menos como un amigo y más como un subordinado, y aunque su nueva actitud no era del todo desacertada, se sentía un tanto incómodo con el inesperado interés que Baldwin manifestaba por las normas; prefería mil veces la compañía de borrachos que él y sus hombres habían compartido durante años antes de su imposición.

Nunca se imaginó como un Lord, o en este caso terrateniente, y jamás había aspirado a ello. Le parecía completamente antinatural el enfadarse como cualquier Señorito lanzando huesos a sus perros para la cena. Era principalmente y ante todo un comandante. Habían sido sus habilidades con las armas lo que le había llevado a ganar aquel trozo de infierno en las Tierras Altas, y no veía la maldita necesidad de cambiar lo que le había funcionado durante tanto tiempo. Sus hombres trabajaban bien a su lado porque eran sobre todo sus amigos. No quería, ni necesitaba, una pandilla de lacayos patizambos correteando y concediéndole demasiados honores.

—¿Señor? —El tono de Baldwin mostró claramente su desconcierto frente al estado de ánimo de Piers— ¿Qué queréis que haga?

—Lo primero que debes hacer es dejar de llamarme ‘mi Lord’ —sugirió Piers sin duda ofendido—y tampoco ‘Señor’, ¡ya que no soy tu maldito padre!

Baldwin levantó la cabeza con sorpresa,

—Entonces, ¿cómo queréis que os llame... si no es ‘mi Lord’?

Piers pensaba que la respuesta era obvia,

—¿Cómo me llamabas antes?

Baldwin alzó la cabeza un tanto reticente,

—¿Lyon?

Piers respondió con una amplia sonrisa: sus hombres le habían puesto

aquel apodo tras una batalla bastante sangrienta; decían que había aparecido en medio del campo de batalla con su larga mata de pelo y la cara ensangrentada, igual que un león después de haber cazado. No era un honor del que se sentía precisamente orgulloso, pero se había acostumbrado a aquel nombre.

Baldwin levantó las cejas,

—¿Pero pensaba que no os gustaba ese nombre?

—Lo prefiero mil veces antes que ‘mi Lord’.

Los labios de Baldwin formaron una amigable sonrisa,

—Si así lo deseáis...

—En efecto —le aseguró Piers—. No soy distinto ahora solo porque he conseguido un trozo de terreno donde poder mear. ¿Por qué deberíamos andarnos con ceremonias después de tantos años? Antes odiaba el puto nombre y ¡no paraste de llamarme así! ¿Por qué no seguir?

Baldwin asintió con la cabeza mientras sonreía de oreja a oreja.

—Me tranquiliza escuchar que es eso lo que deseáis.

—No me digas —Piers también se sintió aliviado de haber aclarado el tema de una vez por todas; sin embargo, ahora no era momento de ponerse sensiblero, ya que tenía que lidiar con aquellos molestos escoceses del culo al aire.

Y aun así... por raro que pareciera, aunque los Brodie le habían robado de todo, ya era tarea suficiente mantener su ira apaciguada contra aquellos rufianes.

Se preguntó por qué.

A decir verdad, por muy acostumbrado que estuviera a los misterios de la corte y al robo de armamento, este tema de la enemistad heredada parecía más un chiste.

De hecho, Piers no podía evitar sino sentir admiración por esos escoceses. Luchaban sus batallas fieramente y bajo un extraño código de honor que por algún motivo le maravillaba: que ellos te escupían en la bota, tú tirabas la

espada; que ellos te robaban una cabra, tú les robabas una oveja; etc., etc., — aunque el derramamiento de sangre parecía prohibido— y todo ello se hacía abiertamente, como si robar a tu vecino fuera la cosa más normal y honorable del mundo.

Hasta ahora, ninguna bestia había sufrido daño alguno, a pesar de que Piers no había podido disfrutar de un momento de tranquilidad desde que había posado sus pies en las Tierras Altas.

Era más que evidente que un vínculo de sangre ataba todo lo que el honor de un escocés permitía; que defendían a sus familiares y amigos hasta la muerte.

También estaba claro que un forastero siempre sería eso... un forastero.

Pero bueno, Piers estaba más que acostumbrado. No necesitaba su maldita aceptación. Quizás David de Escocia la necesitaba, pero él no. ¿Acaso no sabían que había crecido siendo un forastero? Su padre era un rey y su madre una fulana.

Mientras su madre había dormido muchas noches en diferentes camas, Piers se escapaba y se acurrucaba en un banco de la capilla, dónde cerraba los ojos y soñaba con todo lo que deseaba en su vida ¡Y había deseado tantas cosas!

Deseaba escapar y estudiar en uno de esos lugares de los que había oído hablar... Quería leer hasta quedarse ciego... Soñaba con aprender cosas, con hacer cosas y con ver cosas.

Ansiaba aprender el por qué el cielo era azul y la hierba tan verde. Codiciaba saber de qué estaban hechas las estrellas y por qué brillaban con tanta intensidad. Se moría por averiguar por qué sus venas eran azules, si la sangre que llevaban era roja. Suspiraba por muchas más cosas que una cama en un frío y duro suelo o permanecer solo detrás de unas puertas invisibles... observando cómo jugaban los otros niños.

Aunque, a decir verdad, ¿por qué debía preocuparse si los otros niños estaban fuera jugando y riéndose? Gracias a su madre, había logrado estudiar

con el arzobispo de Canterbury, cosa que no era ninguna tontería. Poseía todos los motivos para estar agradecido y ninguno para anhelar algo tan insignificante como el barro en sus rodillas o juegos estúpidos.

—¡Maldita sea! —exclamó levantando la pluma y golpeando la punta sobre la mesa de madera—. ¡Vamos a enseñar a esos malditos escoceses que podemos pelear contra el mejor de ellos!

Y disfrutar cada momento como el que más.

Supuso que ese era el camino para ganarse su alianza.

O no.

De cualquier modo, le entusiasmaba la broma.

Aunque al principio los anticipados asaltos le habían pillado por sorpresa, una parte de él se deleitaba con aquella forma honorable de guerra en la que el enemigo sobresalía y los amigos declaraban abiertamente que te sacarían los ojos si podían sacar beneficio de ello. Existía algo alentador en aquella verdad implacable.

Exacto, estaba más que encantado de jugar su juego.

—¡Estos salvajes no nos expulsarán de su tierra! —juró— ¡Maldito seas por ser un cobarde! —riñó a Baldwin aun sabiendo que sus ojos no podían ocultar la sonrisa —Tendré que restarte el precio de esas bestias de tus honorarios, lo sabes ¿no?

Las puntas de las orejas de Baldwin volvieron a teñirse de rojo.

—No te lo tendré en cuenta, Lyon —dijo sin poder esconder tampoco su sonrisa—. ¿Qué quieres que haga?

—¿Qué más? —sonrió Piers— ¡Robaremos las ovejas de vuelta y alguna más por si acaso!

Baldwin soltó una carcajada,

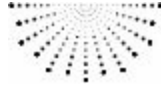
—Si no te conociera mejor —dijo—, diría que estás disfrutando con esto.

Lyon levantó una ceja.

—Y no te faltaría razón —respondió levantándose de su asiento y agarrando la espada de encima de la mesa que tenía en frente. La envainó y

guiñó el ojo a Baldwin de forma afable—. ¡Vamos a enseñar a estos escoceses cómo se comete un robo de verdad!

CAPÍTULO DOS



No había duda de que era un cuervo.

A pesar de no emitir ni un ruido mientras golpeaba las vigas buscando la forma de escapar, sus negro azuladas alas azotaban el aire con un nerviosismo palpable. En medio del silencio de la capilla, su vuelo por la libertad era un grito que sobrecogía el corazón de Meghan Brodie.

La muchacha había abierto las puertas y ventanas para que entrase la luz del verano, y el pobre pájaro había volado hacia dentro como si hubiera presagiado su aparición en la ventana.

Estaba claro que la había dejado perpleja, pero Meghan era de todo menos supersticiosa; de serlo, habría tomado aquello como un presagio demoniaco.

Es más, su nana Fia, habría afirmado que lo era.

La última vez que recordaba que había entrado un pájaro en su casa, y eso que fue una golondrina y no un malvado cuervo, su nana se había vuelto loca para expulsarlo, y con él, cualquier maldición que éste hubiera podido traer a la casa. Fia había explicado que, de lo contrario, la golondrina moriría y quien la hubiera dejado entrar, permanecería maldito para toda la eternidad. En su misión por expulsar a la golondrina, Fia cerró todas las puertas y ventanas, a excepción de la que había usado el pájaro para entrar. Luego, permaneció hablándole a la criatura durante horas durante horas hasta que

consiguió atraerla a sus manos con migas de pan; cuando lo consiguió, expulsó al pájaro por la puerta por la que había entrado con toda una serie de bendiciones.

Obviamente, Meghan no se había creído ni una palabra de todo aquello. Pensaba que su nana era terriblemente tonta, mientras que sus hermanos la veían como una chiflada, igual que el resto del mundo. Para Meghan, la superstición era una manera de explicar aquello que uno no podía llegar a entender en su totalidad. Nada más.

Meghan no era nada romántica cuando se trataba de este tipo de temas; su mente era incapaz de aceptar lo místico, aunque las historias de su nana hubieran servido para asustar a los nietecillos y conseguir que se portasen bien.

Aquel recuerdo provocó una sonrisa en el rostro de la chica.

Estaba claro que su madre nunca había querido asustar a Meghan, y sus hermanos no le tenían miedo a nada, pero su nana era harina de otro costal.

Todo lo que Meghan podía recordar de su madre fallecida era su triste y afligido rostro; vivió hasta que Meghan cumplió tres años. Por otro lado, no tenía ningún recuerdo de su padre, ya que murió cuando ella todavía era un bebé.

Sin embargo, su nana, la adorable lunática, había permanecido en casa de Meghan hasta el decimosexto invierno de la muchacha, y todo ese tiempo había estado hablando con hadas y espectros; o al menos eso era lo que Fia afirmaba; Meghan sospechaba que simplemente era demasiado orgullosa como para admitir que le gustaba hablar consigo misma, como estaba acostumbrada a hacer, ¡y no se avergonzaba de ello! Le gustaba su propia compañía y la de los animales mucho más que la de la gente.

Meghan a menudo pensaba que la gente era demasiado voluble en sus atenciones y nunca parecían ver más allá de la máscara de su cara. La hacía sentir incómoda y, a decir verdad, seguramente al mirarse en el espejo no veía la misma persona que veían los demás, ya que no comprendía qué había

en su rostro que hacía que los hombres se quedasen embobados en su presencia y las mujeres la despreciasen con tan solo una mirada. Meghan tenía la sensación de que a nadie le importaba lo más mínimo la persona que se hallaba detrás de aquel rostro.

Tanto la madre de Meghan como su nana habían sido bendecidas con hermosura, pero ella no había heredado su delicada belleza ni por asomo; sus mejillas eran más prominentes, sus labios demasiado carnosos y su cabellera castaña rojiza era una locura de rizos que se negaban a permanecer atados. Al menos no poseía la predisposición a las pecas, aunque su piel se tostase demasiado con el sol de verano.

Consideraba que su rasgo más destacable eran sus ojos; eran del color de la profunda sombra de la cañada; le habían dicho que tenía los ojos de su padre. A veces parecían negros como la noche, a pesar de ser de un puro e intenso verde forestal. Eran del mismo color de los ojos de sus hermanos, todos menos Colin, cuyos ojos eran del color del despejado cielo de verano.

ALZÓ LA MIRADA UNA VEZ MÁS PARA INSPECCIONAR EL TECHO DE LA CAPILLA a la vez que el cuervo comenzó a graznar. Sus alas negro azuladas golpeaban las vigas mientras el agobio del animal se incrementaba, y Meghan frunció el ceño. Hubo un tiempo en que la capilla no había sido nada más que las ruinas de un viejo templo construido por los antiguos. El techo había permanecido abierto hacia el cielo la mayor parte de su existencia, pero su hermano Gavin había decidido recientemente cubrirlo con un manto de madera inclinada. El nuevo material era robusto y estaba reforzado por pilares que se apoyaban a lo largo de las paredes de piedra. Nada podría con él, ni siquiera la incondicional Madre Naturaleza. El pobre cuervo no tenía ninguna posibilidad.

Se quedó allí plantada elucubrando cómo sacar al pájaro de la capilla.

¿Qué habría hecho su madre? Su dulce y loca nana siempre había tenido

un don con las criaturas, que iba más allá de la mísera influencia que Meghan creía que tenía.

A pesar de que Meghan había sido criada por sus tres hermanos, había pasado la mayor parte de su niñez con su nana, bien buscando hierbas para realizar pociones o escuchando las historietas de las hadas buenas que salían de detrás de los árboles del bosque. Pero, por muy loca que pareciese la anciana, Meghan la echaba muchísimo de menos.

Aunque Meghan sabía que sus hermanos la querían de verdad, era un gran peso ser la única mujer en un hogar lleno de hombres.

Eso sin mencionar la soledad.

Si no fuera por Alison, la hija de MacLean, su mejor amiga, Meghan no sabía qué hubiera hecho.

Su hermano mayor, Leith, era el jefe del clan. Era dulce y bueno, incluso siendo demasiado autoritario y protector. Con todas sus normas se aseguraba de mantener a Meghan detrás de un muro que no podía saltar. De lo que no era consciente, gracias a Dios, era de que la muchacha tenía un pequeño túnel cavado debajo de aquellos baluartes. Aquella desafiante idea la hizo sonreír, porque lo que su hermano ignorase no podía afectarle.

Por otro lado, parecía que a su hermano Colin no le importaban más que las mujeres y la bebida. Había sido bendecido con el don de la belleza, y a Meghan le preocupaba que por ello solo le diera importancia a la satisfacción de sus propios placeres.

Pobre y dulce Alison, ¡no tenía ni una oportunidad con él!

Finalmente estaba su amado hermano Gavin, el único que era más joven que ella. Gavin tenía otra perspectiva completamente distinta a la de Leith y Colin. Él menospreciaba la belleza física y mental, y consideraba un pecado y una total pérdida de tiempo venerar el templo del espíritu, al menos el de una mujer, y no reflexionar sobre los misterios de la vida. Desafortunadamente eso era algo que Meghan estaba acostumbrada a hacer. Su hermano pequeño la empujaba constantemente a buscar la purificación de su alma, a menos que

quisiera terminar como su madre y su nana habían hecho: locas y solas.

Pero si Meghan adoraba la idea de estar sola... ¿¡no se daba cuenta?! Se encogió de hombros; si la gente la consideraba una loca... bueno... entonces... ¡Qué lo hicieran y la dejaran en paz! ¿No? Meghan estaba conforme con ello.

Únicamente deseaba que Gavin viviera un poco más la vida y dejara de lado los sermones por su propio bien, no por el de ella. Meghan no tenía ningún reparo en darle un sopapo cuando se ponía pesado. Amaba a cada uno de sus hermanos con locura, al igual que sabía que ellos a ella. Haría cualquier cosa por ellos, lo que fuera ¡salvo escuchar los repetitivos sermones de Gavin! Solo Dios sabía que eran casi tan horrorosos como el constante graznido del pobre cuervo.

¡Virgen santa! No tenía ni idea de cómo ayudar al maldito pájaro.

Permaneció quieta con las manos sobre las caderas frente a la ventana abierta, frunciendo el ceño mientras el bicho volaba como loco entre los listones hasta que finalmente se colocó en una de las vigas maestras.

Allí se quedó, y la muchacha pudo jurar que la estaba mirando de forma expectante.

¡Por todos los santos!

—Muy bien, pero no puedo ayudarte desde ahí arriba, ¿¡no te das cuenta, criatura estúpida?! —A pesar de que sabía que era algo absurdo, extendió la mano hacia el nervioso pájaro como si le estuviera dando una orden— ¡Baja aquí ahora mismo!

El cuervo agitó las alas y le graznó.

Ella lo señaló con el dedo.

—No seas tan grosero cuando hables conmigo —regañó al pájaro—. ¡No puedo ayudarte si no te dejas!

El cuervo se calmó y ladeó la cabeza mirándola con curiosidad, pero sin moverse.

¿Acaso esperaba que lo hiciera? Era absurdo sentirse molesta por la falta

de respuesta del pájaro, pero lo cierto era que así era.

—¡Te apuesto que bajarías aquí si fuera madre Fia!, ¡Estúpido pajarraco!
—lo riñó— Muy bien, quédate si...

—¿Qué estás haciendo, muchacha? —La interrumpió una voz a sus espaldas.

Meghan se estremeció por la sorpresa y alzó las manos. Se giró para toparse con Colin.

—¡Vaya, me has asustado, idiota!

Su hermano tan solo la sonrió y ladeó la cabeza de la misma manera que lo había hecho el pájaro.

La chica le miró con los ojos entrecerrados.

—¿Nadie te ha enseñado buenos modales?

—Sabes la respuesta a eso, Meghan, cielo —dijo—. He aprendido mis modales en el mismo sitio que tú —le guiñó un ojo y soltó una carcajada—. Aunque parece que tú has aprendido alguna cosa más de la vieja loca Fia. ¿Qué crees que estás haciendo hablando con ese pájaro? No pensarás que te entiende ¿Verdad?

Las mejillas de Meghan se sonrojaron. Miró al pájaro y levantó la barbilla mientras se enfrentaba a su hermano con las manos en las caderas.

—¡Claro que no! Solo intentaba ayudar al bicho, nada más. Ha entrado por la maldita ventana —explicó sin desanimarse por la expresión de incredulidad de Colin—, y ahora no puede encontrar la salida.

Su hermano le dedicó una benévola sonrisa.

—Meggie, cielo, tienes un buen corazón, muchacha, pero pierdes el tiempo. Ese pájaro no entiende ni una palabra de lo que dices; ganarías más dándote cabezazos contra la pared.

—Supongo que tienes razón —Meghan frunció el ceño mirando al pájaro—. Criatura desagradecida.

Los labios de Colin se curvaron en una pícaro sonrisa.

—Claro que tengo razón.

—¡Jo! ¡Odio cuando la tienes y te regodeas, malvado bellaco!

Él arqueó una ceja.

—Eso es otra cosa que has aprendido de la vieja Fia. Déjame que te diga que es asqueroso escucharte hablar como un hombre; te aseguro que no encontrarás pareja con una lengua tan sucia.

—¡Perfecto, idiota! ¿Para qué voy a querer un hombre cuando no doy abasto con vosotros tres?

La sonrisa de Colin se volvió irreverente y Meghan levantó la ceja fulminándole con la mirada. De los tres, era el único que se atrevía a hablar con ella con franqueza sobre hombres y mujeres.

—Se me pasan por la cabeza varias cosas —dijo sin rodeos—, pero si te las digo tendré que darte una torta por haberlas oído, y luego tendré que matar al idiota que caiga preso de tu curiosidad.

—¡Qué va! ¡No lo harías! —afirmó Meghan con toda certeza, mientras sus mejillas ardían de disgusto—, porque no hay hombre en la tierra con el que quiera cargar el tiempo suficiente para satisfacer mi curiosidad.

—En ese caso —rebatía Colin moviendo la cabeza como si no fuera más que una chiquilla portándose mal—, tal como he dicho... No tendrás que preocuparte por eso... al menos no con esa lengua — Echó un vistazo al pajarraco mientras se le sonrojaban las mejillas—. En fin... solo he venido a decirte algo...

Meghan arqueó las cejas.

—¿Algo?

—Sí. Alison te espera en la pradera.

—¿Alison? —Meghan alzó aún más las cejas debido a la sorpresa, para luego entrecerrar los ojos mientras analizaba la expresión de su hermano—. ¿La has visto?

Él asintió mientras colocaba las manos sobre las caderas.

—Así es. Meghan, no me mires así. ¡No le dije nada a la muchacha!

Meghan continuó mirándole con los ojos entrecerrados.

—Ese es precisamente el problema —apuntó—. Colin, ¿qué te cuesta visitarla y sentarte con ella un ratito? Le gustas mucho, ¡aunque no tengo ni idea de por qué!

—¡Vaya, gracias! —respondió él intentando parecer ofendido.

—No la tratas muy bien, Colin.

Colin soltó una sonrisa y sus mejillas se volvieron, de ser posible, más rojas todavía.

—¡Ay! —protestó—. Es linda, Meghan, ¡Ojalá no tuviera esos ojos!

Meghan le miró con desprecio.

—No hay nada de malo con los ojos de Alison; solo es un poco bizca.

—Ya, pero hace que me resulte incómodo mirarla.

—¡Argh! —Meghan sacudió la cabeza con enorme disgusto—. ¡Colin Mac Brodie, y pensar que compartimos la misma sangre! ¡No puedo creer que seas tan frío y cruel con una chica solo porque su cara no te complace!

—¡Cruel! —Él colocó las manos sobre el pecho como si se hubiese ofendido.

Meghan le suplicó:

—Si solo te sentases y hablastes con ella una vez, verías lo dulce que es su corazón y lo lista que es. ¡Alison sería una esposa perfecta! Deberías sentirte afortunado por tener su afecto, ¡aunque no te lo merezcas!

—¡Vale ya! —Se quejó mirándola con sus intensos ojos—. No seas mala conmigo, Meggie —bajó la mirada con tristeza—. Jamás haría daño a la muchacha; es solo que no quiero casarme con ella, y no veo de qué sirve confundirla. No fui cruel con ella.

—¿Ah, no? —Meghan le miró con astucia—. ¡Júralo por tu hombría, Colin! ¡Que se te caiga al suelo en mil pedazos si la vuelves a hacer llorar!

Él le sonrió con una mirada cargada de sufrimiento.

—¡Hay que ver, Meghan! Está claro que eres muy cruel.

—¡Júralo! —le ordenó a su hermano.

—¡Vale! ¡Está bien! Lo juro, lo juro —declaró—. Aunque no puedo

asegurar que no estuviese llorando —alegó rápidamente.

—¡Colin!

El muchacho levantó las manos en señal de protesta.

—No hice nada, Meg; pero vino y me encontró con Suisan, ¡yo no tengo la culpa de eso!

Sus manos se posaron sobre su entrepierna en un gesto de defensa; Meghan sabía que había sido de forma inconsciente e intentó reprimir la sonrisa.

No le faltaba razón, no se le podía echar la culpa de eso; además, no servía de nada —y mucho menos para Alison— que Colin la pervirtiera. Al fin y al cabo, Alison no era como Meghan: era demasiado sensible.

—¿No entiendes que no puedo engañarla? —preguntó Colin levantando las cejas suplicando—. ¡No estaría bien!

Meghan frunció el ceño.

—Vale —cedió, aunque fuera de mala gana—, sí que lo entiendo, miserable desgraciado. Únicamente desearía que...

—Sé lo que deseas, Meggie. Tienes un gran corazón, eso seguro; pero ¡joder! ¡No quiero una esposa!

Meghan podía entender eso mejor que nadie.

—Y si lo hiciese —añadió con honestidad— la hija de MacLean no es la elegida —hizo un gesto con las manos sobre el pecho que sonrojó a Meghan—. Busco algo más en una muchacha —la informó—, no solo una cara bonita, ¿no sé si entiendes a lo que me refiero? —levantó las cejas.

—¡Argh! —gritó Meghan como protesta—. ¡No quiero escuchar esas cosas!

—Pues —continuó él, dándole el sermón—, debes saber que un rostro bonito no es lo único que necesita una muchacha para ganarse a un hombre; también debe tener un buen cuerpo.

Meghan entrecerró los ojos mirando a su hermano.

Él asintió.

—Y una buena risa.

—Y supongo que debe saber cómo cocinar, coser y lavar y...

—Y crear niños sanos—afirmó Colin con otro movimiento de cabeza.

—¡Argh! —Meghan volvió a chillar, lanzándose contra él en un arrebato de ira y golpeándole en el pecho.

Colin protestó:

—¡Eres incorregible, Colin Mac Brodie! —le dio un golpe en el brazo para apartarle—. ¡Eres un maldito hombre! —declaró como si se tratase del peor de los insultos—. ¡No pienso seguir escuchándote!

—No te falta razón, ¡y tú eres una mujer con ansia de sangre! —respondió—. ¡Vamos a tener que pagar a un hombre para que te aleje de nosotros!

—¡No, no lo haréis! —rebatió Meghan dando media vuelta en la puerta de la iglesia para enfrentarse a él—. ¡No lo haréis porque no seré la esposa de ningún hombre! ¡No os libraréis de mí, ninguno de los tres! —dicho eso, la joven se giró y abrió la puerta de la iglesia.

—¡Gracias a Dios por eso! —murmuró Colin detrás de ella.

La muchacha se volvió a girar para mirarle.

—¿Qué has dicho?

—¡He dicho que Dios nos ayude, Meghan Brodie!

Ella le miró con curiosidad.

—¡Qué Dios te ayude está bien! —accedió, girándose y tirando de la puerta.

El cuervo soltó un fuerte graznido de protesta desde las vigas del techo que hizo que Meghan se parase en seco. Frunció el ceño y se giró para mirar a Colin.

—¿¡Qué?! —le preguntó como respuesta a la expresión acosadora del rostro de la joven—. ¿Qué he hecho ahora?

Meghan movió la cabeza mientras dirigía la mirada hacia las vigas.

—¡Nada en absoluto! —respondió y soltó un fuerte suspiro para luego

dirigirse hacia la única ventana de la capilla.

Una vez allí, empujó las contraventanas y miró hacia abajo con exasperación. No era una caída muy grave, pero le molestaba tener que sentirse obligada a cumplir una estúpida superstición solo porque su nana lo hubiera hecho. Colocó una pierna sobre la repisa sin dejar de sentirse irritada consigo misma por sucumbir a aquella ridícula superstición.

—Meghan, muchacha —Colin parecía desconcertado—, ¿qué demonios estás haciendo?

Meghan se giró para mirar a su hermano y soltó:

—¿Qué te parece que estoy haciendo, hombre idiota? ¡Estoy subiendo a la puta ventana!

—¡Pero Meghan! Ya veo que estás subiéndote a la maldita ventana, pero ¿por qué estás subiéndote a la puta ventana?

—¡Porque me apetecía subirme a la puta ventana podrida, Colin! —contestó Meghan con malos modos y le dedicó una mirada de enfado— ¿A la gente a veces no le apetece hacer eso?

La respuesta del chico fue un movimiento brusco de cabeza, el cual Meghan ignoró.

—Un día vas a estar tan loca como la vieja nana Fia —presagió con rotundidad.

Meghan pensó que posiblemente era cierto. Solo una Brodie loca se hubiera sentido obligada a subirse a aquella maldita ventana para deshacer una maldición inexistente.

¡Maldito pájaro!

Colin se acercó a la ventana y miró hacia abajo mientras la muchacha se agarraba con los dedos a la repisa. Meghan alzó la mirada hacia él mientras tanteaba con los pies intentando localizar el suelo. Su hermano se quedó mirándola fijamente sin más, observándola, ajeno a su mirada amenazadora.

Una sonrisa familiar cruzó su rostro.

—Esto, Meghan —dijo mientras la muchacha caía al suelo—, si no

recuerdo mal, tenías que hacer que el pájaro saliese de la misma forma en la que había entrado, no salir tú de esa forma.

—¡Mierda! —exclamó ella al torcerse el tobillo con la caída.

Se agachó para masajearse el pie y miró a su hermano, molesta porque se hubiera sentido obligado a recordarle ese detallito en aquel preciso instante, o que se hubiera acordado de él, y lo que era peor, le fastidiaba terriblemente el sentirse obligada a cumplir aquel estúpido ritual.

—Lo he intentado —intentó explicar Meghan— pero no me ha querido escuchar, así que he hecho lo que se me ha ocurrido —se sacudió las manos para eliminar la suciedad de la repisa y se puso en pie—. En fin —le informó con osadía, dedicándole una sonrisa taimada— ¡las supersticiones no son más que un sinsentido! Y no me creo ni una sola palabra de los desvaríos de Fia.

—¿Ah, no? —se mofó él—. Muchacha tonta.

—No —respondió con coquetería, y se giró para marcharse cojeando.

—¡Muy bien Meggie! Vete pues, antes de que cambie de opinión y te obligue a quedarte. Leith me matará si se entera de que te he dejado marchar con todos los problemas que están creciendo con ese maldito forastero.

—Dile que has intentado retenerme, pero que me he escapado.

—Mejor le diré que no te he visto —gritó finalmente—. Si quisiera pararte, ¡sabe perfectamente que lo podría hacer!

—Solo si te hubieras sentado sobre mí —gritó ella—, pero no te lo recomiendo —le informó—, ¡a menos que estés seguro de que no quieres descendencia!

—¡Muchacha impertinente! —gritó su hermano—. ¡Ten cuidado Meghan! ¡Ve a ver a Alison y regresa enseguida a casa!

—¡No te preocupes, Colin! Estaré bien —se giró para despedirse de él—. ¡Ve e intenta sacar a ese pájaro por mí! —le ordenó.

—Alison te espera en el viejo montón de piedras de la pradera, más allá del bosque —le informó Colin.

—¡Me daré prisa! —prometió ella, cojeando de espaldas al bosque

mientras se tapaba los ojos con la mano para cubrirse del sol de mediodía, y sonrió de forma traviesa—. ¡Y me aseguraré de decirle a Alison que la quieres! —se burló.

—Hazlo, enana —la advirtió sacándola un dedo— ¡y te daré un azote en cuanto regreses!

Megan comenzó a reírse.

—¡Ni lo intentes, Colin Mac Brodie! ¡Ni lo intentes!

Y con eso, se giró dándole la espalda y cojeó hacia la fría sombra del bosque.

CAPÍTULO TRES



Que Dios se apiadase de su alma. Estaba convencida de que no lo conseguiría.

Alison, la hija pequeña de Dougal MacLean, se sentó preocupada sobre una roca que el clima había erosionado. El pleno sol de mediodía le daba en la cara. Se sentó sin pestañear mientras meditaba sobre el dilema en el que se encontraba: ¿cómo iba a encontrarse con su mejor amiga y confesarle que había sido su propia picaresca la que había provocado la enemistad entre el inglés del rey David y los hermanos de Meghan?

¿Qué podía decir para solucionar las cosas?

Lo siento Meghan, pero no deseaba casarme con ese bruto, por lo que robé su cabra y culpé a los tuyos.

La mera idea de confesar algo semejante la hizo sentirse miserable.

Lo cierto era que nunca quiso culpar a los familiares de Meghan; simplemente surgió así. Su plan se había torcido. Se mordió la uña del pulgar con nerviosismo.

Terrible, terrible error...

Sus hombros se desplomaron con desánimo.

Tremendo error.

De hecho, su idea era iniciar la enemistad entre su propia familia y no entre los Brodies y los Montgomerie; pero el objeto del delito se había

escapado hasta la propiedad de los Brodie y los hermanos Montgomerie la habían encontrado su maldita cabra en las manos que no eran.

Obviamente estaba arrepentida de su estúpido plan, aunque sabía que ya era demasiado tarde para arrepentimientos. Lo que estaba hecho, hecho estaba y ahora ella era la que podía arreglarlo.

Tenía que solucionarlo de alguna forma.

La cuerda que tenía en la mano se soltó, recordándole el regalo que tenía para Meghan y sus hermanos, su pequeño cordero; una mísera compensación por la pérdida de todo un rebaño. Tiró de la ovejita con el brazo y le dio unos golpecitos en su recién esquilado lomo, mientras pensaba en las opciones que se la presentaban:

Podía ir a su padre y confesar lo que había hecho, pero eso provocaría que le diese un azote y la obligase de todos modos a casarse con aquel despreciable inglés.

O...

Podía confesárselo directamente al despreciable inglés, casarse con él, como se suponía, y morir con el corazón roto; eso sí no la asesinaba antes por su doble juego.

O...

Podía seguir esperando a Meghan en aquella pradera, contarle la verdad, rogar por su perdón y ayudarla a enderezar la situación. Parecía que Meghan siempre sabía qué hacer. ¿Por qué? ¡Oh! ¿Por qué no podía ser más como Meghan?

Meghan era guapa y amable; valiente e inteligente. Tenía todos los rasgos que Alison siempre había deseado, y más.

La belleza por sí sola no era suficiente, y lo sabía. Su hermana mayor, Mairi, había poseído una inmensa belleza, pero no había sido muy inteligente y estaba claro que tampoco amable. La belleza de Mairi solo la había llevado a la muerte, y a pesar de que su padre había culpado a Iain MacKinnon de ello, Alison sabía que su hermana siempre había tenido un toque melancólico.

Su hermana no había amado a su marido, y había preferido suicidarse antes que compartir su vida con él. Con lo melancólica que Mairi había sido siempre, la idea de vivir con un hombre al que le era imposible amar se había convertido en una carga tal como para cometer un pecado tan atroz. A Alison se le rompió el corazón al pensar en desdichada que había sido su hermana.

Lo último que deseaba era acabar como Mairi.

No, no podía casarse con Piers Montgomerie, no era posible, no lo amaba.

Alison se había sentido muy aliviada cuando su padre había rechazado la oferta de matrimonio de Lagan MacKinnon; por muy halagada que se sintiera al saber que un hombre como Lagan había mostrado interés por una mujer tan plana como ella, su corazón pertenecía a otro.

Y si no podía soportar la idea de casarse con Lagan, mucho menos el casarse con un buitre inglés.

Al pensar en Colin Mac Brodie sus labios crearon una pequeña sonrisa .

Tan solo su nombre hacía que se estremeciera.

Soltó un suspiro al pensar en su rostro; el tipo de rostro que hacía que una chica babease con el corazón a mil por hora.

Y su voz... era la voz de un ángel... tan calmada como el dulce y cálido hidromiel. Hizo que sintiese mariposas en el estómago y que sus pechos ardiesen de deseo. ¡Lo que daría por que le susurrase al oído!

Apoyó la cabeza en las manos y los codos sobre las rodillas y se puso a pensar en aquellos ojos... del más claro de los azules, eran como... el reflejo del limpio cielo de verano reflejado en un lago de cristal.

En efecto, Colin Mac Brodie, era un chico muy, muy atractivo...

Pero ni sabía que existía.

Su nostálgica sonrisa se desvaneció.

Se había encontrado con él aquella mañana y estaba en los brazos de otra, robándose besos y riéndose. ¡Lo que le había dolido escuchar sus risas a Alison! ¡Cómo le hubiera gustado ser ella!

Pero por desgracia no lo era.

Suspiró con fuerza sabiendo con seguridad que era obvio que a Colin le gustaban mucho las mujeres; había estado con una distinta cada vez que lo había visto.

Normalmente no le molestaba tanto, porque esperaba que tarde o temprano se cansara de ellas, y deseaba con todo su ser que algún día la viese como algo más que la amiguita de Meghan.

Sin embargo, aquella mañana había sido distinto. Alison todavía no había superado el dolor de haberlos visto juntos. Le había llevado toda su valentía acercarse a él y preguntarle por Meghan mientras continuaban riéndose.

A lo mejor había sido más complicado porque sabía que Colin la iba a despreciar una vez se enterase de lo que había hecho; ¡y no podía soportar la idea!

Se quedó mirando al cordero deseando que hubiese algo más que les pudiese dar... algo más que pudiera hacer... tenía que haber algo...

Los Brodie todavía tenían la cabra que había robado a Montgomerie, pero apenas podía denominar a eso una ventaja... porque esa maldita bestiecilla había impulsado a Montgomerie a robar dos ovejas de los Brodie antes de la esquila de primavera.

A lo que los Brodie habían respondido robándole una vaca.

A lo que Montgomerie había respondido robándoles un caballo.

A lo que los Brodie habían respondido robándole otras cuatro cabras.

Y luego Montgomerie había robado otras dos vacas.

Alison suspiró cansada al pensar en la cabezonería del orgullo masculino.

Luego los Brodie habían robado siete ovejas a Montgomerie, y Montgomerie había respondido robándolas todas de vuelta, ¡y alguna más!, de hecho, ¡les había dejado sin ninguna! Y este pequeño corderito no era suficiente para compensar tanta pérdida.

¡Dios santo! ¿Qué podía decirles a los Brodie para solucionar las cosas?

A decir verdad, nada en absoluto.

Podía confesárselo a Meghan, sí, pero ¿qué podía hacer Meghan? Nada; y luego su querida amiga se vería obligada a contárselo a sus hermanos, incluido Colin.

Al fin y al cabo, ¿cómo podían pensar en poner fin a una enemistad sin tener a alguien más a quien echarle la culpa?

Y claro, ese “alguien” era Alison...

Y su padre descubriría su fechoría y le daría con la correa en el trasero...

Y el inglés Lyon se deleitaría después con lo que quedase de ella...

Y lo que era peor, Colin lo sabría y la miraría con odio en vez de ignorándola como lo hacía hasta ahora. A pesar de que no podía soportar su falta de interés, ¡la idea del desprecio era demasiado!

Se mordisqueó pensativa la uña del pulgar mientras barajaba las posibles consecuencias de confesar.

¿Qué debía hacer? ¿Quedarse y confesárselo a Meghan? ¿O marcharse?

Su sentido de la obligación competía contra el miedo.

¿Qué hacer...? ¿Qué hacer...?

Debería dejar sin más que esos hombres idiotas continuasen con su enemistad; al fin y al cabo, luchar entre ellos era lo que más les gustaba hacer. Aunque, ¿para qué? Había oído decir que estas cosas se podían alargar incluso hasta después de haber olvidado su origen.

¡Estúpidos hombres!

Se planteó con preocupación si Lyon lucharía con honor...

...o si optaría por un baño de sangre. ¡Dios bendito, esperaba que no! Tenía que creer que no. Sin embargo, era un inglés al fin y al cabo.

Sabía que debía hablar y terminar de una vez por todas con ese asunto antes de que la cosa llegara a más. Todo lo que tenía que hacer era dar un paso al frente y asumir la responsabilidad.

¿No?

Se dio golpecitos en los dientes con la uña, pensativa... ¿Qué ganaría confesando? Era muy posible que, después de todo, tuviese que casarse con

el inglés; y, para ser sinceros, la enemistad Montgomerie-Brodie había llegado a un punto en el que su mera confesión de haber robado una cabra a Montgomerie no iba a resolver nada.

Pensó que ya habían pasado demasiadas cosas entre ellos.

Entonces... lo único que Alison podía esperar conseguir con su confesión era que todos se enfadasen con ella, y no, ¡eso no podía pasar!

Se levantó de su lugar de reflexión y amarró con rapidez al cordero para llevarlo hasta un arbusto que había cerca.

De repente ya no quería esperar a Meghan, porque esta sabría sin decirle nada que algo no iba bien. Y si le preguntaba y miraba a Alison de aquella manera tan astuta, esta se vería forzada a confesárselo todo. Sabía que nunca podría ocultar nada a Meghan y, para ser honestos, ¡no quería confesar nada!

Decidió que lo único peor a que Colin Brodie estuviese enfadado con ella era que todos estuvieran enfadados con ella.

Dejó su regalo para que Meghan lo encontrase y abandonó la pradera todo lo deprisa que pudo.



NO HABÍA NI RASTRO DE ALISON CUANDO MEGHAN LLEGÓ AL CLARO; TAN solo un pequeño cordero atado a un arbusto junto a la vieja roca dónde Colin le había dicho que Alison estaría esperándola.

Meghan frunció el ceño mientras observaba a la pequeña criatura balante. O bien su amiga había tenido que salir corriendo y dejar tirada su carga o se trataba de una broma cruel de Colin para dejar claro sus sentimientos hacia Alison MacLean. Sin embargo, no creía que Colin fuese tan cruel como para eso; seguramente Alison se había marchado corriendo por algún motivo... a menos que estuviese en peligro, ¿por qué iba si no a abandonar aquel corderito tan dulce?

La mirada de Meghan recorrió toda la pradera en busca de alguna pista

que explicase la desaparición de su amiga, pero por desgracia no había ni rastro de ningún alboroto: la ladera de la pradera estaba más tranquila que nunca; los ramilletes se mecían al son del viento como pequeños bailarines con la cara pintada; a lo lejos, los pájaros canturreaban contentos desde las copas de los árboles.

Todo estaba en orden.

Meghan se acercó al corderito encogiendo los hombros con la intención de dejarlo libre. Lo acarició con dulzura mientras lo desataba y se colocaba la cuerda en la muñeca.

—Pobre corderito —Se compadeció de él—. ¿Cómo ha podido alguien abandonar algo tan dulce como tú?

El cordero baló con timidez y miró a la muchacha con confianza, y Meghan sonrió mientras tiraba de la cuerda para que la siguiera.

—¡Vámonos! —Se apresuró—. Te vienes a casa conmigo. ¡Quién lo encuentra se lo queda! —dijo.

Se preguntó quién iba a atar a un animal para luego dejarlo allí; a menos que... el dueño planease recogerlo más tarde.

—Pobre corderito —dijo convenciéndole para que la siguiera.

Miró por la pradera de nuevo, sin encontrar nada y encogiéndose de hombros comenzó a moverse; el cordero vaciló un momento y finalmente la siguió, y Meghan le dedicó una sonrisa a la bestia.

Bueno, ahora era su bestia. Claramente podían utilizar aquel trozo de ganado después de haber sufrido los saqueos del lacayo inglés de David y, al fin y al cabo, ¡aquellas eran las tierras de los Brodie! No tenía sentido que alguien hubiera dejado a su animal atado allí, volvieran o no a por él.

Para más inri, no se merecía al pobre animal si lo podían abandonar a pleno sol de verano a las primeras de cambio.

A menos que...

Se frenó en seco. A lo mejor era de Alison y no lo había abandonado, aunque Meghan no entendía qué podía estar haciendo Alison con un solo

cordero tan lejos del territorio de los MacLean.

Frunció el ceño.

¿Estaría Alison en peligro?

Notó cómo los pelos de la nuca se le comenzaban a erizar.

A lo mejor no debía irse tan deprisa.

Volvió a pararse y con ella el corderito. Megan miró al animal con el ceño fruncido y luego miró a su alrededor.

¿Y si en efecto Alison estaba en peligro? ¿Y si Meghan se marchaba perdiendo así la oportunidad de ayudar a su querida amiga?

Aun así, ¿qué podía hacer Meghan sola?

De pronto no supo qué hacer.

—¿Qué opinas tú, corderito? —preguntó—. ¿Nos quedamos o nos marchamos?

El cordero baló y la miró fijamente sin inmutarse.

—¿Dices que no sabes?

Se desató la cuerda de la muñeca y se quedó mirando pensativa la deshilachada punta mientras la acariciaba distraída con el pulgar.

Por lo que podía deducir, no había señal de lucha en la pradera y Alison no se encontraba en ninguna parte. Decidió que lo mejor que podía hacer era poner a sus hermanos a organizar la búsqueda. Y de pronto comenzó a sentirse un poco nerviosa, como si alguien estuviese allí...

Observándola.

—Vale —concluyó con el ceño fruncido—, yo tampoco sé, pero creo que debería llevarte a casa —Miró de forma nerviosa por encima del hombro y le dijo al cordero—. Vamos pues. —Le guio por el camino que llevaba al bosque por el que había venido.

No era el camino más seguro para ir a casa, pero era sin duda el más rápido y, puesto que acababa de venir por él y no se había topado con ningún problema, decidió que era la mejor ruta. Realmente no le apetecía coger el camino largo a casa con el sol dando de lleno en la pradera, ya que el cordero

ya estaba bastante debilitado.

El sombrío camino a través del bosque, a pesar de salir y entrar de los dominios de los Brodie y los Montgomerie, este último lleno de ingleses conspiradores y ladrones, había sido bastante pateado por los Brodie y muy poco por los demás. Se encontraba en la linde con el territorio Montgomerie, tierra que en su día perteneció a los MacLean hasta que el rey David de Escocia se lo exigió al padre de Alison.

La idea hizo que Meghan frunciera el ceño.

Por lo que tenía entendido, el padre de Alison había accedido a entregárselo solo si Alison se casaba con el idiota, grasiento y torpe inglés; bueno, Meghan no sabía si era torpe o grasiento exactamente porque nunca le había visto. Lo que sí sabía era que ¡era codicioso!

Alison, la pobre, tenía otra opinión al respecto, ya que no deseaba ni por asomo casarse con Montgomerie, y ¡Meghan no podía culparla!

Meghan tenía la impresión de que antes de pisar tierras escocesas, el asqueroso forastero ya estaba saqueando a sus buenos vecinos, ¡el muy ambicioso y malnacido bellaco! En verdad, la muchacha no podía sino despreciarle, ya que no era ajena a las peleas y los saqueos; además ¡había robado a sus familiares sin venir a cuento!

En fin, sus hermanos habían jurado ponerle en su sitio, y Meghan sabía que no pararían hasta conseguir exactamente eso. Lo que Meghan deseaba era que no acabase todo en un baño de sangre. No estaban tratando con escoceses, y tenía miedo de que sus dulces hermanos se hubieran olvidado de ese pequeño detalle.

—¡Los ingleses no tienen honor! —le dijo al corderito mientras entraban en la sombra del bosque—. ¡Ni corazón!

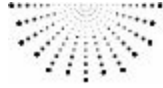
El cordero caminaba en silencio junto a ella, aunque su paso parecía inseguro.

—¿Sabes? Sus madres se los comían cuando eran bebés —le explicó sintiéndose un poco malvada.

El cordero la miró, como si no la creyese, y apartó la mirada.

—¡Estoy diciendo la verdad! —insistió—. ¡Ja! Además, intentaron que Escocia se arrodillara ante ellos. Si te digo la verdad —informó al cordero con confianza—, creo que David es tonto por confiar en los que él denomina amigos —dijo como si al cordero le importase algo lo que ella pensaba; aunque, ¿por qué le iba a importar cuando nadie más parecía pensar que la joven tuviera un cerebro con el que pensar?—. ¡Malditos forasteros! ¡No conocen el significado de la palabra “amistad”! —farfulló enojada.

CAPÍTULO CUATRO



Lyon estaba decidido a proteger sus fronteras.

Tras el último saqueo, no pensaba correr ningún riesgo. Los malditos Brodie eran tan retorcidos como los ladrones de Londres, e igual de osados al robarle a plena luz del día. En los últimos saqueos había salido victorioso, y pretendía que así siguiese.

Estaba convencido de que a pesar de tenerlo todo bien vigilado debían de haber estado ahí camuflados como árboles, para cuando se diese la vuelta, salir corriendo como ratas con el queso robado.

Maldita sea, eran muy buenos...

Aunque que él pretendía ser mejor.

Baldwin y él estaban evaluando sus tierras para determinar el mejor plan de defensa.

—¡Vaya! —exclamó Baldwin escurriéndose por el lateral de su semental, tras un nuevo intento de montarse en él—. Lyon, ¿ves lo que yo veo?

Escondió su vergüenza tras una máscara de interés y se apartó de su caballo para ver mejor a través del abundante follaje del bosque.

Lyon había visto a la muchacha mucho antes de que Baldwin hubiera apartado la atención de sus problemas y, de hecho, su presencia le había llamado la atención. Sin embargo, la preocupación por su amigo venció por un momento a la curiosidad.

—Sí —respondió—, pero ¿te das cuenta de que esos escoceses con el culo al aire podrían patearte el trasero ahora mismo?

Las orejas de Baldwin se sonrojaron.

—Te he dejado que fueras sin armadura —dijo Lyon—, creo que es mejor por las circunstancias. Estos escoceses no luchan como nosotros; pelean sin las ataduras de una armadura, pero ¿de qué te sirve si tus movimientos son tan patosos que te podrían poner una espada al cuello antes de que puedas montarte en el caballo?

Baldwin apretó los dientes con cabezonería.

—Me ha costado años conseguir esta armadura, Lyon —dijo mirando a Piers.

Lyon era consciente lo que le había costado el pequeño acto de rebeldía, ya que Baldwin siempre había sido diligente e incluso leal. A veces fastidiaba a Lyon, como cualquier relación de años; pero cuando se trataba de temas de guerra, obedecía todas las órdenes de Lyon.

—Puedo practicar para ser más rápido, pero no me pidas que me deshaga de mis honores —suplicó Baldwin.

—Como quieras.

—Haré más ejercicio —juró—. Tienes mi palabra.

—Tengo mis dudas de que lo harás. —Lyon le dedicó una sonrisa reacia.

—Gracias Lyon.

Aclarado el tema, el hombre miró a través de la espesura y observó cómo la joven se acercaba a ellos por el estrecho camino.

—Me pregunto quién es —soltó Baldwin cuando la muchacha apareció en su campo de visión.

—Te puedo asegurar que no tengo la más remota idea —respondió Lyon agachándose sobre su montura para espiarla por debajo de las sobresalientes partes. Con su peso, tenía mejor visibilidad, pero el bosque era muy frondoso.

—Viene en nuestra dirección... O eso parece.

—¿Quieres decir de nuestra propiedad?

Lyon no contestó; su atención estaba puesta por completo en la joven que se les estaba acercando.

Lo primero que le llamó la atención de la joven fueron sus esbeltas extremidades y su brillante pelo: era alta y delgada, con una figura ligera y fina que se contoneaba con seguridad femenina mientras caminaba. Y su pelo, una masa sin sentido de rizos pelirrojos, ardía como el arbusto de la biblia cuando pasaba por los nimbos de luz.

De pronto la chica se acercó tanto que le pudo distinguir el rostro, que le dejó por completo sin aliento.

¡Dios! ¡Era la mera encarnación de un ángel!

Aquel rostro... era la cara que se imaginaba que tendría Helena de Troya... o la legendaria Afrodita.

Sus delicados rasgos no eran más que un símbolo de perfección, su nariz no era pequeña y respingona como la de un bebé, sino recta y adorable.

Y aquellos ojos... no podían distinguir el color desde esa distancia, pero tenían forma de almendra y eran tan exóticos como aquellos de las mujeres sarracenas con las que se había topado en sus viajes.

Su boca... era jugosa y sensual... una boca que demandaba ser besada... Una boca creada por el mismísimo Eros... hecha para el placer... y para dar placer.

Hizo volar su imaginación haciendo que sus partes se endurecieran.

¡Dios santo! incluso tan saciado como estaba, se sorprendió gratamente por la reacción que había tenido su cuerpo al ver a la muchacha. Había pasado mucho tiempo desde que algo tan simple como el ver a una mujer hermosa había encendido su deseo; sin duda una consecuencia de su crianza.

Crecer siendo el hijo de una puta tenía con certeza sus cruces; era una etiqueta que le había provocado alimentar a sus compañeros moralistas con el puño mucho más a menudo de lo que le hubiera gustado. Había disfrutado de los beneficios que había conllevado ser un descarado mujeriego como era.

De tal palo, tal astilla.

Y era verdad.

No había tenido derecho a sentirse ofendido; era totalmente cierto; le gustaban las mujeres igual que a su madre le gustaban los hombres. No había motivo aparente para negar lo obvio. Al menos tenía asumido aquel rasgo, que había sido precisamente el motivo por el que no había optado por la vida de un célibe. A pesar de que la sabiduría y la razón habían sido el deseo más profundo de su mente, su cuerpo poseía una debilidad innata a los placeres de la carne.

Sin embargo, había pasado una eternidad desde que había disfrutado de los placeres de una mujer.

Se lamentó.

Sintió un arrepentimiento por el rumbo que había tomado su vida, utilizando la fuerza bruta para ganar. Y a pesar de que había sido su estilo de vida desde que había nacido, con ello había ensuciado su filosofía personal, cosa que no le había hecho ganar nada, ni conseguir nada más allá de la fuerza de su brazo.

El haberse aferrado a sus ideales eruditos desde hacía tanto tiempo se debía a su orgullo cabezota. A pesar de que sus costumbres negaban sus convicciones, todavía creía que la mente era un arma mucho más potente que el cuerpo, siendo el conocimiento más útil que la mera fuerza. El cuerpo podía fallar, y entonces la mente le podría guiar. Sin embargo, si la mente fallaba, entonces...

¿De qué servía tener un cuerpo?

Aunque, siendo honestos, un cuerpo como el de *aquella* muchacha era un completo regalo y no importaba lo más mínimo el estado en el que estaba su mente.

Respiró hondo y miró a Baldwin frunciendo el ceño al darse cuenta de que su amigo y confidente estaba tan aturdido por la joven como lo estaba él. Le molestaba. No mucho, pero lo suficiente como para no poder ignorarlo.

—¡Madre de Dios! —susurró Baldwin—. ¡Menudo bellezón!

Lyon no respondió, se quedó mirando con sumo interés a la muchacha que se acercaba, y se dio cuenta tarde de que no iba sola.

—Lyon —comenzó a decir Baldwin con su atención puesta en los detalles igual de oportuna que la de Lyon—, lleva un cordero. ¿Qué crees que está haciendo con un cordero?

Lyon frunció el ceño con fuerza mientras veía cómo el animal enredaba la cuerda en las piernas de la chica.

—Y viene en nuestra dirección. —Baldwin sintió la obligación de volver a recordarlo.

Lyon reconsideró aquel particular detalle mientras la muchacha y el animal se acercaban más a ellos.

—¿Qué crees que significa?

Lyon pensó que la respuesta era evidente.

Por otro lado, muchas de las cosas que eran evidentes llevaban al equívoco, en especial en aquel lugar.

El cordero se quedó atrás y la joven bajó el ritmo para permitirle que la alcanzase. Él deambuló hasta el otro lado de la chica enredando todavía más la cuerda en las largas y delgadas extremidades de la muchacha.

Ella parecía no darse cuenta.

—Va hablando sola —añadió Baldwin—. ¿La oyes?

—No. —Lyon miró a Baldwin con los ojos entrecerrados y tuvo que hacer un gran esfuerzo para no señalar que era incapaz incluso de pensar con su incesante cháchara. ¿Cómo podía él oír a la muchacha?

—¿Crees que es tonta? —insistió Baldwin.

Era una posibilidad, no había duda, pero Lyon deseaba que no fuera así. Esperaba que fuera tan ingeniosa como hermosa. Cualquier otra opción apagaría su interés y no quería eso.

—Baldwin —susurró Lyon.

Baldwin le miró murmurando:

—¿Qué, Lyon?

—Cállate.

Baldwin sonrió con timidez y agachó la cabeza por debajo de las ramas para espiar de nuevo a la joven.

—¡Vaya! —exclamó la chica lo suficientemente cerca como para que la pudieran escuchar su dulce y melodiosa voz, mientras observaba a la desorientada bestia—. Si Lyon Montgomerie sabe lo que le conviene...

—Lyon —Empezó a decir Baldwin—, es...

—¡Shhhh! —contestó Lyon sin querer perderse ni una palabra de la conversación de la muchacha con el animal.

—Guardaría esa venerable espada entre sus raquíticas piernas —dijo al animal con altivez—, y ¡se marcharía a su maldita Inglaterra! ¡No necesitamos a otro asqueroso forastero que nos moleste!

Lyon arqueó las cejas frente a aquella declaración.

Baldwin se giró hacia él sonriendo.

—¿Raquíticas? —susurró—. Me pregunto a qué venerable espada se está refiriendo —una risa reprimida sacudió sus hombros.

Lyon le fulminó con la mirada.

Dios, le habían llamado un montón de cosas, pero jamás “raquítico”; incluso cuando era un chiquillo, y siendo tan larguirucho como lo había sido, solamente uno se había atrevido a llamárselo a la cara.

Y después nunca más.

Muchacha imprudente.

¡Ya le enseñaría él lo raquítico que era!

Aquel pensamiento encendió de nuevo sus partes, pillándole de nuevo por sorpresa.

Lo había provocado... maldita sea. ¿Por qué tenía que sentirse ofendido por el comentario despectivo de la muchacha? ¿Por qué se sentía impulsado a defenderse como un chiquillo con el culo al aire al que le había salido el primer pelo en la barbilla?

—¿Crees que nos robó el cordero?

—¿Por qué iba a robar un solo cordero? —preguntó Lyon cuestionándose si sería una esposa o hija, o tal vez ambas. Apenas se escuchaba hablar de mujeres tan bellas como ella.

La joven casi se encontraba ya donde estaban los hombres y Baldwin susurró:

—¿Acaso estos escoceses necesitan un motivo para robar?

Lyon respondió con una sonrisa irónica. Lo cierto era que parecían no necesitarlo.

Estaba claro que él no había empezado los saqueos.

—¡Lyon! —gritó la muchacha atrayendo exitosamente su atención—. ¡Bah! —Miró al tranquilo cordero a su lado—. No es un león —declaró—, ¡solo un cobarde mariquita que merodea en plena noche!

¿Cobarde?

—¿Mariquita? —repitió Baldwin mientras sus hombros volvían a sacudirse.

Lyon ignoró al desgraciado.

—¿Por qué ni siquiera se atreve a enfrentarse a ellos? ¡Ja ja! ¡León...! ¡Gusano es más preciso!

Lyon frunció el ceño. ¿A quién no se enfrentaba? ¿Los Brodie? ¿Qué se fueran todos al infierno! No podía imaginarse de quién sino estaba hablando, sin embargo, no se acordaba de que ellos hubieran hecho ningún esfuerzo tampoco por enfrentarse a él.

—Robarles a mis hermanos, ¡no fastidies!

Hermanos.

Las cejas del hombre se alzaron como signo de comprensión. En aquel instante, Baldwin se giró hacia él y asintió. Parecía que después de todo, la muchacha tenía un motivo, por muy inútil que fuera su saqueo.

A pesar de que la joven estaba casi delante de ellos, Lyon permaneció quieto pensando la mejor estrategia a seguir. No era más que una muchacha, y por lo tanto no era ningún peligro; sin embargo, sentía que no podía dejarla

irse sin más con su ganado. Por otro lado, ¿qué castigo podía imponerle a una mujer? Deseaba vengarse de sus hermanos y no de ella.

Pero, si realmente era su hermana, ¿cómo no la había visto antes? Había hecho mucho hincapié en conocer en profundidad a sus nuevos vecinos.

Recordó aparte del hecho de que los MacLean tenían una enemistad de muchos años atrás con los MacKinnon, eran conocidos por ser clanes pacíficos. Desde luego que no había resultado ser así, ¡aquellos escoceses eran unos putos mentirosos!

—Bueno —continuó la muchacha con un tono bastante vengativo—, ¡pronto sabrá lo que es meterse con un Brodie!

¿Ah, sí?

¡Maldita sea! De pronto dejó de sentirse tan benevolente; además, ya había escuchado suficiente.

Sin aviso previo, espoleó a su caballo sorprendiendo a Baldwin.

—¿A dónde demonios vas, Lyon?

—¡A poner punto final a esta pelea de una vez por todas!

No importó que minutos antes se hubiera regodeado en ella.

MEGHAN ESTABA TAN INMERSA EN SU CONVERSACIÓN CON EL CORDERO QUE para cuando escuchó las voces, ya era demasiado tarde.

El follaje se abrió de repente y en el sendero a sus pies apareció de pronto una temible imagen.

Se paró en seco.

Por un momento, no pudo articular palabra, aturdida por la repentina aparición del jinete. Podría estar mirando al mismísimo diablo. Blasfemó entre dientes; Estaba convencida, por la Piedra de Jacob, de que nunca había visto a un hombre tan alto subido a los estribos. Es más, se vio obligada a estirar el cuello hasta una posición dolorosa para poder verle la cara... *¡Jesús, María y José! ¡Vaya cara!* Se parecía mucho más a la de un ángel que a la

del diablo.

A pesar de estar moreno, su piel parecía tan suave como la de su trasero, mientras que su pelo rubio era del color del oro; sin embargo, no pudo distinguir su largura, ya que lo llevaba atado en una coleta. Sus pómulos eran prominentes y perfectos. Pero, sin lugar a dudas, lo que dejó a la muchacha fuera de combate fueron sus ojos: de un asombroso azul, consiguieron llegar a lo más profundo de su alma. Iba de azul, pero de un azul tan oscuro que parecía negro: camisa azul, pantalón bombacho azul y botas negras. La camisa iba adornada en la zona del pecho por un león rojo, como la sangre, que rugía apoyado sobre sus dos diminutas patas traseras. No llevaba la malla que los ingleses solían llevar, pero estaba claro que no la necesitaba para parecer invencible.

A decir verdad, si las piernas de Meghan no hubieran estado tan enredadas con la cuerda que agarraba con fuerza, se hubiera dado la vuelta y hubiera salido corriendo.

Tragó saliva nerviosa y tartamudeó:

—¿Quién... quién sois vos?

—Lo importante aquí es quién sois *vos* —respondió él furioso—, y ¿qué diablos estáis haciendo en mi propiedad?

Meghan se tragó la oleada de pánico.

—¿Vuestra propiedad? —preguntó intentando sonar todo lo tranquila que pudo, mientras su corazón amenazaba con salirsele del pecho.

El hombre se inclinó sobre la cruz del caballo y pronunció de nuevo y más despacito por si no le había entendido bien:

—Mi propiedad.

Meghan engulló el nudo de aprensión que se había atascado en la garganta. Se trataba del mismísimo Montgomerie. El León de Enrique en carne y hueso o, lo que era lo mismo, ¡el maldito barón mercenario inglés del rey David!

¡Dios santo! De pronto ató los cabos; ¿le habría tendido una trampa con el

cordero?

No, razonó, ¿cómo iba a hacer algo así? No ganaba nada con ello.

Aunque... ¡el único motivo por el que lo podía haber hecho era porque se trataba de un inglés ambicioso y despreciable!

—¿Qué hacéis en mi propiedad, muchacha? Y, ¿qué estáis haciendo con ese cordero?

Meghan intentó mantener la calma, pero el escrutinio del hombre la inquietaba y, mientras su corazón latía con fuerza, intentó encontrar alguna forma de escapar hasta que finalmente su corazón se tambaleó al divisar a un segundo hombre aparecer de entre la maleza.

Aquel hombre tenía el pelo fuerte y oscuro, y unos ojos que la evaluaban de forma bastante grosera. El miedo que sentía se multiplicó por diez.

—Bueno... —dijo pensando en una respuesta— E-estaba dando un paseo...

—¿Dando un paseo?

—Sí, dando un paseo —respondió Meghan, con un pestañeo—. E-estaba dando un bendito paseo.

—¿Un bendito paseo?

El otro hombre soltó una carcajada.

—¿Es cómo tomar la mierda sagrada? —preguntó con una risilla infantil. Meghan le fulminó con la mirada.

—Así que, estabais dando un paseo. —insistió Montgomerie con amabilidad, pero con cierto tono de sospecha.

—Creo que es eso lo que he dicho, ¡forastero! —Estaba empezando a estar un tanto molesta por la repetición por parte del hombre de sus respuestas. Tampoco le agradaba el tono ni el sentido del humor de su compañero; le hablaban como si pensasen que era retrasada o una mentirosa y a Meghan no le hacía gracia ninguna de las dos impresiones.

—¿En serio? —preguntó Montgomerie con aquel inconfundible tono de sospecha.

—¿Acaso no tenéis ojos con lo que ver? —preguntó la joven perdiendo los nervios y estirando de la cuerda para enseñar la evidencia.

Sin embargo, aquella idea de estirar la cuerda no fue del todo acertada, ya que, al estar tan enredada en sus piernas, hizo que tropezase y se cayera de culo.

—¡Maldita cuerda! —despotricó tirándola en un ataque de rabia—. ¡Mira lo que has hecho! —Regañó al animal a sabiendas de que el pobre cordero no tenía la culpa; sin embargo, no lo pudo evitar y a pesar de ser consciente de que el animalito no podía entender por qué se estaba quejando, gruñó—: ¡Debí dejarte en la pradera!

Estaba convencida de que Montgomerie tenía la culpa, al que miró completamente disgustada y sin un ápice de ira.

—Entonces, ¿encontrasteis al cordero en la pradera? —Se burló de ella con el mismo tono de antes.

—¡Parad ya, por favor!

—¿Que pare el qué? —Arqueó una ceja como si creyese que era tonta.

Meghan se enfureció, pero aquella mirada consiguió ponerla nerviosa; esos ojos azules la observaban con demasiada intensidad.

—Repetís todo lo que digo, ¡rufián malnacido! No soy ni retrasada ni estúpida.

—Tampoco muda, que es peor —respondió su amigo con altivez.

—¡No! —afirmó Meghan con una mueca de indignación—. ¡Tampoco soy muda! ¡Idiota!

Que aquel hombre hubiera expresado lo que sus hermanos le habían dicho durante años no tenía importancia; se trataba de un grosero malnacido por haberla insultado de semejante manera.

Montgomerie esbozó una sonrisa.

—Ahora que lo hemos aclarado... decidme, ¿Tenéis como costumbre pasear y hablar con los animales?

Meghan pestañeó dándose cuenta de todo; ¡Ay madre! ¿Acaso la había

oído hablar sola? ¿Sabría quién era?

Se mordió el labio y se puso todavía más nerviosa; eso le pasaba por actuar como su nana, ¡paseando y hablando sola como una maldita loca!

El hombre asintió mirando en su dirección.

—Baldwin, échale una mano —ordenó a su acompañante.

—No, gracias —respondió Meghan de inmediato—. Ya tengo dos —miró a Baldwin—. ¡Alejaos de mí, maldito sapo chupa botas!

—¡Muchacha impertinente! —respondió Baldwin mientras se acercaba a ella—. ¡Os enseñaré quién es más bobo!

Meghan se puso de pie.

—Puede que sea boba, pero os juro que chillaré hasta que os sangren vuestras orejas de forastero si me ponéis una de vuestras manos inglesas encima —Él continuó acercándose— ¡No me toquéis, maldito... maldito... —No se le ocurría ningún insulto digno para el hombre— vejestorio inglés!

Montgomerie tuvo la osadía de reírse.

—Déjala —dijo a su lacayo haciendo que el hombre se parase en seco.

Meghan se limpió la suciedad de las manos, les fulminó con la mirada y se preparó para salir corriendo en cuanto se le presentase la oportunidad.

—¡Maldita sea, Lyon! —protestó Baldwin—. ¡Te aseguro que la muchacha necesita unos buenos azotes, y yo estoy dispuesto a darle uno!

Meghan resopló.

—¡Ni se os ocurra!

—Yo pienso lo mismo —afirmó Montgomerie sin hacer caso de las protestas de la joven—, aunque creo que me reservaré ese placer para mí solito.

Sus ojos se iluminaron con la idea y Meghan se enfureció.

—¡Vaya! —exclamó ella apretando los puños a ambos lados.

¿Quién demonios se creían que eran? Putos forasteros, rifándosela cómo si tuvieran derecho a ello; si creían que eran intocables solo por el hecho de ser los campeones de David, su despertar iba a ser muy brusco, ya que David

no era muy bien recibido en las Tierras Altas.

Cualquier ápice de miedo que pudiese haber sentido se había transformado en rabia.

—¡Malditos bastardos codiciosos!

Baldwin soltó una sonrisa y levantó las manos.

—¡Es toda vuestra, mi Señor!

Montgomerie frunció el ceño y le dedicó una mirada de advertencia.

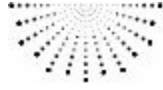
—¡No soy suya! —declaró inmediatamente la chica.

¡La arrogancia masculina! ¿Cómo osaban rifársela como si se tratase de una cría descarriada que se merecía unos latigazos? Ni siquiera sus hermanos la trataban con tan poco respeto.

—¡No pertenezco a ningún hombre! —les aseguró.

Montgomerie arqueó las cejas y se giró hacia ella. Por primera vez, Meghan tuvo la impresión de que debió de haber mantenido la boca cerrada; algo en la forma en la que la había mirado hizo que se arrepintiera de lo que acababa de decir.

CAPÍTULO CINCO



No tenéis esposo? —El tono de Lyon no mostró ni un ápice de sorpresa.

La joven dio un paso hacia atrás y frunció su delicado ceño.

—¿Y a vos que os importa, forastero?

Lyon hizo un intento por no reírse por la repentina muestra de desconfianza de la muchacha. No se había puesto así, ni siquiera cuando había aparecido de la nada cortándole el paso; vale, sí, había estado nerviosa, estaba claro que indignada, y un tanto atemorizada, pero no tan cauta.

—Pura curiosidad —respondió con honestidad, mientras observaba su reacción con sumo interés.

—Vaya... pues... —La joven le miró con los ojos entrecerrados y un gesto de advertencia—. Ya sabéis lo que dicen de la curiosidad.

—No... —contestó Lyon, incapaz de dejar de provocarla por lo enfadada que se mostraba—. Me temo que no lo sé, muchacha. Decidme qué es lo que dicen.

Esbozó una sonrisa al ver cómo la chica le fulminaba con la mirada, lo que provocó que ella se enfadase más aún.

—¡Pues no tengo ni idea de lo que dicen! Pero... ¡A quién le importa! Lo que sí os puedo asegurar es que no es nada bueno.

Lyon soltó una carcajada sin poder evitarlo; estaba maravillado por su

ataque de rabia. Era tan tenaz como su madre, pero con una diferencia: su madre se había defendido solo con palabras pronunciadas con dulzura, pero mortales en cuanto a honestidad; sin embargo, la bruja que tenía frente a él hablaba con cada poro de su cuerpo: sus ojos, su rostro, sus manos, cada una de sus posturas hablaban por sí solas. Era tan fácil de leer como la Madre naturaleza y sus cambios de estación, y tan incontrolable y vivaz en sus expresiones como un ramo de flores salvajes de primavera.

Realmente era una hermosa brujilla.

Y carecía de esposo.

La idea se abrió paso para poder ser considerada.

Le abordó una visión de seductores rizos pelirrojos sobre las pálidas sábanas que hizo que se estremeciera.

Dios, había pasado mucho tiempo.

Demasiado.

Maldita sea. De repente, no deseaba pelear más; la diversión se había esfumado, ¿cómo iba a luchar contra los estúpidos hermanos de la joven si deseaba tenerla en su cama? Prefería mil veces intentar enamorarla... hacer el amor con ella... besar aquellos succulentos labios...

El problema radicaba en cómo se suponía que iba a conseguir que sus hermanos parasen ahora que habían llegado tan lejos en sus disputas. No era tan ingenuo como para pensar que todo se iba a terminar solo porque él lo quisiera.

A menos que se casase con la muchacha.

Sus ojos se posaron en la bruja de largas piernas que tenía frente a él. Se encontraba con los brazos arqueados mirándole con cautela, su hermoso rostro era un testimonio de la destreza de Dios. Era exquisita incluso con el ceño fruncido. Anheló poder persuadir aquellos labios para que sonriesen. Estaba seguro de que lo podía hacer, ¿cuántos pucheros había logrado convertir en sonrisas? Más de los que podía contar.

No tenía esposo.

Aquella idea regresó a su mente y, de pronto, supo lo que quería hacer.

David le había otorgado una parcela de tierra escocesa con la esperanza de que con su experiencia con las armas trajese unidad y paz a Escocia; sin embargo, Lyon tenía un don mucho más útil que ofrecer a la causa de David. Sería todo un pecado malgastar su conocimiento.

Esbozó una sonrisa.

La muchacha dio un paso atrás, mientras se agarraba la falda como si fuese a salir corriendo.

—¿Por qué me estáis mirando de esa forma?

—Porque —respondió sonriéndola— creo que tengo la solución perfecta.

Se giró hacia Baldwin y asintió mirando en la dirección de la joven para ordenarle sin palabras que la agarrase.

Baldwin arqueó las cejas entendiendo la orden inmediatamente y le dedicó una sonrisa a la chica.

Lyon sintió una repentina e inexplicable necesidad de protegerla.

La muchacha dio otro paso atrás al notar el intercambio de miradas entre los hombres; Baldwin y Lyon había estado juntos tanto tiempo que rara vez eran necesarias las palabras.

—¿Solución? —ladeó la cabeza de manera adorable—. ¿Qué tipo de solución? ¿De qué estáis hablando, forastero?

Lyon no respondió de inmediato, lo que provocó que la joven continuase dando pasitos hacia atrás e, instintivamente, colocase al cordero entre ella y cualquier posible amenaza.

Como si aquello le fuese a servir de algo...Lyon de repente se encontraba totalmente decidido; sabía que la mirada de la chica estaba puesta en él, por lo que espoleó el caballo hacia su izquierda, bloqueando la posible escapada en esa dirección. Confió en que Baldwin tuviese su astucia, ya que necesitaba ser rápido para pillarla por sorpresa. Era una muchacha muy lista. Lyon pudo reconocer el brillo sagaz en sus profundos ojos verdes. Con cuidado de no mirar a Baldwin, la atrajo hacia su compañero.

No le dio tiempo a pensar, porque sin lugar a dudas se hubiera dado cuenta de sus intenciones. Fingió avanzar hacia la izquierda, forzándola así a ir hacia Baldwin, solo que él ya no estaba allí; se había retirado del campo de visión de la joven. Lyon esperó a ver el rostro de su compañero detrás de la muchacha, sin darle tiempo a mirar a su alrededor, y fue tras ella.

La chica se giró instintivamente y cayó en los brazos de Baldwin.

Chilló indignada.

—¡Muchacha insolente! —exclamó Baldwin—. ¿Quién es el bobo ahora?
—La atrajo hacia los arbustos donde había atado a su caballo.

—¡No, irá conmigo! —anunció Lyon.

Baldwin cometió el error de girarse y preguntar:

—¿Estás seguro, Lyon? Es una salvaje.

Lyon no tuvo tiempo para responder.

—¡No voy a montar con ninguno de los dos! —blasfemó ella con vehemencia.

Para sorpresa de Lyon y desgracia para Baldwin, se escurrió como una culebra de los brazos del hombre y agarró con los dientes la muñeca de éste. Le mordió con fuerza; Lyon casi pudo escuchar el crujido de los huesos de Baldwin, y se encogió con el sonido, pero estaba demasiado impresionado por el coraje que la muchacha había mostrado como para hacer algo que no fuese observar la pelea.

Baldwin aulló de dolor y soltó una sarta de sus palabrotas favoritas sin conseguir que la chica le soltase.

—¡Muchacha! —gritó él, mostrando que estaba en apuros—. ¡Cógela, Lyon! ¡Ahhhh! ¡Cógela! ¡Ayyyyyyyyy!

Lyon se dio cuenta de que si no la paraba, iba a matar al pobre bastardo.

Como él no la soltaba, la muchacha se giró para agarrarle un mechón de pelo de la cabeza, pero de pronto, pareció cambiar de opinión y, en su lugar, metió la mano bajo la malla del hombre y agarró al pobre hombre de la entrepierna.

Lyon abrió los ojos de par en par, pero no llegó a abrirlos tanto como lo hizo Baldwin.

Arpia astuta.

El grito de Baldwin delató primero impresión, y luego dolor. Se puso pálido como un papiro. Sus ojos abiertos como ventanas se cruzaron con los de Lyon.

—¡Por favor! —logró pronunciar—. ¡Porrrr favooooor!

Lyon sacudió la cabeza para salir de su estado de shock y cabalgó al rescate de Baldwin, dónde arrancó a la muchacha de los bajos de su amigo. Al cogerla, fue más que obvio quién había agarrado a quién, y Lyon no fue capaz de sofocar su carcajada de incredulidad.

¡La muy viciosilla!

Al soltarle, el pobre Baldwin se quedó estupefacto.

—¡Cómo osáis tratarme así! —gruñó la joven a Lyon, pataleando mientras la cogía.

Parecía completamente ajena al batacazo que se había dado el fornido cuerpo de Baldwin al desplomarse sin fuerza.

—¡Muchacha! ¡Lo habéis matado!

Lyon era consciente de que no podía atender a Baldwin hasta que su principal tema estuviese debidamente vigilado, por lo que se dio la vuelta y colocó a la chica delante de él en el caballo; como medida de seguridad, le sujetó los brazos a los lados y colocó los muslos sobre los de la joven, dejando que todo su peso la inmovilizase.

Baldwin gruñó sin moverse.

—¡Dejadme marchar, asqueroso forastero! No está muerto, ¿no lo escucháis lloriquear? ¡Lo tiene bien merecido!

Estaba claro que Lyon se sentía aliviado porque aquello fuera cierto, pero no era tan estúpido como para soltarla.

—¡Va a ir contigo! —anunció Baldwin, mientras miraba hacia arriba con los ojos vidriosos.

Lyon le respondió con una cordial carcajada.

—¡Es una puta amenaza! —chilló Baldwin sin que su voz se hubiera recuperado por completo.

Lyon no podía estar más de acuerdo.

Sonrió a su amigo desde lo alto del caballo y, cuando la muchacha se reveló delante de él, la sujetó con fuerza y dijo:

—Ya me he dado cuenta.

La sonrisa de Lyon se intensificó cuando Baldwin le frunció el ceño.

Meghan miraba a los dos hombres sin dar crédito. ¿¡Cómo osaban quedarse allí sentados tan alegremente, como si no le estuviese partiendo el brazo en dos con la fuerza de su mano!?

—Si sabéis lo que os conviene, me soltaréis de inmediato —dijo.

Montgomerie dejó de sonreír, pero no la soltó; pasó uno de los brazos por la cintura de la muchacha y se inclinó para susurrarle algo al oído. El calor de su aliento provocó un hormigueo en la mejilla de la chica mientras un escalofrío le recorrió toda la columna.

—A lo mejor no quiero saber lo que me conviene, muchacha —susurró con un tono de voz demasiado bajito como para ser reconfortante y relajante.

Meghan se giró y le dio una bofetada por tomarse tantas libertades, y cuando por fin consiguió apartar su cara de la del hombre, tuvo que reprimir las ganas de pegar un chillido.

—¡Maldita sea! —exclamó el hombre mirando a la joven, más perplejo que enfadado por la torta que había recibido.

Meghan también estaba sorprendida por su propia reacción, pero estaba claro que no iba a dejar que se notase. Se frotó consternada la mejilla... ¡Aquel temperamento suyo iba a ser tarde o temprano su ruina! Miró a Montgomerie entrecerrando los ojos.

—Creedme cuando os digo que me ha dolido más a mí, forastero.

—¡Esta mujer está loca! —declaró Baldwin, mirando boquiabierto desde el suelo.

—¿Qué os ha dolido más? —Lyon parecía desconcertado. Se llevó la mano a la cara y se frotó el lugar donde le había pegado—. Eso es exactamente lo que me decía mi madre tras darme en la cabeza.

Incluso Meghan pudo ver la marca que su mano había dejado en la mejilla del hombre. Sintió un arrebato de arrepentimiento, pero lo ignoró. ¡De ninguna manera iba a sentirse culpable por haberse defendido de aquellos mercenarios!

—Por algún motivo —continuó él—, no me lo creo.

—Claro que me ha dolido más a mí —insistió Meghan—. También me he dado yo, ¿no lo visteis?

—Qué pena... —dijo con una sonrisa en los labios.

Meghan ya no sabía si estaba enfadado o entretenido.

Estaba claro que no estaba entretenido, ¿o sí?

—Yo digo que la dejemos marchar —anunció Baldwin— ...por su propio bien —explicó—, porque si no le quitas tú esa insolencia, Lyon, lo haré yo.

—No, no lo harás —declaró Lyon con una honestidad demoledora—. Le concederás el respeto que se supone que has de tener hacia tu Señora.

—¡¡Qué!! —gritaron Meghan y Baldwin al unísono, mientras sus miradas se cruzaban para después mirar ambos a Lyon con absoluta incredulidad. Él le dedicó una sonrisa, y la joven supo que le debía de estar tomando el pelo—. ¿Qué habéis dicho? —Volvieron a preguntar ella y Baldwin a la vez mirándose el uno al otro.

—¡Parad de una vez! —dijo Baldwin bruscamente—. ¡No necesito eco!

—Tengo derecho a hablar, rufián descortés —respondió Meghan, en aquel instante, totalmente fuera de combate. ¡Estaba claro que no le había escuchado bien! Entrecerró los ojos mirando a Baldwin—. Por cierto —añadió—, creo que parecéis un tembloroso pez dando coletazos, con esa estúpida malla que lleváis, ¿por qué no os preocupáis de poner os en pie y, mientras lo hacéis, os metéis en vuestros asuntos?

Meghan se dio cuenta de que las orejas del hombre se habían puesto de

un rojo intenso y sonrió satisfecha.

El hombre se giró hacia Baldwin.

—¡Está completamente loca! Te lo puedo asegurar; ¡ninguna mujer que conozco habla con tanta falta de respeto hacia un hombre! ¡No es una dama!

Si Lyon no la hubiese estado sujetando, Meghan se habría lanzado contra aquel hombre para darle una bofetada.

—¡A lo mejor es porque vosotros, forasteros, no distinguís a una dama ni cuando la tenéis delante! ¡Os gustan las mujeres tan pálidas como cadáveres, con todas esas pinturas por toda su cara sin sangre, y sin carácter, como viscosos gusanos escurridizos!

—¡Dios santo, no solo está loca, sino que es inhumana! —declaró Baldwin—. ¡Además de una escocesa ladrona a la que hay que patear!

Meghan apretó los dientes. Iba a matar al asqueroso inglés.

—Oye, tú —Intentó darle una patada, pero fue incapaz de mover las piernas con el maldito muslo de Montgomerie sujetándole las extremidades—, ¡no soy una maldita ladrona! ¡Vosotros sois los malditos ladrones! ¡Sois los que habéis robado a mis hermanos todo lo que tenían!

Meghan se dio cuenta de que Baldwin no decía nada en su defensa. Y en su lugar de eso se giró hacia Montgomerie.

—¿En qué diablos estás pensando, Lyon?

De repente, Meghan se percató de que Montgomerie había permanecido demasiado callado durante su pequeño altercado y se giró hacia él, para descubrirlo sonriéndole.

—Estoy pensando que ambos vais a necesitar un guardián... Eso es lo que estoy pensando. —Sus ojos brillaban de alegría.

Meghan parpadeó ante tal semejante resplandor.

De cerca, sus ojos parecían mucho más azules incluso que los de su hermano Colin, y eran tan luminosos como zafiros.

—No puedes estar hablando en serio.

—¿Por qué no? —contestó él sin dejar de sonreír.

Meghan no podía llegar a comprender qué era lo que encontraba tan divertido.

—No os podéis casar con alguien en contra de su voluntad —le informó ella todo lo calmada que pudo y, en aquel instante, se dio cuenta de que se estaba burlando de ella.

—Claro que puedo —rebatió él—. Pasa bastante a menudo.

Meghan se le quedó mirando con absoluta incredulidad.

—Como ya he dicho, es la solución perfecta.

—¿Solución a qué? —respondió Meghan horrorizada, solo para toparse de nuevo con el eco.

El idiota de Baldwin seguía tirado en el suelo, mirando a su Señor como si este se hubiera vuelto completamente loco.

—¿Solución a qué?

—Está claro, a que esta contienda termine de una vez por todas —contestó Montgomerie—. Estoy cansado de discutir con críos.

Meghan hizo una mueca de desconcierto y se giró hacia él.

—¡No podéis pensar que, forzándome a casarme con vos, conseguiréis dar por finalizada la disputa! Mis hermanos preferirían verme como una viuda.

—¿Quieres acabar con la disputa, Lyon? —Baldwin parecía confuso con la idea—. Pensé que...

—¡He cambiado de parecer! —respondió Montgomerie—. ¡Levántate, Baldwin!

—¿Qué habéis cambiado de parecer? —repitió Meghan con cierto temor. Miró a un hombre y luego al otro, sin gustarle lo que estaba escuchando—. ¿Qué queréis decir con eso de que “habéis cambiado de parecer”? —Centró su mirada en Lyon.

—Solo eso, que... he cambiado de parecer, ni más ni menos, muchacha.

Meghan se quedó completamente quieta delante de él.

¡El muy desgraciado!

—¿Estáis queriendo decirme que de pronto ya no deseáis seguir enemistado con mis hermanos?—Algo así.

—¿Por qué?

Tuvo la decencia de mostrarse un tanto inquieto por la pregunta.

Si le hubiese respondido que parecía una vaca no se habría ofendido tanto; podría haber dicho que estaba como una auténtica cabra y seguro que le habría dado la razón; debería de haber dicho cualquier cosa menos aquello, ¡ya que Meghan se puso realmente furiosa.

La chica tomó aire y respondió cuando se hubo calmado un poco:

—A ver si lo he entendido bien, forastero.

Él agarró la cintura de la joven con más fuerza, como si hubiera notado cómo se estaba enfadando, pero respondió con calma:

—Desde luego.

—¿No os importaba antes la disputa?

—No mucho.

—¿Y ahora sí?

—Exacto.

—Y deseáis acabar con ella, ¿por qué? —volvió a preguntar la muchacha.

Lyon ladeó la cabeza, dedicándole una ocurrente sonrisa.

—Por el bien de Escocia —respondió con tranquilidad.

—Ya veo —Meghan apretó los dientes, intentando controlarse sin éxito —, ¿Y cuándo os convertisteis en un noble tan gentil? — Miró al hombre con los ojos entrecerrados fulminándole con la mirada.

Lyon arqueó las cejas.

—¿Podemos decir que ha sido inspiración divina?

Meghan perdió los papeles frente a aquella declaración; se giró con rabia entre los brazos del hombre, intentando soltarse un poco. ¡Si no la soltaba, ambos se iban a caer del caballo!

—Mi nana dice que todos sois unos lobos, ¡y eso es lo que sois! ¡Unos famélicos y codiciosos lobos! —protestó furiosa, mientras se enervaba aún

más al sentirse impotente frente a la fuerza de aquel hombre y su inoportuno buen humor—. ¡No me casaré con vos, pedazo de ladrón, conspirador, lascivo e idiota! —Él ni se inmutó—. ¿De qué estáis hecho? ¿De piedra?

Por mucho que Meghan intentaba liberarse, él era más rápido y fuerte.

¡Y tenía la desfachatez de reírse!

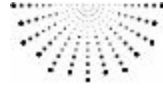
—¡No veo lo que es tan gracioso! —dijo Meghan con brusquedad.

Él continuó riéndose, mientras la agarraba sin apenas esfuerzo.

En su estado de frustración, Meghan arremetió contra él, intentando encontrar un lugar para sus dientes en aquella “bonita” mejilla. ¡El muy granuja!

Él se apartó riéndose todavía más.

CAPÍTULO SEIS



Creo que te has vuelto tan loco como la muchacha! —dijo Baldwin mientras se ponía en pie.

—¡Apuesto a que está como una cabra! —declaró Montgomerie sin dejar de reír.

Como una cabra.

Meghan dejó de forcejear repentinamente al escuchar como si la voz de su nana estuviese allí susurrándole al oído.

—*Creen que estoy loca...* —decía muy a menudo— *Meggie, cariño, sé que piensan que estoy loca; ¡y lo estoy! ¡Como una cabra!* —Luego guiñaría el ojo y soltaría una carcajada, para después ponerse seria y mientras movía el dedo índice, decir—. *Meghan, tú serás igual que yo. Con esa carita que tienes, conseguirás tener el mundo en la palma de tus hermosas manos.*

SIN LUGAR A DUDA, LA NANA FIA TENÍA UN DON PARA LAS PERSONAS, AL IGUAL QUE PARA LOS ANIMALES. POR MUY LOCA QUE PENSASEN QUE ESTABA, SIEMPRE CONSEGUÍA ESTAR UN PASO POR DELANTE, CONSIGUIENDO ASÍ MANIPULAR A TODOS A SU ANTOJO.

Se preguntó qué haría Fia en aquel instante, ¿qué les diría a aquellos zafios ingleses?

¿Cómo podía salir de una situación como aquella?

Entonces, de pronto, el cordero baló.

Meghan se giró para ver cómo la pobre criatura había retrocedido hasta el arbusto y les estaba observando con cautela. Todavía tenían que acusarla de haber robado el animal, lo que le confirmaba que no estaban muy convencidos de que lo hubiera hecho.

La chica miró de reojo a Montgomerie en un intento por evaluar su expresión; la estaba mirando con curiosidad y expectación.

Megan pudo escuchar a Fia susurrar de nuevo:

—*Como una cabra... tú serás igual.*

El cordero volvió a balar y, de pronto, Meghan supo qué tenía que hacer: volvió a mirar a la bestia, intentando no sonreír.

Así que Baldwin pensaba que estaba loca, ¿no? Muy bien, estaba claro que no podía convencerle de lo contrario porque no la iba a creer; sin embargo, lo que sí que podía hacer era demostrarle que estaba en lo cierto... al fin y al cabo tenía el ejemplo de su nana para guiarla.

Le costó sonreír, pero finalmente lo hizo al pensar que Montgomerie seguramente no querría casarse con ella si pensaba que estaba loca...

Se giró hacia el corderito y le preguntó:

—¿Qué has dicho?

—Nada, muchacha —contestó Montgomerie sorprendido.

Ella le miró de reojo.

—¡No hablaba con vos! —dijo con brusquedad, mientras se giraba de nuevo hacia el animalito.

UN SILENCIO SEPULCRAL INVADIÓ EL CLARO DEL BOSQUE; PARECÍA QUE EL aire se había detenido sobre las copas de los árboles; la joven podía notar las miradas de Montgomerie y Baldwin clavadas en la nuca, y rezó para que la jugada le saliera bien.

Esperó a que el cordero volviese a balar, y le respondió como si estuviese manteniendo una conversación con él:

—¡No puedo, Fia! ¡No es posible! ¡No me puedes obligar!

Ajeno a la falsa indignación de la joven, el cordero baló una vez más.

Meghan se encogió de hombros.

—No —dijo con la esperanza de sonar cruel, pero respetuosa—, nunca lo has hecho.

Agachó la cabeza en un momento de meditación y el cordero volvió a balar.

Meghan notó cómo los dos hombres estaban completamente en silencio, y tuvo que hacer un enorme esfuerzo para sofocar la risa.

Se estiró sintiendo cómo el agarre del brazo se aflojaba, y pensó que Lyon estaba un tanto desconcertado.

—Bueno —dijo ella, sonando convencida mientras miraba al animal—, si de verdad lo piensas, lo haré. Pero no estoy conforme.

Baldwin se rascó la cabeza.

—¿Está hablando con la maldita bestia? —preguntó un tanto preocupado.

Montgomerie no respondió.

La joven rezó en silencio para que el animal contestase algo.

Algo...

Lo que fuese...

El cordero baló.

—*¡Qué Dios te bendiga!* —alabó mentalmente al animalito—. Haré lo que pueda, Fia —respondió en voz alta, mirando de reojo a Lyon Montgomerie—. Está bien... —dijo sonando exasperada—, ¡lo haré!

Meghan juraría que le había pillado con la boca abierta, pero se recuperó enseguida.

—¿Qué? —preguntó él con serenidad, aunque con el rostro claramente descompuesto—. ¿Qué es lo que haréis?

Meghan dejó los ojos en blanco.

—Pues que me casaré con vos, está claro, idiota, ¿qué otra cosa si no?

Él parpadeó y Meghan casi esbozó una sonrisa por la expresión de sorpresa que apareció en sus ojos azules.

—¿Lo haréis? —Baldwin también parecía anonadado.

—¡Sí! ¡Me casaré con él, aunque no me entusiasme la idea! —les aseguró a ambos.

Montgomerie la miró entrecerrando los ojos.

—¿A qué se debe ese cambio de actitud?

Meghan arqueó una ceja.

—¿Quién dice que haya tenido un cambio de actitud?

—Vale, está bien, ¿por qué el cambio de idea?

—¡Porque está loca de remate! —insistió Baldwin—. ¿No lo ves Lyon?

Meghan sonrió para sus adentros; era el momento perfecto para presentarles a “Fia”. Hizo un gran esfuerzo por contener la risa mientras les decía:

—¡Porque lo ordena Fia, está claro!

Montgomerie frunció el ceño.

—¿Fia?

Ella le respondió con la más cándida de las miradas.

—Mi nana —explicó, y sonrió con cariño al animal, saludándole como si la estuviese saludando a ella—. Nunca me ha llevado por mal camino ¡Mi nana siempre tiene razón!

El rostro del hombre se retorció con lo que Meghan dedujo que era incredulidad, y tuvo que morderse el labio para no comenzar a reírse.

Él pestañeó.

—¿Habláis del cordero?

Meghan frunció el ceño a modo de respuesta fingiendo ignorancia, y rezó para no fastidiarlo todo por echarse a reír.

—¿Qué cordero?

Él no respondió inmediatamente.

—Ese cordero —contestó tras unos segundos, señalando hacia la bestia en cuestión.

Meghan le fulminó con la mirada como solía hacer con su hermano Colin.

—¡Eso no es un cordero, imbécil! —fingió estar ofendida—. ¡Esa es mi nana!

Él frunció el ceño.

—No podéis estar hablando en serio.

—¡Claro que sí! —le aseguró Meghan, intentando no reírse con la atrevida mentira.

—¡Claro que lo está! —mantuvo Baldwin—. ¿No te acuerdas de que, cuando la vimos, iba hablando con la bestia?

El cordero baló.

Justo a tiempo, pensó Meghan.

—¡Oh no! ¡No creo que pueda hacerlo, Fia! —exclamó la joven en tono de desafío.

—¡Dios! —explotó Montgomerie—. No podéis pensar que me voy a creer semejante estupidez. Estáis hablando con un maldito cordero.

Meghan no tuvo que fingir el enfado, ya que el tono del hombre lo consiguió por sí solo.

—No sé de qué estáis hablando, forastero ¡pero no oséis hablar a mi nana de ese modo!

—No podéis hablar en serio.

—Puedo y lo hago.

Lyon estudió el rostro de la muchacha en busca de algún signo que delatase la mentira, pero su expresión solo mostraba su ofensa. Era una espléndida actriz.

—¿Pretendéis que crea que... —Señaló al cordero solo para estar seguro de que le entendía bien— esa estúpida bestia es vuestra nana?

—¡No os tengo que hacer creer nada en absoluto, forastero! ¡No me importa nada lo que penséis! ¡Dejadme marchar y lo retiraré todo! —Volvió a

intentar soltarse—. ¡No me casaré con un hombre tan grosero!

El cordero baló.

Ella se giró hacia la bestia y contestó con vehemencia:

—¡No sabes lo que me estas pidiendo, Fia! ¡No me casaré con ese bruto!
¡Ni por Escocia, ni por mis hermanos, ni por la paz ni por nada!

Lyon pestañeó frente a la ridícula negativa de la chica. No podía ir en serio, por muy seria que estuviese; estaba hablando con el animal como si este comprendiese lo que le estaba diciendo.

El animal se dio la vuelta como si estuviera disgustado por la respuesta de la joven. Si Lyon fuese un ingenuo, se hubiera creído que ambos se estaban realmente comunicando.

Frunció el ceño mientras miraba a uno y a otro.

¿En qué estaba pensando? No podían estar hablando. Era inconcebible.

A menos que estuviese loca de verdad.

Entonces, algo en la forma en la que le miró, algo en aquellos astutos ojos verdes, le dio que pensar. Le estaba observando expectante y parecía estar examinando su reacción. Y, de pronto... ató cabos: no estaba hablando con el puto animal; estaba fingiendo... la muy astuta. Estaba utilizando el insulto de Baldwin para su propio beneficio.

Pues no le iba a funcionar, porque había averiguado su plan. Deseaba la paz, y estaba dispuesto a sacrificarse para conseguirla, en especial si el sacrificio implicaba conseguir una pareja tan adorable.

—¡Muy bien! —exclamó Lyon—, Cuantos más, mejor. Traeremos también a tu nana.

Ahora le tocaba a ella pestañear perpleja, y Lyon no pudo si no sonreír al ver su expresión de sorpresa.

—¿Ah sí?

—¡Claro! —dijo él exultante—, Por favor, aceptad mis más sentidas disculpas por haber insultado a vuestra encantadora nana. Está claro que es muy sensata —dijo.

Ella entrecerró los ojos y le miró con tal temor que le provocó una sonrisa.

—¿Lo es?

Él le guiñó un ojo.

—Claro que sí. Puedo ver que es una mujer muy sabia.

—¿Podéis?

—¡Sí! Y os pido que solo consideréis el bien que podríamos hacer juntos si seguimos el consejo de vuestra nana.

—¿Podemos? —Meghan pestañeó. Por algún motivo, su plan había salido completamente mal.

—Si pudierais perdonar mi grosería —continuó él—, y aceptar ser mi esposa... conseguiríamos poner punto final a esta disputa de una vez por todas. No más peleas. ¡Paz para todos!

Meghan arqueó una ceja; realmente lo dudaba. Los hombres habían nacido para luchar. Frunció el ceño. Maldito bastardo, no tenía que presentarlo todo tan noblemente.

Pero, por otro lado, no le faltaba razón. Se zanjaría la disputa, sus hermanos estarían a salvo y le estaría haciendo un favor a Alison, entre muchas otras cosas.

Pero no estaba dispuesta a confesar su historieta.

—¿También puede venir Fia? —preguntó arqueando las cejas.

Él asintió.

—Os doy mi palabra —contestó con demasiada seriedad—, de que haré todo lo que esté en mi mano para que vuestra nana se sienta cómoda en mi casa.

Meghan frunció el ceño.

—¿Lo haréis?

¡No tenía que ser tan amable! Así era mucho más difícil despreciarle, aunque tampoco ayudaba que le sonriese de aquella manera tan encantadora.

Sus ojos azules titilaros con entusiasmo.

¿A su costa?

Estaba convencida de que era así; pero se negaba a admitir la derrota, todavía no. Era muy cabezota, y aún tenía mucho que decir.

—¿Y qué hay de mis hermanos? —insistió Meghan.

—Están invitados a la boda, por supuesto —respondió él despreocupado.

Meghan hizo una mueca de dolor; sabía que sus hermanos no iban a ser tan conciliadores.

—¡Se comerán vuestros ojos y se darán un festín con vuestra lengua! —le advirtió con completa certeza —. Aunque yo aceptase la proposición, mis hermanos nunca lo harían.

—Ya veremos —respondió, y ordenó a Baldwin que fuera a buscar su caballo. El hombre cumplió las órdenes sin pronunciar ni una palabra—. Y no te olvides de nana —le recordó Montgomerie.

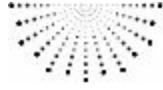
Baldwin le dedicó una mirada hostil, pero se dio la vuelta y fue a por el cordero. Si Meghan no hubiera estado tan consternada como estaba, seguramente se hubiera reído de Baldwin; corriendo con aquella malla plateada detrás de un corderito esquilado.

—¡No podéis llevarme sin más! —protestó ella, al ver que él iba en serio —. Al menos no sin dejarme hablar con mis hermanos, ¡nunca aceptarán esto!

—Entonces tendremos que encontrar la manera de convencerlos —respondió, mientras espoleaba al caballo atrayéndola con fuerza hacia él.

—¡Nunca! —juró Meghan, apartándose de él— ¡Nunca!

CAPÍTULO SIETE



*P*odéis obligarme a colocarme frente al altar, pero no a que pronuncie los votos!

Lyon tan solo esbozó una sonrisa.

—Ya veremos.

—Nunca —juró ella de nuevo.

Eso era lo que siempre decían: nunca.

Solo que Lyon ya lo sabía; no había conocido todavía a una mujer a la que no había podido encandilar con unas cuantas palabras bonitas y un par de besos robados.

Las mujeres eran criaturas volubles con corazones tontos e insaciables caprichos. Decían “nunca” mientras sus manos trataban de atraer sus labios hacia sus adorables y codiciosas bocas.

Al menos esa era su experiencia.

Ni siquiera su madre había sido distinta: mientras declaraba su independencia de los hombres, era una esclava de su excesivo orgullo. Lo cierto era que era una mujer muy bella, incluso cuando los años ya hacían mella. A los cuarenta y dos años todavía elegía a los hombres. Ellos le entregaban toda clase de joyas, ropas caras y todo lo que su corazón desease... hasta que ella se cansaba de ellos y los cambiaba por otros. Incluso conseguía que la echasen de menos. Lyon podía contar con los dedos de las

manos y aún algunos más los hombres a los que su madre había robado el corazón.

Sin embargo, su madre no era una persona fría; era amable, generosa y con un corazón demasiado grande, y aunque nunca correspondió a los afectos de sus amantes, siempre les trató bien. Su madre simplemente era... libre y fácil.

O, mejor dicho, su precio era extravagante y ella demasiado quisquillosa. Vivía su vida preocupándose solo del presente y Lyon la admiraba por ello. No llegaba a comprender por qué la gente o bien vivía aferrada al pasado, o bien pendiente del futuro, pero nunca disfrutando el presente.

Y él era el primero que lo hacía...

Bueno, no aquel día... no en aquel momento; estaba siguiendo lo que le iban dictando sus impulsos, ¡sin importarle las consecuencias! Había pasado demasiado tiempo desde que había hecho caso a lo que le decía su instinto.

Su madre le había mimado cuando era pequeño, y le había animado a seguir los deseos de su corazón. Se había sacrificado para que tuviese una buena educación e incluso había hecho promesas por su bien cuando nunca las había hecho por el suyo propio.

El gran arrepentimiento de Lyon consistía en eso; había abandonado su propia educación. Toda su vida había confiado en su estatura y músculos para sobrevivir entre unos compañeros que le veían como un simple deshecho, como algo insignificante.

A pesar de no haber sido reconocido por su padre, Lyon había conseguido crecer dentro de la élite de la corte de Enrique.

No pasó mucho tiempo hasta que descubrió que la fuerza y su espada le proporcionaban respeto en ese mundo de abandono. Al haber tenido pocas esperanzas por conseguir un feudo o una vida propia, se resignó demasiado pronto a la vida mercenaria.

Había traicionado sus propios principios.

¿Y por un montón de joyas y un maldito título?

Y una puta espada.

Durante esa época, las mujeres habían entrado y salido de su vida, y él las había considerado poco más que como mero divertimento; claro que el sentimiento era mutuo y él lo sabía, ya que no tenía nada que ofrecerles, nada propio que entregarles. Desde que había sido un crío, siempre había sabido que estaba destinado a estar solo: cuando era pequeño, se había mantenido apartado de sus compañeros; era un mero observador, se pasaba las horas aprendiendo con el clérigo. Al convertirse en hombre, los demás se andaban con cuidado cuando él estaba cerca; y eso era a todo lo que podía aspirar. Respeto. Incluso si no le veían como a un igual, al menos le respetaban.

Y era suficiente.

—¿Qué quieres ser cuando seas mayor? —Le había preguntado una vez David de Escocia, como agradecimiento a la leal defensa de Lyon.

Piers se lo había pensado un instante, se había encogido de hombros, y había respondido:

—No importa mientras sea feliz. —Y lo pensaba de verdad.

—¿Eso es lo único que quieres? —Le había preguntado David sorprendido, inclinando la cabeza y mirando a Piers como si fuera un bicho raro—. Pues —Había anunciado dándose importancia—, ¡yo deseo ser rey! Y cuando lo sea —prometió—, daré a todos mis amigos lo que desean. Si deseas la felicidad, Piers de Montgomerie, la encontraré para ti, la envolveré en un forro dorado y te la entregaré en un plato de plata. ¿Qué opinas?

A Piers le había parecido un gesto muy generoso, aunque un poco prepotente.

Sin embargo, había decidido que mejor buscaba por sí mismo la felicidad, ya que el octavo hijo de un rey, fuese quien fuese, no tenía muchas posibilidades de sentarse en un trono, a no ser que fuera el retrete.

No obstante, no había dicho nada, solo se había limitado a sonreír con agradecimiento a su amigo.

Pues bien, después de todo, David de Escocia había ganado el trono y le

había otorgado a Lyon su segundo deseo; le había entregado una parcela de terreno: pura tierra escocesa en la que construir su legado.

De pronto, era libre para soñar y planificar.

Y la muchacha que llevaba sentada delante de él era el comienzo.

Una alianza con sus hermanos le haría echar raíces en aquella tierra.

Eso era lo que quería.

La quería a ella.

No solo porque fuese hermosa, que lo era, y salvaje, con aquel seductor pelo pelirrojo y esos ojos verdes en los que cualquier hombre podría perderse por completo.

Sí, vale, pero era más que eso... era la primera piedra de sus cimientos.

—Estáis muy callada —susurró a su espalda.

Ella se estiró y su reacción le provocó una sonrisa; podía no tenerle especial aprecio, pero estaba claro que no le era indiferente y saber eso le gustaba.

El amor y el odio no eran unos sentimientos tan distanciados entre sí; al fin y al cabo, eran dos extremos en el mundo de los sentimientos, mientras que la indiferencia era algo completamente distinto: significaba la ausencia de sentimientos.

—¿Y cómo queréis que me sienta delante de vos? —soltó ella sin preocuparse ni de mirarle—. ¡Sois un forastero deleznable que me ha secuestrado en contra de mi voluntad!

Nada, pensó él, estaba claro que no le era indiferente y eso le gustó.

Inmensamente...

Incluso le estimulaba.

La animadversión de la chica era como un guante tirado a sus pies, no podía apartarse ni tampoco lo deseaba, ya que tenía la impresión de que el premio no tenía paragón.

Por otro lado, nunca había perdido un combate, y eso le provocaba una gran satisfacción, como nunca antes. No peleaba injustamente, pero tampoco

tenía piedad. Luchaba para ganar.

Iba a domar a la pequeña bruja que tenía delante de él, aunque fuera lo último que hiciera.

Una vez le habían dicho que su lengua producía melodías para los oídos. Ninguna mujer era inmune a los piropos, pero su lengua también tenía otros dones de los cuales ninguna mujer se había quejado aún.

Tomó con suavidad un mechón de pelo de la muchacha y lo colocó en la mano. Parecía que la joven no lo había notado, o... se estaba dejando.

Suave.

Sus dedos se deleitaron con su suavidad y grosor; se llevó el mechón de pelo a la nariz y aspiró su aroma. Frunció el ceño.

—Delicioso —dijo a la muchacha—, realmente delicioso, pero no consigo ubicar la esencia.

Ella no le agradeció el cumplido, ni pareció picar el anzuelo.

—Me gusta —continuó él.

—Ya me he dado cuenta —respondió ella, bastante displicente—, se ve por la forma en la que habéis hundido vuestra nariz, como un perro salvaje cualquiera, forastero. ¿Os divertís?

Lyon no pudo hacer otra cosa que reírse. Era una muchacha muy perspicaz. Se acercó más a ella, atraído por la suavidad de sus rizos, como un imán al metal.

—Mmmm... —murmuró— Parece que sí.

Ella se apartó.

—¿Os importaría dejar de hacer eso? —preguntó un tanto molesta—. Por si lo queréis saber, es un aclarado a base de tuétano, eso es lo que oléis. Lo uso de vez en cuando al lavarme el pelo, si no, no lo puedo desenredar. Es una receta de mi nana. Parece que tiene el mismo efecto en todos los animales, ¡al menos en los perros!

Lyon tuvo que reprimir la risa, ¿Acaso le estaba llamando “perro”? Como mínimo le estaba llamando “animal”, eso estaba claro.

—¿En serio?

—Sí —dijo ella, dándose la vuelta y retirando el pelo de la mano del hombre—. Así es —se volvió a girar separándose de él para evitar tocarle.

Lyon sonrió. Era obvio que no iba a ser una victoria fácil. Pero, por otro lado... valía la pena luchar por aquello que lo merecía.

Había desenvainado la espada por cosas menos importantes que aquella, y tenía claro que iba a disfrutar de la batalla; hacía mucho tiempo que algo no le provocaba semejante satisfacción.

Quizás la joven apreciaba un ataque más directo.

—Me temo que no estoy de acuerdo, muchacha —le susurró en la nuca—. Sois vos la que tenéis ese efecto en mí, no el aclarado de vuestro cabello.

Pudo sentir el escalofrío de la chica, lo que le satisfizo inmensamente.

Era increíble cómo la mera reacción a sus palabras había calentado su entrepierna y puesto su sangre en ebullición, cuando en los últimos años le había costado un montón sentir algo. Estaba entusiasmado.

Estaba curado de espanto en lo que se refería a sus gustos; pero, de algún modo, ella era distinta: incluso sus pullas le hipnotizaban.

Se inclinó hacia ella, saboreando el dulce aroma de su piel.

—Decidme, muchacha... ¿Debo llamaros así, “muchacha”, o tenéis preferencia por algún otro nombre?

Ella se giró y le lanzó una mirada asesina.

—Claro que tengo un nombre, forastero, pero podéis llamarme muchacha, si así lo deseáis.

—¿No me lo vais a decir? —Le dedicó una mirada de corderillo degollado.

La joven solo sonrió levemente sin enternecerse lo más mínimo.

—Parece ser que no.

Él arqueó las cejas.

—Puedo preguntárselo a vuestra nana —propuso con la certeza de que la chica no le seguiría el juego ya que era una pérdida de tiempo.

Había planeado que fuese suya, ¿lo sería?

—Adelante —respondió ella, tomándole el pelo—. Nos lo dirá, a menos que yo le dé permiso, y no se lo voy a dar.

Escocesa cabezota.

—Por algún motivo —contestó Lyon sardónicamente—, me imaginaba que iba a ser que no.

—Eso es porque Fia —explicó de forma significativa— respeta los deseos de los demás, no como otros a los que he conocido...

Lyon ignoró aquella pulla; estaba decidido a enamorarla y ganársela.

—Es una pena que no me lo digáis...

—¿Lo es?

—Sí... una mujer hermosa solo puede poseer un hermoso nombre.

Ella se giró y le dedicó una siniestra mirada.

—He de avisaros, forastero, que no soy una estúpida muchacha a la que se le pueda llenar la cabeza con halagos. ¡No me vais a encandilar con bellas palabras!

Arpia escurridiza.

Él no se lo creyó; a todas las mujeres les gustaba que las halagasen.

—La idiotez —aseguró ella— no es algo que fluya por las venas de los Brodie.

—¿Y lo hace la locura?

Meghan abrió la boca para replicarle, pero la cerró de inmediato sin saber muy bien cómo responder a lo que acababa de decir.

Se dio cuenta, por el tono de su voz, de que la estaba retando. Estaba claro que no se había creído su pequeña historia. Sin embargo, no estaba todo perdido.

Decían que la locura había maldecido la sangre de los Brodie; obviamente, no era cierto, lo cierto era que nadie había conseguido entender a su madre y a su nana. Su madre solo había estado apenada por la pérdida de un amor, mientras que la vieja Fia simplemente era un poco excéntrica... y el

rumor se había extendido...y ahora Meghan lo podía utilizar en su propio beneficio.

Pero si realmente deseaba que Montgomerie se creyese su fábula, y claro que lo quería, tenía que responder con cautela.

Seguramente la dejaría marchar si pensaba que no estaba en sus cabales; ningún hombre deseaba casarse con una mujer que estaba loca.

¿Verdad?

¿Cómo podía entonces sembrar la semilla sin que sus intenciones fueran tan obvias?

No había necesidad de suavizar el tono, pues haría que sospechase.

—¿Os creéis siempre todo lo que escucháis? —preguntó todo lo brusca que pudo.

La ira era una defensa tan buena como cualquier otra en contra del sonido de la voz de él.

Que Dios se apiadase de ella, pues aquel tono le provocaba escalofríos por toda la espalda...y el roce de su aliento sobre la nuca hacía que tuviese carne de gallina por todo el cuerpo.

El hombre permaneció en silencio un instante, y luego respondió:

—¿Y qué exactamente se supone que es lo que he escuchado?

Meghan sonrió para sí misma, satisfecha de que hubiera caído en su trampa con tanta facilidad.

—¡No importa! ¡No es cierto!

—¿No era cierto? —Se pudo notar la confusión en su voz.

—No tienen ni idea de lo que hablan —aseguró Meghan, consciente de que le estaba confundiendo todavía más y pensando que estaba disfrutando de todo aquello más de lo que le gustaría.

¿Cuándo había disfrutado tanto contando una mentira?

¿Qué demonios le pasaba?

Y ¿por qué aquello parecía por momento más un concurso de ingenio que un inteligente tejemaneje para librarse de un matrimonio no deseado?

—Me estáis confundiendo, muchacha —dijo con honestidad.

Meghan intentó sonar inocente.

—¿Ah sí?

—Sí —parecía demasiado trastornado como para estar enfadado— ¿De qué demonios estáis hablando?

—¡La sangre de los Brodie no está maldita! —juró—. ¡Todo es una maldita patraña!

—¡Yo no dije nunca que lo estuviese, muchacha! —Sonaba realmente aturdido.

—¡Vaya! —exclamó Meghan, y suspiró esperando.

Él no dijo nada, y ella fingió interés por el bosque que estaban atravesando.

Hacía mucho tiempo que no había ido en aquella dirección; Los MacLean habían sido los dueños de aquel terreno, y ella y Alison lo habían explorado en un momento u otro, al igual que había hecho con su nana a pesar de que el viejo MacLean no parecía muy contento con que Fia estuviese hurgando por allí.

Meghan recordaba a la perfección el intercambio de palabras en los que los dos se enzarzaban a menudo; MacLean la llamaba vieja bruja loca, y Fia a él, viejo grosero, tacaño, gordo.

Aquel recuerdo hizo que esbozara una sonrisa.

Dios, ¡cómo echaba de menos a su nana! Fia nunca se había achantado ante nadie, y mucho menos ante los hermanos de Meghan o incluso el viejo MacLean.

Ni Leith, ni Colin, ni Gavin habían entendido nunca a su nana.

Meghan deseaba en secreto ser como ella.

—¿Qué maldición? —preguntó de pronto Lyon.

Meghan se mordió el labio.

—No... importa —respondió de forma evasiva. Miró de reojo para observar la reacción de Lyon y fingió interés por el paradero de Baldwin,

mordiéndose el labio, nerviosa—. Me pregunto si mi nana estará bien con el idiota de vuestro hombre.

—¡Estoy convencido de que estará perfectamente!

—Padece de una terrible gota —Se inventó Meghan.

—¿Ah, sí? —preguntó él lacónicamente, sonando un tanto escéptico.

—¡Sí! —exclamó Meghan—. Le duele un montón.

—¿En serio?

—Así es.

—Me pregunto —dijo él— por qué lleváis a vuestra nana con una cuerda. Meghan se pensó un poco la respuesta antes de contestar.

—Está medio ciega, por eso.

—O sea que está ciega y padece de gota... ¿algo más?

Meghan se mordió el labio intentando no sonreír por lo que acababa de decir él.

—Bueno... a veces está un poco sorda y si no gritáis no os contestará.

—¡No me digáis! ¿Algo más?

—Dejadme que piense... —dijo y continuó—. No... nada... creo que nada más.

—¿Estáis segura?

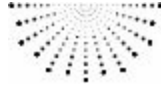
—Creo que sí —dijo Meghan sonriendo para sí misma—, a menos que consideréis una enfermedad el tener pelos en la barbilla.

—¿barba de chivo?

Meghan pudo distinguir el tono de incredulidad en la voz del hombre. Deseaba con todas sus fuerzas estar volviéndolo tan loco como él pensaba que estaba ella.

—Sí —respondió ella—. Fia está convencida de que lo es.

CAPÍTULO OCHO



*L*a mujer era incorregible.

Lyon estaba convencido de que estaba disfrutando.

Había logrado picar su curiosidad a pesar de que Lyon era consciente de que le estaba haciendo morder el anzuelo.

—¿Qué maldición? —preguntó de nuevo.

Ella le miró con timidez.

—¡Bah! Seguro que no creéis en maldiciones, forastero. ¡No el todopoderoso Lyon!

Bruja.

Podía ver por el brillo de sus ojos que le estaba tomando el pelo y, para más inri, lo estaba haciendo muy bien.

Muy bien, dos podían jugar a ese juego.

—Estáis en lo cierto —transigió él—. Dejadlo, muchacha, pues ya no deseo saberlo.

La joven se quedó tiesa y en silencio durante un momento, mientras Lyon esbozaba una sonrisa.

—¿Ah...no? Bueno, en realidad no son más que absurdas habladurías —dijo tras otro silencio meditabundo.

—Estoy seguro de ello —Contuvo la risa.

Salieron del bosque hacia el brillante sol de la tarde. Lyon pudo escuchar

el aporreo de los martillos y el clamor de la gente, y aquel sonido provocó en él un sentimiento de orgullo como nunca; aquella era su tierra, su hogar. Sus hombres estaban trabajando para reconstruirla, y había algo increíblemente emocionante en llevar a aquella mujer tan particular a sus dominios. Hubo algo en aquella situación que le hizo ponerse recto en la silla y le impulsó a contener el aliento.

El aire estaba impregnado con la esencia de los brezos unido a un olor más intrigante y escurridizo. Su mirada se centró de nuevo en la muchacha que llevaba delante de él, y su entrepierna se volvió a rebelar. La joven tenía algo que le inspiraba como no le pasaba desde hacía años.

Le hacía sentirse vivo.

Maldita sea, ¿a quién quería engañar?

Le hacía *sentir*.

Tenía todos los sentidos a flor de piel.

Sin poder evitarlo se inclinó hacia ella, impulsado por sentirse más cerca e inhalar el dulce aroma de su hermoso cabello una vez más. Era tuétano, ¿no? El mero recuerdo le hizo sonreír. Muchacha descarada. No... lo que olía era un ligero rastro a romero... y a sol.

No había nada ostentoso en la mujer que iba delante, nada ornamental. Era sincera y honesta, y aunque no tenía ni un pelo de tonta, poseía un halo de inocencia que era alentador. A diferencia de las mujeres que había conocido, los ojos de aquella chica no hablaban de seducción, y sus pestañas revoloteaban con una inocencia fingida.

Y, sin embargo, le seducía.

La joven suspiró con fuerza y Lyon pudo sentir cómo el aire se escapaba de sus propios pulmones. ¿Cómo era posible que le afectase de aquella forma?

¿Qué tenía ella que le hacía estar tan ligado a cada suspiro que daba y a cada palabra que pronunciaba?

—No debí decir nada —lamentó la chica.

Todo lo contrario, pensó él; le entusiasmaba escuchar su voz. Por algún motivo, era la viva encarnación de la mezcla entre mujer y niña; el tono de su voz era tanto dulce como provocativo. Le hechizaba, le hacía anhelar el poder mimarla y devorarla a la vez.

Volvió a suspirar y él sonrió para sí mismo, consciente de que el ser incapaz de inventar algo la estaba matando. Y decidió poner punto final a su miseria de una vez por todas.

—Pues ya que lo habéis hecho —soltó sonriendo—, podríais elaborarlo un poco más.—Bueno... —respondió ella en seguida—, si insistís...

La sonrisa de Lyon se ensanchó

—Pero si os lo cuento, no debéis creéroslo —indicó con firmeza—. ¡Juradlo!

—¿Cómo puedo jurar algo así, muchacha, cuando no tengo ni idea del impacto que va a causar lo que me vais a contar? Contadme la historia y ya veré si me la creo o no.

Ella pareció considerar la propuesta un instante.

—Muy bien — respondió finalmente—, todo es falso, e injusto, pero dices que las mujeres Brodie estamos malditas.

Lyon supo a dónde pretendía llegar la joven y tuvo que contener la risa.

—Y ¿por qué, muchacha?

—Pues —continuó ella— se rumorea que la locura fluye por las venas de los Brodie, pero... ¡no es cierto!

A Lyon no le cabía la menor duda.

—No es algo muy agradable, ¿no creéis?

—Nunca he escuchado algo así —respondió él, y se planteó si lo que le estaba contando era verdad, pero llegó a la conclusión de que no lo era, ya que la muchacha estaba disfrutando demasiado.

—¿Ah, no? —La chica parecía muy decepcionada, lo que provocó que Lyon se lo volviera a pensar—. ¡Vaya!

Era una gran mentirosa. Lyon intentó no reírse, aunque los hombros se le

sacudieron con regocijo. Fue incapaz de responder de inmediato, y se sintió aliviado cuando la joven comenzó a hablar por iniciativa propia.

—Lo cierto es que mi madre no estaba loca —continuó—; quizás un poco... sensible, y mi nana... solo era un poco excéntrica.

Lyon arqueó las cejas.

—¿Era? —preguntó. Al haberla pillado en aquel desliz, no pudo reprimir las ganas de recriminárselo por ello— ¿ERA excéntrica? Y entonces, ¿ahora qué es?

Ella le miró de reojo frunciendo el ceño. Por un segundo pareció que no le había entendido bien, pero acto seguido respondió:

—¡ES! —Intentó arreglarlo— Es, obviamente.

Fue entonces cuando el hombre fue incapaz de contener la carcajada.

—Está bien saberlo, ya que no me gustaría llevar a una loca a mi casa.

—Oh... —respondió ella, consiguiendo mostrar un halo de esperanza con aquel simple monosílabo.

Lyon esperó que la chica por fin confesase su locura, pero la espera fue en vano; era demasiado astuta para eso.

—Me pregunto qué les estará entreteniéndolo —Sonaba preocupada de verdad.

Muchacha cabezota.

No podía creer cómo podía seguir aferrada a aquella absurda historieta. Supuso que estaba esperando a que él cambiase de idea, pero estaba esperando en vano, ya que cuanto más lo pensaba, más convencido estaba de que hacía lo correcto; era la solución perfecta en todos los sentidos.

La muchacha se giró para mirar el camino a su espalda y, en aquel momento, Lyon sintió una curiosidad inmensa por el color sonrojado de sus mejillas. No solo se iba a casar con ella, sino que ella lo haría de motu propio.

Por muy arrogante que sonase, Lyon estaba convencido de sus... poderes de persuasión, y en aquel momento se sentía bastante despiadado; como el león que rodea a su presa.

La muchacha había logrado sacarle algo primitivo; algo más que simple lujuria. La necesidad de poseer era abrumadora.

—Ahora vendrán —aseguró él, reprimiendo las ganas de inclinarse hacia ella y rozar los labios en el calor de sus mejillas.

Se imaginó cómo sería pasarlos sobre su boca... la sensación de su lengua sobre aquella ardiente piel... y sintió una sacudida por todo el cuerpo.

La joven parecía ajena a la tempestad que había causado dentro de él. Si tan solo se diese cuenta... estaba convencido de que comenzaría a gritar y a patalear, en lugar de utilizar tanta sofisticación con él.

Tragó con dificultad, pues su boca estaba completamente seca, y dijo:

—Es más que probable que Baldwin haya...

—¡Ahí están! —exclamó ella—. ¡Justo a tiempo!

Lyon se giró para ver a Baldwin salir del bosque por el camino que ellos habían usado, remolcando al corderito.

Ella comenzó a retorcerse, pillando a Lyon por sorpresa, que tuvo que agarrarla por la espalda antes de que se cayese del caballo.

Tiró de las riendas, y con la voz entrecortada exclamó:

—¿Estáis loca de verdad, muchacha?

Meghan esta vez no tuvo que fingir el malestar por el bienestar de su nana. Su temperamento irrumpió por sí solo al ver cómo llevaba Baldwin al cordero detrás de él. ¡Cómo osaba a tratar de esa forma tan cruel a la pobre criatura! Deseaba saltar sobre Baldwin y arrancarle el pelo de la cabeza.

Iba montando en su caballo, con la cuerda en la mano y tirando del corderito sin preocuparse por parar cuando el confundido animal frenaba asustado. ¡Estaba ahorcando al chiquitín!

—¡Cómo se atreve! —estalló.

—Cómo se atreve, ¿quién? ¿Qué? —gruñó Lyon con el ceño fruncido.

A la joven no le importó si estaba enfadado con ella.

—¡Paradle! —chilló enrabiada—. ¡Ordenadle que la suba al caballo, forastero, o no iré con vos!

—¿El cordero?

Meghan le fulminó con la mirada.

—Fia —respondió—. ¡Su nombre es Fia! ¡Ordenadle que la deje montar o no iré con vos!

Él apretó los dientes un tanto molesto por la insistencia de la chica.

A Meghan no le importó.

—¿Creéis que tenéis elección? —Tuvo el nervio de preguntarla.

¡Cómo se atrevía a pensar que no!

—¡Esto no es Inglaterra, forastero! Sí que tengo opciones, y si pensáis lo contrario, un día os encontraréis solito en una fría cama.

Él arqueó las cejas.

—¿Me estáis amenazando, muchacha? ¿Voy a tener que ataros a la cama cada noche?

A pesar del implícito aviso, su cara mostraba poco más que impaciencia, y Meghan apretó con fuerza los dientes.

—Tomadlo como gustéis —continuó—. Pero no daré mi brazo a torcer en esto. ¡Decidle que la deje montar!

Él entrecerró los ojos, que brillaban de una forma extraña, lo que provocaba que a Meghan se le hiciese un nudo en el estómago.

A lo mejor estaba cometiendo un error al no tenerle miedo.

Al fin y al cabo, se trataba del infame Lyon de Enrique; campeón del mejor postor. Era bien conocido por haber derramado la sangre de ingleses, franceses, escoceses y sarracenos por igual.

Y, aun así, no le causaba ningún temor.

En realidad... la hacía sentirse... curiosamente excitada. En especial en aquel momento en el que se encontraban cara a cara, tan cerca... intercambiando intenciones.

Era sumamente consciente de que los dedos del hombre estaban en su brazo agarrándola con fuerza para que no se cayese del caballo.

—Me pregunto si eso os gustaría —preguntó él sonriendo con picardía—.

Estar atada a mi cama.

Meghan se negó a acobardarse frente a él.

—Decidle que la deje montar —insistió de nuevo, ignorando por completo su insulto—, o...

—O ¿qué? —la agarró con más fuerza del brazo sin llegar a hacerla daño, lo suficiente como para mostrar su superioridad.

Meghan lo pensó por un instante, consciente de que se encontraban cerca de su casa y de que Baldwin se estaba acercando a ellos.

—Decís que queréis casaros conmigo por la paz, ¿no es así?

—Sí, muchacha, eso es lo que he dicho.

—¿No sería una lástima para todos que vieran cómo me lleváis a la fuerza, chillando y pataleando? Me pregunto qué harían mis hermanos si descubriesen que me habéis tratado con tanta brusquedad.

Él continuaba sonriendo y Meghan no juró mucho más.

—¿Más amenazas, muchacha?

—Quizás —admitió Meghan.

Él arqueó la ceja y ladeó la cabeza.

—A ver si lo he entendido... ¿Estáis diciendo que aceptáis casaros conmigo... si ordeno a Baldwin que lleve a la bestia en brazos?

Meghan se encogió de hombros.

—Puede que sí, o puede que no... tendréis que esperar para verlo, ¿no?

Su sonrisa se hizo más pronunciada, mostrando unos impolutos dientes blancos, y Meghan notó cómo el corazón le comenzaba a latir con fuerza.

Y, aun así, Meghan no estaba dispuesta a renunciar a su única ventaja: su voluntad.

Le devolvió la sonrisa con la esperanza de parecer tan despiadada como él, luego abrió la boca y comenzó a chillar.

—¡Dios! —exclamó él, colocando una mano sobre la boca de la joven para intentar callarla.

Meghan ni se molestó en luchar: continuó gritando a pleno pulmón,

parándose únicamente paró cuando necesitó respirar. Fue entonces cuando él la soltó; pero de pronto, ella volvió a tomar aire y pegó un alarido ensordecedor.

—¡De acuerdo! ¡Maldita sea! —Se dio por vencido—. ¡Parad, muchacha! ¡Parad de una vez! ¡Baldwin, monta a la maldita nana en tu puto caballo! —exigió Lyon.

Meghan cesó de gritar y sonrió con satisfacción.

Baldwin abrió los ojos de par en par.

—Pero no puedo montar con un...

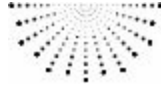
—¡¡Hazlo!! —le ordenó Lyon.

—Gracias —dijo Meghan con dulzura, e intentó no reírse por la expresión de agobio que tenía Baldwin—, os aseguro que Fia os lo agradecerá... porque padece de...

—Gota, ya lo sé —respondió Lyon—, ¡muchacha marisabidilla!

Meghan pestañeó dedicándole la más ingenua de las miradas.

CAPÍTULO NUEVE



Alison había salido corriendo de la pradera y se había aislado en su enramada durante aproximadamente una hora antes de darse cuenta de que no estaba conforme consigo misma por lo que había hecho.

Meghan Brodie había sido su mejor amiga desde el día que la pilló espiándola junto a su nana en el bosque. El padre de Alison no le había contado más que cosas horribles acerca de la anciana, y la chica se había quedado como una cobarde detrás de un enorme roble. La curiosidad la había anclado a aquel lugar.

Meghan no la había delatado a su nana; se había arrastrado y gateado hacia ella y le había dicho en un tono bien dulce:

—Te prometo que no te hará daño. No está loca, solo es mi nana.

Se lo había dicho con tanto cariño y esperanzas que Alison en seguida se había sentido fatal por las historias que había escuchado acerca de la anciana.

Se encontraba en el salón de los hermanos de Meghan esperando mientras ellos la buscaban. Había anochecido y el cielo color lavanda se estaba oscureciendo de forma inquietante, y con cada segundo que pasaba en el que los hermanos Brodie no regresaban, el nerviosismo de Alison se intensificaba.

¿Por qué tardarán tanto?

Comenzaba a tener un mal, mal presentimiento; algo había salido

terriblemente mal y, una vez más, era culpa suya. Bajó los hombros con desánimo, pero en cuanto el hermano mayor de Meghan, Leith, apareció en la sala, se puso recta.

—¿La habéis encontrado? —preguntó Alison con preocupación, para luego observar la expresión de su rostro, con lo que sus esperanzas se derrumbaron.

—No —Él frunció el ceño—, pero Colin y Gavin siguen buscándola, muchacha.

Se acercó a la mesa donde estaba sentada Alison y se apoyó en ella. Su rostro estaba tenso, pero su actitud era tranquila y reflexiva. Se cruzó de brazos, dando la impresión de estar analizando la situación.

Por su estatura y delgadez no parecía más que un chiquillo, pero Alison pudo distinguir en su rostro la sabiduría de la experiencia... y más.

Alison no había hablado mucho con Leith porque estaba un tanto intimidada por su seriedad. Siempre había resultado complicado saber si estaba o no de acuerdo con su amistad con Meghan, y a pesar de que la chica no encontraba motivos por los que no estuviese conforme, nunca había sido del todo simpático con ella; cordial sí, pero cálido... jamás.

Aquel día, sin embargo, agradecía su formal comportamiento. No parecía especialmente contento con las circunstancias, pero tampoco parecía culparla.

Obviamente, no es que hubiese revelado todo abiertamente, y sabía que lo tendría que hacer; deseaba con todas sus fuerzas no tener que confesar bajo aquellas circunstancias, para luego culparse a sí misma por ser una estúpida egoísta que había mirado antes por su propio bien que por el de Meghan.

¿A dónde había ido Meghan?

No era su estilo pasar tanto tiempo fuera.

Bueno... sí, pero no tanto rato y, además, solían ir juntas, Alison y ella. Pero aquel día, estaba ella sola...

Gavin entró en la habitación bastante serio. Leith le miró y Gavin negó con la cabeza.

—¡Nada! —anunció él.

—¿Has mirado en la capilla? —preguntó Leith—. Colin dijo que había estado por la mañana preocupada por un pájaro.

Gavin volvió a negar con la cabeza y posó la mirada en el suelo con preocupación.

Alison escuchó la conversación, mientras su temor se incrementaba junto con la culpabilidad.

—Ha sido el primer lugar y el último donde he mirado— concluyó Gavin—. Leith, no está ahí.

—¡Maldita sea! —exclamó Leith— ¿Dónde demonios está? —Un tono de pánico invadió su voz.

—Como dije antes, si pasase más tiempo rezando y menos en...

Leith alzó la mano, haciéndole callar.

—¡Gavin, para! ¡Ahora no quiero oír eso!

Gavin parecía decidido a opinar.

—¡Ahora es justo cuándo lo tienes que oír, Leith! Si no, ¿cuándo?

—Esto no tiene nada que ver con tu visión acerca de las faltas de respeto de Meghan, Gavin.

En aquel instante, Colin entró en la habitación.

—Meghan tiene derecho a creer en lo que quiera.

Estaba enfadado. Nunca había agradecido nada a Alison y casi nunca lo había hecho en seguida.

—¡Lo tiene todo que ver con eso! —insistió Gavin, prendiendo la ira de Colin.

—¡Cierra el pico, Gavin! A menos que puedas abrirlo para ayudar, en vez de para empeorar las cosas con tu maldito sermoneo; ¡Me estás poniendo de los nervios!

Alison nunca le había visto tan enfadado.

Gavin fulminó a Colin con la mirada.

—¿Por qué has...? —Se puso tenso, aunque permaneció sentado.

Alison aguantó la respiración al ver cómo los dos hermanos discutían; nunca los había visto pelearse así, normalmente eran unos hombres muy tranquilos. Alison siempre había envidiado la buena relación que Meghan tenía con ellos.

—¿Por qué yo qué? —rebatía Colin, levantándose con los puños apretados a los lados— ¡Dilo como un hombre, Gavin, o cállate!

—¡Callaros de una vez los dos! —ordenó Leith.

Gavin y Colin obedecieron de inmediato, a pesar de ser más fuertes físicamente que su hermano mayor. Leith era alto, sí; pero Gavin, aunque fuese el más joven, era todavía más alto que su hermano, y Colin, aun teniendo una estatura media, era sin lugar a duda el que tenía más músculos.

—No es momento de ver quién es más gallito; se trata de Meghan, ¿recordáis? —Miró con seriedad a Colin.

Colin apretó los dientes y se limitó a asentir con la cabeza.

—¿Gavin? —apuntó Leith.

Gavin también asintió.

—Todos estamos preocupados —añadió Leith—; no sirve de nada pelearnos entre nosotros.

—No debí dejar que se marchara dejarla marcharse —se lamentó Colin—. Mierda, sabía que no debía dejarla marchar; Leith, tenía un presentimiento.

—Tampoco es momento para lamentaciones, Colin —dijo Leith—. Yo mismo se lo hubiese prohibido, pero ambos sabemos que Meghan habría hecho lo que le hubiera dado la gana.

—Ahí es a dónde quería llegar yo —intervino Gavin.

—En otra ocasión, Gavin —ordenó Leith—. He dicho que ahora no.

De pronto, los ojos de Colin se cruzaron con los de Alison, pero no precisamente del modo que ella hubiera deseado; estaban llenos de emoción, y estaba claro que la culpaban a ella.

¿Qué iba a pensar de ella cuando les confesase todo?

—Nunca debí decirle que Alison la esperaba en la pradera —insistió Colin.

Alison bajó la cabeza.

—Es culpa mía, lo sé —dijo.

—No, muchacha —aseguró Leith—. No lo es. Colin solo está enfadado consigo mismo, nada más.

Por mucho que le doliese tener que confesar, sabía que debía hacerlo ya.

—Sí —insistió Alison—, es por mi culpa.

Miró a Leith, incapaz de enfrentarse a Gavin o a Colin; por algún motivo, era más sencillo hacerlo si se imaginaba que esos dos no la estaban escuchando.

—No, muchacha —dijo de nuevo Leith.

—Sí, lo es —aseguró Alison, poniéndose de pie—, porque yo robé la cabra.

Leith frunció el ceño, claramente confuso, y descruzó los brazos.

—¿De qué diablos estás hablando, muchacha? ¿Qué cabra? ¿Qué tiene que ver una maldita cabra con la desaparición de Meghan?

El labio inferior de Alison comenzó a temblar, pero alzó la mirada y le miró con valentía.

—La cabra de Montgomerie.

—¿La cabra de Montgomerie? —Leith estaba aturdido por aquella confesión.

—¿Te refieres a LA cabra? —preguntó Colin con tono de incredulidad.

Alison asintió con la cabeza sin apartar los ojos de Leith.

—Sí —respondió sin más.

—¿LA cabra? —repitió Colin, a medida que su enfado crecía por momentos.

Alison se encogió sin atreverse a mirarle por temor a lo que pudiera ver en sus ojos.

—¿Has dicho que era la cabra de Montgomerie? —Volvió a preguntar

Gavin, como si se estuviese cerciorando de que había escuchado bien.

Alison se giró hacia él y asintió con la cabeza, intentando evitar la mirada de Colin.

—¿Qué te llevó a hacer una cosa así? —Leith parecía anonadado.

—¡Dios! —explotó Gavin.

Tanto Leith como Colin le miraron estupefactos, y Alison no pudo evitar que sus ojos comenzasen a llenarse de lágrimas, ya que nunca había escuchado a Gavin pronunciar el nombre del Señor en vano, ni una sola vez.

—Explícate —contestó Leith girándose hacia ella.

Los ojos de Alison ya estaban llenos de lágrimas.

—No pretendía que Montgomerie os culpase a vosotros; lo hice para evitar el tener que casarme con él.

—¿Robándole una cabra? —preguntó horrorizado Colin.

Fue entonces cuando Alison se atrevió a mirarle, arrepintiéndose acto seguido de haberlo hecho, ya que la expresión en el rostro del chico era claramente de indignación.

Y furia.

—No quería...

—¡Deberías estar agradecida por casarte con algún hombre! —gritó Colin con crueldad.

Alison se estremeció con su tono de voz.

—No pretendía... pensé que si él y mi padre discutían... No era mi intención que él pensase que...

—¡Alison MacLean, no te quiero! Ya no sé cómo decírtelo— anunció Colin.

Las lágrimas de Alison brotaron de sus pestañas recorriendo sus mejillas.

—Pero... yo solo... no quería casarme con él —volvió a explicar, para intentar que Colin la entendiese; tenía que saber lo que sentía por él—. No puedo amarle, ¿no lo ves?

Los ojos del chico brillaron llenos de rabia.

—Si le pasa algo a mi hermana por tu actitud de niña pequeña, nunca te perdonaré —juró, y aquel desprecio en su voz fue más mortífero que un puñal clavándose en el corazón de la chica—. ¡No te lo perdonaré, Alison MacLean!

Alison intentó respirar hondo, ya que le faltaba el aire.

—¡Ya basta! —ordenó Leith.

—Colin, déjala —suplicó Gavin—. No era su intención.

—¡La dejaré tranquila! —anunció Colín—. Voy a salir a buscar a mi hermana. Vosotros dos podéis seguir jugando a las niñeras si queréis.

Dicho eso, se dio la vuelta sobre sí mismo y salió de la habitación enfadado. Alison no dejó de mirarle con lágrimas en los ojos hasta que desapareció por la puerta.

Le amaba con locura y él la despreciaba profundamente.

Leith se acercó a la mesa dónde estaba sentada. Alison le vio acercarse con la visión nublada por las lágrimas; miró de reojo a Gavin, y pudo ver la lástima en la mirada del chico. No podía soportarlo; se inclinó hacia delante y apoyó la cabeza en la mesa, dónde se derrumbó por completo.

Pudo sentir cómo Leith apoyaba una mano en su espalda en un intento por reconfortarla.

—Colin no lo ha dicho en serio —aseguró.

—Voy a salir yo también a buscar a Meghan —dijo Gavin—. A lo mejor ha perdido la noción del tiempo.

—Muy bien —accedió Leith, mientras se ponía de rodillas junto a Alison—. Asegúrate de mirar el atajo que hay en la pradera. Sé que le gusta cogerlo, aunque le haya dicho que no lo haga.

Alison fue completamente consciente de los pasos de Gavin abandonando la habitación, pero continuó llorando, incapaz de mirar a Leith por vergüenza.

Leith continuó tranquilizándola.

—Está bien —dijo con suavidad—. Sé que no era tu intención, Alison.

Se inclinó torpemente hacia ella y la joven, desesperada, se giró y se

apoyó en sus brazos agradecida por que estuviesen allí para calmarla. ¡Colin la odiaba! ¡Gavin sentía lástima por ella! Su mejor amiga estaba en problemas, y ¡todo era por su culpa!

—La encontraremos. —Leith intentó consolarla y Alison deseo con todas sus fuerzas creerle.

Se agarró a su camisa, mientras lloraba contra su hombro.

—Los dos conocemos a nuestra Meggie... Estoy convencido de que aparecerá por la puerta, y si no es sola—dijo con una sonrisa—, entonces quien quiera que la haya cogido, la devolverá de inmediato, con esa lengua viperina que tiene.

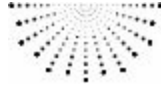
Alison soltó una pequeña carcajada. Tenía razón; Meghan sabía cómo decir lo que pensaba.

—Ya vale —dijo Leith con dulzura—. Límpiame las lágrimas de los ojos, muchacha. Tenemos que trabajar juntos en esto.

Alison hizo lo que se le pedía y dejó de llorar, mientras le miraba entre algún que otro sollozo sorbiendo. Sabía que tenía razón; debía de ser fuerte por el bien de Meghan.

—Ahora —propuso él—, por qué no me cuentas todo, muchacha... desde el principio.

CAPÍTULO DIEZ



Bajad del caballo, muchacha!
—¡No! —respondió Meghan—. ¡No lo haré! ¡No podéis decirme lo que tengo que hacer!

Él se colocó delante de ella con los brazos arqueados, mirándola como si se tratase de una niña traviesa a la que quisiera colocar en sus rodillas para darle unos buenos azotes. En su favor no lo hizo; se limitó a arquear una ceja.

—Teníamos un acuerdo, ¿no os acordáis?

Meghan negó con la cabeza.

—Puede que vos lo tuvieseis —le recordó—. Yo solo sugerí que sería una lástima que todo el mundo presenciase cómo me llevabais en contra de mi voluntad.

La chica era consciente de que estaban montando un espectáculo, pero no le importó. Que mirasen, así sabrían que su nuevo Señor no era más que un despiadado bárbaro forastero.

—Lo haremos a vuestra manera —dijo, y se aproximó a ella para bajarla del caballo.

Meghan soltó un grito de sorpresa, esperando que la colocase sobre su hombro, pero en su lugar, la acunó entre sus brazos como a un bebé. Se puso tan nerviosa que se le olvidó chillar.

—¿Qué estáis haciendo? —gruñó la joven.

—¿Qué creéis que estoy haciendo? Os estoy llevando al umbral. —Tuvo la indecencia de guiñarla un ojo—. Un marido cariñoso y su ruborizada esposa.

Meghan le fulminó con la mirada. Su plan de dejarle como un bárbaro se iba al traste.

—No sois mi cariñoso marido —aseguró ella—, ni yo vuestra ruborizada esposa.

Él la levantó para susurrarle algo al oído, y su cálido y dulce aliento le rozó la mejilla, lo que provocó que un escalofrío recorriese los brazos y piernas de la chica.

—Puede, muchacha, pero la gente es lo que ve.

La apartó y sonrió, y Meghan se olvidó de cómo se respiraba.

Estaba tan confusa por la intimidad de sus brazos... de aquel susurro... del tono de su voz, que no fue capaz de responder.

Dios santo, ¿qué le estaba pasando? Su cuerpo estaba reaccionando de una forma rara, se estaba acelerando, mientras su corazón se le desbocaba, por salirse del pecho.

Daba la impresión de que él era consciente del impacto que su abrazo había provocado en ella, pues tenía los ojos entrecerrados.

—Gritad, si queréis —la provocó.

El muy canalla... conocía sus intenciones y la estaba retando. Meghan deseó poder gritar, pero fue incapaz; lo único que pudo hacer fue quedarse mirando anonadada aquellos labios, dándose cuenta levemente de que la había llevado en brazos por el patio bajo las miradas de su gente hasta el umbral de la puerta; luego había subido con ella las escaleras hasta su alcoba, allí la había colocado sobre la cama sin sutileza alguna y se había apartado.

¡Qué pícaro! Sospechaba que el hombre pretendía que aquello le recordase a su hogar. Pues no, todavía no se había casado con él y no pretendía hacerlo; ¡que pensase lo contrario, si lo deseaba!

Sus hermanos pronto vendrían a por ella, y entonces tendría la última

palabra.

¡Maldito bellaco malnacido!

Hasta entonces, estaba dispuesta a jugar a su pequeño juego.

—No podéis encerrarme sin más —anunció Meghan antes de que él pudiese cerrar la puerta.

Él frenó en seco y se dio la vuelta para mirarla.

—Claro que puedo... —respondió con una calmada sonrisa.

A decir verdad, su arrogancia la enfurecía y la intrigaba al mismo tiempo. ¿Cómo era posible?

El esbozó una sonrisa.

—...Observadme.

Meghan no sabía si enfadarse o sorprenderse por semejante respuesta. Nadie antes había sido tan impertinente con ella. Era como si dijese lo que dijese, o hiciera lo que hiciera, él iba a hacer lo que le viniera en gana con una gran sonrisa en su rostro.

Estaba acostumbrada a tratar con hombres déspotas; pero por algún motivo, Lyon Montgomerie era distinto.

Era más que evidente, por la forma en la que la miraba y por su actitud, que no era indiferente a su aspecto; sin embargo, a diferencia de otros hombres, él no se había limitado a balbucear al dirigirse a ella, ni se había visto impulsado a satisfacer todos sus caprichos, todo lo contrario.

Jamás había conocido a un hombre al que le preocupase tan poco lo que ella pensase de él. De hecho, parecía no importarle lo más mínimo si ella le aceptaba o no; es más, era como si estuviese maravillado por el desprecio que sentía por él.

Siendo sinceros, daba la impresión de que ambos se habían enzarzado en una batalla de voluntades e ingenio, y esta vez Meghan no estaba dispuesta a perder.

Él se volvió a girar para marcharse, y Meghan respondió a sabiendas:

—Si no os vais a quedar y abusar de mí... ¿os importaría mandarme a mi

nana para que me haga compañía?

Si Meghan esperaba algún tipo de reacción por parte de él, estaba bien equivocada, porque el hombre se limitó a sonreír y a contestar sin vacilar:

—Claro, la enviaré de inmediato.

Meghan le sonrió con dulzura.

—Gracias. —Pestañeó coquetamente

—No paráis nunca, ¿verdad?

Meghan arqueó las cejas.

—¿A qué os referís? No sé de qué habláis.

—Claro que sí... puedo verlo en vuestros ojos, muchacha. Sabéis perfectamente lo que estáis haciendo, y no os va a funcionar.

—¿El qué no va a funcionar? —preguntó Meghan con su tono más inocente—. No tengo ni idea de a qué os referís. Es lo mínimo que podéis hacer. Si nos vais a tener prisioneras aquí, lo más amable es que nos dejéis pasar nuestro cautiverio juntas.

—¿Prisioneras? —Él arqueó una ceja—. No penséis eso —declaró—. Tenéis mi palabra de que tendréis todos los respetos como mi esposa.

Meghan ladeó la cabeza dedicándole una intencionada mirada.

—No recuerdo haber acordado eso, forastero. Aunque si os place pensarlo... disfrutad de ello. Podéis marcharos —respondió en tono displicente.

Y con un suspiro, se tumbó en la cama estirándose como si fuese la suya e ignorándole por completo.

Lyon la observó acomodarse en la cama y experimentó una reacción inmediata al verla allí tumbada; estaba repantigada como si no la importase nada en el mundo... como si fuese una Señora satisfecha esperando el regreso de su amante.

Se le secó la boca y aunque tenía pensado marcharse para preparar los mensajes que iba a enviar a David y a Dougal MacLean, de pronto no deseó hacerlo.

Sobre todo, porque parecía que ella deseaba que se fuese.

¿O no?

Cerró la puerta y sonrió al ver cómo la cabeza de la joven asomaba para mirarle. La expresión de sorpresa de su rostro pronto se convirtió en aquella expresión tan familiar de desprecio que sabía hacer tan bien.

Sus miradas se fijaron la una en la otra, mientras él se aproximaba a la cama. La habitación estaba en silencio, a excepción del sonido del crujir de las maderas del suelo con sus pisadas.

—Os diré lo que me place, muchacha —dijo inclinándose y acorralándola en la cama con sus brazos.

El grito de sorpresa de la chica le encantó.

—¿El qué? —Pestañeó manteniendo la mirada.

Lyon podía ver la pregunta en sus ojos. No era tan intrépida como deseaba que él pensase que era, pero, aun así, le miraba directamente con la barbilla levantada como signo de desafío, tenía la inclinación perfecta como para llegar a sus labios... y entonces él bajó la boca.

Aquellos magníficos labios... carnosos y perfectos... se imaginó que serían suaves y lascivos... se los imaginó rodeando su cuerpo de la forma más pecaminosa.

El pecho de la joven se elevó con otro suspiro, y él bajó la mirada hasta su busto, donde permaneció un instante antes de regresar al rostro. Era lo único que podía hacer para no inclinarse y probar aquellos dulces y lascivos labios.

El aroma de la joven comenzaba a provocarle... aquel ligero olor que había despertado el apetito de su cuerpo como ninguna mujer había hecho en mucho tiempo.

—El veros aquí en mi cama —susurró él—. Eso me place.

Ella respondió con un suave gemido, y él pudo notar cómo aquella reacción la había sorprendido a ella misma, ya que se quedó sin pestañear.

Dios, la deseaba.

Sobre todo, deseaba que ella quisiera.

Deseaba más que su cuerpo.

Deseaba que se tumbase debajo de él y gritase su nombre en mitad de la noche... y ser en lo primero que pensase cuando sus ojos vieses los primeros rayos de la mañana. Quería ver el anhelo en aquellos profundos ojos verdes, y el ansia en el terso final de sus pechos; quería sentir cómo se endurecían bajo la palma de las manos. Deseaba que gimiera de placer cuando sus manos cubriesen sus pechos, y quería que gritase cuando su boca sustituyera a sus manos.

Deseaba iniciarla en cada placer pervertido que él se había permitido...

Y más...

De algún modo, eso era lo que le hacía ella... aquella mujer cuyo nombre desconocía.

Aquella mujer que le miraba con recelo y fingía una indiferencia que claramente no podía sentir con la mirada que poseían esos hermosos ojos: una mirada de pura inocencia unida con una desinhibida curiosidad. Podía sentir que escondía una pasión tan profunda como la suya.

La iba a meter en su cama... aunque fuese lo último que hiciese, e iba a usar todos los medios posibles para mantenerla ahí.

Iba a ganarse el camino hasta su corazón.

La iba a atar a él para siempre.

Lo prometió mientras miraba su hermoso rostro sonrojado.

Se aproximó más disfrutando del calor entre ambos y se colocó sobre ella hasta que su cálido aliento rozó los labios de la joven.

A Meghan se le olvidó respirar cuando la miró. Ningún hombre la había besado antes, y nunca lo había deseado tampoco. Y, aun así, por algún motivo, solo podía pensar en qué sentirían sus labios si él colocaba los suyos sobre ellos. Tragó convulsivamente.

Meghan comenzó a sentirse mareada al tenerle sobre ella con aquellos maravillosos labios tan cerca de los suyos, y esos vivos ojos azules clavados

en sus pupilas.

Aquella mirada... no era tan ingenua como para no entender lo que significaba. Había visto mil veces a Colin mirar así a sus conquistas como para no distinguirla.

—Sois como todos —susurró con la voz ronca.

Él negó con la cabeza y, al estar tan próximo a ella, Meghan pudo sentir el roce de sus labios.

¿O no había sido real?

—No —aseguró él—, no lo soy, muchacha. No os equivoquéis pensando lo contrario.

Sus ojos brillaron con malicia, y Meghan en seguida se planteó si estaba diciendo la verdad. A lo mejor, al igual que el resto, su rostro había llamado su atención, pero su actitud hacia ella era de todo menos familiar.

—No podéis forzarne a casarme con vos —dijo Meghan sin aliento—. Y no lo haré. No podéis obligarme.

¿Estaba luchando tanto para convencerle?

¿O convencerse?

—Eso es cierto —accedió él con una sonrisa—, no puedo forzaros, pero lo haréis.

Meghan entrecerró los ojos.

—No estéis tan seguro. No soy una niña tonta que suspira con cada hombre atractivo que ve. No me ganaréis con adulaciones.

La sonrisa del hombre se hizo más pronunciada.

—Entonces, ¿creéis que soy atractivo?

Meghan se sonrojó.

—¡Yo no he dicho semejante cosa! ¡No pongáis en mi boca palabras que no he pronunciado, forastero!

Sin embargo, lo pensaba. Nunca un rostro le había atraído tanto. Era la cara de un hombre y no la de un muchacho; y aun así, Meghan podía distinguir la travesura de su juventud en cada una de sus expresiones.

Era un hombre que disfrutaba de sus placeres... y tenía claro que, en aquel momento, su placer era ella.

—No osaría poner palabras en vuestra boca... —aseguró él.

Jamás un hombre la había mirado así, no era solo el apetito de sus ojos, o la intención escrita en su rostro... no; había algo más...

—Al menos no cuando hay cosas mejores que me gustaría hacer con esa boca.

La calidez de su voz hizo que Meghan se estremeciera.

Se dio cuenta de que se trataba de un hombre que sabía lo que quería, y que estaba acostumbrado a conseguirlo.

—¿Sois consciente de lo que provocan esos labios vuestros a un hombre?

Meghan negó con la cabeza mientras pestañeaba.

¿La iba a besar? Tenía la impresión de que esa era su intención, pues había entrecerrado los ojos y torcido la cabeza como si fuese a pegar la boca en la suya.

Aguantó la respiración con antelación.

¿Se lo iba a permitir? ¿Debería?

—Un día —prometió él—, me suplicaréis que os ame.

—No...

—Shhhh...

Su aliento rozó con calidez sus labios, Meghan cerró los ojos un instante, sucumbiendo a aquella sensación. Dios, se sentía indefensa frente a semejante seducción; sabía cómo tratar a los hombres que la miraban lascivamente, hombres que le prometían su amor tras posar los ojos en ella, y con bellezas excesivamente entusiastas, pero no sabía cómo lidiar con aquel hombre, no con la manera que tenía de hablarle a su cuerpo, el cual respondía como un esclavo a su amo... sin importar que su cabeza y corazón estuvieran diciendo que no.

Él se separó un poco, dejando hueco para que respirara. Y pensara.

—Creo que lo haréis —le dedicó una gran sonrisa.

—¡No lo haré! —aseguró Meghan con más firmeza de la que realmente sentía.

—Entonces, demostradme que me equivoco —la retó, levantándose bruscamente de la cama.

Meghan pestañeó confusa por aquella repentina respuesta y por su sensación de decepción. La había abandonado, la había dejado allí mirándole perpleja mientras se alejaba.

—Os casaréis conmigo —dijo—, porque sabéis que digo la verdad, y que es la solución más sensata a nuestro pequeño problema.

Y cerró la puerta al salir.

¿Qué demonios había pasado? ¿Había deseado que la besase?

¡Claro que no!

Entonces, ¿por qué estaba tan desilusionada porque no lo había hecho?

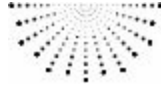
Y, ¿por qué se sentía rechazada, cuando él había manifestado desde el principio sus intenciones y deseos?

Meghan se percató de que era porque por primera vez, no era ella la que tenía el control.

Y, a decir verdad, la irritaba soberanamente que lo tuviese él.

¡El muy canalla! ¡Cómo osaba marcharse y dejarla así!

CAPÍTULO ONCE



A Lyon le había costado hasta la última onza de su voluntad dejarla allí tumbada.

Deseaba con todas sus fuerzas besar aquellos maravillosos labios; adorarlos con los suyos, pero además quería mucho más que eso.

Exacto, cabía una posibilidad de que le hubiese correspondido al beso por el calor del momento, pero era consciente de que era demasiado pronto y seguramente se hubiese arrepentido acto seguido, ya que a él no le hubiera bastado con un simple saboreo de sus labios.

Por otro lado, también estaba el hecho de que le hubiese comparado con el resto de sus admiradores.

¿Los habría conocido de una forma más carnal? ¿Fue eso lo que había percibido en su rostro cuando la estaba mirando? Aquel pensamiento le molestó e intrigó al mismo tiempo; no quería imaginársela con otro hombre y, sin embargo, la idea de que no hubiese conocido el cuerpo de otro hombre ni cómo satisfacerlo le atraía muchísimo.

Era consciente de que era un hombre con pasiones muy oscuras.

Y necesitaba a una mujer lo suficientemente atrevida como para compartirlas con él.

Deseaba que fuese la mujer que yacía en su cama.

No valía otra.

Y eso le llevó a otra cuestión completamente diferente...

No tenía ni idea de cómo iba a lidiar con Dougal MacLean y el asunto con su hija.

Lyon la había visto solo una vez y no le había impactado lo más mínimo; y lo cierto era que, en aquel momento, apenas se acordaba de cómo era.

Por otro lado, una parte del acuerdo por el que él había aceptado aquel territorio de Dougal MacLean consistía en devolvérselo en virtud de alianza. Había retrasado el compromiso todo ese tiempo, porque cuando conoció a la hija de MacLean no tenía necesidad de llenar su cama. Y ahora sí que la tenía, pero Alison MacLean no era la deseada para hacerlo.

Era... la que estaba allí arriba, fuese cual fuese su nombre.

Él frunció el ceño, claramente era muy testaruda. Era obvio que no iba a averiguar su nombre solo porque así lo quisiese, y ella era consciente de ello.

Tendría que escribir la misiva a David sin saberlo; se referiría a ella como la hermana Brodie.

Bajó las escaleras disparado hasta el vestíbulo y se dirigió hacia la mesa que había sobre la tarima, mientras le pedía una pluma y un trozo de papiro a un muchacho que había sentado a lo indio en el suelo mientras acariciaba a un gato sarnoso. Con las prisas, se había olvidado de coger su propio material para escribir.

El chaval se levantó de un brinco y corrió a obedecer las órdenes, mientras Lyon se subía a la tarima y rodeaba la mesa.

Suspiró con cansancio mientras retiraba la silla, y se sentó a esperar intentando pensar en el mejor camino a seguir. Se pasó los dedos por el pelo.

Malditos escoceses.

Sabía que iba a tener que formularlo correctamente o se vería envuelto en otra nueva enemistad.

Alison MacLean no era fea, pero carecía de espíritu. Se había sentado en frente de él, mientras su expresión cambiaba de indiferencia a terror por la posibilidad de tener que casarse con él.

Al menos por eso no se iba a sentir culpable. No le cabía la menor duda de que ella no compartía el entusiasmo de su padre por la alianza, por lo que no tenía que preocuparse por decepcionarla. Y, sin embargo, no deseaba herir sus frágiles sentimientos.

Intentó evocar el rostro de la chica en su mente, pero todo lo que le vino a ella fueron aquellos ojos bizcos... esa nariz... y la expresión de abatimiento que tenía; había permanecido sentada al lado de su padre totalmente destrozada, mientras este cotorreaba acerca de los beneficios de la propuesta de alianza, sin importarle el malestar de su hija. Lyon había sido plenamente consciente de ello, por lo que ¿cómo iba a casarse con ella, cuando era obvio que la hija MacLean había sido forzada?

Baldwin entró en el vestíbulo.

—¿Dónde está la muchacha? —preguntó apareciendo desaliñado y sorprendido por ver a Lyon solo.

Lyon no creía que su amigo le fuese a perdonar nunca el haber tenido que montar a la puta cabra en su caballo. Y sabía que mientras viviese, no iba a conseguir eliminar de su mente la imagen de Baldwin intentando montar con la maldita bestiecilla en brazos. Finalmente, había logrado sentar al animal a horcajadas sobre la silla montándose él detrás.

—¡Huelo a mierda! —Se quejó alzando los brazos en señal de disgusto.

Lyon soltó una carcajada.

—No me cabe la menor duda.

—Espero que estés contento —respondió Baldwin bastante desagradable—. ¿Dónde está la loca?

—En mis aposentos.

Baldwin asintió con la cabeza.

—Claro.

—¿Dónde está Fia?

—¿Dónde crees? Se la he dado a Cameron para que la coloque con el resto.

—Pues tienes que ir a por ella —ordenó Lyon sin poder evitar reírse por la expresión de Baldwin—. Quiere ver a su *nana*.

—No puedes decirlo en serio.

—Completamente —contestó Lyon—. Ella es distinta, ¿no?

Baldwin balbuceó algo inteligible para sí mismo mientras se acercaba a la mesa.

—Vale, ¡es diferente! —accedió—. ¿Estás loco, Lyon? ¿Qué es lo que quieres con una lunática?

Lyon arqueó las cejas. Se le ocurrían varias cosas, una en particular que estaba directamente relacionada con la cosa palpitante que tenía escondida bajo la mesa.

—¿Qué crees que quiero con ella, Baldwin?

—¡Bastardo libidinoso! —le acusó Baldwin.

Lyon simplemente se rio.

—Te puedo asegurar que es mucho más problemática de lo que vale —le avisó Baldwin.

Lyon arqueó una ceja.

—Yo seré el que juzgue eso.

Baldwin se sentó sobre la mesa.

—Está loca —dijo con convicción.

Lyon comenzaba a estar harto de escuchar eso.

—No —difirió—. Te aseguro que no lo está.

—¿Y si sí que lo está? —insistió Baldwin.

—No lo está. Se trata de una muchachita que es muy astuta. Solo eso.

—¿Y estás seguro de que querer hacer esto?

Lyon se pasó la mano por la barbilla.

—Todo lo seguro que puedo estar.

—¡Dios, realmente lo estás! —Baldwin soltó un pequeño silbido y negó con la cabeza.

Ambos permanecieron en silencio un instante, analizando la gravedad de

la decisión de Lyon.

—Y, ¿qué hay de MacLean? ¿Qué le vas a decir? No le va a hacer ninguna gracia esto, Lyon.

El hombre se recostó en la silla.

—Lo sé.

—No te tengo que explicar que cuenta con esta alianza.

Lyon apretó los dientes.

—Pues tendremos que encontrar la compensación perfecta. Dicen que todo hombre tiene su precio. Incluso David —continuó—. No soy tan lerdo como para no entender por qué me entregó estas tierras en primer lugar.

Baldwin asintió con la cabeza.

—Me necesita aquí, o no se hubiese arriesgado al descontento de estos montañeses, al menos no cuando está intentando ganárselos tan desesperadamente. No hubiese hecho un trueque con el territorio de MacLean solo para recompensar a un viejo amigo. Es demasiado listo para eso. Me colocó aquí porque soy muy bueno en lo que hago.

—Eso es verdad —asintió Baldwin—. Nadie es mejor que tú en lo que se refiere a comandar a un grupo de hombres descarriados.

Lyon se inclinó hacia delante y se apoyó en la mesa mientras miraba a Baldwin.

—También es consciente de que mientras quiera esto, y lo hago, no voy a abandonar y venderme. Estoy cansado de todo eso, Baldwin. Tengo oro suficiente como para hacer lo que me plazca. La vida es demasiado corta —concluyó.

—En efecto, ¿Qué puedo hacer? ¿Cómo puedo ayudarte?

Lyon le dedicó una sonrisa.

—Para empezar, puedes levantar tu apestoso trasero de donde como.

Baldwin se carcajeó.

—Y luego puedes ir a coger a Fia y llevarla con su nieta —añadió Lyon con una nota de ironía.

Baldwin movió la cabeza y brincó de la mesa. Y, para sorpresa de todos, no dijo nada.

—Gracias —dijo Lyon cuando su amigo se marchaba—. Sé que esto tiene todas las papeletas de complicarnos la vida a todos, no solo a mí.

Baldwin sonrió.

—Has hecho mucho por mí, apoyarte es lo mínimo que puedo hacer, ¿necesitas algo más?

—Solo una cosa —contestó Lyon—, averigua su nombre por mí y, es posible, para antes de la cena.

—Muy bien —respondió Baldwin y se marchó justo en el momento en el que el muchacho entraba con la pluma y el tintero de Lyon y papiro.

Lyon cogió el material de las manos del chico y le despidió con una caricia en su oscura cabellera y un “gracias”, y se dispuso a redactar las cartas necesarias: una para Dou-gal MacLean, otra para David de Escocia, y una última para los hermanos de la muchacha, ya que Lyon estaba seguro de que estarían preguntándose por el paradero de la joven. No servía de nada tenerlos en ascuas, y más cuando se iban a convertir en sus cuñados.

Es más, mientras escribía, se planteó si hacerlo en forma de invitación de boda, pidiéndoles que trajesen su propia cerveza.

EL CORDERITO ESTABA ASUSTADO.

Meghan lo sabía por cómo temblaban sus patitas , y sabía que el pobre animal no se tranquilizaría lo suficiente en aquel extraño lugar como para dormirse por sí mismo.

—Pobrecito —le acunó subiendo al animal a la cama y aproximándose a con él.

Al estar asustado, el animal se acurrucó junto a ella y la muchacha se sentó y le acarició la cabeza mientras el cordero escuchaba el sonido de su voz. Siempre le habían gustado mucho los animales, algo que claramente

había heredado de Fia, y al haber pasado todo el día con aquel animal, estaba comenzando a encariñarse de él. Parecían tener una afinidad innata. En verdad, por extraño que pareciese, comenzaba a pensar que era de verdad su nana Fia.

Se tumbó en la cama observando su prisión mientras acariciaba el recién esquilado abrigo del animal. No era una habitación grande, pero tampoco muy pequeña, y no tenía nada reseñable, a excepción de un agujero en el techo. Estaba oscureciendo; Meghan observó cómo el brillante cielo se oscurecía para dar paso a la noche ante sus ojos.

Sabía que sus hermanos la estarían buscando; también sabía que estarían preocupados y sintió una ola de arrepentimiento por haberse puesto en peligro. Nunca debió de coger aquel atajo del bosque.

Era consciente de que Colin sería el que más se estaría culpando por haber sido el que la había dejado marchar.

Aunque Colin era el más indulgente de sus hermanos, era bastante protector con ella, lo que pasaba es que la daba un poco más de libertad porque él valoraba mucho la suya.

Y, aun así, lo cierto era que si no fuese por el hecho de que sabía que estarían en casa preocupados... o fuera buscándola y temiéndose lo peor... no estaría tan arrepentida por sus circunstancias actuales.

No importaba que se dijese a sí misma que estaba cómoda por su cuenta, se sentía terriblemente sola, y aquella unión al menos le proporcionaría niños algún día.

—¿Sabes qué? —preguntó al corderito que descansaba a su lado. Al verle tan relajado en su presencia, se sintió orgullosa—. El forastero tiene razón —continuó susurrando por si la podían escuchar—. Esta puede ser la solución perfecta: casarme con ese bruto —razonó—. ¿Qué opinas?

Miró el sereno rostro del animal y le recordó a Fia cuando dormía. Lo que le hizo esbozar una sonrisa.

Cuántas mañanas había entrado de puntillas en la habitación de su nana

para encontrarla tirada en la cama, tan quieta que parecía haber fallecido en medio de la noche. Meghan se solía acercar a la cama de Fia con los ojos abiertos y un valor que no tenía. Se solía quedar allí observando el pecho de su nana en busca de alguna señal de vida. Fia siempre dormía plácidamente y Meghan tenía que poner la mano bajo su nariz y sentir el calor de su respiración para tranquilizarse, y entonces Fia la pegaba el susto de su vida despertándose de golpe.

—¡Ay! —se quejaba Fia—. ¿Es que una anciana no puede descansar en paz?

Meghan gritaba de miedo, para luego suspirar aliviada y sentirse culpable por haber despertado a su nana.

El recuerdo la llenó de pena. Fia había sido su única compañía, y Meghan había vivido asustada por poder perder a la persona que realmente la entendía; su madre había estado demasiado destrozada como para pensar en nadie más.

Meghan no la culpaba, ya que se podía ver en sus ojos que el dolor era real. Tras la muerte de su padre, la aflicción de su madre había sido tal que le había parecido más fácil dejar de sentir; se pasaba horas y horas sola, mirando por la ventana y por las noches llorando en la cama. Meghan sabía que en algún rincón de su corazón, su madre la quería, pero su dolor y culpa habían sido demasiado grandes como para demostrarlo. Los celos habían llevado a su padre a la tumba, y su madre nunca se había perdonado el haber dedicado aquellas sonrisas a diestro y siniestro. Tampoco olvidó al padre de Meghan mientras vivió.

En cuanto a los hermanos de Meghan, habían estado demasiado ocupados con sus vidas, Leith con sus tareas para con el clan, Gavin con su Dios y Colin con sus mujeres, como para pasar tiempo con su hermana.

Cuando Fia falleció, Meghan sintió que había perdido su apoyo. Durante un tiempo, Alison había sido la mejor amiga que alguien pudiese desear, y Meghan se convirtió en una figura materna para ella en muchos sentidos;

Alison a menudo compartía con ella sus penas; sin embargo, Meghan nunca se había sentido lo suficientemente cómoda como para hacer lo mismo. Siempre daba la impresión de que Meghan era la fuerte, cuando lo cierto era que se sentía sola desde hacía mucho tiempo.

Miró el rostro del cordero y deseó con todas sus fuerzas poder vivir una vida más sencilla... un deseo tonto... pero lo hacía.

Ser más simple, como Alison...

Alison era un sol en su interior y eso se reflejaba en su exterior; algún día iba a encontrar un hombre que vería más allá de los defectos de su rostro y la amaría por su interior.

El rostro de Meghan siempre había sido una maldición; las mujeres rara vez le habían dado una cálida bienvenida, mientras que los hombres solo deseaban poseerla.

Ahora Fia ya no estaba... y nadie parecía molestarse lo suficiente como para conocerla más allá de su físico, ¡ni siquiera sus hermanos! Había pasado ya bastante tiempo desde que Meghan había optado por la soledad espiritual. Había seguido los pasos de Fia en cuanto a esconder su jardín privado tras los muros que protegían su corazón, y si los mantenía alzados era solo porque pensaba que nadie apreciaría el alma imperfecta que había tras la perfección de su rostro. Había aprendido la importancia de estar contenta consigo misma y aceptar sus defectos; sobre todo eso, ya que era una tontería dejar su felicidad en manos de otro y también sabía que era una estupidez esperar un amor incondicional.

Por lo que... exacto, aquello podía ser la solución perfecta para todo... salvo porque Piers Montgomerie no era distinto al resto.

Meghan era bien consciente de que, y no estaba muy satisfecha de ello, la paz entre los clanes no era la motivación principal de Piers Montgomerie: estaba cegado por la lujuria, al igual que el resto de los hombres. Deseaba su belleza y perfección, y no se daba cuenta de que Meghan era un fraude. Su rostro podía ser angelical, pero su alma rebosaba de defectos. No era dulce y

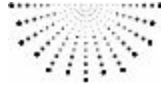
educada como Alison, ni tampoco paciente y cálida.

No era perfecta.

Nunca lo había sido.

Nunca lo sería.

CAPÍTULO DOCE



Las antorchas regresaron a sus apliques en las paredes al despuntar el alba.

Habían rastreado los bosques, las praderas, incluso la rivera del lago, y no habían encontrado ni rastro de Meghan.

Leith Mac Brodie se derrumbó detrás de la mesa donde estaba sentada la hija de MacLean, esperando con la cabeza acurrucada entre sus brazos, rodeada por sus preciosos rizos color cobre. Tuvo que reprimirse para no ir y comprobar si eran tan suaves como parecían.

Al sentarse, la muchacha levantó la mirada con los ojos tan asustados como los de un conejillo que ha sido acorralado por una manada de lobos. Tenía los ojos enrojecidos y sus mejillas estaban empapadas por las lágrimas. El corazón del hombre se estremeció, mientras su conciencia daba signos de estar allí.

Todavía tenían que llevarla a casa y sabía que eso acarrearía sus propias consecuencias, pero no había otra opción. No podía prescindir de un hombre para verla llegar a salvo con su padre, no los podía alejar de la búsqueda de Meghan. Y, por sus principios, tampoco podía dejarla marchar sin más, mucho menos estando tan reciente la desaparición de Meghan.

Apartó la mirada rascándose las sienes e incapaz de enfrentarse de momento a la joven, ya que sabía que seguramente ya había barajado las

consecuencias de haber pasado sola la noche en su casa.

Maldita sea, los problemas no cesaban.

—¿No la habéis encontrado? —preguntó Alison preocupada, aunque con esperanza, mirándole con los ojos bien abiertos.

Leith la miró, negó con la cabeza y respondió:

—No, muchacha. Todavía no.

—¿Buscasteis en la pradera?

Leith asintió.

—¿Y los bosques?

—Sí, muchacha —respondió—. Colin y Gavin siguen buscando.

—Pobres —dijo ella con total preocupación.

Leith sabía que estaba pensando en Colin, podía reconocer aquella triste expresión de su rostro. No podía entender cómo Colin no veía la bondad que había en ella, no llegaba a comprender cómo su hermano daba tanta importancia a aquel voluble y tan poca al corazón. Alison MacLean tenía un hermoso corazón y una bella alma; era visible en sus ojos y en cada expresión de su dulce rostro.

Y ese cabello, del color del de Meghan, era su mejor rasgo. Incluso sus ojos, aun estando bizqueando, eran como los de Meghan... y pensó que ambas no eran tan distintas. De pequeñas no se parecían en nada; sin embargo, Leith había llegado a la conclusión de que como habían crecido juntas, habían heredado cualidades la una de la otra. Era algo curioso.

Se quedó mirándola, y pensó que podría haber algo peor para un hombre que el tener que mirar aquellos ojos bizcos antes de dormir.

—Por curiosidad, ¿habéis encontrado el cordero?

Él ladeó la cabeza.

—¿El cordero?

—Sí —respondió ella—. ¿No recuerdas que te dije que dejé un cordero para que lo encontrase Meghan?

—¡Ah, sí! —Se estiró en la silla—. Ni rastro del cordero tampoco

—contestó.

Ella frunció el ceño.

—¿Nada de nada?

—No, nada.

—Creo que —dijo ella pensando en voz alta— debería haber alguna marca del animal, marcas de pisadas, algo que muestre el camino que cogió desde la pradera, ¿no crees?

—El suelo está seco —apuntó él.

Ella asintió con el ceño fruncido y fue entonces, con aquella pequeña confesión, cuando él pudo ver el miedo en el rostro de la chica. Estaba completamente pálida. Los ojos de la muchacha se cruzaron con los suyos, y estaban tan llenos de tal terror que Leith sintió de nuevo la necesidad de agarrarla... de protegerla bajo su ala, como haría una madre con sus polluelos.

De pronto se percató de que todavía no había expresado nada respecto a su propia situación; sabía que debía de estar pensando en las consecuencias de haberse quedado sola en su casa; Era lógico. A cada momento que pasaba, su situación se agravaba. Es más, el amanecer casi se les echaba encima y no habían enviado aún a ningún mensajero para avisar a su padre de dónde estaba. Por mucho que odiase el tener que hacerlo, tan cansado y preocupado como estaba por Meghan, sabía que debía recomponerse... por el bien de Alison.

—He venido para llevarte a casa —le dijo.

Dio la impresión de que la joven suspiró con fastidio, pero se limitó a asentir.

—Vale, en ese caso... estoy lista.

La culpa volvió a atacarle.

—Siento que no te hayamos llevado antes, muchacha.

—Entiendo los motivos por lo que no lo hicisteis —le aseguró sin conseguir calmar su cargo de conciencia—. No esperaba que lo hicierais.

Leith asintió sin saber qué responder. Estaba claro que la chica tenía razón: su prioridad en aquel momento era Meghan; pero, por otro lado, conocía demasiado bien al padre de la muchacha como para saber que no iba a ser bien recibida.

Ella parecía entender lo que él era incapaz de decir, y le dijo:

—Vine sabiendo lo que me esperaba, Leith Mac Brodie... no te fustigues por ello, por favor.

Decidido a decir lo que pensaba, Leith estiró la mano y cogió la barbilla de la chica levantando su rostro hasta que sus ojos se encontraron con los suyos.

—Eres una buena muchacha, Alison. No pienses lo contrario. El idiota de mi hermano no te merece.

Ella sonrió levemente y eso le animó de inmediato, aunque no lo estuviese diciendo solo para hacerle sentir mejor; lo sentía de verdad. Exacto, la hija de MacLean un día se convertiría en una magnífica esposa para un hombre.

—Venga —dijo—, vamos a llevarte a casa.



LA JOVEN NO BAJÓ A CENAR, Y LYON PENSÓ QUE ERA PRUDENTE DEJARLA tranquila, ya que necesitaba tiempo para pensar en la propuesta. A pesar de que la había amenazado con forzarla a hacerlo, no era cierto. Podía no necesitar su conformidad, pero la quería de igual modo, ya que sabía que forzarla a casarse con él no auguraría nada bueno para la paz entre los clanes.

Nada, era mejor dejarle tiempo para pensar.

Era mejor que no hubiese aparecido, pues le estaba llevando horas terminar las cartas, a las cuales regresó nada más cenar y no acabó hasta que el silencio de la noche inundó el vestíbulo.

Cuando regresó a sus aposentos, estaban completamente a oscuras. Se

quedó en la puerta y esperó a que su vista se adaptase a la falta de luz antes de entrar.

La única iluminación que había en la habitación era la que entraba por el agujero del techo. Cuando se mudó a la casa un mes atrás, las contraventanas estaban clavadas para evitar que se cayesen, y pensó que era mejor dejarlas así antes que quedarse sin ellas.

En la reforma de la casa, había dejado su habitación para el final, ya que solo tenía unos cuantos hombres y toda la casa se encontraba en un estado lamentable.

De todos modos no le importaba; había dormido en sitios mucho peores que aquel, como en fríos suelos o incluso a la intemperie.

Para él, aquella cama era todo un lujo.

Y la mujer que yacía en ella todo un misterio.

Miró hacia el agujero del techo y vio el cielo; las estrellas brillaban y la luna era clara, pero no era lo suficientemente potente como para iluminarle el camino por la habitación.

No importaba, se la conocía a la perfección.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, se abrió paso sin problemas a través del crujiente suelo de madera y se paró a mitad de camino cuando pensó que éste se hundía a sus pies. Frunció el ceño mientras investigaba, luego miró hacia el agujero del techo y negó con la cabeza, disgustado por la condición en la que se encontraba el lugar. Ya no se podía saber cuánto tiempo llevaba aquel agujero allí y, por ende, cuántas lluvias y nevadas habían inundado el suelo.

Dio un suspiro y se aproximó al pequeño escritorio que había junto a la cama. Encima de este tenía su posesión más preciada: sus tratados personales. Al ir a colocar la pluma y el tintero, se tropezó con la silla y se arrepintió por no haberse subido una vela para poder seguir escribiendo.

Aquella noche iba a ser de las que el sueño le iba a eludir... como el rostro cubierto por el velo de una amante cuyos rasgos deseaba recordar, pero

no podía ver.

Entonces, su mirada se posó sobre la sombra estirada sobre la cama.

Intentó imaginársela, pero fue incapaz; la habitación estaba demasiado oscura, y sus ojos estaban muy cansados por pasarse horas mirando las cartas y pensando las palabras exactas. Sabía lo importante que era redactar un mensaje preciso. Pero estaba bastante satisfecho con el resultado, y decidió que enviar las cartas sería lo primero que haría por la mañana.

Sabía que David iba a frustrarse, pues tenía sus objetivos bien planificados y le gustaba ver que se llevaban a cabo como él quería. Aun así, Lyon sabía que su gran amigo era lo suficientemente listo como para adaptarse cuando la necesidad lo requería.

David no hubiese llegado tan lejos si hubiese sido inflexible.

Como octavo hijo de Malcolm Ceann Mor, David, contra todo pronóstico, había logrado llegar al trono de Escocia y no lo había hecho con las manos vacías, y eso por sí solo era todo un mérito. Ya había estado reinando en esencia casi todo el sur de Escocia, Cumbria y también Huntingdon y Northampton gracias a su matrimonio. Era uno de los barones más poderosos de Inglaterra, al igual que el cuñado de Enrique. No había llegado tan lejos en tan poco tiempo habiendo tomados decisiones estúpidas... o dando la espalda a sus aliados.

Es más, lo primero que David había hecho al regresar a Escocia fue premiar a sus amigos; de Brus, FitzAlan, de Bailleul, de Comines y Lyon, entre otros. Y aunque Lyon era consciente de que los deseos de David de recompensar a aquellos que le habían apoyado eran sinceros, también había elegido minuciosamente a sus benefactores. Tenía la intención de conseguir tener a los montañeses bajo su yugo y, si alguien podía conseguirlo, era David. Había colocado a sus amigos con astucia, conociendo a la perfección sus virtudes y defectos; y así, a Lyon le había otorgado aquel dominio ingobernable.

Y él sabía exactamente por qué.

David no podía oponerse.

Por otro lado, MacLean podía convertirse en un problema; aunque Lyon no lo creyese. El viejo cabrón codicioso solo había aceptado ceder un trozo de aquel terreno esperando tener así la gracia de David. O al menos ese era el fin de MacLean, y Lyon lo sabía a pesar de haber acordado la devolución de su terreno y una alianza con Lyon. Pero una alianza con Lyon significaba una alianza con David, y Lyon estaba seguro de que MacLean no le iba a retar y arriesgarse así a perder el favor de David.

Todo esto lo dejó bien claro en la carta que redactó a David.

En cuanto a los Brodie...

Lyon suspiró al pensar en ellos.

Había sabido desde bien antes de poner un pie en aquella tierra que ellos, junto a Iain MacKinnon, iban a ser su gran reto, siendo este último su gran preocupación. Sin embargo a los Brodie no se les debía tomar a la ligera. Ellos, como MacKinnon, constituían la acérrima oposición contra David.

Era difícil ganarse a hombres como ellos ya que no eran susceptibles a sobornos. Habían elegido sus alianzas con el alma y luchaban sus batallas con el corazón.

No se les cegaba el oro ni les seducía el poder. Se aferraban a la libertad y al derecho a tener su propia voluntad. Luchaban por sus familiares y amigos, y no le tenían miedo a la muerte en la lucha por su causa.

Lyon les respetaba muchísimo.

Escoceses toca pelotas.

Eran hombres que seguían su corazón; y en su interior, Lyon sabía que no les llegaba ni a la suela de los zapatos, pues había comprometido todo aquello en lo que creía en la búsqueda de su beneficio personal. Y, a decir verdad, se había encallado en su corazón como una astilla bajo la piel.

No estaba muy contento consigo mismo por las decisiones que había tomado en su vida. Había aspirado a tanto y, en su lugar, había perseguido todo lo que aborrecía.

Se recostó en la silla y miró hacia la cama.

Ella podía proporcionarle algo por lo que luchar.

Un motivo por el que cambiar.

Pero debía ganársela antes... y luego convencer a sus hermanos.

Tan solo pensar en ella le llenó de algo excitante, de algo cautivador. Despertaba su entrepierna, sí... pero también algo más, mucho más... despertaba su corazón.

Era ingeniosa y valiente, y decía lo que pensaba abiertamente, mostrando lo que sentía su corazón.

Le hacía anhelar más.

Hacía que tuviese ganas de más que de aquellos succulentos labios que seguramente supieran a la cálida lluvia de verano.

Meghan.

Su nombre era Meghan.

Sonrió mientras recordaba las historietas que le había narrado Baldwin; no se había creído ninguna... la muchacha no tenía esa mirada en los ojos.

No, Meghan Brodie no era una loca, ni él un santo.

Se quedó allí sentado pensando si debía pasar la noche en la silla o podía confiar en sí mismo y tumbarse junto a ella en la cama. Dios, el mero hecho de pensar en la muchacha le excitó. La idea de tenerla tumbada a su lado le agradaba profundamente, y decidió que no iba a dormir en una mísera silla. Ya no era un chiquillo que no podía controlarse. Era capaz de tumbarse junto a una mujer y no hacer el amor con ella. Se convenció de que él era el que controlaba a sus deseos y no al contrario.

Dicho esto, se levantó y se quitó la camisa tirándola con decisión. Se sacó las botas con los pies mientras se desabrochaba los pantalones; se los bajó y los dejó tirados en el suelo para meterse en la cama junto a ella.

CAPÍTULO TRECE



Qué demonios!

Meghan se despertó de un sobresalto con el sonido más impío que había escuchado, muy similar al grito de una bestia asustada.

Una sombra se levantó de la cama y otra pegó un brinco salvaje sobre su cabeza, dándola en la boca.

—¡Ay! —se quejó tapándose la cara con los brazos.

¡Si permanecía en aquel lugar mucho tiempo más, iba a acabar muerta a golpes!

—¿Qué demonios está haciendo ese animal en mi cama? —gritó Lyon Montgomerie desde algún sitio de la oscura estancia.

A Meghan le llevó unos segundos entender lo que estaba pasando y, cuando finalmente lo hizo, no pudo reprimir la risa.

Pudo escuchar al hombre gritar por la habitación y abrir la puerta. Con la luz que entró, fue capaz de distinguir cómo el asustado corderito se tropezaba y caía de la cama.

Montgomerie salió un segundo para luego volver a entrar con una de las antorchas que colgaba de unos de los apliques del vestíbulo. Se quedó en la puerta, mirando iracundo como un Dios pagano, y la risa de Meghan se cortó en seco.

Aquella imagen la quitó la respiración.

Allí en la puerta, desnudo por completo y alumbrado por una antorcha, era exquisito, un manjar para los sentidos. Meghan ya había visto a hombres desnudos; sobre todo porque tenía tres hermanos en casa, pero aquel cuerpo... no había palabras para describirlo.

El pelo le caía por la espalda como el león al que hacía honor su nombre, con destellos dorados por las llamas de la antorcha. Su pecho era ancho y brillaba con aquella luz tenue, y sus piernas eran largas y delgadas, mientras que sus caderas y entrepierna... allí estaban, frente a ella, en todo su esplendor.

Meghan fue incapaz de apartar la mirada.

Pestañeó fascinada con la imagen del hombre.

Subió la mirada hasta su rostro... hasta aquellos ojos... y se topó con el resplandor de una satisfacción pecaminosa.

Que Dios se apiadase de ella, pues tenía tanta culpa ella como él de los pensamientos que comenzaban a invadir su mente; no era menos inmune a la belleza que todos aquellos idiotas que babeaban como locos delante de ella.

Daba la impresión de que él era consciente; consciente de lo que ella estaba pensando: la mirada que tenía en sus ojos lo dejaba bien claro.

Habría llegado a considerar su propuesta si no fuera tan atractivo; Quería pensar que sí y que se merecía algo mejor; sin embargo, no era más que una idiota que suspiraba por un hermoso rostro y eso la molestó un montón.

¿Cómo podía caer en lo que más detestaba?

Sus miradas se encontraron y se clavaron la una en la otra.

La expresión en el rostro de la joven era más de lo que Lyon podía soportar.

Las mujeres le habían mirado con aquel deseo muchas veces, pero nunca le había satisfecho tanto como en aquel instante. Estaba sentada en la cama, con el pelo despeinado por haber dormido y los ojos clavados en su rostro.

Era encantadora, realmente adorable, y ni siquiera la posibilidad de que oliese a cabra era suficiente como para que la sangre no le hirviera por las

venas.

Si antes dudaba de su atracción hacia él, en aquel momento no le cabía duda. Estaba allí, con la prueba que necesitaba expuesta en sus ojos. Se regodeó en ello, como si se tratase de una victoria bien merecida.

La muchacha bajó la mirada y él esbozó una gran sonrisa; la mera idea de lo que le estaría pasando por la cabeza hizo que su entrepierna se estremeciera.

—¿Deseáis inspeccionarla más de cerca? —preguntó con picardía por el escrutinio de la muchacha.

Ella, sorprendida, alzó la mirada hasta sus ojos.

—¡Vaya! —respondió—. ¡Ni lo penséis!

—¿Pensar el qué? —preguntó con fingida inocencia—. ¿Qué es lo que prohibís que piense?

Ella, impávida, se recostó en la cama y le aseguró con brusquedad:

—No tenéis nada que no haya visto antes, forastero.

Muchacha sabelotodo.

Tenía que felicitarla por su rapidez de respuesta. Claramente no era ninguna mojigata, y estaba a punto de creerse aquella confesión, ¿qué era lo que había visto antes? Y ¿a quién? ¿Cuántas veces?

—No me digáis... —dijo él, atraído por aquella idea.

La muchacha se dio la vuelta en la cama y apoyó la mejilla sobre la almohada.

—Pues sí.

—Entonces... no os importará si permanezco desvestido.

—¿Por qué me iba a importar? —respondió con desprecio—. Es vuestra casa y vuestros aposentos, podéis hacer lo que queráis.

¿Podía?

Tuvo que convencerse a sí mismo de que no, no podía. Porque lo que quería hacer en aquel instante era aproximarse a la cama, agarrarla de los tobillos, arrancarle hasta el último trozo de tela del cuerpo con los dientes y

convertirla de verdad en su mujer.

Sonrió mientras cerraba la puerta y luego caminó por la habitación.

—Que no os moleste si lo hago, pues —contestó.

Rodeó la cama hasta llegar al campo de visión de la muchacha, forzándola a mirarle.

Hay que explicar, a favor de la muchacha, que esta apenas le miró y arqueó las cejas en el instante en el que él se colocó delante de ella. El hombre puso la antorcha en el aplique que había sobre el escritorio, consciente de lo que estaba mostrando y dónde estaba el campo de visión de la joven. Se sentó en la silla y la miró, para descubrir que había cerrado los ojos.

Esbozó una sonrisa; parecía que no le era indiferente después de todo, y se hizo más pronunciada ante la imagen de la joven tapándose los ojos como una niña pequeña para esconderse de él. Toda ella era una adorable contradicción.

Los ojos de la joven permanecieron cerrados mientras él ordenaba los objetos del escritorio; colocó en una esquina el tintero y detrás de él la pluma, y abrió uno de los libros que había atados, consciente de que ella ya había abierto los ojos; la podía ver por el rabillo de ojo, y sus mejillas estaban sonrojadas de una forma adorable.

—¿Estáis segura de que no os molesta? —preguntó él con picardía.

Ella abrió los ojos de par en par.

—¿A quién? ¿A mí?

—¿Acaso veis a alguien más aquí? —Su mirada se posó en lo que se movía en una esquina, el corderito encogido de miedo, y esperó la respuesta de la chica.

—¡Claro que no!

Justo lo que sospechaba; le alivió escucharla responder eso.

Muchachita intrigante.

Ella se volvió a dar la vuelta en la cama.

—Como dije, son vuestros aposentos, ¡haced lo que os plazca...! Aunque —se corrigió de inmediato, sonando sorprendida al ver al cordero y dándose cuenta de lo que le había confesado inconscientemente—, debéis de saber que estáis incomodando a mi nana.

Lyon apretó los labios en un intento por evitar reírse.

—¿Ahora os acordáis de su presencia?

—¡Claro que no!

Él intentó que no se le notase que se lo estaba pasando en grande, aunque sacudió los hombros con sorna.

—Así que... ¿la estoy incomodando a ella y no a vos?

—Eso es —respondió enseguida—, ¿no veis que la habéis hecho irse a una esquina para no veros? ¡A lo mejor no es tan mala idea que os vistáis!

—Ya veo —contestó Lyon soltando una carcajada.

Decidió poner punto final a su miseria y se agachó para coger los pantalones del suelo donde los había dejado.

—Decidle a vuestra nana que ya me estoy vistiendo —la tranquilizó.

—¡Decídselo vos! —rebatió ella—. ¡La tenéis en frente!

—Pensé que habíais dicho que estaba sorda.

—Bueno... sí... lo está —Lyon pudo notar la risa en la voz de la joven.

—De todos modos, creo que ya lo sabe —contestó él—. Me está mirando, y no parece muy incómoda.

—Bueno —gruñó ella—, os aseguro que lo está.

Él sonrió al ver cómo había caído en su trampa.

—Pensé que habíais dicho que vuestra nana estaba ciega.

Ella se quedó un rato en silencio, pensando; él sabía que estaba intentando recordar su mentira.

—¿Y aun así le incomoda verme?

Ella respondió con silencio.

Lyon deseó poder verle la expresión de la cara.

Allí estaba tirada sobre la cama, y tuvo que recordarse a sí mismo que era

demasiado pronto.



MEGHAN SE MORDIÓ EL LABIO MIENTRAS BUSCABA LA MANERA DE SALVAR SU mentira. Pudo escucharle vestirse detrás de ella y agradeció su obediencia; no podía mirarle y mantenerse firme, ni podía dormir sabiendo que estaba en la habitación con ella. Su presencia de por sí la ponía nerviosa. Su desnudez la descomponía por completo y alteraba sus pensamientos.

—¿Y-y bien? —finalmente tartamudeó—. ¿Os habéis recostado junto a ella en la cama?

—Un movimiento inteligente, Meghan —alabó como el travieso hombre que era.

Ella se giró impresionada por escucharle pronunciar su nombre y preguntó:

—¿Cómo sabéis mi nombre?

Él sonreía con medio rostro iluminado por la luz de la antorcha y el otro medio cubierto de oscuridad. Se quedó allí atándose los pantalones mientras la observaba y Meghan se puso a temblar por las miradas de conquistador que le estaba dedicando.

—Quizá me lo desveló vuestra nana —Le guiñó un ojo.

Meghan frunció el ceño. Sabía que estaba jugando con ella; se creía su historia tanto como ella aquella declaración.

¡Pero, aun así, no iba a confesar!

¡Todavía no!

A lo mejor aún podía convencerle...

—¿No habréis hablado con mis hermanos, por casualidad? —preguntó—. ¿Están preocupados?

—¿Qué? —Se burló de ella—. ¿No os creéis que vuestra nana me haya confesado vuestro nombre?

—Pues... —dijo Meghan con una sonrisa—, lo haría, sí... si no fuese porque Fia ha estado aquí conmigo todo el rato; ¿cómo puede haberos confesado algo?

—Ahí tenéis razón —reconoció—, Fia no ha sido.

Después de atarse los pantalones se sentó tras el escritorio, que se parecía al que usaba Gavin para estudiar sus manuscritos, y Meghan, sin poder evitarlo, se atrevió a observarle de perfil.

Era un hombre atractivo.

Miró fijamente sus labios, sin poder evitar preguntarse qué sentiría al tenerlos sobre los suyos.

—No he hablado con vuestros hermanos —dijo cediendo—. Pero vuestro nombre es bien conocido por estas tierras, Meghan Brodie —La miró arqueando una ceja—. Es más, vuestra reputación os precede.

—¿Mi qué?! —Meghan le fulminó con la mirada—. ¿Qué estáis insinuando, forastero? ¿Qué habéis querido decir con “mi reputación”?

—Nada en absoluto —Volvió a guiñarle el ojo y se dio la vuelta para leer detenidamente los malditos papeles, irritándola con su carácter evasivo. ¡No podía detenerse ahí! ¡No podía insinuar que tenía una reputación, y luego no explicarlo!

—¿Qué clase de reputación?

Él pasó las páginas del manuscrito como si estuviese completamente concentrado en él y Meghan se planteó si la estaba ignorando a propósito.

Miserable.

Como mínimo le estaba crispando los nervios.

—Solo me avisaron de que las mujeres Brodie están locas, y de que todos sus compañeros acaban muertos.

—¿Yo? —Meghan gritó sorprendida, levantando la cabeza de la almohada—. ¿Estoy loca? —Una cosa era que lo dijese ella, y otra bien distinta que se dijese de ella—. ¿También creen que estoy loca?

El hombre se giró hacia ella y volvió a guiñarle el ojo. ¡El muy miserable!

—¿Quién osa decir algo así? —exigió Meghan.

No era tonta, sabía que su madre y su nana habían sido a menudo pasto para el cotilleo, pero nunca se imaginó que también lo pensasen de ella. La mera idea la hacía polvo.

Dios santo, ¿qué había hecho para que todos la considerasen una loca?

Por otro lado, ¿qué habían hecho su madre y nana? Su madre había sentido la muerte de un marido algo más efusivamente de lo normal y, bueno, nunca habían comprendido a su nana.

—¿Cómo osan decir semejante cosa! —gritó Meghan. Si Lyon se creía los rumores, ya no tendría que esforzarse en convencerle de que estaba loca y, a pesar de eso, estaba dolida—. Pues ¡no ha servido para mantenerles alejados! —dijo sabiendo que había sonado irascible.

Él frunció el ceño.

—¿Mantener alejado a quién?

Ella le miró.

—¡Los hombres! ¡Estúpidas criaturas que cantan odas sobre un puñetero rostro y babea como tontos con la mera mención de unos pechos!

Él arqueó una ceja.

—¿Y cuándo habéis mencionado unos pechos?

—¡Dios! —exclamó Meghan—. ¡No tengo que hablar de pechos cuando ya tengo unos!

El hombre se puso un dedo en los labios, y Meghan vio que estaba intentando no reírse. ¡Pues ella no lo encontraba gracioso!

—A lo mejor tienen deseo de morir —sugirió él—. Los rumores juran que los hombres casados con una Brodie acaban mordiendo el polvo.

—¡Menuda estupidez! —respondió Meghan.

Estudió la expresión del hombre, en busca de algo que la ayudase averiguar lo que estaba pensando. Fue incapaz.

¿Qué quería de ella?

—¿Y qué hay de vos? —preguntó sin reparo.

—¿Qué pasa conmigo, Meghan?

Meghan deseó que dejase de pronunciar su nombre de aquella forma; el simple sonido saliendo de sus labios le provocaba un escalofrío que le recorría toda la espalda.

—¿Deseáis de morir, forastero?

—No especialmente —respondió—. Aunque tengo que reconocer que moriría siendo un hombre feliz tras pasar una noche en tus brazos, Meghan.

El corazón de Meghan dio un brinco.

Sus miradas se encontraron.

Algo dentro de ella se había removido con aquellas palabras...además del modo en que la miraba.

¿Se atrevería a seguir adelante... y quitar una piedra del muro que protegía su corazón?

—¿Por qué? —preguntó la muchacha.

—Eres una mujer hermosa —respondió sin más.

—¿Qué adulador! —contestó Meghan mirándole con enfado, ¿cómo era posible que aquella respuesta hubiese hecho que su corazón estuviese a punto de salirse del pecho? —. ¡Todos los hombres sois iguales! —juró apoyando decepcionada la cabeza en la almohada.

Él se quedó mirándola. Meghan permaneció en silencio y él finalmente optó por regresar a sus papeles.

No pasó mucho tiempo hasta que la curiosidad pudo con la joven y preguntó:

—¿Qué es eso?

—Papeles.

Meghan puso los ojos en blanco.

—¿Qué tipo de papeles? —insistió.

Él los dejó sobre la mesa, se puso serio y le aseguró de modo impertinente;

—Nada que te interese, Meghan.

—¿En serio? —Meghan apretó los dientes—. ¿Y cómo sabéis lo que me interesa?

Lyon le dedicó una mirada que le trajo a la memoria las intransigentes miradas de Leith.

—Porque son tratados, solo por eso.

—Ya veo... —respondió agarrando con fuerza la almohada—. Nada que una tonta mujer pueda entender, ¿no?

—Yo no he dicho eso.

Meghan le fulminó con la mirada. ¿Cómo podía importarle lo que pensase de ella? A penas lo conocía, y, sin embargo, le importaba.

No sabía con quién estar más enfadada; si con ella por importarle o con él por tratarla con semejante condescendencia.

—Vale, forastero, ¡pero lo habéis dicho! ¡Os he escuchado perfectamente!

—Meghan, querida, no quería ofenderte —dijo con educación.

—¡Claro que no! —exclamó ella—. ¿Por qué iba a ofenderme que seáis un simple hombre con soberbia?

Él arqueó las cejas.

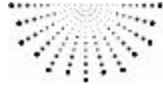
—Si os molesta la luz —dijo—, la apago.

—¡Oh, no! —contestó Meghan, enrabiada—. ¡Solo soy una prisionera! —Se dio la vuelta dándole la espalda—. Y una mujer tonta y estúpida, ¡no os preocupéis por mí!

Tenía otros adjetivos para él, pero cerró la boca y se colocó enfadada la almohada sobre la cabeza.

¡Maldito hombre arrogante!

CAPÍTULO CATORCE



Está arruinada! —despotricó Dougal MacLean.

Su furia estalló por todo el vestíbulo asustando hasta a los perros, que prudentemente huyeron con el rabo entre patas.

Alison deseó escaparse con ellos.

—¡Cómo osáis devolvérmela echada a perder! —protestó el padre de la chica furioso.

Alison se encogió de miedo por el enfado que mostraba el tono de su voz. Llevaba más de una hora gruñendo y todavía no se había apaciguado lo más mínimo. Tenía mucho miedo por el momento en el que Leith se fuese, ya que sabía que su padre la daría en el trasero con el cinturón. Ya con solo pensar en ello le dolía, y se volvió a estremecer con el retumbo de su voz. el grito de la voz.

Pobre Leith, estaba aguantando el chaparrón sin responder ni una palabra malsonante; Alison le observó admirando su talante. Su expresión no era agresiva ni indiferente, sino bastante estoica, lo que hacía que sus anchos hombros sobresaliesen.

—Ya os he explicado la situación —volvió a decir Leith—. Me he ofrecido a recompensaros como deseáis, no sé qué más puedo deciros.

El rostro del padre estaba enrojecido, golpeó el puño contra la mesa y Alison pegó un brinco por el ruido.

—¡Está arruinada! —volvió a gritar—. ¡No hay nada que podáis hacer!

—No hace falta que os reiteréis en el tema, Dougal; soy consciente de la situación —Leith se incorporó en la silla intentando que el padre de la chica lo entendiese, y miró a Alison con preocupación—. Os digo que no he podido hacer otra cosa. Mi hermana ha desaparecido— volvió a explicar—, y ¡todavía no la hemos encontrado, Dougal! Entenderéis que mi hermana sea mi prioridad. No podía detener la búsqueda para traer a Alison a casa.

—¡Mi hija no pintaba nada allí, Mac Brodie! —aseguró el padre con una sacudida iracunda de manos.

—D-decidió ir yo —interrumpió finalmente Alison, dejándoles sorprendidos por su declaración.

Con el calor de la discusión, se habían olvidado por completo de su presencia; ambos se giraron hacia ella.

La muchacha miró de reojo a su padre, suplicante. No podía dejar que Leith cargase con toda la culpa.

—Meghan es mi amiga —dijo—, ella hubiera hecho lo mismo por mí, pa.

—No me importa —rugió el padre con otro puñetazo en la mesa.

Alison se estremeció de nuevo, pero esta vez no se achantó.

—¡Hija mía, no tenías por qué haberte quedado hasta el amanecer! ¡Después de eso no tenías que haber regresado!

Alison enderezó los hombros, un poco dolida por la insinuación, y le fulminó con la mirada.

—¿Hubierais preferido que hubiera vuelto yo sola, pa? ¿Después de lo que le ha pasado a Meghan? —Nunca antes había hablado con tan poco respeto a su padre, pero en aquel momento no lo pudo evitar—. ¿Es eso lo que hubierais querido?

Su padre se quedó estupefacto, tanto por aquella pregunta como por su enfado. no supo cómo responder y miró a Leith y luego a la mesa.

—¿No pensaste que me iba a preocupar? —preguntó a Alison tras un momento de silencio con los ojos sospechosamente humedecidos.

Alison pestañeó, sorprendida por aquella respuesta.

—¿Estabais preocupado por mí, pa?

Él frunció el ceño.

—Sí — respondió pesimista, bajando la mirada hacia la mesa sin atreverse a mirar a su hija.

A Alison le entraron ganas de llorar por su confesión. Deseaba con todas sus fuerzas abrazarlo, pero no se atrevió a moverse del sitio.

Sabía que no era el estilo de su padre

—No fue mi intención preocuparos —le aseguró—. Solo estaba pensando en Meghan, pa. No me paré a pensar en las consecuencias.

Él negó con la cabeza.

—Debiste venir a mí primero, muchacha. Debiste venir a mí. —Continuó con la mirada pegada a la mesa mientras rascaba la madera de esta con las uñas.

—Tenía miedo, pa.

Entonces la mirada del padre se alzó hasta la de su hija.

—¿Miedo? ¿Estabas asustada... de mí, Alison?

Alison tragó saliva y asintió.

Él frunció el ceño y sus ojos volvieron a humedecerse.

—¿Cómo es posible que estuvieses asustada de mí, hija?

—P-porque...

De pronto, Leith pegó un golpe a la mesa con la mano mientras clavaba la mirada en la joven.

—Alison, no tienes que decir nada —dijo—. ¡No tienes por qué!

El padre de la muchacha miró a Leith otra vez enfadado.

—¡Claro que sí, Mac Brodie! ¡Claro que tiene que hacerlo!

Y por primera vez, Alison tuvo que darle la razón.

—Mi padre tiene razón, Leith.

La mirada de Leith se posó en la de la joven, la mantuvo y la tranquilizó.

—¿Estás segura, muchacha? Te juro que no tienes que hacerlo.

Alison asintió.

—Lo sé, pero sí que debo, Leith Mac Brodie —dijo—. Aun así, te agradezco que desees protegerme.

Él asintió dando a entender que lo comprendía, y ella se giró hacia su padre y dijo:

—Pa, tenía que ir con ellos... veréis... tengo algo que confesar.

Los ojos de Alison se llenaron de lágrimas que se negó a compartir. Todo esto era culpa suya y era momento de ponerle solución.

Su padre entrecerró los ojos analizándola.

—¿Confesión? ¿Qué confesión tienes que hacer a un Brodie, Alison? Y, ¿por qué no viniste a mí antes?

Alison bajó la cabeza sin atreverse a mirar a su padre, incapaz de hablar por la vergüenza.

—Eres una buena muchacha —escuchó susurrar a Leith, lo que le dio la fuerza para levantar los ojos y mirar a su padre.

—Yo robé la cabra —tartamudeó.

El rostro de su padre se descompuso.

—¿Qué maldita cabra, Alison? ¿De qué diablos estás hablando?

Alison suspiró y se dispuso a confesarlo todo. Todo; desde su amor no confesado por Colin Mac Brodie hasta el robo de la cabra que había encendido la mecha de la pelea, incluso los motivos por los que lo había hecho, su fallido intento de arreglar las cosas y el deseo de no casarse con Piers Montgomerie. Lo confesó todo, hasta los detalles más degradantes.

Su padre escuchó la historia en silencio, mientras su rostro ya de por sí enrojecido se volvía del color del papiro. Cuando la chica terminó, él negó con la cabeza y dijo tras unos segundos:

—Ay, Alison... ¿Qué has hecho...? ¿Qué has hecho?

—Seguí a mi corazón —respondió apenada Alison, deseando desesperadamente que la entendiese; no que se apiadase de ella, tan solo que la entendiese—. Seguí a mi corazón, pa. ¡No quería acabar como Mairi!

El hombre se humedeció los labios, se pasó una mano por su ancha barbilla y levantó la otra hasta su pecho como si le estuviese doliendo el corazón. Tenía los ojos rojos y llenos de lágrimas. De todas las cosas que podía haberle dicho, Alison era consciente de que aquello se le había clavado en el corazón, pues Mairi siempre había sido su hija predilecta y la añoraba terriblemente. La joven nunca había sido capaz de llegarle a la suela de los zapatos a la memoria de la hermosa Mairi, y, sabiendo que iba a fracasar, jamás lo había intentado siquiera.

Su hermana se había casado con el MacKinnon en contra de su voluntad y en la noche en la que dio a luz a su hijo se había quitado la vida tirándose desde la ventana de la torre más alta a las rocas del suelo. Su muerte había sido un golpe muy duro.

—Bueno —comenzó a decir Dougal cuando recuperó el habla—, no tienes por qué temer casarte con Montgomerie, hija mía, dudo mucho que te acepte ahora. Todo está perdido —murmuró—. No sé qué hacer, Alison. Todo está perdido.

—Yo me casaré con ella —anunció Leith.

Alison le miró impresionada. No podría realmente desear...

—¿Tú? —preguntó el padre, sonando tan sorprendido como Alison—. ¿Por qué desearías hacer una cosa así, Leith Mac Brodie? No quiero desacreditar a mi única hija, pero acabas de escuchar cómo nos ha dicho que ama a tu hermano, ¿cómo puedes desear casarte con ella sabiéndolo?

Leith miró fijamente a Alison, asegurándole sin decir palabra que sentía cada palabra que había dicho de verdad.

—Porque quiero a Alison —respondió con tranquilidad.

El corazón de Alison comenzó a latir con fuerza al darse cuenta de que estaba hablando completamente en serio.

—¿De verdad? —le preguntó impactada.

—Siempre lo he hecho.

Nunca le había mostrado el menos interés en ella; la joven siempre había

creído que él la veía como a la pequeña amiga de Meggie.

—N-no lo sabía... —susurró Alison sorprendida.

—Muchacha, porque solo teníais ojos para Colin. Pero si me aceptáis como esposo, me encantará teneros como esposa.

El padre se incorporó en la silla.

—Puede que al fin y al cabo no esté todo perdido— proclamó. Se puso serio y miró a Alison, y sacudió la cabeza como si estuviese intentando tranquilizarse por el bien de la muchacha—. Aunque si Alison no te acepta, no puedo forzarla a hacerlo— dijo, dejando a Alison pasmada por la declaración.

Las lágrimas brotaron de los ojos de Alison. Comprendía lo que su padre estaba haciendo y le llenó el corazón de alegría.

La mirada del hombre se suavizó al mirarla.

—¿Qué dices, hija mía?

Alison se giró hacia Leith. Leith le sonrió y supo qué era lo correcto.

—Sí —exclamó—. Me casaré contigo, Leith Mac Brodie. Si realmente me quieres, si realmente lo deseas... —movió la cabeza sin creerse lo que hacía— será un honor ser tu esposa.

—Sí quiero, muchacha —aseguró él.

El padre se levantó de la silla con un brinco de satisfacción.

—¡Al demonio con Montgomerie! —declaró—. ¡Al diablo con David de Escocia también! ¡Vamos a celebrar una boda como nunca se ha visto en las tierras altas! —dijo asintiendo con la cabeza mientras miraba a Leith con respeto—. Juntémonos para encontrar a Meghan, y no pararemos hasta haber mirado debajo de todas las piedras.



LYON SE DESPERTÓ EN SU ESCRITORIO AL AMANECER Y SUS OJOS SE dirigieron enseguida hacia la cama.

La ligera luz del alba entraba por el agujero del techo, tiñendo la habitación con un suave resplandor. No levantó la cabeza ni se movió para no despertarla.

Quería verla dormir.

Parecía todo un ángel...

Pensó que dormía como una niña sobre su ombligo, con las manos extendidas abrazando la cama, como un bebé agarrando el pecho de su madre. Tenía las palmas de las manos abiertas acariciando las sábanas, y su rostro estaba de lado con las preciosas pestañas apretadas, como seda negra, contra las mejillas.

Se quedó mirándola sin poder evitarlo, observando cómo dormía plácidamente. En su letargo, sus rasgos eran perfectos... sus carnosos y perfectos labios, las largas y suaves pestañas contra aquellas exóticas mejillas, su nariz perfectamente aguileña y aquel pelo color cobre, una maraña de sedosos rizos desperdigados por las pálidas sábanas.

No se había atrevido a recostarse junto a ella... ya que estaba decidido a hacer las cosas bien, aunque no tenía duda alguna de que la hubiera podido seducir; la mirada en sus ojos se lo había confesado. Detrás de aquella fachada, la joven escondía tanta pasión como él.

Había visto esa pasión y la deseaba..

Dios, la forma en la que le había mirado cuando se había puesto desnudo delante de ella...

El mero recuerdo hizo que su entrepierna se volviese a endurecer y que le hirviera la sangre hasta el punto de quemar. A decir verdad, deseaba a Meghan Brodie como nunca antes había deseado a una mujer...ni siquiera en su juventud se había visto tan atraído por la lujuria.

Había algo más que su rostro que le llamaba la atención...algo que no alcanzaba a descifrar. Una cara bonita no hacía mucho, y ya se había escapado de alguna que otra cama por falta de interés. En especial en los últimos años.

Esta vez era distinto.

A lo largo de los años, sus deseos se habían vuelto más oscuros, y últimamente le había llevado más y más poder conseguir satisfacer su apetito. Estaba comenzando a pensar que era un depravado al que la inocencia no le atraía como lo había hecho antes. Se acordó de un tiempo en el que una simple sonrisa había bastado para endurecer su entrepierna y estar dispuesto a aparearse con cualquier mujer que se le hubiera abierto de piernas. De hecho, muchas lo habían hecho. Después de todo, era el hijo de una prostituta, y eso había llamado su atención como a cualquier chiquillo que había logrado expulsar por primera vez su semilla.

Su primera amante había sido la mujer de un duque. Ella tenía veintidós, frente a sus catorce, y había sido incapaz de salir de su cama a pesar de ser consciente del peligro que suponía para su alma.

La segunda había sido una doncella que le confesó que también había yacido con su padre.

Y en cuanto a la tercera... bueno, fue un gran amor... una muchacha tres años mayor con la que deseó acostarse durante semanas antes de conseguirlo, para que luego ella huyera y se casara finalmente con su barón. Ahora su recuerdo no era más que una mancha en su memoria.

Tras aquello, todas se convirtieron en un vago recuerdo.

Y ahora... no se acordaba tanto de sus rostros como del apetito que había esclavizado su alma. Había sido un prisionero de sus pasiones durante mucho tiempo, y solo él tenía la culpa. No podía juzgar a su madre, pues la entendía a la perfección.

Y de pronto, un buen día, dejó de tener interés. Toda aquella hambre que había consumido tanto su cuerpo como su alma simplemente se habían tranquilizado, y se encontró a sí mismo huyendo de unos succulentos pechos que en otro momento de su vida hubieran hecho que el corazón se le desbocara en el pecho y que su sangre le rasgueara las venas.

Nada, hacía mucho tiempo desde que una cara bonita por sí sola no le

conmovía. Y, a pesar de que Meghan Brodie tenía un rostro perfecto, era la mirada de sus ojos lo que le había tentado y conseguido que su corazón latiera de nuevo. Había despertado su apetito, y lo había hecho duro como una piedra. A decir verdad, apenas había sido capaz de pensar en nada más desde el momento en el que había posado sus ojos en ella.

Le hacía sentirse vivo, como hacía mucho tiempo que no lo hacía.

La deseaba, sí, pero era más que eso... ansiaba conocer qué pensamientos rondaban aquella interesante mente; quería saber lo que conmovía a su corazón y lo que la hacía arder. Había algo hechizante en aquellos profundos ojos verdes... algo embriagador... algo que le atraía... algo que quería conocer todo lo bien que un amante podía hacerlo.

Quería ser su amante.

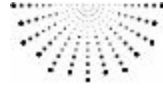
Levantó la cabeza de los brazos, observando cómo se movía con ojos hambrientos.

Y de pronto, se percató de que el cordero estaba temblando en una esquina y frunció el ceño. Dios, ¿cómo se podían haber olvidado de la bestia?

Seguramente el pobre animal necesitaba evacuar, y debía de estar muerto de hambre.

Se levantó con cuidado del escritorio, miró de nuevo a la mujer que yacía tan relajada en su cama y se deleitó en ella... y finalmente decidió llevarse a la nana a hacer pis.

CAPÍTULO QUINCE



Meghan se despertó sola; ni siquiera estaba Fia para darle los buenos días.

Esperaba que Lyon hubiese sacado un rato a la pradera a la pobre bestia. Sabía que no era bueno para el animal estar confinado entre cuatro paredes todo el día. Y, aun así, no parecía que hubiese estado muy nerviosa mientras habían estado solas; pero se sentía culpable por haberse quedado dormida sin preocuparse por sus necesidades. Estaba tan cansada... el día finalmente había hecho mella en ella, en su cuerpo y en su mente.

Había permanecido tumbada durante un rato tras su conversación, completamente consciente del hombre que había estado sentado en el pequeño escritorio. Había estado con los ojos cerrados, preguntándose acerca de los papeles que habían captado su atención, que le habían distraído de ella, hasta que el agotamiento venció la partida y se quedó dormida. Sin embargo, a pesar de haber dormido plácidamente, aquella mañana no se sentía descansada.

Tampoco se sentía benevolente respecto a Lyon Montgomerie.

Frunció el ceño. No sabía por qué se sentía tan atraída por él, pero lo cierto era que lo estaba.

Se había permitido el lujo de desear...

¿El qué?

¿Que podía estar equivocada en cuanto a él? ¿Qué iba a ser distinto?
¿Qué iba a ver más allá de una cara bonita?

Meghan anhelaba entregar su corazón... a alguien... poder revelar aquella parte oscura que tenía con todos sus defectos, ser capaz de quitarse el velo a la luz del día... y seguir siendo amada a pesar de sus imperfecciones.

Piers Montgomerie, igual que el resto, deseaban el envoltorio.

El problema era que el corazón de la chica estaba lleno de fisuras, y su alma estaba a punto de estallar tras él, deseosa por liberarse. Si permitía que ocurriera ... las piedras del muro de su corazón se derrumbarían fácilmente.

¿Y si se mostraba tal como era... y él la rechazaba por lo que viera?

No podía correr el riesgo...

Sin embargo, si lograba conseguir la paz con aquella unión... todo lo que bien acaba, bien está.

¿No?

Por otro lado, también estaría salvando a Alison de un matrimonio que no deseaba. Alison era su mejor amiga y Meghan sabía que amaba a Colin con todas sus fuerzas.

Si Meghan se casaba con Lyon Montgomerie proporcionaría a Alison tiempo para ganarse el vulnerable corazón de su hermano. Meghan sabía que Colin sería feliz con Alison si este le daba una oportunidad. Alison podía no ser la mujer más hermosa, pero su corazón era más dulce que la miel y más puro que el oro.

A pesar de todo, Meghan no podía rendirse tan fácilmente.

Su orgullo no lo permitiría.

¡Osaba desear más!

Puede que estuviese conforme con aquella unión por el bien de la paz, pero juró que Piers Montgomerie iba a recibir mucho más de lo que había acordado; iba a aprender a no juzgar un alma por su apariencia.

Él quería casarse con un rostro... pues, bien... podía tener el rostro, ¡pero no el corazón!

¡Meghan estaba deseando darle una lección a ese bellaco!

Entonces su mirada se dirigió hacia el escritorio... picada por la curiosidad.

No le importó que no estuviese bien cotillear; era lo mínimo que se merecía por haberla dejado encerrada de manera tan grosera, y por haber dejado aquellos misteriosos *papeles* sobre la mesa.

Una ojeada rápida no haría daño a nadie...

Se acercó con decisión al escritorio, donde encontró dos gruesos manuscritos atados entre sí por una tira de cuero. Giró el primero y vio que no tenía título y al abrirlo pudo ver una serie de anotaciones escritas... páginas y páginas escritas en lo que dedujo que debía ser latín.

Frunció el ceño mientras intentaba descifrar alguna palabra; podía reconocer alguna, pero nunca había aprendido el idioma. Su madre conocía el idioma de la iglesia, pero Fia no. Tan solo su hermano Gavin lo dominaba lo suficiente como para leer sus manuscritos.

Lo máximo que logró descifrar fue que se trataba de extractos de textos escritos por otros autores como Aristóteles, Agustín, Boecio y Anselmo, entre otros muchos... demasiados como para nombrarlos. Asumió que todos estaban fechados con el año en el que fueron escritos.

A Meghan le había picado la curiosidad, y, sin embargo, no se sentó a leer aquellos textos que no podía entender.

Con el ceño fruncido dejó el primer tomo en el escritorio y se dirigió a inspeccionar el segundo, el cual también carecía de título. En su esquina inferior derecha tenía escritas las palabras "Piers Montgomerie".

Arqueó una ceja sorprendida, y esta vez sí que separó la silla del escritorio para sentarse, fijándose en la primera página.

Se titulaba "Spiritualitas Vs. Carnalis" y, a pesar de que el título estaba en latín, el resto del texto estaba en inglés; lengua que sí que entendía bien, ya que la madre de Alison había sido inglesa y le había enseñado a su hija el idioma; y Alison se lo había enseñado a ella.

En aquel momento ya se había comprometido demasiado como para dejarlo. Apoyó el volumen abierto sobre la mesa y se puso a leer.



DADO QUE LYON ACABABA DE ENVIAR LAS CARTAS AQUELLA MAÑANA, LA última persona que esperaba ver era a David de Escocia.

El hombre llegó con un séquito de cinco personas y mientras desmontaba del caballo, su semblante era de preocupación.

—¡Dios santo! ¿Acaso predices el futuro?

El gruñido de David fue un presagio de su estado de ánimo.

—¿De qué demonios hablas?

Lyon arqueó una ceja.

—Acabo de enviarte una carta esta mañana y aquí estás.

—Exacto —respondió David de forma tajante.

Lyon le dedicó una mirada inocente.

—¿Qué te trae por aquí? —dijo—. Nada bueno, supongo.

David negó con la cabeza con una clara inquietud.

—¡Nada bueno! —aseguró—. ¡Malditos montañeses malnacidos!

Lyon, con el semblante serio, colocó una mano en el hombro de David.

—Ven —sugirió—, hablemos dentro.

Los dos se dirigieron hacia el vestíbulo.

—Me temo que te traigo noticias preocupantes —anunció David.

—Ya somos dos.

—Lyon, viejo amigo, creo que acabo de complicar tu cargo aquí.

—Vaya —respondió Lyon—. Bueno, así estamos igualados, ya que creo que yo también lo he hecho.

David le miró intrigado.

—Me explicaré —avisó Lyon—. Podemos discutir quién empieza delante de una jarra de cerveza, ¿qué te parece?

David entrecerró los ojos.

—Opino que, si me estás ofreciendo cerveza, Lyon, es que tienes que contarme algo que no me va a gustar.

—Entonces estamos empatados —contestó Lyon—, porque algo me dice que, si te has visto obligado a venir hasta aquí para contarme algo que has hecho, tampoco me va a gustar.

—Siempre fuiste un bastardo astuto—dijo David—. Y no, no creo que te vaya a gustar. Espero que tengas algo más que agua de retrete para beber; no estoy de humor para ponerme a moler la cerveza con los dientes.

—La cerveza está bien —aseguró Lyon—. Es solo que no debes sentarte debajo de la parte podrida del techo, o tu copa se llenará de astillas, y entonces te las estarás quitando de la lengua de la lengua toda la tarde.

David arqueó una ceja.

—¿Tan mal está?

—Sí —contestó Lyon, asintiendo con la cabeza—. Mal —y sonrió—. Pero es mejor que tener ratas subiéndote por el trasero mientras duermes.

David soltó una carcajada.

—No me cabe la menor duda —dijo con un movimiento de cabeza—. ¡Malditos montañeses! ¡Preferiría ser atacado por un grupo de ratas, que tener que tratar con uno de ellos!

—¿Tan malo es?

—Tan malo —aseguró David mientras entraba en el vestíbulo. Se quitó la capa y se la colocó en el brazo—. ¿Qué me pasó por la cabeza para desear ser rey?

Lyon no se lo pensó dos veces antes de responder:

—Porque te encanta y siempre fuiste el mejor jugando al ajedrez.

David se puso a reír.

—¿Incluso mejor que tú?

—Sí, incluso mejor que yo.



SE ESTABA HACIENDO TARDE.

Cuando las letras comenzaron a verse borrosas, Meghan dejó el manuscrito en la mesa y descubrió que los textos eran un diario personal y su correspondiente tratado, con referencias a pasajes del volumen anterior.

Comenzaba con un relato conmovedor sobre la infancia de Lyon, y los días que había pasado como alumno del arzobispo de Canterbury. A Meghan le dio la impresión de que aquellos años debían de haber sido los más duros, apartado de sus compañeros, pero también los más felices.

A pesar de cuestionarse su moralidad, parecía centrado y seguro de lo que quería conseguir en la vida. Mientras estudió bajo la tutela del clérigo, sus ambiciones se centraron en temas académicos. Sus conocimientos, a pesar de ser de naturaleza espiritual, apenas tenían que ver con las enseñanzas de la iglesia.

Es más, Meghan pensó que algunas de sus ideas eran algo heréticas incluso para ella. Estaba convencida de que a Gavin le daría algo si las leía; no había sido capaz de atarla a la fe solo porque le aseguraba que su santuario era el bosque y que el sermón de Dios le llegaba a través de las criaturas de su creación. Sin embargo, en aquellos textos se cuestionaba la mera existencia de Dios.

En los primeros textos, había explicado con todo tipo de detalle su búsqueda de las verdades espirituales, y había dejado de lado rápidamente la importancia de lo material. Fue entonces cuando a Meghan le quedó muy claro que sus ambiciones tenían un trasfondo noble.

El siguiente texto era menos tajante y un poco más incómodo. A pesar de que no lo concluía, explicaba que había pasado algo que había cambiado el rumbo de su vida. Había abandonado sus aspiraciones por una vida erudita y en su lugar se había resignado a una perspectiva... al principio defensiva... y luego ofensiva. Su objetivo parecía ser la búsqueda de la justicia.

Casi había terminado aquel texto cuando se planteó si debía seguir, ya

que sentía que estaba espiando el alma de aquel hombre con una lupa, pero no lo pudo evitar.

El testimonio la atrajo casi tanto como el hombre que lo había escrito.

Meghan no tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado leyendo, pero por la luz tenue de la habitación dedujo que estaba anocheciendo, aunque tampoco es que hubiera habido mucha luz antes, porque la única ventana que había estaba completamente cerrada. La luz del atardecer comenzaba a desaparecer y la antorcha de la noche anterior se había apagado en algún momento durante la noche. Los restos de la cena permanecían intactos.

Comenzaba a estar demasiado a oscuras como para seguir leyendo.

Frustrada, puesto que el manuscrito comenzaba a ponerse interesante, Meghan se levantó de la mesa y se acercó a la ventana para examinar de cerca las contraventanas y para ver si había algún modo de que entrase más luz en la habitación.

Se dio cuenta de que las contraventanas estaban clavadas para no poder abrirse; no importó lo fuerte que tirase, no se movieron ni un ápice. Entonces, se preguntó qué tipo de hombre podía haber escrito un diario como aquel y luego clavar los malditos cuarterones en lugar de arreglarlos.

En su lucha contra las maderas, pudo percibir las voces que provenían proviniendo de debajo de la ventana y se paró para poder escucharlas. Sabía que podía reconocer la voz de Lyon en cualquier sitio, pero en cuanto a la otra... no pudo identificarla, pero estaba segura de que no era la de Baldwin.

Buscó un agujero por donde poder espiar, y escuchó cómo las voces se comenzaban a mover hacia el vestíbulo.

Meghan corrió hacia la puerta sorprendiéndose al descubrir que no estaba cerrada; frunció el ceño por aquel descubrimiento, a pesar de que debería de estar contenta por ello.

Después de todo no la había encerrado. ¿Qué le pasaba, que no había sido capaz de algo tan básico como probar la puerta? Había desperdiciado mucho tiempo sentada en la habitación, cotilleando papeles y el pasado de aquel

hombre, cuando debería de haber empleado sus fuerzas en intentar regresar a casa.

Vale, era posible que una unión entre ellos fuese ventajosa para todos; pero a Meghan no le gustaba ser coaccionada. Era más de su estilo el volver a casa y debatir la posible boda con Lyon Montgomerie con sus hermanos. Si Lyon deseaba casarse con ella, iría y pediría su mano en matrimonio, mejor que decirle que se iba a casar con él sí o sí.

¡Bah! De pronto recordó que ni siquiera se había peinado, pero no le importó. Y como había dormido con el vestido, este estaba arrugado y descuidado; seguro que en aquel momento parecía la loca que deseaba que Lyon pensase que era.

Mientras bajaba las escaleras con cuidado, examinó su alrededor y se dio cuenta de que hacía mucho tiempo que nadie había arreglado aquella casa.

De pronto los escalones bajo sus pies crujieron y ella dejó de plantearse el por qué de las contraventanas clavadas. Era consciente de que la mera idea de arreglar todo aquello era sobrecogedora; pero alguien debía de comenzar a arreglar algo, lo que fuera, o toda la casa se caería abajo.

Al terminar de bajar los últimos escalones se quedó espionando a Lyon y a su invitado por debajo de la tarima. Al menos Meghan asumió que era un invitado, porque no parecía uno de sus guardias.

De hecho, aquel hombre iba vestido con las prendas más lujosas que Meghan había visto nunca, y su porte era el de alguien importante, alguien que podía ayudarla si lo deseara. Al caer en la cuenta de aquello, se puso en pie y decidida se encaminó hacia la tarima.

En el instante en el que la joven apareció en el vestíbulo, Lyon sintió su presencia, como un lobo olfateando a su compañera; alzó la mirada y la encontró mirando discretamente desde lo alto de la escalera. Y, de pronto, fue incapaz de prestar atención a las palabras de David, ya que se quedó encandilado con la mujer que estaba en la sombra.

—Parece ser que prejuzgué a MacKinnon —anunció David sin darse

cuenta de la compañía.

Erróneamente había planificado secuestrar al hijo de MacKinnon con la esperanza de mantenerle bajo la tutela de la corte y poder así controlar mejor los intereses de este. Fue un error; MacKinnon no solo había recuperado a su hijo, sino que se había fugado con la hija de un noble inglés e inmediatamente la había convertido en su esposa.

Pero Lyon ya no le escuchaba.

Lyon sintió algo parecido a un revoloteo de mariposas en su estómago, y su aliento se quedó atascado en la garganta en el momento en el que Meghan había posado sus ojos en él. Aquellos hermosos ojos. Tenía la barbilla ladeada con actitud desafiante y se apoyaba en el posa manos a medida que se alejaba de ellos. Su corazón dio un brinco.

—Ahora veo que fue un error involucrar a su hijo —continuó David—. Pero lo hecho, hecho está.

Lyon asintió de forma automática.

Meghan Brodie le había capturado como ninguna otra mujer. Había despertado a su cuerpo... había hecho a su alma anhelar algo... más.

Sacudió la cabeza en un intento por librarse de aquel hechizo.

—¿Prejuizar a quién?

—¿Lyon? —dijo David un tanto molesto—. ¿No has escuchado ni una maldita palabra de lo que te he dicho?

Lyon pensó que no valía la pena mentir.

—No —admitió, mientras sus ojos permanecían clavados en el hermoso rostro de Meghan que se acercaba a ellos con aprensión.

Incluso despeinada como estaba y con pintas de loca, pensó que su belleza era inigualable. A decir verdad, fuese lo que fuera; loca, o astuta como el diablo, era una caja de sorpresas y Lyon se preparó para lo peor. No había nada peor que la mordacidad de la lengua de una mujer.

David siguió la mirada de Lyon.

—¡Tienes una visita! —dijo con sorpresa, y cuando esta se acercó

impertérrita con fuego en aquellos grandiosos ojos verdes, se giró hacia Lyon y preguntó:

—Lyon, ¿quién es?

Lyon miró avergonzado a su amigo.

—Ella... —respondió dubitativo— es la complicación de la que te estaba hablando.— Y se encogió de hombros.

CAPÍTULO DIECISÉIS



Meghan decidió que iba a apelar al sentido de la lealtad de aquel hombre; si era un compatriota, tenía posibilidades de ganarse su apoyo; y si era un sapo inglés, entonces la suerte no estaba de su parte. Era imposible deducirlo solo por su forma de hablar, ya que lo hacía como un inglés, pero con acento.

—¿Sois escocés, señor? —preguntó mirándole al acercarse a la mesa alzando la barbilla y poniéndose tiesa.

—Sí —respondió él mientras miraba con cautela a Lyon—. ¿Por qué lo preguntáis, muchacha?

—¡Muy bien! —exclamo Meghan—. ¡Porque quiero irme a casa!

El hombre se giró hacia Lyon más desconcertado todavía por la vehemente petición de la joven.

—¿Cómo? —preguntó—. ¿De qué está hablando, Lyon?

—Pues... —Fue todo lo que Lyon pudo pronunciar.

Meghan se giró hacia Lyon y le agradó ver que había tenido la decencia de ponerse colorado al no saber cómo explicarse, aunque, de todos modos, no le iba a dejar hacerlo, porque seguro que encontraba la forma de justificarse.

—¡Me ha secuestrado! —cargó contra él señalándole con un dedo acusador.

El hombre arqueó las cejas todavía más.

—¿Lyon? —dijo—. ¿Es eso cierto?

Lyon tuvo la gentileza de no negarlo. Asintió con las cejas arqueadas y una mirada de vergüenza.

—Me temo que sí... —admitió.

—¡Dios santo! —exclamó el hombre.

—Te lo iba a contar en cuanto terminases tu historia —le aseguró Lyon.

—¡Vaya par que estamos hechos! —declaró el hombre—. ¿Y por qué has hecho algo así? ¿Quién diantres es?

—SOY Meghan Brodie —anunció ella, molesta por la clara amistad entre los dos hombres—, y no sé quién sois vos, señor. No me parecéis un escocés, pero os aseguro que mis hermanos no van a estar muy contentos al escuchar todo esto.

El hombre se volvió a girar hacia Lyon.

—¡Maldita sea, Lyon! Espero que haya un motivo mejor que tu necesidad de calentarte la cama. Su comportamiento me está poniendo los pelos de punta.

Meghan suspiró y su rostro se enrojeció de enfadado por la declaración de aquel hombre.

Lyon soltó una pequeña carcajada.

—Para empezar, no puedo decir que lo hiciera —dijo—. Pero en mi defensa diré que anoche parecía mucho más dulce.

El hombre se echó a reír y Meghan se enfureció todavía más; apretó los dientes y cerró los puños con fuerza, colocándolas a ambos lados del cuerpo.

—¡No veo lo qué es tan divertido! —aseguró a ambos, fulminando al hombre con la mirada—. ¿Quién sois, señor? —le exigió.

El hombre la contempló por un instante, y luego anunció con total naturalidad y una arrogante subida del mentón:

—Soy David de Escocia.

—¿El rey David?

—Así es, muchacha.

—¿El hijo de Malcolm Ceann Mor?

—El mismo.

Meghan ladeó la cabeza con desprecio.

—No me dais la impresión de ser un rey, señor— le dijo—. ¡Parecéis y sonáis como un maldito forastero!

Él esbozó una leve sonrisa.

—¡Vaya! —exclamó Meghan sin remordimientos. ¿O sí que los tenía...? —. Supongo que no puedo convencerlos para que me llevéis a casa— preguntó al hombre, decidida y esperanzada.

Sabía que había muy pocas posibilidades cuando él era la razón por la que Lyon Montgomerie estaba plantado en Escocia. Los dos hombres eran del mismo equipo. ¡Eran amiguitos!

—Dadme un único motivo por el que deba poner en tela de juicio a uno de mis mejores hombres— respondió él.

—¡Porque no deseo casarme con él! Ahí lo tenéis —contestó Meghan alzando la barbilla.

La mirada sorprendida del hombre se dirigió entonces a Lyon. Tenía las cejas muy arqueadas.

—¿Casaros con Lyon?

Lyon respiró hondo y asintió.

—Sí —respondió él sin más.

—¡No te puedes casar con ella! —rebatía David.

—Eso es exactamente lo que le he estado intentando decir yo —intervino Meghan, satisfecha de que al final la entendiese.

—¿Qué hay de MacLean? —preguntó David sin hacer caso a la muchacha.

Meghan dio un gruñido por aquel rechazo.

—¿Qué pasa con él? —respondió Lyon sin alterarse—. Ya le he enviado una carta explicándoselo todo, como he hecho contigo. Te puedo asegurar que no me casaré con Alison MacLean.

—Lyon —dijo David—, piensa bien lo que dices.

—No me casaré con ella —contestó Lyon con tranquilidad, pero lacónicamente.

Meghan no supo por quién estaba más ofendida, si por ella o por Alison. ¿Es que ningún hombre era capaz de ver más allá de la fachada del rostro?

—La pobre muchacha parecía que se iba a poner a llorar en cuanto la miré —explicó Lyon—, no puedo casarme con una chica que no me acepta.

Los dos hombres se pusieron serios mirándose el uno al otro, y dio la sensación de que se estaban comunicando sin palabras.

La expresión de David era indescifrable salvo por sus ojos, los cuales pestañeaban intimidantes.

—¿Recuerdas... —dijo Lyon— lo que me dijiste que ibas a entregarme en bandeja de plata?

David miró a otro lado con los dientes apretados.

—Sí —respondió.

La expresión de Lyon era firme a más no poder.

—Ese no es el modo.

Meghan observó a los dos amigos, intrigada por aquel diálogo; por la expresión en el rostro de David, estaba claro que iba a tener que ceder porque Lyon no estaba dispuesto a dar su brazo a torcer.

¿Qué influencia tenía Lyon sobre aquel hombre?

También era obvio que a David no le gustaba que le contradijeran, y, sin embargo, Meghan estaba segura de que acabaría cediendo.

—Si no quieres, no lo hagas —se quejó David—. Aunque no aceptaré un matrimonio no consentido. ¡Dios! Lyon, ¿no tienes ni siquiera la bendición de sus hermanos?

Meghan aguantó la respiración.

—Tendré la de ella —aseguró Lyon.

Meghan suspiró con fuerza.

—¡Claro que no! —juró enrabiada por su arrogancia.

Entonces, David la miró molesto por su presencia, pero a Meghan no le importó lo más mínimo, ¡se trataba de su vida! Y estaba claro que no se iba a quedar de brazos cruzados mientras dos extraños decidían su futuro.

El hombre se volvió a girar hacia Lyon y cedió:

—¿Estás seguro de esto, Lyon?

Lyon esbozó una sonrisa.

—¿Tú qué crees, David? —arqueó una ceja.

David arqueó la suya en respuesta.

—Creo que si alguien puede... tú también, pero solo si te ganas su consentimiento; como he dicho, no puedo autorizar un matrimonio no consentido.

Meghan apenas se creía que estuviesen debatiendo sobre su vida en frente de ella con semejante arrogancia.

—Muy bien —anunció David—. Te puedo conceder dos semanas para convencerla, tras las cuales deberás acceder a liberarla si sigue oponiéndose.

Lyon permaneció en silencio, y Meghan, sabiendo que aquello era lo mejor que iba a conseguir de David de Escocia, alzó el mentón de forma desafiante hacia Lyon.

—A menos que no estés tan seguro de ti mismo...

Lyon la miró y sonrió con aquellos traviesos ojos azules que mostraban su seductor interés.

—Aceptaré si tú aceptas —la retó con osadía.

Lyon se giró hacia David satisfecho con el acuerdo, lo que provocó que un escalofrío recorriera la espalda de Meghan. Recordó la forma en la que la había dejado la noche anterior en su cama, a punto de gritarle para reclamarle un beso, y se planteó si había cometido un error retándole.

—Siempre fuiste un negociador nato —le dijo a David.

David le dedicó una mirada que hizo ver a Meghan que el hombre no se sentía victorioso.

—Parece justo —dijo Lyon—. Acedo a dos semanas, tras las cuales, si no

desea ser mi esposa... —miró de reojo a Meghan y aquellos profundos ojos azules le cortaron la respiración— la llevaré personalmente a su casa.

—¡Muy bien! —anunció David, y en aquel momento Meghan supo que había cometido un grave error.

Había algo en la expresión de Lyon que la hacía saber que ya había perdido la apuesta y, de alguna manera, supo que había caído en su red.

Entonces, el recuerdo de su silueta plantada en el marco de la puerta del dormitorio la noche anterior la abordó y su corazón comenzó a palpar de manera salvaje.

¿No era suficiente tener que competir contra Lyon Montgomerie, que también tenía que luchar contra su propio traicionero cuerpo?

Nunca había pensado que fuese a ser susceptible a las artimañas de un hombre, pero no servía de nada negar la forma en la que aquel hombre la hacía sentir, a pesar de que le veía como alguien superficial, igual que el resto de su género.

Se tuvo que recordar a sí misma que todavía no había perdido; además, tenía muy mal perder.

Asumió que Lyon Montgomerie podía salir victorioso, pero ella se iba a cerciorar de que mirase a su puñetero trofeo tres veces.

PROBABLEMENTE NO HABÍA SIDO LO MÁS INTELIGENTE QUE ALISON HABÍA HECHO, pero necesitaba hablar con Leith. Tenía que decirle lo mucho que agradecía el sacrificio que estaba dispuesto a hacer por ella, pero que su conciencia había comenzado a atacarla desde que se había marchado la noche anterior. Sabía que no era posible que la amase, y no podía permitir que perdiese la oportunidad de ser feliz junto a una mujer que él eligiera.

Encontró a Leith en el patio junto a Colin y Gavin inmersos en una discusión. Estaba claro que Gavin y Colin acababan de llegar de otra búsqueda, ya que Gavin todavía sujetaba las riendas de su caballo. Colin se

había bajado de él y parecía inquieto por lo que Leith le estaba contando.

El corazón de la muchacha dio un vuelco al verle, y se dijo a sí misma que era tonta; nunca la había mostrado ningún tipo de interés, ¿por qué debía de preocuparse por un hombre que se negaba a mirarla a los ojos?

Alison también quería saber si había alguna noticia de Meghan, estaba muy preocupada por su amiga y no podía aguantar más, necesitaba saber algo.

Y sin embargo se quedó paralizada, incapaz de enfrentarse a Colin.

Cuando finalmente Gavin y Colin se marcharon y Leith se giró para irse, la chica corrió tras él, llamándole.

Él, sorprendido, se dio la vuelta inmediatamente, con gesto de sorpresa.

—¡Alison! —Estiró la mano para coger la de la muchacha cuando pareció que esta iba a desplomarse en sus brazos.

—Perdona mi intrusión —se disculpó sin aliento—. Pero necesitaba saber algo de Meghan. Por favor, no te enfades conmigo por haber venido otra vez.

—¡No seas tonta! —dijo Leith—. Alison, te entiendo —parecía realmente alegre de verla.

Alison le agarró el brazo esperanzada.

—¿Alguna novedad?

Él negó con la cabeza.

—Me temo que no.

Alison frunció el ceño.

—¡Estoy tan preocupada!

—Todos lo estamos, muchacha. Todos lo estamos. Pero no te preocupes, pronto la encontraremos.

—Eso espero —dijo con un grito ahogado—. Leith —le miró con valentía—, también he venido por otro motivo.

Él frunció el ceño.

—¿Qué ocurre, Alison? —dijo preocupado.

De pronto a Alison le costó pronunciar las palabras.

—Q-Quería... decir que... bueno... verás...—tartamudeó—. Siento que te sentiste forzado a pedirle a mi padre...

Él la cogió de las manos haciéndola saber que entendía lo que estaba queriendo decir.

—Alison, querida, no estuve forzado a nada, ¿no lo ves?

Alison movió la cabeza.

—No puedo creerme que desees casarte conmigo —le dijo—. Sé que sientes lástima por mí, y quiero que sepas que no me va a molestar si no desees tenerme como esposa. No necesito a un hombre que me compadezca, y no quiero convertirte en un infeliz.

Él le dedicó una sonrisa.

—Alison MacLean, mírame... ¿Acaso te parece que la idea de casarme contigo me esté atormentando?

—Bueno, no... pero...

—Pero nada —dijo haciéndola callar con el dedo—. Ven conmigo un momento —la llevó detrás de un carro y un caballo para tener más intimidad—. ¿Me harías un favor? —preguntó.

Alison asintió tan agradecida que se hubiera puesto de rodillas y le hubiera besado los pies.

—Escúchame, Alison —dijo atrayéndola hacia sus brazos.

Alison dio un grito ahogado de asombro. Su corazón comenzó a palpar con fuerza, mientras él levantó su rostro y acarició sus labios con los suyos.

Aquel dulce y cálido beso en los labios hizo que sintiera un mareo; fue un beso muy tierno, pero era el primero que experimentaba.

Nunca ningún hombre había hecho algo así.

Nunca ningún hombre había expresado el deseo de hacerlo.

Estaba confusa, tan sorprendida que apenas lo miró cuando él apartó la cara y bajó la vista hacia ella. La joven se limitó a pestañear con sorpresa.

—¿Has oído eso? —le preguntó con dulzura.

En aquel momento, Alison fue incapaz de articular palabra o asentir con

la cabeza.

—Escúchame y escúchame bien, Alison MacLean —dijo Leith con firmeza—. Quiero que te vayas a casa —le ordenó—, y pienses en lo que te acabo de decir con el corazón en la mano. Piensa en lo que realmente deseas. Plantéate con calma si me quieres o no como tu marido. Mi proposición sigue en pie, pero no quiero forzarte a nada, muchacha. Vete a casa, piénsalo y decide; si me deseas como esposo, yo estaré encantado de tenerte como esposa.

Alison movió la cabeza y abrió la boca para hablar.

—Shhhh —suplicó—. No digas nada hasta que lo hayas meditado con la almohada; hazme ese favor, ¿vale?

Alison respiró hondo y asintió con la cabeza, a punto de caerse redonda.

—Bien —dijo apartándola de detrás del carro.

Tuvo que arrastrarla detrás de él porque debido a su estado de sorpresa por lo que acaba de decir y hacer, la joven se había quedado petrificada ahí, y lo único que había podido hacer había sido llevarse la mano a la boca.

Mientras la joven miraba fijamente a Leith Mac Brodie, llegó un mensajero y Alison solo se percató de él porque este entregó la carta a Leith y salió galopando acto seguido. La muchacha permaneció petrificada pensando en lo que acababa de pasar entre los dos.

Leith rompió el sello y se puso a leer el papiro, le dio la vuelta y entonces su rostro enrojeció levemente.

—Alison —dijo—, Gavin no está y yo no puedo leer esto, ¿me harías los honores?

Alison asintió cogiendo inmediatamente la carta de su mano. Lo ojeó sin ver las palabras, pestañeó y finalmente leyó:

—Lyon Montgomerie la tiene —dijo impactada—. Tiene a Meghan.

—¿Qué diablos has dicho?! —explotó Leith, arrancando el papel de las manos de la chica.

Ella le miró de reojo pestañeando.

—Solo dice que la tiene detenida por robar.

MEGHAN SE QUEDÓ MIRANDO EL VESTÍBULO DE LYON A TRAVÉS DE LA seguridad de los barrotes de la barandilla.

Su punto estratégico, junto al amplio pasillo, le proporcionaba una vista clara de todo el que entraba y salía, por lo que solo tenía que esconderse en la oscuridad si Lyon entraba en el vestíbulo. De todos modos, no temía que nadie la encontrase allí, puesto que solo se podía entrar a la habitación de Lyon por el pasillo y nadie parecía atreverse a subir aquellas escaleras, así que Meghan tenía la oportunidad de observar a sus carceleros y trazar su plan.

El vestíbulo estaba casi vacío, a excepción de unos pocos rezagados que parecían no estar por la labor de ponerse a trabajar si su jefe no les estaba mirando.

El rey David había preferido quedarse en vez de continuar su viaje hasta Edimburgo, y él y Lyon se habían encerrado para debatir asuntos de importancia. Meghan se moría por saber de qué asuntos se trataba, ya que las visitas de David a las tierras altas no eran muy comunes; de todos modos, estaba segura de que su discusión no era de su incumbencia, ya que había quedado claro que su situación ya había sido zanjada.

Y no estaba nada satisfecha con el resultado.

Y aun así no podía quejarse, ya que había accedido a aquel acuerdo y admitir que había sido tonta solo la hacía sentirse peor.

No, ¡quería que Lyon se arrepintiera de su codicia superficial!

Más que eso, quería irse a casa.

Lo único que le había hecho saber que Lyon había compartido con ella la cama por la noche fue que al levantarse, su lado de la cama todavía estaba caliente. Su cuerpo ya no estaba, pero aún mantenía su aroma. Meghan, con el corazón latiendo con fuerza, se giró hacia ese lado y abrazó las sábanas.

Era algo descarado, pero al ser la segunda noche consecutiva, Meghan comenzaba a tener los pensamientos más extraños.

Era incapaz de apartarlo de su mente, aunque tampoco es que fuese algo posible en su situación: ¿cómo lo iba a hacer cuando estaba ocupando su habitación y planteándose el casarse con él por el bien de sus familiares, o leyendo sus pensamientos más íntimos?

Se estaba desquiciando.

Mientras analizaba el vestíbulo, se dio cuenta por primera vez de que tenía el mismo techo que el que Gavin había puesto en la capilla, solo que este era más viejo y no tenía una bóveda. Era plano y tenía habitaciones sobre todo el vestíbulo. Eso sí, también estaba sujeto por las mismas vigas de madera que soportaban el techo en la capilla; las mismas desde donde el maldito cuervo la había estado observando.

Se había sentido impotente intentando cogerlo.

Meghan miró la viga que tenía más cerca y, entonces, se le pasó por la cabeza la idea más descabellada y se puso a mirar de nuevo el vestíbulo.

Se dio cuenta de que uno debía de estar realmente loco como para colgarse desde tan alto; pero, aun así, se fijó en el lugar donde estaba colocada la viga más próxima; si fuese capaz de llegar a ella, y estaba convencida de que sí que podía, entonces sería capaz de subirse a...

La mera idea de él mirándola desde abajo le provocó una sonrisa maliciosa, a lo mejor, después de todo, podía convencerlo de que realmente estaba loca.

Decidida a que merecía la pena intentarlo, y convencida de que su nana hubiera hecho lo mismo, Meghan se dirigió hasta el final de la barandilla y estiró las manos en un intento por tocar la viga. Estiró y estiró, se puso de puntillas y cuando por fin consiguió agarrarla con los dedos. La invadió una risilla traviesa.

Se aseguró de que era segura, sonrió y se subió a la barandilla mientras tarareaba una melodía...

—¡Lyon! —El grito venía del otro lado de las puertas cerradas, y le siguió un fuerte golpe—. ¡Lyon!

Lyon bajó las botas de la mesa y miró a David. El instinto le decía que las noticias no iban a ser buenas. Los dos hombres se habían encerrado para discutir acerca de Iain MacKinnon y cuál era la mejor estrategia a seguir con él; Lyon había sugerido que David regresase a hablar con Iain directamente, ya que según como lo veía Lyon se trataba de un hombre justo y, por otra parte, Lyon siempre había sido partidario del cara a cara.

Nadie se atrevería, bajo ningún concepto, a interrumpirle mientras estaba reunido con el rey David, a menos que se tratase de algo de suma gravedad, o...

—¡Adelante! —dijo preparándose mientras las puertas se abrían y mostraban a un pálido Baldwin.

—¿Lyon? —dijo Baldwin con preocupación—. Siento la interrupción, pero creo que debes venir.

Lyon miró a David y vio como su viejo amigo cómo le miraba con curiosidad y asombro. Se levantó de la silla y supo en seguida, por la expresión de Baldwin, que se trataba de Meghan.

¿Qué demonios había hecho?

—Ahora vuelvo —se disculpó con David y le preguntó con toda la educación posible—. ¿Por casualidad has tenido ocasión de probar ese vino que te envié desde Auvernia? Tengo que confesarte que me guardé un poco para mí, quizá te apetezca probarlo ahora...

David enarcó todavía más las cejas.

—En otras palabras, que quieres que me entretenga mientras tú tratas con tu *invitada*.

Lyon esbozó una sonrisa.

—Siempre fuiste un bastardo muy astuto.

—Igual que tú —le contestó David con una maliciosa sonrisa, para luego suspirar—. Muy bien, Lyon, ve y lidia con tu muchacha, te esperaré.

Lyon soltó una carcajada.

—No tardaré —prometió, y dejó solo a David.

Mientras seguía a Baldwin, le preguntó:

—¿Qué ha hecho ahora?

—Esto... creo que es mejor que lo veas por ti mismo —respondió Baldwin sin decir nada más.

Lyon sonrió y no supo si deseaba averiguar lo que la muchacha había hecho, ya que estaba convencido de que Meghan estaba determinada a hacérselo pagar caro.

Cuando entró en el vestíbulo, pudo escucharla cantar con un claro desafíe, pero al haber bastante gente, no pudo verla. Aquel ruido era tan horrible como el de un monstruo del bosque negro, y la letra no era mucho mejor.

—Debo irme a caminar por el bosque —canturreaba—. Vagar con un miedo aterrador hasta dónde me sienta segura de estar hechizada. ¡Todos para una! Todas para una.

Lyon no tuvo que buscarla demasiado; le bastó con seguir la dirección de las miradas de sus hombres hasta que la encontró colgada de la viga del techo como un pájaro en un maldito árbol. Pegó un grito al verla. La joven estaba acurrucada sobre la enorme viga mientras se sujetaba al techo con una mano y cantaba a pleno pulmón, sin hacer caso, o eso parecía, del público que tenía.

—Mi cama está bajo el árbol verde —continuó cantando—. Un penacho de hojas bajo la cabeza.

Para ser honestos, Lyon no se creía ni por asomo que estuviese loca, pero tenía que admitir que muy bien no estaba para haberse subido a un sitio tan alto.

¡Maldita muchacha lunática!

—¡Meghan Brodie! —gritó y su voz resonó por toda la sala. No deseaba asustarla, por si se caía, pero aquella posición le estaba asustando a él—.

¡Baja ahora mismo! —la regañó.

Se había preocupado para nada, porque ella parecía totalmente ajena a su presencia.

La joven dejó de cantar y ladeó la cabeza mientras le miraba.

—No puedes obligarme, forastero —gritó—. Y no me lo puedes ordenar; todavía no eres mi marido ni tampoco eres mi padre, y no tengo porqué escuchar una palabra de lo que me dices.

—Si fuese tu padre —la aseguró—, te juro que te colocaría sobre mis rodillas y te daría los buenos azotes que te mereces.

—Vaya —respondió sin inmutarse—, mi padre nunca me hubiera hecho eso, y tampoco lo vas a hacer tú. Además, forastero, me gusta estar aquí arriba —le informó con una risilla de niña pequeña, por la cual Lyon no supo si reírse o regañarla.

¡Maldita sea!

La chica se movió para sentarse en la viga, con la cabezonería de alguien que había estado escalando árboles toda su vida, utilizando la mano con la que se sujetaba al techo. Fue en aquel entonces cuando el corazón de Lyon pegó un brinco y la sala se llenó de murmullos.

—¡Meghan! —gritó mientras la sangre le galopaba a la cabeza—. ¡Baja inmediatamente!

—¡No! —respondió ella con ligereza—. No lo haré —Y siguió su camino para abrazar la viga mientras comenzaba a cantar de nuevo—. Los riachuelos serán mi bebida... las piñas mi alimento. Nada me hará bien, pero pienso en tu belleza —hizo una pausa—. ¿No es una estupidez —dijo de repente— pensar que alguien pueda aferrarse solo a la belleza? —Dedicó una cruel mirada a Lyon.

Nadie dijo nada, se quedaron mirando sin más a la loca invitada. Lyon sabía que aquella locura iba dedicada a él.

—Mi nana me lo solía cantar —les reveló a todos.

—Meghan... —le rogó con más suavidad—, por favor, baja.

—¿Por qué?

—Porque... —miró a sus hombres, molesto por que estuvieran allí—. Porque no quiero que te caigas.

—¿Por qué? —insistió ella, mirándole desde lo alto, y Lyon tuvo la de impresión que pretendía ponerla en evidencia.

Maldita bruja.

Lyon tuvo que levantar la cabeza para mirarla.

—Porque...

—No importa, sé por qué —anunció de repente.

El hombre supo que no debía preguntarla a qué conclusión había llegado. Maldita sea, estaba mostrando demasiado aquellas magnificas piernas.

—¿Quieres saber por qué? —preguntó ella al ver que él no respondía.

—No —contestó Lyon con decisión—. Quiero que te bajes de ahí, Meghan. ¡Ahora!

Ella se puso bien la falta, enseñando todavía más sus extremidades.

—Porque no quieres que nadie me vea el culo —respondió a pesar de la negativa.

Los murmullos resonaban por toda la sala, pero fueron silenciados inmediatamente por la mirada que Lyon dedicó a sus hombres.

—¡Meghan! —exclamó.

Ella apenas se rio.

Su paciencia se había acabado y comenzó a subir las escaleras en dirección a la muchacha.

—Bajarás, aunque tenga que bajarte yo mismo.

—Ay —respondió—, será divertido.

Toda la sala estalló en risas.

Muchacha imprudente.

—No, no lo será —la regañó—, y tú tampoco pensarás así cuando ambos hayamos caído de cabeza al suelo.

Meghan observó cómo subía por las escaleras y llegaba hasta el final de

la barandilla sin dejar de refunfuñar. La joven se levantó y la habitación se tambaleó a sus pies. La muchacha frunció el ceño.

A pesar de su aparente tranquilidad, lo cierto era que la chica estaba bastante intranquila por semejante altura, y se planteó que quizás aquello no había sido tan buena idea después de todo. Le decepcionó bastante que el rey David no estuviese allí presente para presenciar su proeza; tenía la impresión de que se había arriesgado para nada.

—¿Dónde está David? —preguntó a Lyon cuando este estiró los brazos hacia ella mientras le pedía de nuevo que le bajase.

Él la fulminó con la mirada.

—Está ocupado —informó él—. Me temo que no será testigo de tu hazaña.

Meghan le puso mala cara, molesta porque, por la expresión de su cara, había averiguado el porqué de su pregunta. Miró de reojo hacia abajo y las caras que la observaban. Estar allí arriba se convirtió en el paradigma de cómo se sentía; sola y bajo el escrutinio de todo el mundo.

—¡Baja, Meghan! —exigió Lyon.

Meghan se inclinó para abrazar la viga y con un puchero respondió con honestidad:

—¡No! Echo de menos a mi nana.

Él no supo qué responder, y los ojos de Meghan comenzaron a humedecerse; echaba muchísimo de menos a Fia, y temía que nunca más fuese a sentir con nadie aquella cercanía que sentía con su nana, esa aceptación incondicional fruto del amor puro.

—Maldita sea —dijo él con el ceño fruncido—. No te vayas a poner a llorar, Meghan.

Sus brazos estaban allí, extendidos, haciéndola señas y prometiéndola confort, y Meghan se vino abajo.

—Si no bajas, te prometo que iré yo. —intentó convencerla con suma preocupación.

Era posible que consiguiera convencerle de que estaba loca de verdad. Se limpió las lágrimas, forzó una sonrisa y le permitió ayudarla a soltarse de la viga. Se encontraba confusa, sin saber muy bien qué había conseguido; si es que había conseguido algo al fin y al cabo con aquella estúpida proeza, más allá de sentirse sola.

Más allá de anhelar.

Maldita sea

Se juró que la próxima vez sería más fuerte.



POR CÓMO LA MIRABAN, SABÍA PERFECTAMENTE QUE PENSABAN QUE ESTABA loca de atar, y lo había fastidiado todo por atender a razones.

Sin embargo, esta vez estaba decidida a seguir con sus artimañas. Meghan pensó que Fia no parecía demasiado una anciana, rasgó un trozo de la sábana de Lyon y creó con ella una bufanda que le puso en la cabeza al cordero.

Una vez hecho eso, observó su obra de arte y confió en que su nana la perdonase por aquello, pero era lo que debía hacer. Ya se parecía más a Fia.

Al fin y al cabo, aquello era la guerra contra Lyon.

—Te ves muy hermosa —dijo al cordero, satisfecha por su trabajo.

Acarició la cabeza del animal y esbozó una sonrisa. Por raro que pareciese, se estaba encariñando con el animalillo. Era como si hubiese conseguido un nuevo amigo; lo único que lamentaba era haberle tenido que tratar con tanta grosería. Su nana la habría regañado por ello, ya que Fia se había considerado guardiana de todas las criaturas, grandes y pequeñas.

Le pidió disculpas al cordero en nombre de su nana, y cuando estuvo satisfecha y segura de que ambas estaban preparadas para enfrentarse a su público, sacó al cordero de la habitación.

Una vez fuera, lo levantó para bajarlo por la estrecha escalera y esperó a que todos estuviesen almorzando, ya que quería impactar a su audiencia con

su entrada.

Quería poner en evidencia a Lyon y que hiciese lo correcto, o como mínimo avergonzarle tanto que se pusiese colorado hasta los dedos de los pies

Si realmente deseaba casarse por la paz, pediría su mano en matrimonio a sus hermanos, y le permitiría que ella decidiese si aceptaba o no en lugar de secuestrarla como si fuese una bestia para luego involucrarla en un vil trato.

Mientras bajaba las escaleras, empezó a fruncir el ceño detrás del cordero.

A decir verdad, hubiera llegado a hacer un trato con el diablo, pero deseaba preservar su alma.

Intentó no tropezarse con el cordero que llevaba en brazos cuando bajó los últimos escalones y entró en la sala, alegrándose al ver que todas las voces que mantenían una animada conversación se había cortado en seco con su entrada.

Echó un vistazo por encima del inquieto cordero y pudo vislumbrar a los confederados sentados todos juntos en una mesa; se dirigió a ellos sin dudar.

Lyon ya la había visto. Era todo un placer verla, a pesar de que David estuviese en mitad de su discurso y no se diese cuenta de su presencia hasta que la joven colocó el cordero en la mesa ante ellos.

—Buenas noches —les dijo—, hemos venido a unirnos a vos en la mesa.

Le dedicó una sonrisa a David, el cual se giró para mirarla con tal expresión de sorpresa que la muchacha tuvo que reprimir la risa.

—¿Hemos?

Meghan sonrió con dulzura y asintió con la cabeza.

—Claro.

David miró al cordero con curiosidad.

—Normalmente prefiero la carne más hecha —le dijo enarcando las cejas.

—¡Carne! —exclamó ella ofendida por su comentario—. Esto no es carne

—le informó enfadada—, ¡es Fia!

La chica pudo ver cómo Lyon ponía los ojos en blanco e intentó que no se le notase lo satisfecha que estaba por su reacción.

David se giró y miró a Lyon con confusión.

—Tú síguete la corriente —le pidió a su señor.

Entonces David se volvió a girar hacia la joven.

—¿Fia? —se atrevió a preguntar—. ¿Qué es Fia? Si puedo preguntar.

Meghan suspiró con frustración.

—Pues claro, Fia es mi nana. ¿No lo veis, señor?

El cordero comenzó a balar mientras tiraba un plato cerca del trono de David; él arrastró la silla hacia atrás alarmado y se quedó mirando fijamente a la aterrorizada criatura.

—¿Este cordero es vuestra nana? —dijo repitiendo lo que la muchacha acababa de asegurar, sin dar crédito.

—¡Jope...! ¿También vos? —se quejó poniendo los ojos en blanco y las manos en las caderas—. ¿Qué os ha contado? —preguntó mirando a Lyon, enfadada—. No sé por qué la consideráis un maldito cordero.

—Puede que —intervino Lyon— sea porque ES un maldito cordero. —Frunció el ceño.

¡Pues que frunza el ceño todo lo que quiera!, pensó Meghan. Esperaba que estuviese avergonzado. Le dedicó una mirada.

—Te lo dije, forastero, ¡no es un cordero! Es mi querida y dulce nana. ¡Ya la has insultado bastante!

Se dio la vuelta hacia David y lo fulminó con la mirada.

—Ese es el bruto con el que queréis que me case —le dijo ofendida—. He de deciros que es muy mal anfitrión, porque ayer por la mañana dejó tirada a mi nana en la pradera.

Se quedó mirando fijamente a David, expectante, como si este fuese a hacer algo con aquella queja.

—¿No tenéis nada que decir? —exigió cuando el hombre no respondió

nada, e intentó no reírse con la expresión de tormento que tenía su rostro.

—¿Lyon...? —dijo David con cuidado, con una mirada claramente asustada por el comportamiento de la chica.

Meghan levantó el mentón con la mirada fijada en Lyon Montgomerie con, claros signos de victoria.

Lyon estaba convencido de que o bien era una actriz muy astuta, o terriblemente honesta; ya no sabía cuál. Frunció el ceño.

La maldita bestia llevaba puesto un turbante, pero no se molestó en ver con qué lo había hecho, ya que la tela le era sumamente familiar.

David dirigió la mirada al cordero.

—A ver si lo he entendido... —dijo dirigiéndose a Meghan—. Aseguráis que este cordero es vuestra nana.

Meghan asintió, mientras mantenía el mentón levantado... *¡La muy bruja!*

—Claro —insistió.

Lyon intentó no reírse con el reto que había en sus ojos verdes cuando estos miraron a David.

—Ya veo —repitió David con calma, girándose hacia Lyon con las cejas arqueadas—. Lyon, ¿te casarías con esta mujer?

Lyon no supo qué contestar; no deseaba ponerla en duda delante de David, pero tampoco le atraía quedar como un idiota.

—¿Cuál es nuestro sitio? —insistió la muchacha, satisfecha con el revuelo que había causado—. ¿O es que pretendéis también que nos muramos de hambre?

—Meghan... —la avisó Lyon con tranquilidad, cansado ya de su juego.

—Dijiste que las dos éramos bienvenidas —le recordó con descaro—. Y todavía no lo has cumplido, ¿es que además de un ladrón, también eres un mentiroso?

Lyon se puso a mirar al cordero con desesperación y luego volvió la vista hacia David, que lo miraba fijamente, y no muy contento. Por primera vez en

su vida, su rostro se enrojeció de ira.

—Meghan —la avisó, apretando los dientes.

Estaba convencido de que si la chica iba en serio, claramente estaba loca; si no, le estaba dejando en evidencia delante de sus amigos y su señor. Obligado a tomar el control de la situación, a salvar la comida y su cuello, se levantó y cogió a la ruidosa criatura de la mesa y la colocó a sus pies.

—Mis disculpas si te he ofendido, Meghan. Pero tu nana no es bienvenida EN mi mesa.

—¡Cómo te atreves! —exclamó ella, poniéndose de rodillas sin inmutarse por el enfado del hombre. Lyon bajó la mirada enervado, para ver cómo la muchacha se arrastraba por debajo de la mesa para llegar al corderito, empujando la rodilla de David—. ¡Apartaos de mi camino! —gritó.

¡Maldita sea, sí que estaba loca!

Era una lunática muy hermosa.

—¿Qué diablos está haciendo, Lyon?

—Ea, Ea, pobre Fia —lloró, y le dedicó una mirada acusadora a Lyon desde debajo de la mesa—. ¡Cómo te atreves! —volvió a decir, saliendo de debajo de la mesa—. Así no me ganarás —le juró. Dicho eso, se levantó y se abrió paso entre él y David para coger una rebanada de pan—. Si Fia no es bienvenida, yo tampoco lo soy —anunció y se agachó para coger en brazos al cordero —. ¡Shhhh! —dijo dándoles la espalda. Sin decir nada, se marchó corriendo hacia las escaleras con su nana y la comida en brazos.

David se quedó mirando boquiabierto a la joven.

—¿Qué narices ha sido eso?

Lyon se sentó también sin apartar la vista. *Muchacha loca.*

—Creo que nada más que el cabezota orgullo escocés —respondió con el ceño fruncido, mientras observaba cómo subía las escaleras hasta sus aposentos. Se quedó pálido—y entonces—. Perdón por la interrupción... ¿qué estabas diciendo?

—No importa —respondió David—. He cambiado de idea; si fuera tú,

Lyon, me lo pensaría dos veces... puede que esa mujer sea muy hermosa, pero está como una cabra. Sería mejor que te cases con Alison MacLean.

Lyon no estaba dispuesto a ceder.

—Con todos mis respetos, no estoy de acuerdo —dijo—. Y sé exactamente por qué. Aparte, Alison MacLean es demasiado...

—¿Cuerda? —le interrumpió David—. ¿Qué bicho te ha picado, Lyon?

Meghan Brodie.

Meghan Brodie era lo que le había picado.

Una dama cabezota como ella sola, con ojos verdes y un temperamento tan fiero como las tierras altas que la habían criado.

Frunció el ceño.

—¿Cómo voy a saberlo?

El portazo retumbó por toda la sala. Lyon pudo escuchar sus pasos con el cordero en brazos por el dormitorio.

—Como tu amigo, y no como tu señor... —comenzó a decir David.

Los tablones del suelo comenzaron a crujir, Lyon alzó la mirada y anotó mentalmente que debía de arreglarlos pronto. Podía escuchar los gruñidos y la consecutiva rabieta de la muchacha dedicada a él.

La joven continuó caminando, acentuando cada gruñido con un pisotón, lo que provocó una sonrisa en Lyon... hasta que vio la primera grieta...

David continuaba ajeno a todo.

—Te lo ruego, piensa con la cabeza y no con...

Todo pasó tan deprisa que Lyon no tuvo tiempo de reaccionar.

—¡Meghan! —gritó.

Los tablones vencieron antes de que pudiera levantarse de la silla, y la joven cayó por el techo.

David se incorporó justo a tiempo.

El corderito pegó un chillido mientras caía detrás de la chica.

Meghan aterrizó con un golpe, rompiendo a su paso los bancos y golpeándose la frente con el trono de David.

El cordero aterrizó en el suelo con un horrible chillido.

Meghan murmuró:

—A-al final h-hemos decidido u-unirnos a v-vos... —y cerró los ojos con la cabeza en un plato lleno de carne.

Por un instante, Lyon no fue capaz de moverse.

Toda la sala que quedó en silencio.

David se colocó detrás de él, con la boca abierta.

La muchacha estaba demasiado quieta.

Entonces, Lyon se giró hacia David.

—¡Tráeme un médico! —dijo anteponiendo el bienestar de Meghan al protocolo, y la cogió en brazos con el corazón en un puño.

CAPÍTULO DIECISIETE



Lyon la llevó en brazos por la escalera mientras gritaba a sus hombres las órdenes: a unos que trajeran agua, y a otros paños.

Estaba sangrando por alguna parte de su hermoso rostro, pero lo tenía tan lleno de comida y sangre que Lyon no fue capaz de averiguar de dónde provenía la hemorragia.

Abrió la puerta del dormitorio de una patada invadido por el pánico.

Acurrucada en sus brazos, la joven comenzó a murmurar algo sin sentido.

—Fia —susurró.

A Lyon le dio un vuelco el corazón. la llevó hasta la cama donde la tumbó con cuidado. ¿Qué le iba a decir? ¿Cómo podía decírselo?

—Shhhh —la tranquilizó.

La muchacha abrió los ojos y le miró sin verle, con la mirada ida.

—¿D-dónde e-está Fia? —insistió ella.

—Durmiendo —mintió él, atormentado por la imagen del cadáver del animal retorcido en el suelo.

Ella cerró de nuevo los ojos.

—No está muerta...

—Shhhh.

—Durmiendo... —murmuró ella—, no queremos despertarla —susurró desmayándose otra vez.

Justo cuando la chica perdió la consciencia, David entró en la habitación con la preocupación grabada en sus ojos.

—Dicen que solo hay una comadrona disponible —dijo—. Es lo mejor que te he conseguido. He ordenado a uno de tus hombres que vaya a buscarla. Lyon, ¿cómo está?

—Ha hablado —respondió él, preocupado mientras miraba a su viejo amigo—. Ha preguntado por el cordero.

—Pobre criatura —dijo en voz baja—. He dado orden de que retiren el cadáver.

Lyon asintió, y luego se puso a rezar para el cuello de su camisa—. ¿Dónde está el agua para limpiarla? ¡Maldita sea! ¡No puedo ver nada con tanta sangre!

David apoyó la mano sobre el hombro de su amigo.

—¡Debí de arreglar esos tablones! —se lamentó Lyon—. ¡Debí de arreglarlos!

—No podías predecir que iba a pasar esto.

—Te equivocas, vi el estado en el que estaban hace días —confesó Lyon—. ¡Debí de arreglarlos entonces! —negó con la cabeza fustigándose—. ¡Debí de arreglarlos!

—¡Y yo nunca debí interferir en los asuntos de MacKinnon! —soltó David, demasiado tranquilo para el estado de nervios en el que se encontraba Lyon.

Apenas era capaz de pensar, ¿y David le estaba hablando de temas de política?

David comenzó a balbucear sus pensamientos en alto: ¿dónde se ha cortado? ¿Se ha hecho daño en algún otro sitio? ¿Qué le vamos a decir acerca del pobre cordero?

Dios, sangraba demasiado.

—No debí de coger a su hijo —continuó David, y su voz sacó de quicio a Lyon. No podía pensar—. Por mí, Lagan MacKinnon yace muerto. No debí

de interferir en los asuntos de MacKinnon, y como lo hice, ahora tu tarea es más complicada.

En aquel instante, a Lyon le importaba una mierda todo eso.

—Y mi objetivo cada vez está más distante —añadió David.

—¡Ahora no puedo pensar en eso! —soltó Lyon, y se pasó las manos en el pelo, nervioso por la espera y sintiéndose completamente impotente.

—¿De qué me sirve lamentarme? —insistió David.

—¡De nada! —respondió Lyon impaciente, entendiendo lo que David quería decir.

Todo aquello eran cosas que conocía muy bien, y aun así...

—¡Exacto! —dijo David—. Lo que está hecho, hecho está.

Lyon apretó los dientes con fuerza.

—Ahora no es el momento para sermones, David. Por favor, ayúdame con las sábanas —le pidió, dándose cuenta de que era la sábana que había utilizado para la bufanda de Fia—. ¡Tardan demasiado!

Agarró la tela con la mano, la rasgó en dos y le entregó el trozo más grande a David. Rompió un trozo más pequeño para él y comenzó a limpiar con suavidad, para no hacerle daño, la sangre del rostro de la muchacha.

Finalmente pudo encontrar el corte en la sien, justo en el nacimiento del pelo. cogió el paño y presionó sobre él, en un intento por parar la hemorragia.

David continuó rompiendo la tela.

—No has dejado que el suelo se pudriese a posta.

Lyon apartó con cuidado el pelo manchado de sangre de su cara.

—Realmente es adorable —admitió David.

—Sí —asintió Lyon, mientras inspeccionaba el rostro en busca de algún signo de lucidez.

En aquel instante, la belleza no le importaba, solo quería que se recuperase.

Sus hombres por fin llegaron con el agua y los paños.

—¡Ya era hora! —estalló Lyon, mientras le entregaban un paño ya

humedecido de agua. Les mandó que se retirasen y comenzó a limpiar el rostro de la joven otra vez—. Que la comadrona venga aquí en cuanto llegue —les ordenó antes de que se marchasen.

—Parece que solo es un corte —apuntó David, mirándola—. Deja que te sujete el paño. Tú mira a ver si tiene alguna otra herida.

Eso era exactamente lo que pretendía hacer.

Lyon entregó el paño empapado de sangre a David, e hizo lo que le había sugerido.

David bajó la voz.

—¿Qué le vamos a decir... sobre el cordero?

—No tengo ni idea —admitió Lyon, y se dispuso a quitarle la ropa sucia.

Ella se revolvió y gimió un poquito cuando la estaba desvistiendo, y él la miró expectante, pero no abrió los ojos.

Lyon se quedó mirando mientras pensaba en qué le iba a decir cuando se despertase. En el peor de los casos, pensaba que el cordero era su nana, y en el mejor, no era más que su amada mascota; fuera cual fuera, iba a estar devastada.

De todos modos, en aquel momento ya estaba lo suficientemente preocupado por ella como para sentirse apenado por el animal.

Le quitó la camisa, la tiró al suelo y su corazón dio un brinco cuando descubrió que se le había torcido el brazo por la caída; estaba hinchado por el codo y tenía un color azulado que no pintaba nada bien.

—¡Dios bendito! —exclamó David—. Creo que perderá la movilidad de ese brazo.

Lyon le miró con recelo.

Se juró que no iba a ser así y, acto seguido, se dispuso a desabrochar el vestido.



LEITH HABÍA INSISTIDO EN LLEVARLA A CASA.

Volvió a darle un dulce beso en los labios antes de despedirse. Alison se quedó en la oscuridad de la casa de su padre con la mano en los labios, con un sentimiento que se asemejaba bastante a la sorpresa.

Leith Mac Brodie quería casarse con ella.

¿Ella?

Todavía no podía creérselo, a pesar de que el hombre se lo había jurado con el corazón; jamás pensó que un hombre la fuese a mirar de aquella manera.

La joven perdió la noción del tiempo, pero cuando por fin una voz la hizo salir de su estado de ensimismamiento, él ya se había marchado.

—¿Alison?

Alison vio a un hombre salir desde el bosque y acercarse; ella se giró y se apresuró a entrar en el vestíbulo, dispuesta a pedir ayuda y sintiéndose una estúpida por haberse quedado fuera para ver cómo Leith se marchaba. Aquello había sido una tontería.

—¡Alison MacLean! —gritó la voz.

Alison se remangó las faldas para echar a correr, cuando la voz volvió a gritar:

—¡Esperad, no voy a haceros daño! ¡Tengo noticias de Meghan!

La muchacha se dio la vuelta para mirar al hombre, respondiendo inconscientemente a la voz de alarma del hombre.

—¡Meghan! ¿Qué pasa con Meghan? —preguntó ella.

El hombre se acercó lo suficiente para que la muchacha pudiese verle y entonces lo reconoció.

—¡Cameron!

—Sí, muchacha, me habéis reconocido —dijo él—. Es Meghan —se apresuró a decir—. No hay tiempo que perder, debéis venir conmigo.

—¿Ir?

—A casa de Montgomerie.

—¿Yo? —preguntó Alison sorprendida.

—Ha tenido un accidente, Alison, y... no sé cómo decíroslo, pero me cuando me marché me dijeron que no estaba muy bien. Me han enviado a por una comadrona, sé que vos habéis pasado mucho tiempo con ella y su nana. No supe a quién más acudir. Os necesita ahora, muchacha.

—¡Oh no! —exclamó Alison mientras su corazón casi se le salía del pecho—. Pero ¿Cómo voy a ir? ¡Él me reconocerá! —vaciló—. ¡Creo que me reconocería! ¿Me dejará cuidarla?

Entonces, el anciano pareció compartir la misma preocupación que la joven.

—No lo sé —respondió—. No lo sé.

—¡Esperad! —dijo Alison—. ¡Ya sé qué hacer! No me conocerá y no me echará, si no sabe quién soy. Esperad aquí, volveré en un santiamén —Agarró el brazo del anciano—. Gracias, gracias por venir. Esperad aquí, por favor, volveré enseguida. ¡Esperad! —le rogó y salió corriendo por el vestíbulo con cuidado para que no la descubriese su padre, ya que pensaba que la chica todavía estaba en sus aposentos.

Meghan la necesitaba y no iba a fallar a su mejor amiga, ¡no lo haría!

MEGHAN SE DESPERTÓ CON EL RUIDO DE UNAS VOCES.

Era incapaz de tomar el control de su cuerpo; podía escucharlo todo; era consciente de lo que pasaba a su alrededor de la forma más extraña, pero sus párpados pesaban demasiado. Tampoco podía moverse, era como si continuase durmiendo y no pudiera despertarse.

—He colocado el hueso —dijo una voz de mujer al otro lado de la neblina. Meghan apenas la reconoció. Intentó, sin conseguirlo, abrir los ojos para ver a la dueña de aquella voz—. Necesitará un tiempo para recuperarse —continuó la mujer—. No dejéis que use el brazo y si lo veis necesario... atadla a la cama hasta que se despierte.

—Me quedaré con ella —Meghan escuchó el susurro de una voz familiar —. ¿Cuánto durará la droga?

—Hasta mañana —dijo la mujer.

¿Droga?

Habían utilizado droga... como la que usaba a veces su nana... su corazón latió esperanzado.

—¿Fia? —murmuró ella.

Las sombras reptaban por sus sentidos como una mortaja.

—¿Fia? —insistió.

Percibió, más que sintió, la mano posada sobre su frente...no era una mano pequeña llena de callos en la punta de los dedos por haber estado recogiendo hierbas, sino una grande... tanto suave como firme.

—Tranquila, Meghan —dijo la voz masculina, sin brusquedad alguna y, de pronto, reconoció a quién pertenecía.

¿Lyon?

Meghan se escuchó susurrar, y le impresionó la distancia a la que se escuchaba su propia voz. Era extraño, no sonaba como ella; no se sentía como ella, a pesar de saber que sí que lo era.

¿Qué le pasaba?

Y ¿por qué le dolía el brazo?

Y ¿por qué la habían drogado?

—Ay, creo que vais a tener que atarla a la cama —dijo la mujer con preocupación en el tono de su voz—. No queremos que se lesione más el brazo.

Meghan movió la cabeza, no quería que la atasen. Se retorció en un intento de negarse.

—Pobrecilla —se lamentó la mujer, y de nuevo aquella voz la volvió a sonar familiar.

—Fia...

La mujer suspiró con fuerza.

—La vieja loca Fia lleva muerta casi dos años —dijo—. Las dos eran inseparables, cuando veías a una, la otra no andaba muy lejos.

No era Fia.

Fia llevaba muerta casi dos años. El corazón de Meghan se rompió recordándolo. No era Fia.

¿Quién era?

Volvió a escuchar un sollozo, y se preguntó si sería ella misma la que estaba llorando.

Se sentía tan pesada... tan mareada... tan insustancial...

—Fia... Fia también era su cordero —confesó Lyon a la mujer.

Dios, el cordero.

Meghan gimió mientras los recuerdos comenzaban a brotar de su mente. Había cogido al corderito en sus brazos, bailado con él por la habitación, con algún que otro pisotón como efecto especial de lo contenta que estaba porque su plan había funcionado.

—Sí, pero parece ser que piensa que el cordero es su nana —concluyó la voz de otro hombre.

Silencio.

—Vaya —exclamó la mujer tras una pausa—. Pobrecilla, aunque... no me extraña —dijo con tristeza—. Viene de muy mala familia; era cuestión de tiempo que Meghan Brodie también sucumbiera a la locura.

—A mí me parece suficientemente cuerda.

—También lo estaban su madre y su nana —se lamentó la mujer—. Y luego sucumbieron a ella, permitiendo que retorciera sus mentes. Es una lástima, ya que Fia dominaba la magia de los bosques.

Meghan quiso gritar que a su madre y a su nana no las habían comprendido. ¿Quién era aquella mujer para hablar de semejante manera de su madre y su nana?

—Me temo que ella acabará igual si no se hace algo... y pronto.

Meghan deseaba hablar y decirle a aquella mujer que se equivocaba, ¡que

nada de aquello era cierto! Pero no podría abrir la boca ni los ojos. ¿Qué la habían dado? Aquella pesadez parecía estar llevándola hasta el olvido.

Meghan luchó por permanecer consciente... luchó hasta que, al final, el poder del sueño fue demasiado fuerte...

—¿Qué se puede hacer? —preguntó Lyon a la anciana.

—Tengo una poción —respondió ella mientras aquellos casi familiares ojos comenzaban a destellar con el color del oro, aunque, a decir verdad, con la oscuridad de la habitación, tampoco se podía decir de qué color eran —. Soy algo así como una boticaria —explicó—. Pero he de avisar que la poción en cuestión es cara —dijo—, no os la entregaré por menos de un puñado de oro.

Lyon no estaba muy convencido de que hubiese que hacer algo con la supuesta locura de Meghan, pero si la medicina no le hacía ningún daño, estaba dispuesto a seguir las indicaciones sin importarle el precio.

—¿Qué clase de poción me puede costar un puñado de oro, mujer?

Ella esbozó una sonrisa, y su rostro se iluminó de tal manera que las arrugas de la frente se difuminaron haciéndola parece más joven. Llevaba puesto un turbante que le tapaba casi toda la cara, y que llevaba atado por debajo de la barbilla. Lyon se preguntó cómo podía soportarlo

—Una poción poderosa —le aseguró ella, dedicándole una mirada primero a él y luego a David—. Hecha con raíces.

—Nunca he oído algo así —intervino David.

—Claro que no —contestó ella, y dio unos pasos hacia atrás mientras le miraba de reojo, claramente molesta por su puesta en duda—. Es la raíz de un árbol que solo se encuentra en el Lejano Oriente.

—¿Habéis estado en el Lejano Oriente? —preguntó Lyon en seguida, dudoso de su afirmación.

—Y ¿habéis visto el árbol en cuestión con vuestros ojos? —añadió David.

—Oh, no —confesó ella—, pero todavía llevo la raíz conmigo.

—Pero ¿habéis presenciado su efecto? —la interrogó David para que Lyon no tuviese que preguntar.

—No, os tendréis que fiar de mi palabra.

—Yo diría que no es más que un oportuno cuento —Lyon la miró escéptico—, y, claro, casualmente, lleváis encima la susodicha raíz del árbol desconocido.

—¿Vos no lleváis siempre encima vuestra posesión más preciada?

—No tengo ninguna —declaró Lyon, y se percató de la mirada de sorpresa de David.

—Seguro que sí que tenéis —objetó la mujer.

—La raíz de ese árbol —continuó él pasando por alto las palabras de la mujer—, proviene de una tierra donde nunca habéis estado, y aseguráis que es una cura para la locura, aunque jamás la habéis visto funcionar...

—No creéis en la medicina, ¿me equivoco? —preguntó ella, ladeando la cabeza.

A decir verdad, no creía en nada, salvo en la vida y en la muerte. Todo lo demás, según él, no eran más que ilusiones. Frunció el ceño.

—Creo que vuestra nariz huele el oro, anciana.

Ella le fulminó con la mirada.

—Realmente no —rebatió—. Lo que huele es algo más importante que el oro.

—Y ¿qué os hace pensar que tengo algo de valor bajo estas paredes? Mirad a vuestro alrededor —la retó—, ¿acaso no veis el agujero del techo y el del suelo? Decidme, ¿os parece la casa de un hombre adinerado?

—Estos viejos ojos —dijo ella—, ven más de lo que os creéis. Por ejemplo, pueden ver la manera en la que miráis a la muchacha —dirigió la mirada hacia la cama donde estaba tumbada Meghan—. Es la mirada de un hombre que ama a una mujer.

—Entonces, ¿debo sacarme los ojos y depositarlos en vuestras manos como pago por la poción? ¿Todo por el amor de una mujer? ¿Me consideráis

un tonto del que se pueda uno aprovechar por un sentimiento que decís que tengo?

La luz de sus ojos se apagó.

Parecía decepcionada.

—Puede que me haya equivocado —dijo ella, y se dio la vuelta para inspeccionar cómo estaba durmiendo la muchacha—. Creo que dormiré hasta por la mañana, no dejéis que se apoye en ese brazo, pues debe de curarse tal como se lo he colocado. En cuanto a la herida de la cabeza —continuó—, sangra, pero no es profunda... dejadla y se curará por sí sola.

Lyon observó cómo recogía sus bártulos: sus pociones, su aguja y su hilo, y dio gracias porque no hubiese tenido que usarlos en el bello rostro de Meghan.

—Si me necesita —comenzó a decir ella—, yo...

—Esperad —gritó Lyon.

Ella se dio la vuelta hacia él de nuevo con el brillo en los ojos.

—¿Estáis segura de que funcionaría? La poción, digo...

Ella le miró nerviosa.

—Nunca hay una certeza, pero dicen que la raíz purifica la mente y devolverle la lucidez. También dicen que fortalece las mentes débiles y saca de ellas a genios.

—Muy bien —respondió él—, pagaré vuestro precio, anciana. ¡Haced vuestro hechizo!

—Una última cosa —le interrumpió, con los ojos entrecerrados—. Hay otro precio que debéis pagar además de este.

—¿Otro precio? —La miró con desconfianza—. ¿Más oro? O ¿acaso joyas o telas?

Ella esbozó una sonrisa que mostraba unos dientes demasiado blancos para su edad.

—No es nada de eso —le aseguró—. Este precio lo debe de pagar ella también —Apuntó hacia la cama donde estaba Meghan.

—¿Y de qué se trata? —insistió él con sarcasmo.

—A veces la poción puede conllevar una desfiguración.

Él frunció el ceño.

—¿Una desfiguración?

—Así es —dijo mirándole—, en el rostro. Algunos padecen un efecto secundario —explicó—. A veces solo es un brote de sífilis... a veces más... pero no se puede saber hasta el final a quién le va a afectar y a quién no. Si creéis que es más importante que mantenga su hermoso rostro antes que una mente brillante... no la deis la poción. Pero... si realmente os importa...

Sus palabras se quedaron en el aire esperando a que Lyon las analizara.

Él la fulminó con la mirada.

—¿Eso es todo? Aparte de eso... ¿la poción es inofensiva?

La mujer pareció satisfecha por su respuesta, pues su sonrisa se reflejó en sus ojos.

—Sí —respondió y dijo: —Tengo la raíz aquí, pero no sirve de nada sin el elixir, la tendré lista esta tarde. Tened el oro cuando llegue —le ordenó.

Dicho eso, se dio la vuelta y se marchó dejando a Lyon y a David mirándose sin saber qué decir.

Lyon se giró hacia la mujer que yacía en su cama; la anciana había asegurado que la amaba.

¿Lo hacía?

¿Era capaz?

Sabía que la deseaba, que tenía ganas de ella

Pero ¿amor?

Nunca había creído en el amor.

Sin embargo, ¿qué era eso tan extraño que sentía? Aquel vínculo que compartía con aquella mujer que estaba tumbada tan quieta en su cama.

¿Obsesión?



DAVID SE MARCHÓ ANTES DEL ANOCHECER CON LA INTENCIÓN DE HACER UNA visita a los Brodie.

Tenían derecho a saber del accidente de Meghan. Si la situación hubiera sido al revés, Lyon hubiera agradecido el gesto. Para bien o para mal, se había negado a visitarles, y David había decidido respetar su decisión y suavizar las repercusiones de la negativa con una visita. Era todo lo que Lyon podía pedir de David, ya que los Brodie no aceptarían tan fácilmente la decisión de Lyon.

Lyon era consciente de que no estaba siendo razonable, pero también sabía que si los hermanos de la muchacha venían a verle... y Meghan le rogaba marcharse con ellos... en las condiciones en la que estaba, no sería capaz de negárselo.

Quería la oportunidad para conquistarla.

Se había convertido en algo crucial para su satisfacción. No sabía qué era lo que le atraía hacia ella, pero lo cierto era que lo hacía. La mera presencia de la muchacha había logrado de alguna forma expulsar las sombras de su vida, como el sol del amanecer que con su sola presencia eliminaba todo ápice de oscuridad.

La vieja bruja, o eso era lo que opinaba Lyon, regresó justo cuando David estaba saliendo del patio. Fue como si apareciese de la niebla de la noche; tan pronto Lyon se encontraba solo, como al instante siguiente ya no. Le entregó el vial y le dio las indicaciones sobre cómo administrar su contenido. La mujer le aseguró que había rociado la poción con mandrágora para aliviar el dolor, y le avisó que debía de dársela con cuidado para no envenenarla. Acto seguido exigió sus monedas, y tras desearle bien, se desvaneció tan deprisa como había aparecido.

Lyon se apresuró a subir las escaleras que llevaban a su dormitorio mientras agarraba el vial con la mano. Quería estar con ella cuando se despertase. Quería ser lo primero que viese cuando abriera los ojos. Y si no despertaba aquella noche, se conformaría con cuidar de ella... siempre y

cuando supiese que tarde o temprano abriría aquellos preciosos ojos verdes.

Entró en el dormitorio, cerró la puerta a su paso y se colocó a su lado en la cama.

Se veía tan frágil en medio de las rasgadas sábanas y la sangre seca. Aquella imagen hizo que le inundase la tristeza.

La antorcha dibujaba sombras que bailaban por la cama, iluminado su rostro a pesar de estar dormida como un tronco. Y aunque su rostro estaba magullado y pálido, seguía siendo igual de hermoso. parecía un ángel allí tumbada; pero, a decir verdad, tenía que admitir que prefería al diablillo que tenía dentro antes que a un querubín.

El recuerdo de su temperamento e ingenio le provocó una sonrisa.

Mientras la miraba, la culpa comenzó a atacarle.

Estaba seguro de que se recuperaría, ya que era fuerte y sus heridas eran leves, pero no pudo evitar sentirse responsable.

Si no se la hubiera llevado en contra de su voluntad, nada de aquello hubiera pasado. Seguramente, en aquel momento, estaría más a salvo en su casa con sus hermanos.

Y, sin embargo, que Dios perdonase su corrupta alma, pero... no sentía ningún remordimiento por sus actos.

La muchacha se revolvió y con un hilo de voz llamó a Fia de nuevo, lo que provocó que él frunciese el ceño. Levantó el vial y se quedó contemplando su contenido. Era posible que el elixir fuese una pérdida de tiempo... que, tal y como pensaba él, no le pasase nada.

Pero... ¿y si se equivocaba?

¿Y si realmente estaba maldita con la locura familiar y él tuviese en su mano la cura?

Le gustaba pensar que era lo suficientemente noble como para sacrificar su lucidez y no anteponerla a poder mirar la perfección de su rostro.

La volvió a mirar con el corazón en un puño al ver que la muchacha estaba llorando en sueños. Que ardiera en el infierno si era tan superficial

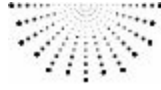
como para permitir que sufriese con tal de tener su dosis de placer.

Se sentó en la cama con las ideas claras y comenzó a abrir el vial. La anciana le había asegurado que había suficiente dosis como para una semana; y había dicho que los efectos eran inmediatos.

La mañana traería noticias. Si cuando se despertara no veía cambios significativos, no continuaría con el tratamiento; pero si por el contrario sí que podía ver algún cambio, entonces... tenía los medios para poder ayudarla. Sería un bastardo egoísta si no los utilizase.

Decidido aquello, se dispuso a administrarle la poción.

CAPÍTULO DIECIOCHO



Meghan no estaba segura de qué punto sus sueños se habían convertido en realidad, pero Lyon fue lo primero que vio cuando se despertó; estaba sentado en la cama, mirándola con cara de preocupación.

Había estado soñando con él, un sueño raro y placentero y siempre había estado presente. Por lo que no pudo decir que la sorprendiese verle mirándola.

—Bienvenida —le dijo en voz baja con una sonrisa.

Sus ojos azules la miraron con tanta calidez que su corazón se le desbocó en el pecho.

Obviamente se había imaginado su ternura... no podía ser posible que no sintiese por ella nada más que deseo.

Meghan intentó responderle con ingenio, pero cuando fue a abrir la boca, solo salió un gemido de dolor. Levantó la cabeza y, mareada, dirigió la mirada hacia el brazo.

—¿Q-qué ha pasado?

—¿No te acuerdas?

Meghan sí que se acordaba, aunque deseaba no hacerlo.

¿Y su brazo? Dolía. Se lo tenía merecido. Volvió la mirada hacia la cama con lágrimas en los ojos. Aquella terrible experiencia solo le había servido

para sentirse tanto culpable como infantil. No importaba lo que hubiera pretendido conseguir, seguramente él debía de pensar que era una niña caprichosa por haber tenido semejante rabieta.

¿Qué le había proporcionado aquel ataque de ira?

¿Qué había sido del pobre corderito? Tenía miedo de preguntar, pero debía saberlo.

—¿D-dónde está...? —comenzó a preguntar atragantándose con un sollozo.

—¿Fia?

Asintió llena de culpa atreviéndose a mirarle a los ojos. Su cara estaba más serena, no había ni rastro de reprimendas.

Negó con la cabeza.

—L-lo siento, Meghan, pero el cord... Fia —se corrigió a sí mismo—, ya no está con nosotros.

Megan soltó un fuerte sollozo, sintiéndose completamente avergonzada.

—No se pudo hacer nada —continuó él con suavidad—. Pero has de saber que no sufrió —la informó con pena.

Las lágrimas recorrieron las mejillas de la muchacha, que no tuvo que fingir el dolor.

—Pobre, pobre corderito —sollozó, mientras se ponía la mano en la boca arrepentida—. ¡Todo es por mi culpa!

Él negó con la cabeza.

—No —rebatió—. No lo ha sido —entrecerró los ojos—. ¿Pobre corderito?

Meghan no podía soportar haber sido la razón por la que el animal estaba muerto. Si no hubiese tenido aquella rabieta...

—Sí, ha sido mi culpa —lloró—. Si no hubiese...

—No —contestó él con tranquilidad en la voz y un leve fruncimiento de ceño—. No fue culpa tuya, Meghan. No tenías forma de saber que el suelo se iba a romper bajo tus pies. Si alguien tiene que cargar con la culpa, soy yo;

yo sí que sabía que el techo estaba estropeado y no lo arreglé. Debí hacerlo hace tiempo —dijo, y movió la cabeza con auto-desprecio.

Su mirada se encontró de nuevo con la de la muchacha y Meghan pudo ver el arrepentimiento en aquellos profundos ojos azules. Sabía que él no tenía por qué apaciguar su cargo de conciencia y, sin embargo, lo estaba intentando. Meghan apreciaba el esfuerzo, aunque era consciente que debía de cargar con la mayor parte de la culpa. Nunca debió de usar al cordero de una manera tan egoísta; ya había sido suficientemente cruel al forzarle a permanecer encerrado en la habitación con ella. No había tenido en cuenta los sentimientos y necesidades del animal.

Se tragó el nudo que tenía en la garganta y le miró; la mirada que Lyon tenía en la cara la hacía sentirse incómoda.

No tenía pinta de ser tan malo como la había hecho creer al leer* sus ensayos. El hombre que la miraba con semejante compasión por la pérdida de un animal claramente no era el mismo hombre que se jactaba de derramar sangre por unas monedas de oro.

—Bueno —dijo ella sin fuerzas, y honestamente era la mejor concesión que podía otorgar al hombre que la había retenido en contra de su voluntad y que estaba intentando conquistar su corazón—. No podías saber que me ibas a secuestrar y a encerrarme en tus aposentos, ¿no?

Él esbozó una tímida sonrisa.

—Claro que podía —argumentó—. ¿Acaso no te has percatado todavía de que todos los hombres somos unos simples y carecemos de voluntad propia? —Le guiñó el ojo—. Cuando vi tu rostro, no me pude contener.

Meghan tuvo que reprimir el poner los ojos en blanco por aquel comentario. Hizo un amago por levantarse de la cama, pero inmediatamente hizo una mueca de dolor cuando un latigazo del mismo le recorrió el brazo.

—No te muevas —le ordenó—. Descansa, Meghan.

Parecía que no le quedaba otra opción.

Meghan se sintió muy débil después de aquel esfuerzo; incluso si hubiera

querido rebatirle, no hubiera podido, estaba demasiado cansada para pelear.

Él sacó el vial que tenía en la mano.

—¿Qué es eso? —le preguntó.

—Algo para el dolor.

Una leve capa de sudor humedeció su frente y su cuerpo se puso a temblar por el esfuerzo que había hecho al incorporarse.

—¿Cuánto tiempo he estado dormida? —preguntó ella—. Me da la sensación de que ha sido toda una eternidad y, sin embargo, me volvería a dormir.

—Es por la droga —explicó él, y alzó el vial para examinar su contenido.

Permaneció en silencio un instante, para luego girarse y examinarla a ella. Bajo aquel escrutinio, Meghan se sintió como una mosca atrapada en una tela de araña.

—Aunque no te rompiste el brazo, Meghan —explicó—, lo tenías dislocado y te lo tuvieron que colocar. Te incordiará durante un tiempo, creo. Pero esto... —levantó el vial para enseñárselo— te aliviará.

Meghan se encogió y se puso la mano en la frente, justo dónde le dolía. Aunque, a decir verdad, le dolía toda la cara; le dolían las mejillas y además la cabeza. En realidad, todo su cuerpo estaba dolorido, y se dijo a sí misma que era lo mínimo que se merecía.

Si su querida nana estuviera viva, se sentiría gravemente decepcionada de que Meghan hubiera mostrado tan poca consideración por la vida de una criaturita.

—Tu rostro sigue sin daños —le aseguró—. Salvo por el corte que tienes en la cabeza —Estiró el brazo, le apartó el pelo para poder ver la herida y Meghan se estremeció cuando la tocó—. Con lo escondido que está, ni lo notarás cuando se cure.

Meghan le miró enfurruñada. ¿Por qué sus palabras tranquilizadoras la estaban amargando en lugar de aliviarla?

—Qué pena —respondió ella sin poder evitarlo—. Si me hubiese cortado

la cara, no tendrías motivo para retenerme aquí, ¿verdad?

Entonces, él apartó la mano.

—¿Es eso lo que crees?

—Sí —respondió ella sin dudarlo—. Tú has dicho que lo que te atrajo fue mi cara.

Deseó añadir que se había quedado con ella a pesar de la posibilidad de que estuviese loca; por lo que estaba claro que no le interesaba su mente.

A la joven no le cabía la menor duda de que la hubiera soltado si su cara ya no le atrajese. Sin embargo, no dijo nada porque decir algo así implicaría que la idea la molestaba, cuando en realidad, le daba igual atraerle o no.

Al menos tendría la decencia de no negarlo.

Lyon se quedó mirándola sin decir nada.

La muchacha volvió a dirigir la mirada hacia el pequeño escritorio y los papeles que había encima. Aquellos ensayos la confundían. No podía ser que el hombre que estaba junto a ella en aquel momento, el que la cuidaba con tanta ternura y le hablaba con tanta suavidad, fuese el mismo que había derramado sangre con su espada sin ningún tipo de remordimiento.

No sabía qué pensar de él... que sentir por él.

Lyon la contempló perplejo por aquella acusación.

No pudo negarlo, a pesar de desear hacerlo; aunque tampoco estaba muy convencido de que eso fuera verdad. Había algo en la mujer tumbada en su cama... algo más allá de la perfección de su rostro y su cuerpo...había algo en sus ojos que lo hechizaba... lo provocaba.

A decir verdad, ya no estaba tan seguro de que su rostro por sí solo le hubiese atraído... y, sin embargo, no podía afirmar que aquello fuera atracción; es más, apenas podía asegurar que conociese su mente y la amase por ella, ni tampoco podía profesar admiración por su alma, aunque había visto indicios de su bondad en aquellas lágrimas que había derramado por una simple criatura.

Atrás quedaba si la noche anterior había creído que el animal era su nana

o no; aquella mañana podía ver la lucidez en sus ojos, gracias a la poción o no, y supo sin lugar a dudas que la muchacha comprendía la verdadera relación que tenía con el animal, y aun así, había derramado lágrimas por él.

También reafirmó su intención de administrarle el resto del vial.

La anciana había asegurado que había rociado algo para el dolor y Lyon podía ver los estragos de las heridas de Meghan en cada mueca y en cada movimiento de la muchacha.

Se percató de que le estaba mirando expectante por una respuesta.

Él arqueó las cejas.

—Creo que no serviría de nada negarlo, ¿no? —preguntó y abrió el vial—. Cuando he admitido mucho más que eso.

—No —le respondió—, los dos sabemos qué es lo que quieres de mí.

—¿Ah, sí?

No era posible que la muchacha supiese lo que quería de ella, cuando ni el mismo lo sabía.

Pero la quería, eso estaba claro.

—No soy estúpida —dijo.

Él la miró.

—Puede que no —afirmó—. Aunque lo que quiero es tu lengua.

—¡Eres igual que todos! —le acusó, fulminándole con la mirada—. ¿Por qué quieres mi lengua?

Para metérsela en la boca y succionar todo su dulce néctar, ¿para qué si no?

—¿Para qué crees? —preguntó él con una sonrisa—. Quiero que te tomes tu medicina, eso es todo.

—¿Quieres saber lo que pienso?

—Depende —respondió él—. Aunque estoy seguro de que me lo vas a decir igualmente.

—Creo que no eres tan malvado como te crees —le informó la muchacha con brusquedad, y le sacó la lengua para que le diese la medicina.

Lyon pestañeó observando por un momento el trozo de carne que le había ofrecido, imaginándose su tacto... su sabor.

Su entrepierna se estremeció.

—¿No lo soy? —preguntó con voz ronca.

Tuvo que desprenderse de aquellos pensamientos para poder verter unas gotas en la dulce lengua de la joven.

Ella tragó y él se tuvo que humedecer los labios, los cuales se le habían quedado secos de repente.

—No —respondió ella, y su mirada se volvió a desviar hacia el escritorio.

Lyon se dio cuenta de la dirección en la que los ojos de la muchacha estaban mirando. Los manuscritos estaban dónde los había dejado, entonces... ¿por qué se olía que la joven era conocedora de su contenido?

No era probable, ya que no conocía a muchos hombres y mujeres que fueran capaces de leer o incluso de escribir su propio nombre, y mucho menos capaces de leer y comprender manuscritos de aquella envergadura. Era consciente de que requerían una lectura onerosa, ya que poseían pasajes intercalados tanto en francés como en latín.

Si había algo de lo que podía alardear, era de ser un escriba muy comprometido. De hecho, la mayoría del texto era incomprensible, ya que había páginas y páginas llenas de trozos de reflexiones escritas así a posta, puesto que la mayoría de su contenido podía provocar que le persiguieran, y se enlazaba con referencias poco claras al segundo manuscrito.

Sus escritos no eran más que las ideas de un hombre que intentaba comprender el propósito de su vida.

¿Cuánto le iba a costar conseguir algo de paz?

A decir verdad, nunca había llegado a estar satisfecho; sí saciado pero no satisfecho. Y, sin embargo, a pesar de no haberlo estado, conocía a la perfección la diferencia entre ambas cosas; había un enorme abismo entre satisfacer el cuerpo y satisfacer la mente.

Mientras su cuerpo había experimentado muchas veces la satisfacción, su

alma se había quedado esperando.

Observó cómo la muchacha miraba de reojo los manuscritos y al ver la expresión de su rostro... lo supo.

Los había leído.

Y, aun así, si los había leído enteros... no podía estar afirmando algo como lo que le acababa de decir; que no era tan malvado como él se creía.

Era malvado.

La clara evidencia residía bajo sus pantalones; incluso estando así de magullada como estaba, el mero hecho de verla allí tumbada sobre su cama le calentaba la entrepierna.

¿Hasta dónde había leído de los manuscritos?

¿Conocía sus deseos más oscuros... sus placeres?

La simple idea de que lo hubiese hecho... de que lo supiese y que aun así le hubiera dicho aquello, hizo que su corazón latiese con fuerza.

¿Hasta dónde había leído?

—Me temo que soy TAN malvado como pienso —le informó, sintiéndose obligado a avisarla.

Entonces le dedicó una sonrisa sintiéndose un depredador, a pesar de que la muchacha estaba indefensa en su cama, o quizá porque la muchacha estaba indefensa en su cama.

Era la naturaleza de la bestia... el lado oscuro del que todo buen hombre intentaba renegar.

Pero Lyon conocía demasiado bien a su bestia interna; sabía que no se la vencía dándole la espalda, si no mirándola de frente para así conocerla y poder controlarla.

—El caso es —razonó él—, que no puedes saber lo malvado que me considero, por lo que no puedes deducir si soy tan malvado como me creo o no. Puede que me considere un poco malvado —le explicó—, en cuyo caso estarías a salvo ahí tumbada en mi cama; o... puede que me considere completamente malvado... No puedes saber cuál de las dos es la buena, ¿o sí

que puedes?

Ella aguantó la respiración, perpleja, entendiendo de inmediato el desafío. El esfuerzo elevó su busto, provocando que la mirada de Lyon se dirigiese hacia él. Ella tragó saliva.

La mirada de Lyon permaneció inmóvil.

—C-creo que sí que puedo —contestó ella casi sin aliento.

—Aunque no puedes estar segura, Meghan —Él dirigió la mirada hacia el escritorio, en un intento por hacerle entender que lo sabía... y con la necesidad de saber hasta dónde había llegado—. ¿Sabes leer? —preguntó con indiferencia, aunque su mirada de todo menos indiferente.

La joven le siguió la mirada hasta el escritorio.

—S-sí —respondió dudosa—. Sí que sé.

—¿En serio? —él volvió a mirarla.

Meghan se quedó sin aliento por la intensidad de aquellos ojos azules.

—Sí.

Los ojos de Lyon se entrecerraron, y fue entonces cuando el corazón de Meghan comenzó a acelerarse.

Lo sabía.

Sabía que había estado leyendo sus ensayos. ¿Estaba enfadado?

Creía que no... y, sin embargo, la mirada de sus ojos era de todo menos inofensiva.

—Creo que no tengo que preguntarte hasta dónde has leído —dijo por lo bajinis, y su tono de voz fue disminuyendo hasta convertirse en un susurro—. Porque si hubieras leído lo suficiente, Meghan Brodie, no me hubieses dicho lo que me has dicho... que no soy tan malvado como me creo. Lo soy —le volvió a advertir—, y más te vale recordarlo.

De pronto a Meghan le costó respirar.

Su corazón estaba a punto de salirse del pecho.

Aunque sabía inconscientemente que él no le haría daño, pues no lo había hecho hasta entonces, y razones no le faltaban, pudo sentir que había algo de

verdad en su amenaza. Debía recordarlo. Por algún motivo, se había olvidado de las historias que contaban acerca de él; se había olvidado de cómo había conseguido aquella porción de Escocia. Desde el principio, se había olvidado de tenerle miedo, cuando tenía todas las razones para hacerlo.

Y, sin embargo...

—No me das miedo —le dijo, a pesar de que el fuerte latido de su corazón echaba por tierra su afirmación.

—Lo sé —dijo él con una sonrisa y le guiñó un ojo—. Veamos si puedes seguir diciendo lo mismo... cuando acabes de leer el manuscrito.

Meghan alzó el mentón.

—¿Entonces me das permiso para leerlo?

—No —respondió él con los ojos brillando por el desafío.

Meghan frunció el ceño.

—¿No?

—No, Meghan —repitió, y se levantó de la cama para acercarse al escritorio.

Cogió los manuscritos y se giró hacia ella.

—Más bien, estoy deseoso de que los leas —Y los tiró en la cama—. Veamos si puedes seguir mirándome a los ojos y decirme que no soy tan malvado como me creo después de leerlos.

Entonces, alguien llamó a la puerta.

Lyon la dejó con los manuscritos y fue a abrir la puerta.

Allí estaba Cameron.

—Baldwin quiere que vengáis enseguida.

—¿Qué ocurre?

Cameron echó un vistazo a la habitación y miró a Meghan, luego asintió y dijo:

—Solo me ha dicho que tenéis que venir.

—Maldita sea —dijo Lyon entendiendo a la primera el mensaje implícito. Se giró hacia Meghan—. ¿Estás cómoda, Meghan?

Ella arqueó una ceja.

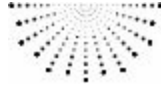
—¡Todo lo cómoda que puede estar una prisionera herida!

Él le dedicó una sonrisa, satisfecho por la respuesta.

—Volveré en seguida —dijo guiñándole un ojo—. Mientras tanto, disfruta de la lectura... si te atreves.

Y con aquello, la dejó a ella con su curiosidad y los manuscritos.

CAPÍTULO DIECINUEVE



Decidle que Leith Mac Brodie no se marchará sin ver a su hermana!
—¡Díselo tú mismo! —cargó Lyon, mientras se acercaba al grupo armado que había en el patio.

Sus hombres hicieron un hueco dejándole entrar en el círculo que se había formado alrededor de los huéspedes jinetes. Tenía que admitir que aquellos escoceses, llegando como lo habían hecho, es decir, tan solo los tres y enfrentándose a todos sus hombres, eran de todo menos miedicas.

—¡Vete al infierno, Lyon Montgomerie! —declaró el más bajo y fornido de los tres. Espoleó su caballo en dirección a Lyon, pero sus hombres le cortaron el paso enseguida, obligándole a tirar de las riendas, lo que provocó que el caballo relinchase como protesta—. ¡No tienes derecho a coger lo que no es tuyo!

—¡Y eso lo dice un hombre que tiene en su poder cinco de mis cabras y una maldita vaca!

—¡Tú empezaste! ¡No puedes robarnos y pretender que no nos vengamos! ¡No puedes arrebatarnos la única hermana que tenemos por un puñado de cabras y una vaca!

—¿Quién empezó con todo esto? —rebató Lyon, si poder dar crédito al descaro de semejante acusación. Según lo que él recordaba, había encontrado a la cabra en sus manos, y no al revés.

—¡Lo hiciste tú, forastero! —replicó el tercer Brodie.

Al sentirse tan ridículo, Lyon pensó que responder era un sinsentido.

—Vuestra memoria es escasa —dijo él sin dirigirse a ninguno en particular—. Y ¿quién es el que dicta las normas? —preguntó a Leith Mac Brodie—. ¿Quién dictamina que ojo hay que sacar?

—Lo ordena el honor —respondió Leith Mac Brodie.

—El honor, ¿de quién? —sostuvo Lyon.

Los dos hombres se miraron sin dar ninguno su brazo a torcer.

—El hecho es que pillé a vuestra hermana robándome —dijo Lyon—. Y no he tenido otra opción que arrestarla.

—¡Mentiroso! —gritó el mayor de los Brodie.

Lyon se giró para mirarle directamente a los ojos, apretando los dientes para contener el enfado.

—¡Ningún hombre que me haya llamado eso se ha marchado con las pelotas colgando de la entrepierna!

El Brodie imprudente le devolvió la mirada, impertérrito, con la mano colocada en la espada. Lyon no perdía detalle de cada uno de sus movimientos, pero no hizo nada más allá de alzar la mano para frenar a sus hombres cuando estos sacaron sus armas.

—¿Ah? ¿sí? —respondió el otro hombre—. ¡Pues Colin Mac Brodie lo acaba de hacer! Mi hermana no le ha robado a nadie, ¡a nadie! ¿Me oyes? Ni siquiera para salvar su propia vida. Vuelve a pronunciar semejante blasfemia, forastero, y te arrepentirás de cada una de las palabras que pronuncies.

La mano de Lyon se dirigió de forma reflexiva hacia la espada en su cinto. flexionó la mano alrededor de la empuñadora, teniendo que recordarse que estaba hablando con el hermano de Meghan, y que, además, Colin Mac Brodie no hacía otra cosa más que defender el honor de su hermana; le gustaba creer que él hubiera hecho lo mismo si la situación hubiera sido a la inversa.

—Me puedes llamar bastardo —le dijo Lyon con toda la tranquilidad que

pudo—, porque es la cruda realidad. También me puedes llamar ladrón, si así lo deseas y no tendré pelos en la lengua; pero nunca más me vuelvas a tachar de mentiroso, Colin, o te cortaré la lengua y yo mismo haré que te la tragues, ¿me entiendes?

Los ojos de Colin se encendieron por la ira.

—Si has dicho todo eso para asustarme, Montgomerie, ¡has fracasado! Entrégnos a Meghan o te enseñaremos el verdadero significado de la palabra miedo.

—¿Te tengo que recordar dónde estás, Colin Mac Brodie? —le informó Lyon—. No pongas a prueba mi hospitalidad.

Colin escupió al suelo.

—En frente de un forastero mentiroso, ladrón y bastardo —respondió—. ¡Ahí es dónde estoy!

—¡Colin! —gritó Leith Mac Brodie a su hermano—. ¡Para!

Lyon asintió mirando a Leith.

—Hombre sabio. —Volvió a girarse hacia Colin—. Deberías prestar atención a tu hermano.

Colin comenzó a soltar toda una serie de palabrotas.

—Sí, debería —intervino Leith Mac Brodie—. Pero no me malinterpretes, no me marcharé de aquí sin mi hermana, Montgomerie. No tienes derecho a retenerla.

Lyon no dijo nada, se limitó a quitar la mano de la espada y a cruzarse de brazos.

—¡No me iré sin ella! —afirmó Leith.

—Sí —rebatió Lyon—. Lo harás, pues tu hermana está bajo mi custodia por orden de David de Escocia.

—¡Al diablo con David! —gruñó Colin—. Ese “amante de los forasteros” no tiene influjo alguno en estas tierras.

—Sí —dijo Lyon—. Lo tiene conmigo.

—Devuélvenos a Meghan —insistió Leith Mac Brodie—. Y nos

marcharemos zanjando así el problema entre nosotros.

—No —dijo Lyon y descruzó los brazos—. He decidido que Meghan es la solución a nuestra pequeña disputa.

Leith Mac Brodie se dirigió a caballo hacia dónde estaba Lyon. Los dos hombres se miraron fijamente.

—¿Solución? —preguntó Leith, a un palmo por encima de Lyon mientras le fulminaba con la mirada—. ¿Qué estás proponiendo, forastero?

—He decidido convertir a Meghan en mi esposa.

—¡Y un cuerno! —estalló Colin Mac Brodie.

Lyon le ignoró.

—Eso pondría fin a nuestras disputas de una vez por todas —apuntó Lyon—, ya que lo que es mío, por esencia se convertiría en vuestro; y lo vuestro, por esencia, se convertiría en mío. No más peleas.

Leith Mac Brodie permaneció callado examinándolo con la mirada.

—¡Meghan no quiere un marido! —anunció Colin, y espoleó también su caballo—. ¡Por lo que te puedes olvidar de ello, Montgomerie!

—No consentiré algo así —replicó Leith tras un momento de reflexión—. No a menos que escuche decir por boca de mi hermana que accede a hacerlo. Es la única forma, Montgomerie.

—Pues —dijo Lyon—, entonces habéis perdido el tiempo viniendo hasta aquí, porque Meghan no recibe visitas. Está indispuesta, como ya sabéis.

—Montgomerie —le advirtió Leith enfadado—, no puedo abrirme paso hoy entre tus hombres, pero escúchame bien... no descansaremos hasta que mi hermana esté dónde tiene que estar. Y si no nos dejas verla ahora como gesto de buena fe, no te puedo asegurar que peleemos justamente. Nos vamos, ya que nos dejas muy pocas opciones, pero Meghan es de mi sangre, y no la abandonaré tan fácilmente.

Lyon ignoró el latigazo de su propia conciencia.

Sabía que deseaba aquello demasiado.

—Os estoy pidiendo solo dos semanas —respondió con cabezonería—.

Otorgadme ese tiempo con Meghan, tras el cual dejaré que decida por sí misma. Si decide marcharse, lo podrá hacer libremente. Es lo mejor que os puedo ofrecer.

Leith pareció barajar de nuevo la propuesta.

—¿Esperas que abandonemos a Meghan sin más? —rebatió Colin—. ¿Sabiendo que está herida y que nos necesita? Creo que no, maldito bastardo.

—Devuélvenosla, enamórala como es debido —dijo Leith.

Era una petición bastante razonable, pero Lyon no la podía aceptar.

—No —respondió. Sabía que si la devolvía en aquel momento, nunca más la volvería a ver. Necesitaba tiempo.

Y para bien o para mal, estaba dispuesto a usar la espada para retenerla.

—Forastero bastardo —bufó Colin—. Ponle una mano encima a mi hermana, y yo mismo te la cortaré.

Lyon miró a Colin y le aseguró:

—Te doy mi palabra de que no haré a tu hermana nada que no quiera.

El más callado de los hermanos adelantó su montura y le susurró algo al oído a Leith. Los dos conversaron por un momento, y luego Leith asintió con la cabeza y se giró hacia Lyon.

—¿Tu palabra? —dijo—. ¿Y qué nos asegura que tu palabra es honorable, Montgomerie?

Lyon pensó detenidamente la respuesta y luego dijo con honestidad, ya que era la única forma de hablar que conocía:

—Nada en absoluto —respondió—, más allá de que valoro la sinceridad por encima de todo.

Leith reflexionó sobre sus palabras y luego anunció:

—No es suficiente. —Hizo un gesto para que sus hombres le siguiesen—. Nos vamos, pero tendrás noticias nuestras, Montgomerie. ¡Nuestra hermana no es una bestia con la que hacer un trueque! —Se giró en su caballo y lo espoleó abriéndose paso entre el círculo de los hombres de Lyon—. ¡Prefiero verla como una maldita vieja doncella, antes que verla infeliz! —gritó

mientras se alejaba con sus hermanos detrás.

—Forastero bastardo —dijo Colin, escupiendo al suelo mientras seguía a su hermano mayor.

Lyon observó cómo se marchaba y, por primera vez en su vida, se sintió culpable por sus actos.

Aquello le confundía.

Había hecho cosas en su vida por las que debería de haberse derrumbado, y, sin embargo, no tenía remordimiento alguno. Siempre había hecho lo que se necesitaba hacer en cada momento sin pensar demasiado en lo que hacía, ya que de lo contrario mortificarse por ello lo habría vuelto loco.

Pero en aquel instante, mientras veía a los hermanos de Meghan alejarse, sintió el latigazo de la culpa.

Era como si, por algún motivo, Meghan Brodie, en el espacio de un solo día, le hubiese revivido por completo; a su cuerpo y a su alma.

Era como si hubiera estado dormido y en aquel momento hubiera sido despertado por una muchacha marisabidilla y astuta, que podía o no estar loca.

Sacudió la cabeza y regresó a la casa con la intención de volver junto a ella, pero de pronto se frenó en seco y se obligó a darse la vuelta y alejarse.

Pronto iría con ella, pero necesitaba tiempo para pensar; además, tampoco podía enfrentarse a ella, después de haber rechazado a sus hermanos con tanta frialdad.

En aquel momento no estaba contento consigo mismo, y necesitaba averiguar el porqué, si nunca había sentido remordimientos por cosas muchísimo más graves que aquella.



CUANDO MEGHAN TERMINÓ EL SEGUNDO ENSAYO, SE OBLIGÓ A DEJAR A UN lado el manuscrito para reflexionar sobre lo que acababa de leer antes de

continuar con el siguiente.

En algún momento en el año en el que el segundo texto estaba escrito, Piers Montgomerie había dejado de existir y en su lugar había nacido Lyon.

Lo que había comenzado como una causa noble, la búsqueda de la justicia, había terminado de modo bastante distinto. Meghan no sabía qué le había ocurrido exactamente, ya que no lo explicaba en los textos. Era posible que no hubiese sucedido nada en particular y hubiera sido una mera consecuencia de la vida que llevaba. Pero lo cierto era que había dejado de lado todo noble incentivo; es más, parecía bastante resignado a su avidez, e incluso irreverente cuando sus propias búsquedas entraban en conflicto con las de otros. La forma distante en la que hablaba de sí mismo en aquel texto incluía tanto una falta de remordimientos como una autocrítica.

A decir verdad, si Meghan no hubiese leído el ensayo anterior, seguramente se hubiera creído su palabras a pie juntillas, se hubiese creído que no era más que un malvado y codicioso truhán al que solo le importaba su propio beneficio. Sin embargo, Meghan tenía la impresión de que no estaba contento de ser así; deducía que se había embarcado en una búsqueda y, por algún motivo, había terminado con el corazón vacío.

Estaba poniendo a prueba sus propios límites... ¿Para qué?

¿Había perdido una parte de sí mismo en el camino, y estaba intentando recuperarla? ¿Se había encontrado anhelando sentir algo de nuevo?

Meghan frunció el ceño y se planteó aquellas preguntas. No era capaz de distinguir las motivaciones de aquel hombre... no llegaba a comprender las dos caras que tenía.

Aun así, no le veía precisamente como malvado, por mucho que él se considerase como tal.

Pero sabía que todavía le quedaba aún más que leer.

A lo mejor al final sí que acababa pensando así.

Cogió con la mano buena el manuscrito de nuevo y lo colocó sobre su regazo, lo abrió y pasó la página.

El siguiente texto se titulaba “Plaisir” sin más.

No estaba familiarizada con el término Plaisir... plesir... plesur...

¿Placer?

Comenzó a sentir mariposas en el estómago y un dolor en el pecho.

El latido de su corazón comenzó a acelerarse mientras pasaba la página y leía:

SOY EL HIJO DE MI MADRE. LA ENTIENDO DEMASIADO BIEN COMO PARA JUZGARLA por sus vicios carnales.

SU CORAZÓN IBA MÁS RÁPIDO A MEDIDA QUE CONTINUABA LEYENDO:

PUEDO NEGARLO SI ASÍ LO DESEO, PERO LAS EVIDENCIAS YACEN DURMIENDO EN mi cama; su cuerpo desnudo y saciado por mi cuerpo, mis manos y mi boca.

EL CORAZÓN DE MEGHAN EXPLOTÓ. ¿CÓMO IBA A SEGUIR LEYENDO AQUEL ensayo cuando era obvio que se trataba de algo tan íntimo? Y, aun así, ¿Por qué no?

Quería leerlo.

Él incluso la había retado a hacerlo.

Había escrito: *La belleza es mi debilidad.*

El corazón de la muchacha se desplomó ante aquellas palabras, y la curiosidad la obligó a seguir:

...SIEMPRE LO HA SIDO. LA BELLEZA APARTÓ MIS OJOS DE LA UNIVERSIDAD, MIS

manos de la justicia y mi corazón de la piedad. En mi propia codicia me he marchado sin mirar atrás. Y ¿hacia dónde camino? ¿Dónde estoy? ¿Dónde está el muchacho que ansiaba el conocimiento y la virtud?

Dudo que ya exista, pues no veo ni rastro de él.

MEGHAN HIZO UNA PAUSA Y TOMO UNA BOCANADA DE AIRE, CON EL CORAZÓN roto por el hombre cuya alma estaba plasmada en las palabras que había sobre aquellas páginas. Acarició el papiro atado sintiéndolo bajo su mano, deseosa de que fuera el rostro de aquel muchacho del que hablaba de una forma tan distante. Podía notar la confusión en esas palabras, al igual que el repudio, y deseó poder decirle que ningún hombre que estuviese tan atormentado, sin importar las elecciones erróneas que hubiera tomado, podía ser tan malvado como se creía.

Volvió a tomar aire con el corazón a punto de salirse del pecho y continuó leyendo:

Se debe concluir que tal y como sugiere Sócrates que la felicidad está asociada a la plenitud personal... entonces estoy bien saciado... pero, aun así, me siento obligado a plasmar mis palabras aquí, sobre estas páginas, con la esperanza de poder encontrar esa parte de mí de la que carece mi alma.

Aunque no puedo negar el placer físico que mi cuerpo siente con el acto carnal, dicha satisfacción es breve, y ahora estoy sentado frente a mis papeles... sabiendo muy bien que la próxima vez me llevará mucho más recuperar la satisfacción que trae Eros.

Solo de pensar en ello me agotó.

Creo que Platón asegura que Eros era más pasional que tranquilo, y, por tanto, exigente, irracional e incluso obsesivo, mientras que Protágoras lo ve como los impulsos con los que uno debe lidiar para el mejor conocimiento de uno mismo. Coincido entusiasmado en este aspecto, ya que he experimentado

todo lo dicho con anterioridad. Pero ¿Eros lo define como el deseo por la belleza? Me temo que ahí discrepo, aunque mis ojos y acciones me tachen de mentiroso.

En verdad... me he regodeado en la belleza como un cerdo se revuelca el frío barro, hasta que mi cuerpo se ha hartado en formas que relataré en este texto por muy traumático que parezca el experimento. Creo que Eros es mucho más que un deseo solo por la belleza.

Es el deseo por algo más también...

Algo que comprende mi alma, pero que mi corazón todavía no ha visto.

Es lo que me impulsa a ir de cama en cama, creo, y lo que me obliga a marcharme.

Lo cierto es que todavía debo encontrar la verdadera satisfacción en el placer.

¿Acaso ese estado de satisfacción, que es conocido como felicidad, reside más allá del reino de la imaginación humana?

Si es así, está claro que el placer y la felicidad no son tan iguales como se pintan, ya que la distinción se mide con facilidad en los confines del alma.

Y, sabiendo eso... no puedo, conscientemente, volver a la cama... incluso sabiendo los placeres que allí me esperan.

Este descenso a la intemperancia me ha dejado nulo de deseo.

EL CORAZÓN DE LA MUCHACHA LATÍA CON FUERZA. MEGHAN HIZO UNA PAUSA para tomar aire, ya que, al estar tan enganchada a la sinceridad de la narración, se le había olvidado por completo respirar.

Aquel era sin lugar a dudas su ensayo más personal. Ninguno de los demás habían revelado tanto, ni habían hablado de él de una forma tan directa.

¿Por qué quería que leyese aquel texto?

Meghan hubiera enterrado un manuscrito así a dos metros bajo tierra

después de escribirlo, por miedo a que alguien pudiese averiguar sus pensamientos más íntimos.

¿Cómo era posible que él se lo hubiera ofrecido sin más, incluso que la hubiera animado a leerlo? ¿Acaso estaba intentando asustarla?

Seguro que no; no cuando no había ocultado que la deseaba para él solo.

¿Qué ansiaba que descubriera en aquellas páginas?

Se mordió el labio inferior pensativa.

A lo mejor si continuaba leyendo, conseguiría respuestas.

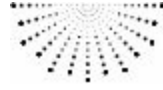
Tras el pasaje que acababa de leer, había una referencia a unas obras que no conocía, escritas por un tal Platón y otro llamado Sócrates.

Al parecer, Lyon había copiado algunos de sus argumentos en el segundo libro y por tanto la muchacha iba a ser incapaz de poder leerlos, ya que no entendía latín. Pasó la página y pegó un grito ahogado al ver los bocetos que acompañaban al texto. Se quedó mirando anonadada los dibujos de un hombre y una mujer en unas posiciones y actos que jamás se hubiera imaginado.

Su respiración se aceleró y su corazón le dio un vuelco.

Que Dios se apiadase de su pícara alma, pero no podía parar de leer. Ya no le importaba saber lo que la esperaba en el siguiente texto.

CAPÍTULO VEINTE



Lyon no pensaba estar tanto tiempo fuera. Pero tampoco es que se hubiese atrevido a enfrentarse a ella, a menos que viera la obligación de confesarle lo que había hecho; enviar de vuelta a sus hermanos cuando seguramente estaban muy preocupados tras no verla en tres días para descubrir que estaba malherida. Claramente no era uno de los momentos de su vida de los que se sintiese más orgulloso.

¿Por qué demonios había hecho algo así?

¿Había sucumbido tan pronto a la maldad?

Que Dios le ayudase; el caso era que, por primera vez en su vida, deseaba algo con todas sus fuerzas.

Meghan Brodie.

Su nombre por sí solo le hacía arder.

Se estaba convirtiendo en una obsesión.

Tenía la impresión de que no podía pensar en otra cosa que no fuera ella... en el tiempo que había estado con ella, había abandonado sus promesas con el viejo MacLean, decepcionado a su soberano y finalmente expulsado a unos familiares preocupados, por miedo a que la apartasen de él. ¿Qué diablos le estaba pasando?

Se había pasado la mañana cavando una tumba para un cordero llamado Fia y luego se había quedado en ella tras enterrar al maldito animal mientras

bebía cerveza bajo el cálido sol de la tarde. Su piel se había quemado, pero poco tenía que ver con lo que tenía en su entrepierna. El simple recuerdo de la muchacha allí... tumbada en su cama... leyendo sus manuscritos... hacía que su corazón palpitase con fuerza y que su sangre corretease por sus venas.

Pensó en sus palabras y se preguntó si la muchacha estaría impactada por ellas, o incluso disgustada. Se acordó de sus dibujos y deseó poder ver su cara cuando los viese por primera vez.

¿Estaría horrorizada?

¿Impresionada?

¿Excitada?

Su corazón latía como no lo había hecho en años. Subió las escalinatas hasta su dormitorio haciendo eses por la borrachera. Regresaba de la lápida y se había quedado en la sala inferior bebiendo cerveza mientras observaba el agujero a juego con el suelo de su alcoba, intentando imaginarse qué era lo que la muchacha estaría pensando detrás de aquella puerta en lo alto de la escalera.

¿Qué estaría haciendo?

Su respiración se aceleró con la idea de volver a verla una vez más. Dio el último trago a la cerveza al llegar a lo alto de los escalones y lanzó la jarra vacía por las escaleras escuchando cómo caía, sin saber muy bien si era un aviso para Meghan o un gesto autoencriminatorio.

No importaba. Estaba demasiado enamorado para que le importase.

Abrió la puerta tambaleándose e intentado aclimatar la vista a la oscuridad de la habitación. Sus ojos se dirigieron de inmediato a la antorcha que había encendida en el escritorio, aquella pequeña llama iluminaba su rostro y poco más dejándole, hipnotizado por la belleza de la silueta de la muchacha.

Dios, era adorable.

Meghan había escuchado el aviso al otro lado de la puerta, pero no había tenido tiempo de dejar el escritorio antes de que él apareciese.

Parecía que el corazón se le iba a salir del pecho, lo que hizo que se le cayera la pluma del miedo que sintió de que la pillara escribiendo sus propias notas.

A pesar de que la habitación estaba ya a oscuras y de que apenas podía ver las páginas, Meghan no se había percatado del paso del tiempo.

Y de pronto, él estaba allí llenando la puerta con su presencia.

El hombre entró en la habitación y cerró la puerta a su paso, haciendo que el corazón de la muchacha se acelerase.

—Eso que veo en tus ojos, Meghan, ¿es miedo?

Meghan fue incapaz de responder por la expresividad de la mirada de Lyon. Después de haber leído sus ensayos, el brillo de aquellos ojos tenía un significado diferente. Apenas podía mirarlo a los ojos sin preguntarse si pensaba en ella en aquellos términos que describía en el manuscrito.

—¿Has cambiado de idea después de leer esas páginas?

Meghan se quedó sin respiración cuando él se acercó.

No sabía cómo responder. Efectivamente, debería de estar impactada por el contenido, pero no lo estaba. Puede que también tuviera que considerarle malvado, pero era incapaz, porque si él era tan retorcido, ella también lo era, ya que los pensamientos más íntimos de Lyon la hacían sentirse... caliente... y en aquel momento su presencia provocaba que estuviera embriagada por la expectación.

Cerró el manuscrito antes de que él pudiese ver sus garabatos, y lo dejó a un lado con aire de culpabilidad.

Él se colocó a su lado.

El corazón de Meghan se aceleró cuando Lyon agarró el manuscrito e inspeccionó sus ataduras. No lo abrió, tan solo se quedó sujetándolo, y la muchacha rezó porque lo mantuviese cerrado; no sabía si se enfadaría por su atrevimiento, o si tan solo estaría impresionado porque se considerase lo suficientemente lista como para añadir sus propios pensamientos a sus comentarios.

Pronto los leería, de eso estaba segura; pero temía que lo hiciese en aquel instante, cuando sus ideas estaban incompletas y sus pensamientos todavía eran demasiado dispersos como para plasmarlos en palabras.

—Contéstame, Meghan. —Tiró el manuscrito y Meghan suspiró aliviada.

—No. —Entrecerró los ojos mirando fijamente cómo bailaba la llama amarillenta sobre la antorcha.

—¿No?

Meghan contuvo la respiración cuando el hombre se arrodilló junto al escritorio y la miró de tal manera que la muchacha fue incapaz de mirarle a los ojos.

¿Cómo lo iba a volver a mirar sabiendo lo que pensaba, cuando compartía sus pensamientos?

No podía olvidar sus palabras... sus dibujos. No podía evitar que su corazón palpitase con fuerza mientras él la miraba con semejante expectación.

—O sea, ¿no me vas a contestar? —preguntó, su voz tan solo un susurro ronco—, o ¿no me consideras malvado, Meghan?

Meghan se sonrojó.

—No... —Finalmente le miró, y la intensidad de aquellos ojos la dejaron sin respiración—. N-no c-creo que... s-seas malvado —le dijo, y suspiró.

Lyon miró de reojo el brazo que la muchacha había protegido en su regazo.

—¿Te duele?

Meghan asintió.

—Un poco —confesó. Aunque en realidad no había pensado mucho en ello durante su tiempo de lectura del manuscrito, ni mientras había escrito sentada en el escritorio sus pensamientos; había estado tan inmersa en el texto que se había olvidado de su dolor.

Lyon sacó de su cinto el vial de antes y lo abrió.

Aquel dulce aroma a hierbas la embriagó, deleitando sus sentidos.

—Meghan, dame la lengua —le pidió, y la dulzura de su tono de voz hizo que un escalofrío le recorriera toda la espalda.

Meghan miró fijamente aquella boca, recordando su descripción de todas las cosas pecaminosas que había hecho con su lengua. No era una ignorante en lo que concernía a hombres y mujeres, pero nunca se había imaginado que un hombre pudiese desear hacer aquellas cosas al cuerpo de una mujer.

Que pudiera anhelar su sabor.

La simple idea provocó que el escalofrío se le extendiese por todo el cuerpo. La forma en la que la estaba mirando en aquel momento la hacía creer que sí que lo anhelaba.

—Dame la lengua —la exigió una vez más.

Meghan tragó saliva compulsivamente e hizo lo que se le pedía. Se sujetó el brazo herido intentando controlar el temblor de su traicionero cuerpo a medida que él acercaba el vial a su lengua y vertía unas gotitas en ella. El líquido le hizo cosquillas en las papilas.

Meghan pestañeó cuando Lyon apartó el vial, se tragó la medicina y de nuevo sus ojos se dirigieron inconscientemente hacia el manuscrito que descansaba sobre el escritorio que había entre los dos, con la caratula de cuero iluminada por la serpenteante y titilante luz.

Entonces, el hombre pronunció su mandato con dulzura:

—Dime lo que estás pensando.

La mirada de Meghan regresó a su rostro.

Ambos se miraron fijamente a los ojos.

La muchacha volvió a tragar saliva, sin ser capaz de revelar sus pensamientos ni de dejar de pensar en los de él.

—¿Has estado toda la tarde leyendo?

—La mayor parte —confesó ella, con un tono de voz dulce y susurrante, extraño incluso para ella misma.

Su confesión halagó a Lyon.

La sangre le palpitaba en las venas. No estaba seguro de lo que deseaba

conseguir haciendo que leyera los manuscritos, pero lo cierto era que estaba sorprendido gratamente.

Aliviado.

Intrigado... por la mirada en sus ojos.

¿Acaso no era como se había imaginado?

¿Se parecería más a su madre que a una muchacha virginal de las tierras altas cuyos hermanos habían protegido de ojos y manos codiciosas?

¿Era aquel el motivo por el que no se había casado?

¿Había sido ya desflorada y por tanto estaba impura para la noche de bodas?

Todas aquellas preguntas y muchas más atacaron su mente. No estaba seguro de cómo le harían sentir las respuestas, pero una cosa estaba clara; en aquel instante no le importaba, no podía tener menos interés en que su cuerpo ya hubiera sido explorado por otras manos y ojos desconocidos, ya que todavía no había sido tocado por las suyas. Y si conseguía salirse con la suya, no le quedaría ninguna parte del cuerpo de la muchacha para la imaginación. Cuando hubiera acabado con ella, no habría recuerdo alguno de las manos de otro hombre en su delicioso cuerpo.

La llama de la antorcha comenzó a extinguirse a medida que iba quemándose la mecha. Era la única evidencia del paso del tiempo, pues el aire que había entre los dos se había quedado inmóvil, al igual que la deliciosa tentación de expectación. La habitación se había llenado de sombras a excepción de la ya casi inexistente llama de la antorcha, cuya ahogada luz se escapaba por el agujero del techo. La llama iluminaba con suavidad el adorable rostro de la joven, coloreando de un amarillo pálido sus mejillas, mientras que el resplandor del fuego se reflejaba en sus ojos; unos ojos que parecían mucho menos malvados de lo que debían de parecer los de él, pero tampoco inocentes.

Necesitaba saber...

Cómo de inocentes.

Su cuerpo se tensó con el aroma de la piel de la muchacha.

—Estás temblando —dijo él con suavidad, y la voz llena de ansia.

—M-mi brazo.

Necesitaba escuchar que no lo veía como un depravado.

Deseaba coger su hermoso rostro entre las manos... saborear su dulce boca... quería acariciar sus succulentos labios con la lengua y beberse su néctar.

—Sé de algo que te aliviará...

La vela titiló entre los dos, haciendo que sus ojos verde oscuro se abrieran de miedo, pero no era más que un truco de la luz, o eso esperó él, ya que al instante siguiente estaban llenos de esa curiosidad que se moría por satisfacer.

—Si confías en mí —añadió él.

La muchacha pareció entender que su intención iba más allá, ya que dudó antes de asentir y, sin embargo, lo hizo, lo que provocó que el pulso de Lyon comenzase a acelerarse.

Él se agachó y sin desviar la mirada de ella, le separó la falda de la enagua. Mirándola a los ojos, la agarró con el puño y tiró de ella, rasgando una tira de tela. Ella dio un grito ahogado, pero no desvió la mirada, y el corazón de Lyon estuvo a punto de salirse del pecho por lo que aquello significaba.

Sin conocer sus intenciones, la muchacha seguía confiando en él, permitiéndole campar a sus anchas. Él apartó la mirada lo suficiente como para examinar el trozo de tela que había rasgado, que dobló antes de ponerse en pie.

—Estira un poco el brazo —le pidió—. Solo un poco... Sé que te duele, Meghan.

De nuevo la muchacha obedeció, y él pasó la tira de tela por debajo del brazo, acunándolo en ella para finalmente atárselo al cuello.

No podía evitar preguntarse si sería tan complaciente en la cama... en sus

brazos... tumbada debajo de él... o si, por el contrario, haría lo que ella quisiera, imponiendo su poder sobre él y reduciéndole a nada más que un amante agradecido por cada caricia que su querida le otorgaba.

—Levanta tu hermoso cabello para mí —le pidió.

Sus manos permanecieron ahí... con la yema de los dedos acariciando con suavidad...

El latido del corazón de Meghan comenzó a incrementarse. Tragar saliva y su respiración se aceleró. Se soltó el pelo para que cubriera las manos de Lyon.

Y, aun así, no las apartó.

Rodeó la nuca con los dedos, y luego pasó los pulgares por la mandíbula de la muchacha, inclinando su cabeza con suavidad para que le mirase.

—Ya te he dicho que eres adorable, Meghan —susurró—. Lo eres de verdad.

Meghan se tragó el nudo que apareció con naturalidad en su garganta. Dios, la encantaba aquella manera que tenía de mirarla; no importaba si se decía a sí misma que no era así. Su corazón parecía florecer cuando la miraba así.

La hacía sentirse... querida... amada...

Y, sin embargo, necesitaba más.

Quería que la mirase así y pensase que también era hermosa por dentro. Porque algún día... Meghan sabía que algún día ya no tendría aquella belleza. Algún día, como le había pasado a Fia, perdería la juventud, y entonces todos la llamarían loca y la mirarían como si fuese un bicho raro.

Incluso sus hermanos se habían sentido culpables de aquello con Fia, ya que no habían sentido más que vergüenza por la mujer que los había criado.

Exacto, la belleza era una maldición.

A su padre su obsesión por la belleza lo había llevado a la muerte, y su abuelo había despreciado a su nana al partir en su búsqueda, una vez Fia había perdido la suya.

Sí, Meghan tenía miedo de creerse sus palabras, miedo de encontrar placer en ellas, por si algún día acababa como su madre o su nana.

Sola.

Deseaba que él la aceptase en su totalidad. Quería que viera que era más que la suma de sus partes. Ansiaba que la mirase a los ojos y supiese que había un cerebro detrás de aquella cara de tonta... y pensamientos... y sentimientos.

Quería que escuchase sus palabras y las respetase.

Le quería a él.

Quería que él la besara...

Los dedos de Lyon se enredaron en sus rizos y a la muchacha se la erizó la piel. Meghan contuvo el aliento cuando él la miró con aquellos ojos brillantes, fruto del reflejo de la llama bailarina de la vela.

Y con algo más... algo que era verdaderamente malvado.

Meghan dirigió la mirada hacia el escritorio, hacia el manuscrito que yacía encima de él.

—Meghan, mírame —le exigió.

Así lo hizo ella, mientras a su corazón se le olvidaba latir. Era imposible mirar aquellos ojos y no imaginarse las cosas que había hecho... el deseo que ya ni se molestaba en disimular. Un delicioso escalofrío le recorrió la espalda.

—Mírame a los ojos —le ordenó, su voz tan solo un susurro ronco—, y dime, Meghan Brodie...

Oír su nombre de sus labios provocó que otro escalofrío le recorriera de nuevo la espalda.

—¿Me consideras malvado ahora?

Meghan pestañeó.

¿Cómo iba a responder? Suspiró con fuerza.

¿Le decía que sí y le acusaba, cuando en su interior sabía que era tan malvada como él, o se lo negaba y le permitía pensar que ella también era malvada?

Fue incapaz de responder. Abrió la boca, pero no emitió sonido alguno.

—Dime, Meghan.

—N-no p-pienso que... No lo sé —susurró.

—Creo que sí que sabes —susurró él, y se inclinó para frotar sus labios suavemente contra la frente de la joven.

Ella gimió con suavidad por la dulzura del gesto e inclinó la cabeza hacia atrás mientras, se deshacía bajo sus labios. Después, fue bajando hasta besarle el puente de la nariz. Meghan contuvo el aliento, cerró los ojos y él la besó en los párpados. La respiración de la muchacha se detuvo por completo cuando el calor de sus labios se fue acercando a los de ella.

Pero no la besó. El aroma a cerveza la abordó... a cerveza y a hombre... y a algo más.

—N-no l-lo sé —juró ella, soltando un suspiro.

Y es que realmente no lo sabía. No tenía ni idea de qué pensar... de qué sentir... de qué... Estaba descolocando sus sentidos como si fuera un maestro tejedor y ella el hilo de seda alrededor de su telar dorado.

Meghan no estaba segura, pero tuvo la impresión de haberse movido en la silla.

Y aquella llama en la vela... parecía bailar delante de sus ojos, engañando a su visión.

El dolor del brazo desapareció junto con la claridad de la habitación.

Lo único de lo que era consciente era de aquellas manos que le acunaban el rostro de esa manera tan tierna... de esos labios que se habían separado de los suyos dejándole la su boca en el más mísero anhelo... de aquellos ojos que la miraban con tanta intensidad.

Pestañeó, mirando la cara de Lyon y sintiéndose embriagada solo con su presencia.

La droga comenzaba a hacer efecto y ella sacudió la cabeza en un intento por espabilarse, ya que no quería que sus sentidos se atontasen.

—¿Crees que soy malvado? —volvió a preguntar, y Meghan casi no pudo

respirar por lo cerca que estaba. Sus ojos azules brillaban mientras la examinaba, nublando sus pensamientos.

Ella se encogió de hombros.

—No puedo... —tragó saliva— hacer un juicio así.

Él entrecerró los ojos, penetrándola con la mirada.

—¿No puedes o no quieres, Meghan?

—No puedo —susurró ella—. No te conozco lo suficiente, Lyon Montgomerie.

—Siento diferir en eso. Me conoces mejor que nadie, Meghan Brodie. He plasmado mi alma en esas páginas.

Ella se sonrojó e intentó apartar la mirada.

—N-no los he leído todos... —mintió, incapaz de mirarle a los ojos después de haber leído aquella parte tan íntima de él.

Su corazón latía con tanta fuerza que estaba convencida de que incluso él lo estaba escuchando; además, estaba segura de que el silencio de la habitación hacía que el sonido fuera más fuerte todavía.

Él la obligó a mirarle.

—¿Cuánto? —insistió—. ¿Cuánto has leído?

—N-no lo recuerdo.

Él arqueó una ceja.

—¿No te acuerdas?

Meghan sacudió la cabeza.

De pronto, Lyon la soltó y se incorporó mientras la miraba. El corazón de la joven se puso a palpar con fuerza en el momento en el que él apartó la vela del escritorio y sin aviso previo, se agachó y la levantó de la silla. Meghan soltó un grito ahogado cuando la sentó sobre el escritorio y luego él se sentó delante de ella.

—Entonces, ¿debemos refrescarte la memoria? —sugirió él, se agachó y colocó sus manos por debajo de los pies de la muchacha. A Meghan le pareció que el corazón iba a salirse por la boca por la intimidad de aquella

caricia.

Las palabras que había escrito aparecieron de golpe en su mente con la primera caricia:

Le lavé los pies con mi lengua. Es como si fuera un esclavo de mi pasión... y esto fuese el último regalo que mi humilde yo le entrega a sus pies como gesto de adoración... anhelando el sabor de su piel como un hombre por la bebida y borracho del deseo de satisfacer...

—¿Q-qué estás haciendo?

—Shhhh.

No dejó de mirarla mientras sus manos masajearan sus pies descalzos, tocando el arco y acariciando su piel con suavidad.

—¿Meghan, recuerdas que escribí eso?

La respiración de Meghan se aceleró al escuchar la pregunta.

Asintió mientras los dedos de Lyon masajearan su pie con suavidad hasta llegar a los dedos. Luego arrastró la silla hacia atrás separándola, del escritorio, y cuando subió el pie de la muchacha hasta su boca sin dejar de mirarla mientras sacaba la lengua para lamerle los dedos, Meghan creyó que se iba a desmayar.

Malvado.

Sintió un escalofrío.

Sabía que tenía que protestar, sabía que debía hacerlo, pero no podía. No encontraba las palabras para rechazarle... para rechazarse... incluso sabiendo hacia dónde se dirigía aquello.

Paralizada por la incertidumbre y mareada por la expectación, observó cómo él deslizaba su lengua por el empeine de su pie, saboreando su piel allí donde había acariciado sus dedos. Tuvo la sensación de que el corazón se le iba a salir del pecho cuando Lyon, con ojos brillantes, se metió el dedo gordo en la boca y comenzó a chuparlo, con tal ansia que Meghan no pudo si no que rendirse.

Un escalofrío le recorrió las extremidades cuando, sin dejar de chuparle el

dedo gordo del pie, comenzó a masajearle las pantorrillas, mientras se abría paso entre sus enaguas y hacia sus muslos.

Que Dios se apiadase de su malvada alma, pero era incapaz de pararle las manos, a medida que estas comenzaban a subir... como un cálido terciopelo que le acariciaba la piel de los muslos.

Él se sacó el dedo gordo de la boca.

—Te quiero para mí, Meghan Brodie —dijo sin ceremonias.

—Quieres mi cuerpo —respondió ella sin aliento y apenas sin poder pensar, debido a cómo la estaban haciendo sentir sus manos.

Él no la quería. Meghan entendía que había una gran diferencia y tuvo que luchar para recordárselo a sí misma en medio de aquella neblina de placer.

—Sí —susurró él en un tono bajito y ronco de deseo que ni se molestó en disimular—. No lo voy a negar, lo hago —confesó y se arrodilló ante ella—. Quiero tu cuerpo, Meghan —susurró—. Quiero conocerte... —Le separó las piernas colocándose frente a ella, y en aquel momento a Meghan se le desbocó el corazón en el pecho, justo cuando él le levantó la falda y le dedicó una última mirada hambrienta antes de inclinarse para apaciguar su fuego.

Bajo el manto de oscuridad, se acercó para besarla allí dónde ningún hombre había posado antes sus ojos.

—Quiero sentir tu sabor sobre mi lengua —susurró—. Sobre mis labios... —Y después gimió mientras el calor de su boca acarició las partes más íntimas de la muchacha.

Meghan soltó un grito ahogado y echó la cabeza hacia atrás, envuelta en un dulce y embriagador placer que nunca había sentido. Envuelta en un capullo de pura sensación, se apoyó contra la pared, gritando, pero no en protesta ni de dolor, sino de absoluta rendición.

LYON CERRÓ LOS OJOS Y CON EL CORAZÓN LATIÉNDOLE CON FUERZA SE

concentró no en el calor de su entrepierna, sino en el sabor que tenía en la lengua.

Se recordó que aquel momento no era para él.

Por mucho que desease su sabor... por mucha satisfacción que recibiera con aquella acción placentera... por una vez, no era el medio para obtener un fin, sino un acto desinteresado. Quería otorgarle aquello con todo su corazón.

Podía ver en sus ojos que no estaba del todo lúcida y no solo deseó su rendición, además quería el regalo que era su corazón junto con su cuerpo.

No, aquella vez iba a ser diferente.

Porque *ella* era diferente.

En lo más profundo de su alma, sentía que entre los brazos de la muchacha podía encontrar todas las respuestas, todas las revelaciones que había buscado se ocultaban tras el espejo de su mirada.

Las ansiaba con un loco.

Respuestas.

Cerró los ojos y la adoró con su boca... sus labios... su lengua... deseando darle placer... necesitando darle placer.

Ella se echó hacia atrás, gimoteando de placer y el dulce sonido provocó que el deseo le recorriera la entrepierna. Su cuerpo se endureció, palpitando de necesidad, pero la ignoró y agarró la mano de la joven con la suya y la dirigió hacia su cuello. Cuando ella respondió pasándole los dedos por el pelo y agarrándole con efusividad, le embriagó una completa y pura excitación.

De acuerdo, era consciente de que estaba drogada y que seguramente en otras circunstancias no le hubiera permitido tantas libertades, pero nunca se había confesado un célibe moral. Nunca pretendió mostrar piedad en su búsqueda, ni jugar limpio.

Jugaba como luchaba y como amaba...

Para ganar.

Solo que esta vez el premio era para ella.

No para él.

Quería escucharla gritar de liberación... sentir la dulce sacudida contra su boca... saborear su miel... y que gritase su nombre.

Y luego cuando se durmiera...

Cuando finalmente soñase...

Cuando se despertase a la mañana siguiente...

Quería que recordara cada momento de placer que él le había proporcionado. Quería que no pensase en otra cosa que en él, tal y como lo hacía él con ella.

La llevaba muy dentro.

Estaba obsesionado.

Quería mirar su hermoso rostro y ver el sonrojo del deseo. Y quería que ella lo mirase a los ojos y suplicase para que la diese más.

Trabajó afanoso, ignorando su propio deseo, con el corazón al galope y la sangre bombeándole las venas, mientras adoraba su cuerpo con cada caricia y cada lamida.

La muchacha le rodeó el cuello con las piernas completamente abandonada y él sintió una gran satisfacción por el placer de la joven.

Cuando finalmente estalló, sintió una felicidad inmensa, como nunca había sentido con su propia satisfacción.

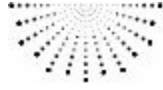
Lyon cerró los ojos, inhaló la esencia de mujer de la muchacha y besó cada uno de sus muslos. Luego le besó el ombligo y fue subiendo la cabeza hasta llegar a sus pechos, donde pudo escuchar el estruendo de su corazón.

¿Quién iba a pensar que tras todo aquel tiempo sin una maldita mujer... iba a encontrar un placer así de perverso en su propia negación? ¡Pero vaya si lo hacía...!

La abrazó, disfrutando de una inmensa gratificación con cada pulso punzante de su propio deseo insatisfecho.

Exacto, estaba seguro de que aquella vez era distinto y no le importaba si estaba o no loca; si resultaba estar loca de atar, que lo estuviese con él: quería a Meghan Brodie para el resto de sus días.

CAPÍTULO VEINTIUNO



Qué Dios te bendiga, Cameron! —dijo Alison MacLean, y se agachó a darle un beso al anciano en la mejilla—. Gracias otra vez por venir a buscarme cuando se cayó Meghan. ¡Que Dios bendiga tu corazón escocés por hacer esto por mí!

El anciano se sonrojó y la cara se le llenó de color.

—No ha sido nada —respondió—. No me lo agradezcas, muchacha; para empezar, yo no quería a ese bastardo en la tierra que me ha visto nacer, y tampoco me gusta cómo se apropia de todo aquello que se le antoja, ¡forastero arrogante!

—¡Lo sé! —asintió ella—. Sin embargo, no lo hubiera podido hacer sin ti, Cameron. Así que, si quiero agradecértelo, lo haré.

El anciano asintió.

—Fuiste una muchacha muy valiente —dijo— para ir hasta allí así solo para ayudar a tu amiga.

—¡Cómo iba a no hacerlo! —declaró Alison—. ¡Meghan Brodie es mi mejor amiga! Ella hubiera hecho lo mismo por mí. —La muchacha sabía que Meghan, de hecho, lo hubiera hecho.

El corazón de Alison se había roto al ver a su amiga allí tumbada con tanto dolor. Si la hubiera podido coger y llevársela de aquel inhóspito lugar, lo habría hecho. Pero en su estado, tendría que haberse ocupado de Meghan y

luego salir corriendo para que él no la reconociera.

Cameron asintió como gesto de que estaba de acuerdo y Alison continuó:

—¡Estaba tan preocupada! Tenía que ver con mis propios ojos que estaba bien— En realidad, la joven no había maquinado su plan hasta que el rey David habría mostrado su inquietud acerca de la lucidez de Meghan. La había dejado perpleja, pues Meghan era la persona más dulce y lista que conocía. Sin embargo, Alison se había aprovechado de las dudas de David para montar su apresurado plan. No tenía ni idea si iba a funcionar o no, pero valía la pena intentarlo—. Pero bueno, Montgomerie no me ha reconocido, por lo que no pasa nada. Aunque ahora no puedo arriesgarme a volver tan pronto otra vez, si voy a volver para intercambiarle con Meghan más adelante; por lo que debes asegurarte de entregarle esto —explicó al anciano, y presionó un pequeño saquito contra su mano—. ¡Es muy importante! Y cuéntale todo lo que te he dicho, ¿te acuerdas?

—Sí, muchacha, me acuerdo de todo.

—Muy bien. Esto es para ti. —Sacó unas cuantas monedas de oro.

—¿Para mí? —la miró sorprendido.

—Sí. —Alison esbozó una gran sonrisa—. Para ti. Gracias otra vez, Cameron de los MacLean. Corre, ve con Meghan y dile que siga mis indicaciones al pie de la letra.

El anciano sonrió mientras cogía las monedas.

—Sí, muchacha. La daré el saquito en cuanto esté sola. Lo prometo.

—Gracias —dijo Alison con sinceridad y rodeó el cuello del hombre con sus brazos, agradecida—. Eres un anciano encantador —dijo echándolo—. ¡Vete, rápido! —le ordenó.

—Rauda y veloz —prometió él dándose la vuelta sobre sí mismo.

Alison lo observó abrirse camino por el bosque hasta que desapareció de su campo de visión. Luego se dio la vuelta y se apresuró a su casa. Sabía que había mucho que hacer antes de su gran acto final.

Se había pintado el rostro con una fina capa de barro, no demasiada para

no hacerla parecer mugrienta, pero sí lo justo para secarla la piel y que pareciera arrugada; además tenía que dar gracias por la tenue luz de la habitación por la cual él no había identificado sus ojos, ya que era bien consciente de que eran bastante reveladores al ser bizca.

No le importaba si él sospechaba de ella más adelante, porque para cuando Cameron consiguiera colocarla a ella en el lugar de Meghan, el hombre se creería cualquier cosa. Además, el color de sus ojos y su pelo eran muy similares a los de su amiga, hasta el punto de que si conseguía esconder su rostro, le daría tiempo suficiente a Cameron para que sacase a Meghan y la llevase a casa. Luego Alison se escaparía, se desharía de las arrugas y el maquillaje y se iría sin dejar huella. Meghan volvería a estar a salvo en su casa justo a tiempo para ver cómo se casaba con Leith.

Sonrió con aquello; estaba segura de que Meghan iba a estar muy sorprendida por el giro que habían dado los acontecimientos. Alison apenas se lo creía, pero Leith Mac Brodie había sido muy amable con ella. Y si al principio vio su supuesta propuesta como un gesto de compasión, ya no lo hacía. le enviaba regalos todos los días y Alison comenzó a plantearse qué era lo que había visto en Colin Mac Brodie.

Sabía que una cara bonita por sí sola no era suficiente para valorar a una persona, y Colin Mac Brodie nunca la había tratado bien.

¿Cómo podía haber estado tan ciega con Leith? ¿Cómo podía haberle hecho lo que Colin le había hecho a ella? Casi había rechazado a Leith sin darle una segunda oportunidad solo por el mero hecho de que su rostro no era tan atractivo como el de Colin.

—¿Deberías estar avergonzada, Alison! —se recriminó a sí misma. ¡Y lo estaba de verdad! Aquello la llevó a pensar en otra cosa completamente distinta:

¿Había prejuzgado también a Piers Montgomerie? Sabía lo que había visto en sus ojos, la forma en la que había mirado a Meghan mientras estaba tan quieta en su cama.

Alison tenía la impresión de que la miraba con una sincera preocupación, aunque quizás era como debía sentirse, ya que al fin y al cabo, que Meghan estuviera en aquella situación, era culpa suya.

Y, aun así, Alison podía jurar que había visto algo más en sus ojos cuando miraba a Meghan. Además, había comprado la poción a un precio desorbitado, el precio que había puesto ella solo para hacerle pensar que era codiciosa. Por lo que a Alison respectaba, Meghan tenía derecho a elegir a su marido. Si Lyon Montgomerie deseaba enamorarla una vez estuviera en casa, sería harina de otro costal. ¡Que la cortejase como lo haría cualquier hombre respetable!

Con eso decidido, se levantó la falda y corrió hasta su casa, deseando no ser descubierta y mucho menos por su padre, ya que temía que le prohibiese hacer lo que sabía que debía hacer. Por una vez en su vida, estaba haciendo algo importante y a Alison no le importaban los riesgos que conllevasen.

Meghan la necesitaba.

El hecho de que ella pudiera marcar la diferencia la emocionó hasta tal punto que no quería hacer otra cosa que correr hasta casa y compartir las noticias con su padre. Quería correr y contarle a Leith lo que había hecho y lo que tenía planeado, pero no se atrevió por miedo a que los dos, con su estúpido orgullo masculino, le prohibiesen ayudar y decidieran salvar a Meghan ellos mismos. Nada. ¡No se lo iba a contar! El orgullo masculino les había llevado demasiado lejos, y ya era momento de utilizar el ingenio y no la fuerza.

¡Hombres estúpidos!



MEGHAN PERMANECIÓ TUMBADA CON EL SOL DE LA MAÑANA ROZANDO SU cara, teniendo miedo de abrir los ojos.

El simple recuerdo de lo que había hecho... de lo que había permitido...

le sonrojaba las mejillas. Y Dios Santo, también calentaba su cuerpo.

La noche anterior, aunque sabía que había estado sedada y drogada, había estado tumbada allí sin poder dormir. E incluso en aquel momento, aquella mañana, el recuerdo de su pecaminosa aceptación hacía que se le removiese el estómago por un deseo que era incapaz de negar.

Pero no podía dormir para siempre, por muy adormilada que la dejase la droga.

Abrió los ojos con cuidado a la luz de la mañana.

La cara de Lyon Montgomerie fue lo primero que vio.

Se encontraba arrodillado junto a la cama. Meghan pestañeó sorprendida.

—Pretendo robarte el corazón, Meghan Brodie —dijo él, y el corazón de Meghan dio un brinco.

Se temía que, de alguna manera, ya lo había hecho.

El corazón de la muchacha se le desbocó.

—¿H-has estado mirándome toda la mañana? —preguntó dudosa, sintiéndose halagada y nerviosa a la vez

Había soñado con él; con aquellos labios sobre su piel y esas manos sobre sus pechos. En su sueño, se había despertado y había visto su cabeza entre sus muslos tal y como había sucedido la noche anterior. En su sueño, la había mirado sonriendo con picardía, con un brillo inconfundible en los ojos, mientras estiraba la mano por encima de su ombligo hasta su pecho desnudo y le susurraba:

—Solo soy yo.

Meghan se estremeció al recordarlo.

—¡Es hora de levantarse! —dijo él intentando evitar la pregunta —. Tengo que enseñarte algo.

Meghan le dedicó una mirada exasperada.

—¡Eres un tirano! —dijo, aferrada a su propio rencor —. ¿No te cansas de mandar a la gente?

—Nunca. —Sonrió con picardía y con una mirada demasiado infantil

como para resultar comprometida, echando así por tierra el humor envenenado de la joven.

Meghan hizo una mueca de dolor al intentar incorporarse, y él se acercó para ayudarla.

—¡Puedo yo sola! —exclamó—. Deja de ser tan atento, ¡no quiero cogerte aprecio! —dijo con sinceridad—. ¿No te das cuenta?

Él soltó una carcajada.

—Y, sin embargo, ¿lo haces?

Meghan le fulminó con la mirada.

—¡Yo no hago tal cosa!

—¿Pero piensas en ello?

—¡Ay, también eres un arrogante!

Lyon simplemente se encogió de hombros.

—Entonces, debo intentar serlo menos —prometió él, y tomó una gran bocanada de aire al verla.

No podía dejar de mirarla.

Dios, era como si nunca pudiese hartarse de ella.

Se había quedado dormido duro como una piedra, y, no obstante, con una sonrisa en los labios. Aquella mañana era incapaz de dejarla a solas a pesar de tener asuntos con los que lidiar: la había abandonado el tiempo justo para echarles un vistazo, y luego había corrido otra vez a su lado.

¿Qué demonios le estaba pasando?

Se sentía tan imprudente como el muchacho que una vez fue, impaciente por perseguir cada falda que pasase por delante de él, hambriento por ver carne y muerto de ganas del aroma de mujer.

Solo que ya no quería al resto.

Quería a esta.

No podía dejar de sonreír.

—Ya te lo he dicho, Lyon Montgomerie, ¡no quiero que seas tan amable! Aparta de mi camino —exigió ella, quitándose de golpe las sábanas rasgadas

y sacando las piernas de la cama.

Lyon contuvo la respiración cuando aquel movimiento de la muchacha lo pilló arrodillado frente a ella de nuevo.

Ella pareció darse cuenta tarde y arqueó las cejas con sorpresa. Le miró y sus mejillas se sonrojaron.

Él solo la sonrió, completamente satisfecho con aquella reacción. Quería que se acordase; quería que nunca lo olvidase. Deseaba que fuera suya, en cuerpo y alma. Sabía muy bien que su corazón se rendiría una vez se hubiera ganado su cuerpo. Entendía demasiado bien a las mujeres y sabía cómo agradarlas. No iba a desperdiciar su maldito don cuando deseaba aquello con todas sus fuerzas.

Arqueó una ceja.

—¿Me estás pidiendo más?

—¡Dios Santo! —exclamó ella en un arrebató—. ¡Eres un retorcido y maldito truhan! He cambiado de idea, te conozco bastante bien como para juzgarte, ¡eres malvado!

—Sí —murmuró él, y se inclinó para darla un rápido pero casto beso en la nariz.

La muchacha se tocó la cara en seguida, y se pasó los dedos justo por donde la había besado.

—¿Por qué has hecho eso? —le preguntó, un tanto confusa por la inocencia del gesto.

—Porque eres adorable —respondió él sin más—. Venga, vamos. —Se levantó agarrándola del brazo sano con suavidad para no hacerle daño—. Hay una cosa que quiero enseñarte esta mañana. Espero que te guste.

Insistió en que cerrase los ojos mientras él la guiaba delante de ella y la llevaba hacia un sitio desconocido. Cuando finalmente le ordenó que abriera los ojos, estaban ellos dos solos en la pradera, sin nadie más. Los fuertes rayos del sol, tras tanto tiempo de cautiverio, hicieron que tuviera que entrecerrar los ojos. Tuvo dificultad para enfocar y poder ver algo y, de

pronto, todo lo que pudo ver fue a Lyon a su lado mirándola con expectación, como si estuviese esperando una respuesta.

Ella frunció el ceño.

—Pensé que querías enseñarme algo. No veo nada. —Él estaba sonriendo y Meghan le fulminó con la mirada—. ¿Por qué me miras así?

Él arqueó las cejas y sus ojos resplandecieron con un brillo de niño pequeño que le llegó al corazón.

—Porque —dijo en tono juguetón—, ¿uno no tiene a menudo al sol y la luna juntos, Meghan Brodie!

Meghan intentó no poner los ojos en blanco frente a su piropo y agradeció la descarada marrullería de Lyon, ya que la ayudó a mantener las distancias. Al estar acostumbrada a los piropos vacíos de los hombres, ya no se emocionaba con ellos.

Salvo, al parecer, si era Lyon el que los pronunciaba.

Se le aceleró el pulso.

—Eres tanto el fiero brillo del sol, como la hechizante serenidad de la luna, Meghan.

Su tono ardiente consiguió abrirse paso entre las grietas del muro que rodeaba el corazón de la muchacha, a pesar de que Meghan había argamasado cada fisura.

—Y tú, me temo que has perdido tu toque, Lyon Montgomerie; debiste de ser un trovador cantando de casa en casa —. Le fulminó con la mirada—. ¡Eres un adulator sinvergüenza! Ya te he dicho que no me conmueven las palabras bonitas, y sigues insistiendo, ¿por qué? —le exigió.

Él permaneció allí, demasiado hermoso para la tranquilidad de Meghan, su sonrisa demasiado radiante y sus palabras demasiado alegres. Todo lo que Meghan deseaba era despreciarle por hacerla ansiar más.

—Porque me has convertido en un muchacho enamorado —le respondió imparable—, que haría lo que fuera por ganarse una sonrisa de su amada.

Meghan le frunció el ceño.

—Por si se te ha olvidado, yo no soy tu amada.

Meghan le miró con prudencia; llevaba una camisa azul oscuro que resaltaba el color de sus ojos, una cinta a cuadros verdes y azules en la cintura y unos pantalones negros que abrazaban sus largas y esbeltas piernas. A su lado parecía alto, con aquella cabellera larga ondeando al viento como la seda, y brillando como el oro puro con la luz del mediodía.

La joven no podía olvidar la forma en la que aquel cabello se había enredado entre sus dedos, la manera en la que brillaba la noche anterior a la luz de la vela mientras jugaba con su cuerpo con tanta maestría.

Si algún hombre debía ser considerado bello, ¿ese era Lyon!

Y, aun así, no había nada que pusiera en duda su hombría. Era tan fuerte y hermoso como las montañas que los rodeaban. Tampoco ayudaba mucho ver que parecía estar a gusto sobre la tierra que ella amaba con tanta pasión. Era como si hubiera sido tallado de la mismísima piedra, que aquellos antiguos montículos que adornaban su tierra natal.

A pesar de estar diciendo lo contrario, lo cierto era que se estaba ganando su corazón. ¡Maldita fuera su corrupta alma!

Sus bonitas palabras la confundían y la hacían desear más.

Pero ¿cómo?

Cuando ella siempre había sido más sensata.

¿Era tan inútil que iba a abandonar sus convicciones con tanta facilidad?

¿Sus principios no eran más que habladurías?

¿Su condena hacía que aquellos que no veían más allá de una cara bonita se convirtieran en nada más que en una hipocresía?

Lo único que estaba claro era que sus bellas palabras habían hecho que su corazón palpitase más rápido, y que sus rodillas comenzasen a derretirse como la cera que está bajo la llama de la vela.

Tenía tanta culpa como cualquier hombre con ojos pecaminosos, ya que estaba allí plantada completamente ensimismada mirándole. Al mirar sus brillantes ojos como zafiros... su respiración se quedó atascada en lo que

pudo visualizar en sus profundidades. Y cuando bajó la mirada hacia su boca, la cual sonreía con una promesa muy sensual, deseó abrir los brazos y rogarle que viniera hacia ella otra vez.

Como había hecho la noche anterior.

Estaba claro que no era más que una maldita impostora, ¡ya no se reconocía a sí misma!

Sus mejillas se sonrojaron por lo que le pasó por la cabeza y se percató de cómo lo estaba mirando.

Él se acercó de repente y le levantó la barbilla con un dedo.

—Meghan, muchacha —le susurró, mucho más serio esta vez—. ¿Por qué te molesta tanto que te considere bonita?

Avergonzada de sí misma, Meghan apartó la cara.

Él se quedó contemplándola y la muchacha se sintió completamente expuesta bajo el escrutinio de su mirada.

—¿Es posible que no veas lo que veo yo? —le preguntó con dulzura.

Ella levantó la mirada hacia él.

—¡Sé lo que ves! —le aseguró—. Y no puedo, no soy... —No pudo encontrar las palabras para hacer que la entendiera.

—Tienes el rostro más bello que he visto nunca.

¡No lo entendía!

Seguramente no podía.

Quería ser más que una cara y un cuerpo, ¿acaso no lo veía? Deseaba ser un corazón, un alma y un cerebro.

Leith había apreciado su mente y había respetado y necesitado de su consejo, pero quizás por el miedo a que los abandonase, había hecho que se avergonzara del rostro que veía en el espejo. Su hermano Colin alardeaba de su belleza, pero nunca se había molestado en conocer sus pensamientos más profundos, y a pesar de ser con el que estaba más unida, no recordaba ni una sola vez en la que hubieran charlado de temas transcendentales como la vida, la muerte y Dios. Era una lástima poder decir eso. Y mientras Gavin estaba

ya suficientemente preocupado con la búsqueda espiritual de su hermana, había dejado de lado las ideas de la joven; Meghan sabía demasiado bien lo que pensaba de esas mujeres que sucumbían a sus vanidades.

Meghan echaba de menos tener a alguien que la aceptase como era, en su totalidad, no solo algunas partes.

Estaba aterrada porque detrás del caparazón que era su cara y cuerpo, hubiese una mujer que no fuera la que todos creían. Tenía miedo de que, si miraban detenidamente, no les gustase lo que vieran. Ya había escuchado a pretendientes lo suficiente como para saber que no la veían como era realmente y solo como querían verla ellos. Veían y la convertían en un ídolo, cantaban odas a su belleza y le tiraban pétalos a los pies como si se tratase de una virgen pagana en su camino hacia el altar. La colocaban en un pedestal sagrado y se negaban a bajarla incluso cuando ella les gritaba, les rogaba y les chillaba.

—Meghan —susurró él, y volvió a levantarle la cabeza —, mírame. — Así lo hizo la muchacha mientras tragaba saliva por la intimidad con la que la estaba mirando—. No me importa sentirme como un idiota por expresar lo que siente mi corazón —dijo.

¿Corazón?, pensó Meghan, *¡ja! Estaba hablando con el calor de su entrepierna, como cualquier otro hombre. Corazón, ya, claro.*

—Nunca he querido nada tanto en mi vida como te quiero a ti. — prometió él

—¿A mí? —preguntó ladeando la cabeza, retándole—. ¿O es mi cuerpo lo que deseas, Lyon Montgomerie?

Él arqueó una ceja.

—No te voy a mentir —respondió y pasó una mano por la mejilla de la muchacha acariciándola con dulzura.

Meghan se estremeció y como una perversa, respondió ladeando la cabeza hacia su caricia. ¡No lo pudo evitar!

Él pasó las manos por detrás de su cabello hasta la nuca, rodeando su

cuello con los dedos.

Se quedaron mirándose fijamente por un instante, mientras el corazón de la joven palpitaba avisándola.

Recházalo ahora mismo, se ordenó a sí misma, antes de que sea demasiado tarde.

En lo más profundo de su corazón sabía que no la forzaría. La noche anterior había sido prueba suficiente si dudaba de su instinto; Lyon le había dado placer y luego la había cogido en brazos y la había tumbado en su cama sin satisfacer sus necesidades.

Vete, Meghan Brodie.

¡Vete ya!

—Lo que... más deseo... es hacer el amor contigo, Meghan Brodie —le susurró, y en aquel instante, Meghan estuvo perdida.

Su corazón comenzó a palpar con fuerza a medida que él se iba acercando a ella. Vacilante, fue hacia él y Lyon la rodeó con sus brazos con suavidad para no hacerla daño en el brazo e inmediatamente Meghan se sintió indefensa en su abrazo.

Sus brazos eran demasiado cálidos... sus manos demasiado reconfortantes... y el latido de su corazón estaba demasiado cerca.

La mano del hombre se deslizó por su espalda con dulzura, a pesar de que ella podía notar el temblor de los dedos cuando colocó la otra mano en su nuca. Luego le acunó el rostro su rostro con ambas manos mientras bajaba la cabeza hacia la de la muchacha.

La respiración de Meghan se entrecortó y su corazón dio un brinco justo en el momento en el que sus labios tocaron los suyos, puesto que la noche anterior no la había besado.

Al menos no en los labios.

Su boca había encontrado lugares más íntimos para acariciar.

El mero recuerdo de aquello... del lugar en dónde habían estado sus labios y su lengua, provocaron que sus piernas comenzasen a temblar.

Él la agarró y ella dio un pequeño grito, no por el dolor del brazo sujeto entre ambos, sino porque en aquel momento... sus labios se encontraron con los suyos y aquella fue la sensación más dulce y pícaro que jamás había sentido.

Meghan soltó un pequeño gemido. Sus labios se movían por su boca de una forma tan cálida... tan dulce... como la seda caliente; dura aunque suave.

Meghan creyó que se iba a morir de la impresión. Los labios de Lyon eran suaves y dulces, pero insistentes, y su lengua recorrió el perfil de sus labios enviando un escalofrío tras otro por toda su espalda.

La muchacha le rodeó el cuello con el brazo, pero no estuvo segura de estar bien sujeta y lo agarró más fuerte por miedo de que la dejara con ganas de más. Separó los labios tal como él la persuadió él y gimió de nuevo mientras Lyon le metía la lengua en la boca y se bebía toda su voluntad, como si se tratase de un cáliz pegado a sus labios.

Cerró los ojos y saboreó el momento... deseando que no parase nunca.

—Te deseo —susurró él—, te necesito, Meghan.

Meghan suspiró suavemente como respuesta.

—Quiero estar dentro de ti —dijo febrilmente él—. ¿Me comprendes?

Y un escalofrío le recorrió todo el cuerpo debido a sus palabras.

Envuelta en su propio deseo, Meghan se separó de su abrazo y se dirigió hacia la hierba cubierta de rocío, mientras lo agarraba de la mano para que se tumbase con ella. Él la siguió, mirándola con los ojos hambrientos y llenos de ferocidad. Ella se tumbó en la hierba libertinamente, boca arriba como una insinuante invitación, pero no la importó si estaba siendo demasiado descarada... quería más de lo que le había dado la noche anterior.

Exacto, quería más.

Él se colocó encima de ella, cubriéndola con dulzura y teniendo cuidado con el brazo herido. La volvió a besar, pero esta vez fue un beso lento y tierno, con sus labios rodeando los suyos y, entonces, una vez más volvió a deslizar la lengua dentro, hasta las profundidades de su boca.

Virgen Santa... nunca se lo hubiera imaginado...

Meghan ya no podía ni pensar.

De pronto, él se separó de golpe, dejándola sorprendida por la inesperada marcha, la miró a la cara, y ella le miró con una cara de placer envolvente.

—Quiero verte —susurró él— toda, Meghan.

A la muchacha se le olvidó respirar, le pareció que se le iba a salir el corazón del pecho y comenzó a tragar compulsivamente. Ningún hombre antes la había visto desnuda. Ninguno. Ni siquiera la noche anterior la había mirado, ya que había apagado la vela antes.

Meghan estaba tan asustada como excitada por la idea de desnudarse bajo su mirada... frente a nada más y nada menos que el azulado paraíso. Sabía que, si le dejaba desnudarla, ya no habría vuelta atrás. Si le dejaba mirarla y luego lo miraba a los ojos y descubría la misma adoración en ellos... entonces no le podría decir que no.

No pretendía haber dado ese paso tan pronto.

No tenía que haber preguntado.

Y antes de poder darse cuenta, las palabras habían salido de su boca, que Dios se apiadase de él, ya que no era ningún santo como para no pronunciarlas cuando la muchacha se había lanzado a sus brazos con semejante insistencia.

Y, sin embargo, de pronto tenía la necesidad de saber que ella deseaba aquello tanto como lo hacía él.

—¿Meghan? —susurró, mirándola fijamente.

Sus hermosos ojos verdes estaban indudablemente llenos de pasión, pero deseaba escuchar de sus labios que quería que la hiciese suya.

Nunca en su vida aquel simple acto de la unión de dos cuerpos había sido una decisión tan importante.

Pasó los nudillos por la barbilla de la muchacha y su corazón dio un brinco cuando ella respondió ladeando de nuevo la cabeza y cerrando los ojos.

—Dime lo que deseas —le pidió en voz baja—. Dime qué quieres de mí.

—Más —susurró ella, y aquello fue todo lo que Lyon necesitaba escuchar.

Se estremeció de placer con aquella simple palabra, se inclinó para besarla en la boca una vez más antes de bajar para besarle el ombligo, y luego un poco más abajo... con un deseo voraz de saborearla de nuevo.

Pero lo primero era lo primero.

Para empezar, ignoró el tesoro que le aguardaba y la despojó de sus zapatos, dejándolos a un lado. Luego levantó su falda y la dio un beso en un muslo, y luego en el otro. En aquel instante deseaba arrancarla toda la ropa del cuerpo, y si no hubiera estado herida, con lo desesperado que estaba por ver su piel, seguramente lo habría hecho.

Le levantó el vestido, Alzándole los desnudos glúteos para continuar subiéndolo por encima de las caderas y el suave tacto de su piel contra la palma de su mano, volvió a encender el fuego de su entrepierna. La tomó por el brazo sano, de modo que pudo subirle el vestido y la enagua para sacárselos por la cabeza sin olvidarse antes de desbrochar en primer lugar la manga del brazo herido. Tiró el vestido a un lado, mientras el corazón parecía que iba a salirse del pecho.

Por fin la tenía ante él en todo su esplendor, y Lyon no pudo hacer otra cosa más que quedarse mirándola embobado. Suspiró con fuerza, pues era más hermosa de lo que se había imaginado.

Durante el más largo de los instantes, Lyon solo pudo contemplar la dulce piel que había descubierto. Sus piernas eran tan largas y esbeltas como había supuesto.

Recordó la imagen de ella caminando por el bosque con el corderito y su salvaje pelo al viento, con la falda cubriendo sus extremidades, y pestañeó sobrecogido.

Dios... y aquellos pechos... ansiaba el tacto de aquellos duros pezones en su lengua... la suavidad de aquella redonda piel bajo la palma de sus

manos... exquisita.

—Meghan —susurró—. ¡No puedes ser real!

El corazón de Meghan empezó a latir más rápido al escuchar sus palabras.

Estaba tumbada delante de él, completamente expuesta ante sus ojos y la expresión en su rostro la calentó más de lo que jamás lo habían hecho los rayos de sol*

Virgen Santa, le encantaba cómo la miraba.

Se estremeció por el hambre tan evidente que había en sus brillantes ojos azules.

Y, en aquel momento, ya no le importó estar expuesta ante él; lo único que quería era que adorase su cuerpo como lo había hecho la noche anterior.

Deseaba sentir sus labios contra los suyos... sus manos sobre ella, acariciándola...

Él volvió a bajar la cabeza sin dejar de mirarla con aquellos ojos picarones que ardían como si estuvieran febriles, y Meghan se quedó allí tumbada, congelada por la expectación.

¿Qué lugar pecaminoso elegiría su boca en esa ocasión?

¿Qué cosas innombrables le haría esta vez?

Y, entonces... lo supo.

Los labios de Lyon acariciaron suavemente sus pechos, fue un roce delicado e incluso respetuoso, y Meghan soltó un grito ahogado en el momento en el que su lengua la acarició ahí. Gimoteó, cerró los ojos y se arqueó para él, y Lyon la premió metiéndoselo entero en la boca y chupando como si fuese un bebé mamando del pecho de su madre. Aquella sensación la hizo temblar de gozo y descubrió una hasta ahora desconocida conexión entre ese lugar y aquel otro... un pequeño hilo de placer que parecía desenroscarse mientras él chupó y chupó hasta que dicho hilo se convirtió en un tirante dolor en su estómago y en un hambre innegable.

Quería ser suya... quería que él la tomara... quería que le hiciera cualquier cosa... lo que fuera... quería darle también placer.

—Lyon —gimió, estirando las manos y enredando los dedos con su pelo.

Dios Santo, apenas podía articular palabra... no podía pensar por las cosas que la boca de Lyon le estaba haciendo... Él se deslizó hasta el ombligo, besándola por todo lo que encontraba a su paso, y Meghan quiso decir que aquello no era suficiente. En algún lugar de lo más profundo de su corazón, había otro dolor que la boca de Lyon no podía apaciguar... que intensificaba su lengua y sus labios.

Quería decírselo, pero no sabía cómo. No sabía lo que quería... lo que necesitaba.

—Dime —susurró él—. Dime lo que quieres, Meghan.

Él paró el tiempo suficiente para que Meghan recobrara los sentidos. Le miró, gimiendo levemente.

—Quiero complacerte —le dijo él.

—Q-quiero verte también —confesó ella, sedienta también por la visión de Lyon —. Enséñame —le ordenó.

Los ojos azules de Lyon brillaron con una intensa satisfacción y una astuta sonrisa curvó sus labios. Meghan aguantó la respiración justo cuando él comenzó a desabrocharse el tartán por la cintura, que llevaba porque obviamente quería ser uno de ellos. Se lo quitó y lo tiró a un lado.

Después, mientras ella le observaba sin aliento por la expectación, se despojó de la camisa y también la tiró al suelo. Se puso en pie, se quitó las botas y comenzó a desatarse los calzones.

Aunque la timidez la obligaba a apartar la mirada, Meghan no lo hizo; se quedó mirando con los ojos abiertos como platos, expectante por lo que estaba a punto de revelársele. Levantó la mirada para descubrir la expresión de deleite que tenían los ojos de Lyon y su cuerpo se estremeció.

Él quería que lo mirase.

Hombre vicioso... tan vicioso como ella.

Él se quedó de pie durante un instante en el que sus miradas se cruzaron y se enlazaron como dos amantes, y Meghan se tragó el nudo de la garganta

cuando él finalmente se bajó los calzones y se los sacó, para dejarlos a un lado también.

Dios, qué hermoso era.

Se quedó de pie ante ella en todo su esplendor y sin avergonzarse. Entonces se arrodilló. Meghan contuvo la respiración mientras él se acercaba y le cogía las piernas con las manos, colocándola de tal modo que volvía a estar entre sus muslos..

—En Oriente —comenzó a explicar él con voz ronca y suave— desvirgar a una muchacha se hace en presencia de las madres de la pareja recién casada, con cariño y un dedo cuidadoso. ¿Eres virgen, Meghan?

Meghan tomó una bocanada de aire ante aquella pregunta tan atrevida.

Lo era y, aun así, ¿por qué no le ofendía que se lo preguntara? La mirada de los ojos de Lyon no era recriminatoria, no tenía ninguna expectativa; pero, de pronto, le dio miedo contestar. Él seguro que había estado con un montón de mujeres. ¿Qué estaba haciendo mal?

—No importa —prometió él, como si le hubiese leído la mente—. Solo deseo hacer esto más placentero para ti. No quiero hacerte daño, Meghan, y hay una manera de disminuirlo.

Ella asintió de una forma casi imperceptible.

—¿Eres virgen? —volvió a preguntar.

Meghan asintió con la cabeza otra vez, las palabras no le salían de la boca, pues tenía la garganta demasiado seca como para poder emitir sonido alguno. Su revelación pareció agradar a Lyon, porque sonrió y la miró.

—¿Confías en mí? —preguntó, y Meghan volvió a asentir.

Su sonrisa se intensificó.

—Cierra los ojos —le ordenó—, y siente, Meghan. Solo siente, ¿puedes hacer eso por mí?

—Sí —contestó Meghan, e hizo lo que le pedía.

Cerró los ojos y sintió cómo él le levantaba las rodillas y la abría de piernas frente a él. Su cuerpo tembló consciente de cada sensación... la suave

brisa que acariciaba su piel... el calor del sol cerniéndose sobre ella como el cuerpo de un amante, del húmedo lecho de hierba sobre el que estaba tumbada.

Y, de pronto, los labios de Lyon estaban de nuevo ahí... sobre ella... y gimió de placer.

Que dios se apiadase de su perversa alma, pero lo amaba... amaba su boca... amaba la forma en la que la adoraba.

Lyon succionó y lamió con dulzura y, entonces, Meghan pudo notar la presión de su dedo Abriéndose camino en su interior mientras él la besaba y la tranquilizaba. Lo introdujo de repente y la muchacha sintió un leve dolor cuando cercenó su doncellez. Pudo escucharlo gemir... era un eco de su propio deseo... Lyon sacó el dedo y Meghan notó cómo la cubría, sintió cómo sus manos la preparaban y, entonces, Volvió a sentir aquella presión.

Solo que esta vez no era su dedo.

Entró en ella con un solo empujón, y Meghan dio un grito ahogado al sentirlo; placer y dolor a la vez, aunque el placer sobrepasaba por completo al dolor. De pronto él se detuvo un momento, como si supiese que ella lo necesitaba, para después comenzar a moverse dentro de ella mientras la acariciaba de una manera tan dulce que Meghan se dejó llevar por completo en un remolino de sensaciones.

—¡Oh, Dios! —gimoteó ella.

Él colocó la mano debajo de su espalda y la levantó para continuar moviéndose dentro de ella, llenándola y liberándola, y Meghan pensó que se iba a morir de tanto placer. Iba despacio pero decidido, sabiendo exactamente lo que tenía que hacer... y cómo moverse. Él calor la invadió y fue entonces cuando una sensación nueva prendió su estómago; se centró en ello, notando cómo crecía, siguiéndolo en cuerpo y alma. La muchacha se alzaba con cada empujón, inclinando las caderas con avaricia con tal de tomarlo plenamente. Y, sin aviso previo, algo estalló dentro de ella, y su cuerpo se puso a temblar por una sensación desconocida para ella.

Gritó de excitación.

Lyon la escuchó y noto cómo se convulsionaba bajo él. Era lo que había estado esperando. Lo que había estado deseando. Le sujetó las caderas con las manos y se liberó De su cuidadoso autocontrol; su propio cuerpo se convulsionó con el último empujón, derramándose por completo por primera vez en mucho tiempo. Echó la cabeza hacia atrás y gimió.

Que Dios lo ayudase... se sentía tan bien.

Tan bien.

En aquel instante de satisfacción, Lyon finalmente había encontrado lo que llevaba buscando toda su vida.

Y era un sentimiento como jamás se hubiera imaginado.

Una satisfacción del alma.

Por fin la había encontrado, y había sido en brazos de una mujer.

Su nombre era Meghan Brodie.

CAPÍTULO VEINTIDÓS



Las nubes blancas en movimiento emplumaban la bóveda celestial, cruzando el cielo azul como pliegues de seda hilada.

Meghan jamás había imaginado que pudiese sentirse tan libre. A duras penas podía creerse que estuviese tumbada en medio de la pradera, completamente expuesta ante la mirada de Dios y disfrutando de cada momento.

Por primera vez en su vida, no estaba avergonzada de sí misma. Se encontraba acurrucada en los brazos de Lyon, sintiendo el latido de su corazón contra la mejilla. Estaba emocionada por la sensación de estar tumbada de una forma tan desinhibida entre sus brazos.

Él la hacía sentirse así.

Y no podía hacer otra cosa que sonreír.

Se revolvió y levantó la cabeza de su pecho con la idea de que tenía que vestirse, pero él le colocó una mano en la cabeza, atrayéndola de nuevo hacia sí para sostenerla contra su pecho para acunarla de nuevo en sus brazos.

—Quédate conmigo —le suplicó.

Meghan deseó en ese instante quedarse así para siempre, escuchando el acelerado latido de su corazón, y entonces se preguntó si el suyo estaría todavía palpitando tan deprisa.

—¿Cómo está el brazo? —Parecía preocupado—. ¿Te he hecho daño,

Meghan?

—No —le aseguró ella.

No lo había hecho, es más, había sido extremadamente cuidadoso, y eso era algo complicado para ella de entender, y sobre todo tras haber cotilleado sus palabras, ya que no podía dejar de pensar en la pasión incontrolada que había plasmado en el manuscrito. Sin embargo, no había sido así con ella para nada... todo lo contrario, había sido amable y cariñoso.

—Bien. — Le levantó la cabeza gentilmente de su pecho —. Casi lo olvido —dijo—; el motivo por el que te he traído aquí, Meghan.

Meghan también lo había olvidado.

—Siéntate —le pidió, y la ayudó a incorporarse.

Meghan se sonrojó con el vistazo que Lyon echó a su cuerpo, deteniéndose en los pechos. Lyon esbozó una sonrisa picarona.

—¿Qué pasa? —preguntó ella, sonriendo con timidez.

—Mira a tu alrededor —le ordenó, girando la cabeza—. ¿No ves nada?

Meghan hizo lo que le pidió, pero no vio nada nuevo; tan solo la amplia y verde pradera llena de flores y brezos. Llena de color y rebosante de vida... salvo por un pequeño montón de tierra que había sido recientemente levantada.

La muchacha le miró de reojo con el ceño fruncido, intrigada.

—Espero que no te importe —dijo él—. No era mi intención ponerte triste, Meghan.

—No lo entiendo.

—Enterré a Fia aquí para ti.

Meghan parpadeó con sorpresa.

—¿En serio?

Estaba emocionada por el gesto.

No había preguntado por el cordero, solo porque no quería saber cuál había sido su destino, ya que suponía que lo utilizarían como carne. Las lágrimas brotaron de sus ojos, a sabiendas de que era una tontería; *No era*

más que un cordero, se dijo a sí misma.

Pero el gesto de Lyon... no sabía cómo tomárselo.

Él la miró fijamente, como si estuviera buscando respuestas.

—S-sé lo mucho que significaba para ti —dijo él—. Por lo que la enterré aquí. Espero que no te importe —volvió a decir, un tanto dubitativo.

Meghan sacudió la cabeza, perturbada por su confesión. No sabía qué pensar de un hombre que había enterrado a un cordero solo porque ella había asegurado que era su nana, a pesar de que no la había creído.

O ¿sí que lo había hecho?

¿Estaba dispuesto a aceptar el cuerpo sin el alma? ¿Acaso no le importaba lo que ella pensase, como le pasaba a Gavin? ¿Ni tampoco su mente?

Lo cierto era que, en aquel momento, no importaba, ya que estaba sobrecogida por la amabilidad del gesto. Era lo más dulce que alguien había hecho por ella.

Se tragó el nudo de la garganta y volvió la mirada hacia el montón de tierra que había a unos escasos dos metros de ellos.

—¿Cuándo? —le preguntó, mirándolo a los ojos—. ¿Cuándo lo hiciste?

—Ayer... cuando te dejé, vine aquí. Lo siento si no fue lo correcto, Meghan. Solo creí que...

—Shhhh —Meghan levantó el dedo y lo colocó en sus labios—. Cállate, Lyon Montgomerie, y bésame otra vez.

No se lo tuvo que pedir dos veces.

Lyon tembló al atraerla hacia sus brazos y limpiarle las lágrimas de los ojos con la punta de la lengua.

—Sé mía —le suplicó, y cubrió su boca con la suya con suavidad.

Los labios de Meghan se separaron sometidos por completo, aunque no le respondió.

¿Cómo le iba a decir que no cuando ya lo era?

Y, aun así, no podía abrir por completo su corazón.

Pasaron toda la tarde en la pradera.

Lyon no llevó a Meghan a la casa hasta el anochecer, pidiéndole que descansase un rato antes de la cena. Meghan no pudo oponerse, ya que estaba cansada como nunca antes en su vida, y además le dolía muchísimo el brazo.

Lyon había dejado el vial con la medicina en el escritorio para que se la tomase, aunque ella no quería, pues no le gustaba la sensación de mareo que le provocaba, pero sentía tal malestar que no le importaba cenar o no. Se tomaría el elixir y se tumbaría en la cama, ya que tenía la impresión de que cada paso que daba hacia el dormitorio la dejaba aún más fatigada.

Lyon se había ofrecido a llevarla en brazos, pero Meghan se había negado a que la agarrase de aquella forma. Todavía podía valerse por sí misma y podía subir unas escaleras sola.

Como consecuencia de su cansancio, no se dio cuenta de la sombra que había en el pasillo que llevaba a los aposentos de Lyon.

—¡Meghan! —un susurro nervioso sonó cuando fue a abrir la puerta.

Sobresaltada, Meghan se dio la vuelta para encontrarse con el viejo Cameron saliendo de las sombras y dirigiéndose a ella.

El hombre la miró nervioso.

—¿Viene detrás de ti?

—¿Lyon? —le preguntó sorprendida.

—Sí.

Meghan frunció el ceño por el comportamiento extraño del hombre.

—No, pero no me ha dicho a dónde iba —le informó cansada—. Si necesitas hablar...

—No —respondió él—. Es a ti a quien quería ver. —Sacó una pequeña bolsita de tela y la colocó en las manos de Meghan—. Esto es de parte de Alison, muchacha.

—¡Alison! —dijo Meghan, espabilándose de golpe—. ¿Alison está aquí?

—No, muchacha, pero me encontré con ella en el bosque. Me pidió que te diera esto y que te dijese que fue ella la que te atendió cuando te caíste.

Meghan miró confusa el saquito que tenía en las manos.

—¿Fue Alison? ¡Nadie me lo dijo!

Él la miró con reproche, enarcando unas espesas cejas pelirrojas.

—¿Tampoco te ha dicho que tus hermanos vinieron a verte cuando te estaba cortejando? Lo siento, muchacha, pero os vi juntos.

El rostro de Meghan se enrojeció.

—¿Leith, Colin y Gavin estuvieron aquí?

—¿Acaso tienes otros hermanos? —preguntó él—. Sí, muchacha, vinieron ayer, pero no les dejé verte. De todos modos, no se dio cuenta de que era Alison la que te estaba atendiendo, ya que se disfrazó de anciana.

—Pero... cómo...

—Cuando me preguntaron si conocía a algún médico, les dije que conocía a una comadrona. Me enviaron a buscarla y traje a Alison.

Meghan no se podía creer que Lyon no le hubiera dicho que sus hermanos habían ido a verla; tenía que saber que estaba preocupada por ellos, y ellos por ella. No tenía sentido que hubiera sido tan generoso con lo del cordero, y luego tan ruin como para rechazar a sus hermanos y a ella misma.

—Alison tiene un buen plan —reveló Cameron—. No te preocupes, muchacha, pronto te llevaremos a casa con tus hermanos.

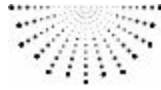
Meghan estaba confusa. ¿Cómo podía haber hecho el amor con ella con tanta ternura, haber dicho cosas tan hermosas y luego ocultarle algo tan importante?

Se liberó de sus pensamientos y del recuerdo de sus caricias, y se obligó a pensar en sus hermanos.

—¿Qué clase de plan?

—De la clase de los que funcionan... creo —dijo él, inclinándose para susurrarle algo al oído.

CAPÍTULO VEINTITRÉS



Meghan se sentó paralizada frente al escritorio que había junto a la cama con el pequeño vial de medicina en la mano, mientras miraba fijamente el manuscrito que tenía delante.

A decir verdad, era un plan ingenioso.

Si alguna vez se había cuestionado la perspicacia de Alison y cuál de las dos era más aplicada, Y no había llegado a cuestionárselo, ya que siempre había sabido que Alison era la más lista de las dos, ahora ni se lo planteaba.

Meghan no hubiera sido capaz de pensar en un plan tan astuto en el ardor del momento. Tal y como le había contado Cameron, tenía que utilizar la poción; principalmente para el dolor, y el saquito con los polvos y pinturas para la cara para reforzar la excéntrica historieta que Alison había tramado por el bien de Lyon. Tenía que desfigurarse el rostro y afearse con los polvos todo lo posible para que él no la pudiera reconocer y así Alison pudiese reemplazarla sin que él sospechase que eran dos mujeres diferentes.

Con el color de pelo y ojos tan similares, y el rostro cubierto con un velo además de las dudas vertidas en su cabeza con la historieta que le había contado Alison, Lyon se lo creería.

En efecto, era un plan perfecto.

Incluso si fracasaba, Meghan estaba segura de que Lyon dejaría marchar a Alison sin más, ya que no era un hombre cruel. Lo peor que podía pasar era

que fuesen descubiertas y que no ganasen nada con ello; Meghan seguiría con Lyon, y Alison sería regañada y enviada de vuelta a casa con su padre.

Y la verdad fuese dicha, no era tan terrible permanecer junto a Lyon.

Si salía bien... bueno, entonces... con la ayuda de Cameron, volvería pronto a casa con sus hermanos. Y cuando Meghan estuviese a salvo, Alison se quitaría el disfraz y se escaparía sin que nadie se diese cuenta.

La pregunta era... ¿realmente quería marcharse Meghan?

Consideró aquella posibilidad durante un largo y amargo instante, y decidió que no importaba lo que ella quisiera; les debía a sus hermanos el regresar con ellos. Y si Lyon la respetaba lo suficiente como para cortejarla como es debido, entonces Meghan aceptaría.

No importaba si Lyon se había adueñado ya o no de su corazón; aquella no era la forma correcta de hacerlo, y ella lo sabía. Sus hermanos nunca lo aceptarían así, y ella los quería a todos demasiado como para tener que elegir. Si Lyon la quería de verdad, si la amaba como ella se atrevía a pensar que lo hacía, entonces querría que se fuera con él por voluntad propia.

En cuanto a la decepción...

Dejó el vial con la medicina en el escritorio.

Por otra parte, aquello era una buena forma de descubrir si Lyon la quería más que por su cuerpo, y Meghan se negaba a sentirse culpable solo por intentar regresar a su casa. Y mucho menos por intentar averiguar la verdad acerca del hombre que iba a ganarse su corazón.

Con aquello decidido, abrió el saquito, desatando el lazo con los dientes y soltó una palabrota por tener mal el brazo y no poder hacerlo como era debido. Tras conseguirlo, dejó el saquito en el escritorio y sacó unos cuantos objetos de él: un pequeño espejo, una cajita atada con un lazo y una botellita llena de lo que parecía ser harina de maíz.

Para empezar, aquello era suficiente.

Miró al suelo mientras intentaba abrir con dificultad la botellita, sacando finalmente el corcho con los dientes. Derramó un poco de harina en el

escritorio y sin dejar de mirar hacia la puerta, se untó la mano y luego la cara, asegurándose de que la extendía bien. Hecho eso, levantó la cajita y de nuevo con los dientes, desató el lazo que aseguraba la tapa y encontró en su interior una sustancia negra que parecía ceniza. Colocó el espejo y metió un dedo en la caja para después llevárselo a los ojos y dos grandes y horribles círculos bajo ellos. Fue bastante generosa con la ceniza, pero la extendió bien. Cuando terminó, parecía más una muerta viviente que un ser vivo.

Meghan arrugó la nariz al verse en el distorsionado espejo, mientras inspeccionaba su trabajo con ojos críticos. Luego volvió a meter el dedo en la ceniza y se pintarrajeó la cara donde tenía puesto los polvos de harina, extendiéndolo todo bien, y luego se echó por encima más polvos para suavizar el efecto.

Al terminar, la imagen que se reflejaba en el pequeño espejo fue suficiente como para que la muchacha hiciese una mueca de asco.

Decidió que para la primera vez había usado más que suficiente, así que volvió a cerrar la caja, sopló el resto de los polvos del escritorio y colocó el tapón en el bote, para a continuación volver a meter los objetos en el saquito.

Con el brazo herido era imposible cerrar la bolsita, por lo que ni lo intentó. Levantó la faltriquera con cuidado para no derramar nada, y la dobló para colocarla cuidadosamente bajo la cama. Como todavía la podía ver desde donde estaba sentada, se arrodilló y la empujó para que no se viese. No había terminado de empujarla cuando la puerta se abrió de par en par.

Meghan se levantó de un sobresalto golpeándose la mejilla contra el pico del escritorio.

—¡Ay! —se quejó y se inclinó sobre la silla.

¿Estaba decidida a matarse en aquel lugar?

—¿Meghan? —dijo Lyon, como si no la reconociese, con el ceño fruncido.

—¿Sí? —contestó ella, aclarándose la voz.

—¿Estás... bien?

—Claro —dijo con efusividad, y miró de reojo hacia el escritorio para asegurarse de que el polvo delator había desaparecido. Limpió los restos y levantó la mirada hacia la puerta donde se encontraba Lyon—. ¿Por qué no iba a estarlo? —preguntó, y luego, como prueba, levantó el vial con la medicina.

Meghan aguantó la respiración cuando Lyon entró en el cuarto y cerró la puerta. Al acercarse a ella vaciló un momento y no dejó de fruncir el ceño hasta que se sentó en la cama junto al pequeño escritorio sin dejar de mirarla.

Ella levantó el vial de nuevo y dijo un poco nerviosa:

—P-pensé que lo había roto.

Él pareció no escucharla y no dejó de mirarla. El corazón de Meghan comenzó a palpar de miedo.

¿Acaso no se había extendido bien los polvos? ¿Era tan obvio que lo había hecho? ¿La encontraba desagradable? Y ¿le importaría algo si la encontraba algo menos adorable?

Él extendió la mano y acarició el aire que rozaba el rostro de la muchacha, como si estuviese temeroso de tocarla, y Meghan aguantó la respiración.

—¡Dios Santo! —blasfemó él en voz baja.

—¿Qué ocurre?

La acababa de dejar.

¿Cómo era posible?

Los ojos de Lyon se dirigieron hacia el vial que ella sostenía en la mano y luego elevó la mirada de nuevo hacia el rostro de Meghan, sin dar crédito a los cambios que había sufrido en tan poco tiempo.

—Te ha salido una roncha en la mejilla —la informó, forzándose finalmente a tocarla, sin saber qué más decir.

—¡Ah —respondió ella, y levantó la mano hasta el trozo de piel que comenzaba a tener un cardenal—, eso! Me he dado un golpe con el escritorio al ir a coger el vial.

—Ya lo veo.

A decir verdad, ¡parecía haberse golpeado toda la cara! Es más, estaba como si le hubiese dado una paliza mortal, la hubiesen enterrado y luego exhumado.

Quería preguntarle por el resto de su cara, no solo por el moratón, pero no se atrevió. Quería preguntarle si le dolía, pero no fue capaz de articular palabra. Volvió a mirar el vial que sostenía ella en la mano.

—¿Te has... tomado... la medicina? —preguntó él, tragándose el nudo de la garganta, sabiendo claramente que se la había tomado.

Era culpa suya.

Él le había hecho eso.

—Sí —respondió ella sonriendo, y sus ojos comenzaron a vidriarse en aquella cara de sueño que la medicina parecía provocarle. Su mirada estaba un tanto torcida y desenfocada.

Él estiró la mano para quitarle el vial.

—Creo que no necesitas esto más —dijo, pero ella le apartó la mano y escondió el vial detrás de la espalda para que no lo cogiera.

—Sí —afirmó ella con ira—. ¡Lo necesito!

Él frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Me alivia el dolor del brazo. ¿No me la diste para eso? —Ladeó la cabeza, mirándole como si intentase leerle la mente.

Lyon no sabía qué responder.

Dios.

Ella se dio la vuelta y él se quedó mirando fijamente su perfil espantado. Aun con el rostro tan desfigurado, sus rasgos conservaban una belleza que no se podía pasar por alto. Le recordó a una *banshee*; un tipo de aparición que se aparecía a los hombres por las noches y que permanecía en la oscuridad del bosque llorando por su alma.

—Estaba leyendo —la escuchó decir.

Lyon parpadeó.

—¿Mis manuscritos?

—Sí.

Intentó centrarse en sus palabras y no en su apariencia, pero parecía estar fracasando miserablemente. ¿Qué demonios le había hecho?

—¿Y a que conclusión has llegado? —Intentó parecer calmado.

—Solo a que estos ensayos tienen un tema en común.

La apariencia de Meghan fue eclipsada por un momento por la curiosidad de Lyon, que arqueó una ceja.

—¿Y cuál es?

—La búsqueda de la felicidad.

Lyon estaba impactado por aquella conclusión; era, de hecho, el tema recurrente detrás de sus esfuerzos. Todos sus escritos, a pesar de estar a pesar de ocultarse tras cientos de otras preguntas, se resumían en poco más que en una simple misión en busca de la satisfacción, solo eso.

Aunque sabía qué era lo que lo impulsaba, las respuestas todavía le eludían. En los brazos de aquella muchacha había estado muy cerca de experimentar esa elusiva satisfacción del alma; y, sin embargo... una vez hecho... y allí sentado junto a ella... ya no se sentía satisfecho.

Solo se sentía perturbado.

Lo que le llevó a preguntarse si realmente era tan frívolo que solo podía amar lo hermoso; si era tan superficial que solo la belleza era capaz de calmarle. Por su experiencia previa, sabía demasiado bien lo fugaz que era aquella forma de placer.

Pero no podía negar cómo se sentía allí sentado junto a ella:

Confuso.

Preocupado.

Insatisfecho.

El sentimiento había comenzado en el momento en el que la había dejado aquella tarde y había hablado con Baldwin. Sus hermanos habían regresado

de nuevo exigiendo verla y Baldwin los había echado, siguiendo las órdenes de Lyon. A decir verdad, el hombre comenzaba a sentirse como el villano de una sátira.

Ella lo miró de reojo y él se fijó en sus hermosos ojos. La llama de la antorcha ardía en el silencio que había entre ambos y la luz se reflejó en el rostro de la muchacha, al igual que en sus ojos. Él hizo una mueca, ya que aquel brillo les dio un aire demoníaco.

—¿Qué más? —le preguntó, y apartó la mirada—. ¿Qué más has deducido?

—Que todavía estás buscando.

Meghan sacó la mano de la espalda y dejó el vial encima del escritorio, atrayendo la mirada de Lyon hacia él. El hombre resistió la necesidad de agarrarlo y estrellarlo contra la maldita pared, por miedo a que pudiera perjudicarla más.

Sin embargo, por respeto a los deseos de la muchacha no lo hizo, a pesar de que lo que más quería en el mundo era prevenirla del efecto que estaba causando en ella. Pero para decirle algo así, tendría que revelar el verdadero motivo por el que le estaba dando la poción, al igual que la advertencia de la anciana. ¿Cómo le iba a decir algo así? Que pensaba que estaba loca y pretendía curarla. Estaba seguro de que no le iba a hacer ni pizca de gracia.

Torció los labios con asco por sí mismo.

¿Qué le estaba haciendo? Era un bastardo codicioso.

—¿En serio? —le preguntó—. ¿Todavía estoy buscando, Meghan?

Ella asintió, mirándole fijamente a los ojos.

—¿Y sabes dónde puedo encontrarla? Esa felicidad. —Ya que él no tenía ni idea.

—No —respondió ella, y luego añadió—: pero sé dónde la perdiste, Piers Montgomerie.

Era la primera vez que utilizaba su nombre de pila, y hubiera saboreado cómo sonaba en sus labios si no fuera porque sabía que había un motivo para

usarlo.

Lyon arqueó la ceja.

—¿Sabes dónde la perdí?

¿Cómo podía saberlo cuando nunca la había conseguido? Estudió su expresión, ¿qué había deducido de sus palabras?

—¿Dónde, Meghan Brodie?

Ella sacudió la cabeza y respondió con brevedad:

—¡Eso es algo que debes averiguar por ti mismo!

Lo miró con tristeza y, en aquel instante, Lyon supo que la muchacha de verdad lo sabía. ¿Cómo era posible que él hubiera estado buscando todos aquellos años, leyendo detenidamente sus libros, estudiándolos meticulosamente, y aquella mujer que estaba sentada junto a él hubiera leído los manuscritos y en cuestión de días ya hubiera descubierto lo que él andaba buscando toda su vida?

Se preguntó si había sido la poción la que la había proporcionado aquella percepción. A decir verdad, ¡a lo mejor tenía que tomársela él también!

—Si te lo digo... —ella sacudió la cabeza,— no serían más que palabras.

Él apretó los dientes mientras asentía comprendiéndolo. Al mover la mirada de su rostro a sus manos, se percató de que estaban manchadas de negro. Estiró el brazo para agarrárselas e inspeccionarlas de cerca. Ella, con un grito ahogado, las apartó de él.

—¡Me he manchado de tinta! —dijo ella un tanto avergonzada por el escrutinio de su mirada—. Espero que no te importe, pero escribí un poco en los papeles.

¿En serio? Con curiosidad, Lyon estiró la mano para levantar el manuscrito.

Los ojos de la muchacha se abrieron, asustados, de par en par.

—¡No! —exclamó ella—. ¡No lo hagas! —le agarró la mano.

Él frunció el ceño confuso.

—Más tarde —le rogó, y él se dio cuenta de la forma tan delicada en la

que había posado su mano sobre la suya.

El latido de su corazón se aceleró por el roce de la joven.

—¿Por qué? —le exigió.

—¡Por qué sí!

—¿Por qué, porque sí? —insistió él, y su mirada se dirigió de nuevo hacia la boca de Meghan. Perfectamente perfilada. Aquellos dulces labios creados para ser besados...

No pudo evitar recordar la forma en la que tan dulcemente habían temblado bajo los suyos.

—Porque —respondió ella, y se dio cuenta de hacia dónde estaba mirando él... en lo que estaba pensando... ya que su aliento se entrecortó por la forma en la que la estaba mirando. Sacó la lengua para humedecerse los labios, que tenía secos, y parecieron recuperar su color rosa ante los ojos de Lyon.

Lyon deseaba sentir aquellos labios sobre su piel... chupando... quería saber qué se sentía al tenerlos alrededor de su cuerpo de la manera más íntima.

El corazón le tronaba en el pecho.

—¿No te das cuenta —dijo— de lo que esos labios hacen a un hombre, Meghan Brodie?

Ella no respondió, se quedó mirándole a los labios mientras su pecho mientras su pecho se alzaba con cada bocanada de aire que tomaba. Sus dedos se entrelazaron con los de Lyon, y su tacto provocó que él tuviera que tragarse el nudo que tenía en la garganta.

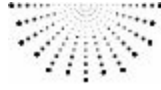
El calor le invadió la entrepierna, endureciéndole por completo.

La necesidad le embriagó, y sintió una oleada de satisfacción. Por el retorno del feroz hambre de su cuerpo.

—No —respondió finalmente ella, levantando un poco la barbilla—. Pero una vez me dijiste que te preguntaría... Así que enséñame —le suplicó con los ojos llenos de provocación.

Con el corazón palpitándole con fuerza, Lyon se puso de pie ante ella, sosteniéndole la mirada y con el cuerpo, con el cuerpo tenso por la expectación, mientras agarraba la mano de la muchacha y la llevaba hacia el cordón de sus calzones.

CAPÍTULO VEINTICUATRO



A la mañana siguiente, el vial ya no estaba en el escritorio.

Meghan ni se molestó en buscarlo, sabía Dónde había ido a parar. Tenía la pequeña sospecha de que Lyon se lo había confiscado. No importaba, su brazo estaba mejor y podía continuar el plan sin la poción. Tenía sus polvos, que era todo lo que necesitaba.

Se pintó la cara nada más despertarse, tras coger el saquito de su escondite de debajo de la cama de Lyon el tiempo justo para utilizar su contenido antes de volverlo a esconder.

Esta vez, sin embargo, en lugar de usar solo los polvos que Alison le había enviado, sacó la toca y el velo. Con ayuda del pequeño espejo se arregló el peinado todo lo que pudo. Sabía que él iba a preguntar de dónde lo había sacado, a lo que ella le iba a responder que lo había tomado prestado. Si insistía en saber de quién, le diría el primer nombre que le viniera a la cabeza. Seguramente Lyon no recordaba los nombres de todas las esposas que habían permanecido en su tierra.

Cuando terminó, se sentó de nuevo al escritorio y abrió los manuscritos para leerlos.

Y esperar...



LYON TENÍA CLARO QUE DEBÍA DE HABER ALGUNA FORMA DE REVERTIR EL efecto de la poción.

Había ido en busca de Cameron a primera hora y había enviado a unos cuantos hombres a buscar a la comadrona que había asistido a Meghan.

Cameron, el viejo loco idiota, parecía estar guiándolos por una persecución. O el viejo estaba realmente decrepito, o estaba manteniéndolos alejados de la vieja bruja a posta. Era como si se hubiera olvidado convenientemente de su nombre, a pesar de que se había acordado de él a la perfección el día del accidente de Meghan. Es más, no pareció tener mucho problema en encontrar a la mujer entonces, ya que había llegado a atender a Meghan bastante rápido y, sin embargo, en aquel momento no se acordaba de la dirección en la que estaba la cabaña del bosque.

Lyon no podía imaginarse por qué estaría ocultando a la mujer de él, y tampoco pudo evitar preguntarse qué estaría haciendo Meghan, ya que cuando la había dejado en la cama parecía un cadáver, con los ojos hundidos y la cara rasgada. No se había atrevido a tocarla, y mucho menos despertarla, ya que dormía plácidamente gracias a la maldita medicina que había ingerido.

Tiró de las riendas de su caballo, cada vez más nervioso con la búsqueda, y se apresuró a acercarse a Cameron.

—Vuélvemelo a decir, anciano, ¿la cabaña estaba en mis tierras o en las de otro?

Cameron hizo un gesto como si estuviese meditando la respuesta, luego alzó la mirada hacia el sol como si pretendiera medirlo y sacudió la cabeza.

—No lo sé —respondió tras unos segundos.

Lyon apretó los dientes, para evitar aullar de la frustración.

—¿Por qué diablos no? —le exigió.

Había pasado un buen rato desde que habían salido del bosque y se encontraban en medio del páramo. El terreno era más empinado allí y estaba marcado generosamente con rocas esculpidas.

El anciano sacudió la cabeza.

—No lo sé —volvió a decir.

Lyon blasfemó entre dientes y espoleó el caballo hasta donde estaba Baldwin cabalgando con otro maldito escocés que había heredado, solo que aquel muchacho era más joven y daba la impresión de tener más ganas de agradar.

—Duncan —le llamó Lyon secamente—. ¿Tienes alguna idea de dónde estamos, muchacho?

Duncan miró a su alrededor, luego se giró hacia Lyon y asintió.

—El territorio de MacKinnon —anunció sin dudar.

Lyon le miró incrédulo.

—¡MacKinnon! ¿Hemos llegado hasta tan lejos?

—Sí, mi señor —respondió Duncan.

Era lo que le faltaba; tener que lidiar con Iain MacKinnon. Soltó una palabrota para el cuello de su camisa y decidió que estaba lo suficientemente desesperado como para hacer una visita a MacKinnon. Cameron les había estado guiando en vano toda la tarde, y no habían conseguido nada más que perderse.

—¿Sabes dónde está su casa? —preguntó Lyon a Duncan—. ¿Está cerca?

Duncan asintió y señaló hacia una pequeña colina empinada llena de brezos que había en el horizonte.

—*Chreagach Mhor* —concluyó—. Sobre la cima, en el acantilado.

—Guíame hasta allí —ordenó Lyon al chaval.

El muchacho protestó.

—¡Solo somos cuatro!

Lyon fulminó a Duncan con la mirada.

—¿Me estás diciendo que MacKinnon no nos dará una pacífica bienvenida?

—No, pero...

—Porque no es eso lo que he oído —le aseguró Lyon—. Conozco su posición aquí, en las Tierras Altas —dijo—, y tengo entendido que trata de

forma justa a sus vecinos, y ¿qué soy yo si no su vecino?

—Sí —asintió Duncan—. Pero no lo entendéis, mi señor.

—Lo entiendo perfectamente —dijo Lyon—. Crees que me va a saludar con la espada solo porque mi sangre es inglesa.

Duncan sacudió la cabeza.

—No es su forma de actuar. No, pero su hijo fue secuestrado por el rey David y puesto bajo la tutela de la corte inglesa. MacKinnon acaba de regresar de recuperar a su hijo y no estará muy contento. No me gustaría enfrentarme a él si está enfadado.

—Eso ya me lo contó David —le informó Lyon, enfadado—. Y, sin embargo, MacKinnon ya se ha visto cara a cara con David. No veo por qué me va a conceder a mí menos cortesía cuando vengo en son de paz.

Baldwin frunció el ceño.

—Lyon... ¿Estás seguro de que es eso lo que quieres?

Lyon no estaba acostumbrado a que se cuestionase su autoridad.

—Estoy bastante seguro de que quiero —dijo de forma tajante—. ¡Dios!, si alguno de vosotros es lo bastante hombre como para seguirme, que lo haga; si no, llevad vuestros putos culos de vuelta a casa, guardad vuestras pertenencias y alejaos de mi vista, ¡ya que ni quiero ni necesito cobardicas como compañía! —Espoleó su caballo en dirección a la colina, dejándoles que lo siguieran o no. Aunque, si decidían no hacerlo, ¡más les valía no estar esperándolo a su regreso!

Por muy bien que Lyon conociese a David, estaba sorprendido de haberse enterado de que su amigo había vuelto a visitar a Iain MacKinnon. Sin embargo, no le sorprendió tanto cuando conoció los motivos.

Al parecer, MacKinnon se iba a casar con su amor inglés.

Lyon casi interrumpió la ceremonia y se alegró de haberse tranquilizado antes de entrar.

Iain MacKinnon estaba al corriente de su presencia, pero pareció saber en seguida que su visita no era hostil. MacKinnon lo miró y asintió en gesto de

reconocimiento, aunque lo despachó de inmediato para darse la vuelta y centrar su atención en su novia para intercambiar los votos.

Al ver a David entre los allí presentes, Lyon se unió a él y observó a la pareja.

—No me di cuenta —dijo Lyon— de que me iba a entrometer.

David se giró hacia él mirándole con sorpresa.

—¡Lyon! Yo tampoco hasta que el mensajero vino a invitar a los Brodie, que obviamente no han venido, pero vi prudente venir a presentar mis respetos.

Lyon esbozó una sonrisa.

—Muy caritativo por tu parte —dijo—. ¿Te ha recibido bien?

—Con educación —respondió David—, pero el astuto bastardo no muestra su agradecimiento muy bien; si se siente halagado por mi presencia, todavía no lo ha demostrado. —Soltó una carcajada a pesar de sus palabras—. Hay que admirar a un hombre que no se intimida fácilmente. ¡Maldito bastardo! —Lyon soltó una leve carcajada—. Eso es lo que también me gusta de ti, Lyon —David le dedicó una sonrisa—, desde aquel día, hace una eternidad, cuando no éramos más que unos mocosos.

Lyon sacudió la cabeza recordándolo, y luego se giró para atender a los recién casados. La ceremonia había concluido y se encontraban fundidos en un abrazo.

—Nunca fuiste un hombre para actuar contra ti mismo —añadió David.

Lyon miró sorprendido a su amigo y señor. Su amigo no lo conocía muy bien si pensaba eso; sin embargo, no dijo nada.

—Me siento halagado de tenerte a mi lado, Piers.

Lyon asintió en gesto de agradecimiento.

—El placer es mío —le dijo a David.

—Y más me siento afortunado porque seas mi amigo —añadió David.

Lyon no supo qué decir y, en su lugar, se quedó mirando a MacKinnon y a su ya esposa.

—Gracias — dijo finalmente un tanto incómodo.

David pareció darse cuenta, ya que cambió inmediatamente de tema.

—Es una muchacha adorable, ¿no crees?

—Sí que lo es —asintió Lyon—. ¿Quién?

—Page FitzSimon —dijo David—. Su padre es a quien le encomendé el hijo de Iain hasta que Enrique lo pudiera recoger, ya que era su vasallo y el mío. —Él también se quedó mirando a la pareja que sonreía y disfrutaba rodeada de su gente—. Parece que al final no tengo por qué arrepentirme de mis actos, ¿verdad? Todo ha acabado bien. ¿Alguna vez has visto a una pareja tan enamorada?

Lyon se planteó aquella pregunta y se cuestionó qué era el amor... ¿Lo que sentía por Meghan?

La verdad era que pensaba en ella todo el rato y deseaba estar junto a ella a todas horas. Tan solo recordarla hizo que el corazón de Lyon comenzase a acelerarse y la idea de pasar toda la vida junto a ella le provocó una sonrisa.

Ella era increíble; el mero hecho de que supiera leer ya le había impactado. Había leído sus papeles con la mente en blanco y sin juzgarle por lo que pensaba. Es más, ni siquiera le había echado en cara sus palabras ni una sola vez, simplemente las había leído con el corazón abierto.

Y luego, le había entregado todo.

Quería cuidar de ella el resto de su vida. Quería despertarse a su lado todas las mañanas y mirarla a los ojos. Quería hacer el amor con ella, reírse con ella, enseñarle cosas, ver cómo su bebé amamantaba de su pecho y verla cogerlo en brazos mientras lo miraba con cariño, y ansiaba también poder besar aquellos pechos durante lo que quedaba de vida. Quería despertarse y atraerla perezosamente hacia sus brazos, llevar su boca hasta su pecho y acariciarlo con suavidad.

Cuando pensaba en ella, sentía tanto mariposas en el estómago que le entregaban alas para volar, como un glorioso calor que le acurrucaba como nada antes en su vida.

Por primera vez de verdad, sentía la comunión del espíritu con otro ser vivo.

Entonces, ¿era amor?

Si era así, ¡amaba a Meghan Brodie!

Y anhelaba tener con ella lo que veía en la pareja que estaba abriéndose camino entre los invitados mientras los gritos y las risas les rodeaban.

En aquel instante, MacKinnon y su esposa se estaban acercando a él. MacKinnon agarró a su amada del brazo y la atrajo hacia él; ella, riéndose, le siguió.

—Si habéis venido en son de paz, ¡sed bienvenidos! —le dijo Iain MacKinnon a David mientras miraba con cautela a Lyon.

—¡Así es! —le aseguró David—. He venido para ver con mis propios ojos que Page FitzSimon es feliz. —Asintió mirando a Page, y ella sonrió sonrojándose con coquetería.

—Lo soy —le aseguró a David, y su sonrisa se hizo más pronunciada mientras ladeaba la cabeza mirando a su nuevo esposo.

Lyon sintió una punzada de envidia al verlos juntos.

Tan felices.

—Vuestro padre no os molestará aquí, muchacha —prometió David—. Estad bien, y sed feliz.

—Estaré muy bien —respondió ella con timidez, y de nuevo le dedicó una sonrisa a su marido.

Ambos se miraron de una forma especial; una mirada que era cálida y sin duda hambrienta, y el cuerpo de Lyon se tensó al recordar cuando Meghan lo había mirado de aquella manera.

Una gran sonrisa inundó el rostro de Iain MacKinnon. Se giró de golpe hacia David, apartando la mirada de su esposa, un tanto reacio.

—¿Tengo vuestra bendición en esto? —le preguntó a David—. Si FitzSimon regresase, ¿puedo estar seguro de qué bando estáis?

David asintió.

—Así es, MacKinnon, puedo ver que vuestra esposa es feliz.

Page se sonrojó más todavía, y luego miró a Lyon, cruzándose con su mirada.

Lyon le sonrió, pensando que su sonrojo era igual de adorable que su sonrisa. Añadió su felicitación personal y dijo:

—Del mismo modo podéis contar conmigo, ya que dónde esté David, estoy yo también.

Iain extendió la mano como saludo.

—Como sabéis soy Iain MacKinnon.

—Piers Montgomerie —dijo Lyon, dándole la mano.

—Muy bien —declaró MacKinnon con una sonrisa—. ¡Lo sabía! ¡Sed bienvenidos! —se giró de golpe hacia Page—. Caballeros, hoy mi esposa me ha hecho un hombre muy feliz —luego se giró hacia David y extendió de nuevo la mano. David la aceptó y MacKinnon dijo—: Volvemos a empezar. Aunque no puedo estar contento con el tema de mi hijo, he ganado mucho más.

—Está bien saberlo —aseguró David asintiendo.

MacKinnon se dirigió entonces hacia Lyon y le dio un golpe en el hombro afablemente.—¡Comed y bebed! ¡Disfrutad conmigo y con mi esposa!

—¡Pa, pa! —dijo una vocecilla desde el suelo. Lyon miró hacia abajo justo a tiempo para ver a un chiquillo escaparse entre las piernas del hombre.

—¡Levántate del suelo, Malcom! —exigió Iain al muchacho.

—Vale, pero Merry se está bebiendo la cerveza de la cuba, tan deprisa como Glenna la sirve y se está enfadando mucho, mucho, mucho.

Lyon soltó una carcajada.

También se rio su padre.

—¡No me digas! Bueno, entonces, ve y dile que voy para allá. Encuentra a Broc y dile que coja a su maldito perro.

—¡Ya voy yo! —Se ofreció Page dispuesta a marcharse, pero Iain la

agarró atrayéndola hacia él y abrazándola

—No —dijo—. ¡Tú te vienes conmigo! —La cogió en brazos sin acordarse de sus invitados.

—¡Vale, pa! —dijo el chiquillo a su olvidadizo padre y se dio media vuelta.

Page chillaba y se reía.

—¡Dios, eres un salvaje escocés! —dijo ella, e Iain MacKinnon no hizo más que reírse.

—¡Eso ya me lo has dicho, esposa! —contestó, y le dio un dulce beso en los labios. Comenzó a llevársela, pero se paró un segundo para darse la vuelta de nuevo hacia Lyon y David.

—Quedaos —los invitó—. ¡Brindaremos juntos por mi esposa cuando haya rescatado la cerveza de manos de ese maldito perro codicioso!

David se rio y así lo hizo Lyon.

—Así lo haremos —dijo David—. Os agradecemos vuestra hospitalidad, Iain MacKinnon.

—Bien —respondió Iain con una sonrisa en la cara como la de un niño—. Supongo que hoy me habéis pillado en un buen día. —Les guiñó el ojo y se dio la vuelta llevándose a su risueña esposa.

Sus risas se seguían oyendo mientras desaparecían entre la multitud.



MEGHAN SE HABÍA QUEDADO DORMIDA ESPERANDO.

Se despertó con el dormitorio completamente a oscuras; la antorcha no estaba prendida, ni una vela, ni se colaba luz alguna por el agujero del techo para orientarla.

—¡Meghan! —susurró una voz, y la muchacha levantó la cabeza del brazo para mirar medio dormida hacia la oscuridad, preguntándose si todavía estaba soñando, pues todavía estaba un tanto confundida por la droga que aun

recorría su cuerpo.

—¡Meghan!

Los ojos de la chica se centraron en la puerta, de donde parecía venir el sonido.

La puerta estaba cerrada, y pudo distinguir la silueta de alguien delante de ella con los brazos estirados como si estuviera bloqueándola.

—¿Dónde estás, Meghan? —dijo la voz con un punto de pánico.

De pronto la muchacha reconoció la voz y dio un brinco en la silla.

—¡Alison! —exclamó—. ¡Aquí! —Meghan consiguió rodear la cama, dando tumbos por su estado de somnolencia, y Alison finalmente la distinguió y corrió hacia ella.

—¿Cómo está tu brazo? —preguntó Alison en seguida—. ¿Y cómo te encuentras? ¿Te dio Cameron mi mensaje?

—Suficientemente bien —la tranquilizó Meghan—. Estoy cansada, pero bien. Sí, Alison, me lo dio.

—Tuve que colocarte el brazo, pero habrías estado muy orgullosa de mí, Meghan —se apresuró a decir Alison—, ¡ni siquiera pestañeé cuando el hueso crujió al colocarse en su sitio!

—¡Estoy orgullosa de ti! —dijo Meghan, y realmente lo estaba. Lo había estado desde el momento en el que Cameron la había contado lo que Alison había hecho. Su querida amiga había sido tan valiente que incluso se había atrevido a mostrar su rostro allí en casa de Lyon—. ¿Cómo has entrado esta noche? —le preguntó—. ¿Y dónde está Lyon?

—Todavía tiene que regresar —respondió Alison con prisa—. Tenemos que apresurarnos, no sé muy bien cuánto tiempo tenemos antes de que vuelva. La mujer de Cameron —reveló a Meghan—, me dejó entrar. Se suponía que Cameron me iba a colar, pero tampoco ha regresado aún. En su lugar, Iona me dejó entrar. Te está esperando en el pasillo y te llevará con su hermano Angus, que te llevará a casa.

—¿Y qué hay de ti? —preguntó Meghan, de pronto un tanto reticente por

marcharse.

—¡No te preocupes por mí! —le aseguró Alison, y extendió las manos para quitar el velo y la toca del rostro de Meghan.

—¡Ay! —se quejó Meghan—. ¡Ya me lo quito yo! Tú quítame el cabestrillo del brazo.

Trabajaron juntas bajo la oscuridad, despojándose de los velos, intercambiándose la ropa y vistiéndose a toda prisa.

—¡Espera! Tengo un cardenal en la mejilla —dijo Meghan—. No te olvides de oscurecerlo bien.

—¡No te preocupes! —dijo Alison mientras se colocaba el cabestrillo en el brazo—. Lo haré. Pero ¿qué vas a hacer tú con el brazo? —se preocupó Alison—. Si yo me pongo esto...

—No te preocupes por eso —dijo Meghan—. Mi brazo estará bien en el poco tiempo hasta que encuentre el camino a casa. ¡Espera! El saquito que me enviaste está debajo de la cama —añadió.

—He venido con la cara ya pintada —concluyó Alison—. Pero vale, lo buscaré tan pronto como te vayas y me pintaré en seguida el moratón en la mejilla.

—¡Ay, Alison! —dijo Meghan, y miró de reojo a su amiga en la oscuridad—. ¿Estás segura de que quieres hacer esto? —Contuvo la respiración mientras una parte de ella deseaba que la respuesta fuera negativa.

—¡Estoy segura y decidida! —respondió Alison—. Y ahora hazme el favor de darte prisa y correr a casa. — Guio a Meghan hasta la puerta y la abrió sin ceremonias—. ¿Iona? —gritó Alison.

—¡Estoy aquí! —respondió la mujer desde el pasillo—. ¡Date prisa!

—Ve —ordenó Alison a Meghan.

Los pies de Meghan no se podían mover. Se forzó a caminar hasta el pasillo.

—Alison —comenzó—, no sé...

—¡Venga! —indicó Iona—. ¡No hay tiempo para despedidas!

—¡Estaré bien, Meghan! —prometió Alison. No lo entendía... ¡Meghan no quería irse!

Iona sacó por la fuerza a Meghan, agarrándola por el brazo sano y obligándola a bajar las escaleras.

—Hazme un favor —gritó Alison detrás de ellas.

—¡Lo que sea! —exclamó Meghan y se paró, liberándose del agarré de Iona y dándose la vuelta en las escaleras—. Sabía que esto te asustaría —dijo a Alison—. ¡No tienes por qué hacerlo!

—¡Quiero hacerlo! —aseguró Alison—. Solo quiero que le digas a tu hermano que no solo me casaré con él, ¡si no que lo haré con todo mi corazón!

—¿Colin? —dijo Meghan sorprendida—. ¿Te refieres a Colin?

—No, Meghan Brodie —la corrigió Alison—. Leith. Ve y entrégale mi mensaje, y dile que por favor informe a mi padre de dónde estoy.

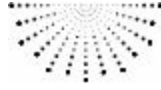
Meghan se quedó paralizada en mitad de las escaleras sin dar crédito.

—¿Leith?

—Sí —respondió Alison, y Meghan pudo divisar su brillante sonrisa incluso desde la oscuridad.

Y cuando aquella vez, Iona la agarró de nuevo, se encontraba demasiado anonadada como para protestar.

CAPÍTULO VEINTICINCO



Completamente agotado, Lyon subió las escaleras que llevaban a su dormitorio, ansioso por ver a Meghan y un tanto nervioso por descubrir si había empeorado en su ausencia.

Aunque se hubiera llevado la poción con él, no tenía garantía de que lo que ya se había tomado la joven no le causara más daños, pues la había estado tomando durante días.

Solo esperaba que no fuera demasiado tarde.

No había encontrado a la vieja bruja y ni MacKinnon ni sus hombres habían oído hablar de ella. Glenna, del clan MacKinnon, era la única comadrona que su gente conocía. Era como si, al igual que la repentina aparición y desaparición de la vieja bruja aquella tarde, la anciana estuviera hecha de niebla y a la niebla hubiera regresado. No había encontrado ninguna cabaña en el bosque, y tampoco tenía un nombre que poder buscar.

Con una vela en la mano que le alumbraba el camino, entró en el dormitorio en silencio para no despertarla si estaba dormida, pues al ser tan tarde era más que probable que lo estuviera.

Visualizó su esbelta silueta en la cama y se aproximó a ella, impaciente por verla, pero estaba tumbada boca abajo, tal y como solía dormir, por lo que su rostro estaba oculto. Aun así, se dio cuenta de que llevaba puesta una toca y su corazón ardió en deseo por verla. No le había contado nada de los

cambios que había visto en su rostro, por lo que lo tenía que haber descubierto por sí misma.

Su corazón sufría por ella.

Se preguntó cómo se habría enterado, y deseó poder haber estado allí con ella para tranquilizarla. Se lo debía de haber dicho él, *maldita sea, era un bastardo cobardica... Y ¡había osado acusar a sus hombres de serlo!*

A decir verdad, una cosa era enfrentarse contra el enemigo con una espada en la mano, y otra completamente distinta era mirar a Meghan a los ojos y enfrentarse a su realidad; que era un bastardo codicioso que no paraba hasta conseguir lo que quería. Luchaba sus batallas por su propio beneficio personal, ya que pensaba que el oro compraría la felicidad.

Asqueado consigo mismo, se alejó de la silueta durmiente de Meghan y se dirigió hacia el escritorio. Colocó la vela sobre la mesa, se sentó en la silla y meditó sobre su día.

Había llegado a la casa de MacKinnon solo para darse de bruces con lo que siempre había querido; en lugar de encontrarse con un hombre abatido o sumergido en su cerveza, había interrumpido una boda que difícilmente se imaginaba poder compartir con Meghan.

No. Si se tenía que casar con Meghan en aquel instante, sería a la fuerza, y entonces, ¿qué satisfacción ganaría con ello? ¿La quería de verdad, incluso forzándola, o deseaba que sonriese de una forma tan hermosa como lo había hecho la esposa de MacKinnon con su marido... con una admiración tan grande que haría llorar hasta a un hombre?

Lyon había presentado sus respetos y había brindado una vez, y otra, y otra por los novios mientras su corazón se sentía culpable por la mujer a la que había encerrado en sus aposentos.

Había robado a Meghan y la había llevado a su casa a la fuerza, como si se tratase de un animal sin voluntad propia.

¿Qué había de honorable en aquello?

Y había expulsado a sus hermanos cuando ellos tan solo había ido a ver si

se encontraba bien. Lo único que le habían pedido era ver a la hermana que adoraban.

Y Lyon se lo había negado.

¿Por qué?

Porque tenía miedo de que lo abandonase.

En la boda de MacKinnon, había escuchado la historia una y otra vez de cómo Iain MacKinnon había aliviado el dolor de su esposa al protegerla del conocimiento de que su padre la había repudiado, y luego había estado dispuesto a dejarla marchar cuando su padre había vuelto a por ella. A pesar de lo mucho que le importaba, le había dado la opción de elegir. La amaba lo suficiente como para dejarla libre.

Era una historieta heroica y, a pesar de eso, MacKinnon y él estaban destinados a tener diferencias entre ellos. Lyon no podía sino respetar la integridad de aquel hombre.

A decir verdad, tenía mucho que aprender de él.

Su mirada se dirigió entonces hacia el manuscrito que había sobre la mesa y pasó las páginas sin darse cuenta mientras meditaba sobre las opciones que se le presentaban.

La bonita letra de Meghan llamó su atención y comenzó a leer las entradas de la joven una a una. Su primera observación estaba escrita en el primer ensayo, y estaba escrita justo al lado del párrafo en el que él hablaba por primera vez de su amor por el conocimiento; junto a cómo explicaba sus razones para haberlo abandonado, sus racionalizaciones y justificaciones, solo había escrito *Primer ejemplo*.

Arqueó una ceja.

No sabía qué significaba aquello.

Acercó la vela, y pasó la página para leer las partes donde ella había escrito *Segundo ejemplo* y *Tercer*.

Todos ellos eran momentos en su vida en las que había expresado algún tipo de arrepentimiento, o alejamiento de sus convicciones.

Pasó una página tras otra y fue encontrando mucho más, y los leyó todos. ¡Montones de ellos! Uno tras otro.

Comenzaba a comprenderlo.

En la última página, vio la última observación de la muchacha. Con su delicada escritura había escrito:

¿Qué beneficia a un hombre que puede ganarse el mundo y perder su alma?

Era un pasaje bíblico, uno que le sorprendió que conociera.

Alzó la mirada y, con el corazón palpitándole con fuerza, miró a la mujer que estaba tumbada tan pacíficamente en su cama.

Era increíble.

A través de los ojos de la muchacha lo veía todo bien claro.

Era brillante, y él era un idiota y un imbécil.

La respuesta era obvia, y aun así, como un ciego, no había sido capaz de ver lo que tenía delante de sus ojos.

Toda su vida había estado buscando algo más allá de sí mismo, cuando solo tenía que haber regresado al lugar dentro de él que había abandonado hacía tantos años.

No iba a encontrar la felicidad.

Había estado todo el tiempo ahí al alcance de su mano, y él solo tenía que haberlo aceptado. Cada vez que se había comprometido, cada momento en el que había ido en contra de sus convicciones, le había alejado y llevado por el largo y serpenteante camino hacia la insatisfacción. Y cuanto más caminaba por aquella carretera, más había buscado, incluso había llegado tan lejos como para plasmar sus palabras en un papel, para después estudiarlas y meditar sobre ellas.

Sus manuscritos muchas veces no habían sido más que un diario que llevaba para recordarse a sí mismo cada cambio que realizaba en aquel camino proverbial, porque a veces parecía que había tomado varios y ya no recordaba cuál había explorado y cuál no. Había aprovechado cada

posibilidad de recompensa, y explorado cada tendencia en su búsqueda.

Y había terminado con las manos vacías.

Hasta aquel momento.

Se levantó del escritorio, dejó el manuscrito y se dirigió a sentarse en la cama mientras tragaba con dificultad por lo que sabía que debía hacer.

Y lo tenía que hacer en aquel instante, antes de que cambiara de idea.

Porque no podía.

Aquella mujer era un regalo.

Su regalo.

Lyon ya no tenía la certeza de que hubiera un Dios, pero si lo había, le había otorgado aquella última oportunidad de salvarse a sí mismo.

Lo sentía en lo más profundo de sus entrañas.

Al haberla forzado a casarse con él; al haberla alejado de sus hermanos, se había comprometido una última vez.

Y si la forzaba a que se casara con él, la muchacha sufriría las consecuencias junto con él.

Y él sería testigo de cómo sufriría y cómo moriría lentamente.

No podía soportarlo.

Estiró el brazo con el deseo de pasarle los dedos por su precioso cabello, pero no se atrevió. Sus dedos merodearon por la cabeza de la muchacha como si la fuera a acariciar, pero le aterraba tocarla.

La podía ver... se podía ver a él mismo en unos años... si la forzaba... Estaría resentida con él, al igual que sus hermanos. Y debido a que sería su marido, la estaría obligando a elegir entre ambos.

No podía hacer eso.

Era el momento de dejarla marchar.

Antes de plantar su semilla en su vientre.

Antes de que la muchacha no tuviera otra opción.

Si le elegía... tenía que ser por voluntad propia.

Sí, Meghan Brodie era su regalo.

Y en aquel momento él le iba a entregar otro a cambio: la libertad de elección.

Posó su mano sobre la cabeza de la joven.

—Meghan —susurró y la movió con delicadeza—. ¡Meghan!

Ella adormilada se giró hacia Lyon y el corazón de este dio un brinco.

Tuvo que parpadear por lo que estaba viendo.

A pesar de que su rostro estaba cubierto con una toca, ya ni la reconocía. Vale, sí, su pelo y ojos eran los mismos, pero aquellos hermosos ojos estaban bizcos mirándole. Parecía no ser capaz de enfocar la mirada, o a lo mejor eran imaginaciones suyas, un truco de la luz de la vela, ya que recordaba que el moratón lo tenía en la otra mejilla. La hinchazón había disminuido, pero el golpe se había oscurecido, al igual que el resto de las marcas de su rostro.

Lyon se quedó mirando el rostro de la muchacha, sin dar crédito a los cambios que había sufrido y odiándose a sí mismo por sentirse asqueado.

Se tuvo que recordar que la culpa era suya.

—¿Meghan? —susurró con la voz dubitativa y temblorosa.

—Sí —respondió ella en un tono bajito, casi inaudible y Lyon sacudió la cabeza.

—Yo... yo...

Apenas pudo encontrar las palabras. ¿Cómo la iba a enviar a casa después de lo que le había hecho?

Y, sin embargo, ¿cómo le iba a negar su libertad? Tenía derecho a vivir su vida.

—He... tomado una decisión —consiguió finalmente decir.

Ella ladeó la cabeza y lo miró confusa. Lyon frunció el ceño por la distorsionada manera en la que lo miró y se le revolvió el estómago.

—He... decidido enviarte a casa.

Los ojos de la muchacha se abrieron incrédulos de par en par.

—¿¡En serio!?

—¡Sí! Pero ¡levántate! Tienes que irte ya —le dijo con firmeza—, antes

de que cambie de opinión. —Dio un brinco de la cama con la intención de ir a buscar a Baldwin antes de que este se metiera a dormir. Con lo avergonzado que estaba, no la podía llevar él mismo, ni la podía seguir mirando y, mucho menos, podía mirarla a los ojos.



NUNCA EL CAMINO A CASA SE LE HABÍA HECHO TAN DEPRIMENTE, YA QUE había sido el lugar de Meghan y Fia, y lo conocía y amaba a la perfección

Y en ese momento, más que nunca, deseó que Fia estuviese allí haciéndole compañía en lugar de Angus y su cara de seta. El hombre no había articulado palabra desde que habían salido de la casa de Lyon, y el silencio comenzaba a enervar a Meghan.

Tampoco tenía muy claro qué les iba a decir a sus hermanos cuando se reencontrase con ellos.

¡No solo le había entregado su cuerpo al enemigo, sino que este había conseguido ganarse su corazón!

A decir verdad, a cada paso que daba, a cada ramita que se rompía bajos sus pies, e incluso sabiendo que marcharse era lo correcto, más ganas tenía de girarse y correr de vuelta a sus brazos.

¿Estaría en casa?

¿Se habría tumbado en la cama con una asustada Alison?

Meghan era consciente lo mucho que Alison lo repudiaba. No se creía que su amiga hubiera hecho aquello por ella, y no daba crédito a lo difícil que era dar aquellos pasos que la alejaban del terreno de Montgomerie. Y pensar que hacía relativamente poco había estado pataleando y chillando en la otra dirección.

Habían pasado tantas cosas desde aquel día...

Meghan sentía que había pasado toda una vida, y lo único que deseaba era volver a estar en brazos de Lyon Montgomerie.

Tenía tantas cosas que le quería decir... quería decirle que en realidad no era tan malo como él quería que pensara y que admiraba la forma en la que había sido tan brutalmente honesto en aquellas páginas.

Quería que supiese...

Que estaba enamorada de él.

Que, de hecho, le había robado el corazón.

Quería que supiese que, por primera vez en su vida, se había mirado en el espejo y no había odiado a la mujer que había visto reflejada en él. Quería hacerle saber que le encantaba verse a través de sus ojos, y que adoraba cómo la agarraba... la tocaba... se tumbaba con ella... la amaba.

Su corazón estaba a punto de estallar de angustia y, a cada paso que daba, sentía más peso en él.

—¿De todos modos, la vida de quién estás viviendo, Meghan Brodie? —
Escuchó a la voz de Fia preguntarle.

Fue tan real que Meghan tuvo que mirar por encima del hombro para asegurarse de que no había sido Angus el que lo había dicho.

¡Claramente se estaba volviendo loca!

Fulminó a Angus con la mirada.

—¿Me habéis dicho algo?

Meghan sintió, más que vio, cómo él sacudía la cabeza en medio de la oscuridad, ¿Por qué había pensado que el hombre había dicho algo? Tuvo que plantearse si aquel señor tenía una lengua con la que poder hablar.

—No lo creo —dijo de malas formas, y siguió caminando a su lado en silencio.

Los dos continuaron el trayecto sin intercambiar ni una sola palabra entre ellos, y Meghan, mientras se agarraba el brazo herido, comenzó a preguntarse qué les iba a contar a sus queridos hermanos.

¿Estarían decepcionados con ella?

Sabía que lo iban a estar, pues les había defraudado.

No les contaría todo. Es más, no les contaría nada en absoluto; lo único

que necesitaban saber era que se había escapado de Lyon. Si Lyon iba a por ella, ya lidiaría con ello entonces.

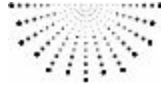
Y si no lo hacía... bueno, entonces guardaría su secreto hasta el día que se encontrase con Fia en la tumba. Entonces derramaría las lágrimas sobre el hombro de Fia. Fia era la única que podía entenderla, la única que lo había hecho.

Meghan no sabía qué se iba a encontrar al llegar a casa, pero de lo que sí que estaba segura era de que no iba a ser con... Alison MacLean.

Llegaron al despuntar el alba, y Meghan se quedó helada al ver allí a su amiga, escoltada sana y salva por Baldwin y rodeada de sus hermanos.

Y no había rastro de Lyon por ninguna parte.

CAPÍTULO VEINTISÉIS



Lyon estaba sentado junto a su escritorio, donde estuvo ojeando las páginas del manuscrito a la luz de la vela hasta el amanecer, y leyendo las notas de Meghan. Se quedó allí sentado, taciturno, con la cabeza sobre las manos, mientras observaba cómo la vela se iba extinguiendo.

No podía dormir.

No podía pensar.

¿Por qué todavía todo parecía estar mal?

Había hecho lo que creía que debía; dejarla libre. Había tomado el ejemplo de MacKinnon y la había permitido elegir. Pero no podía olvidarse de la mirada de confusión en sus ojos al despedirse de ella y marcharse, dejándola al cuidado de Baldwin.

Y luego la tácita furia en sus bizcos ojos cuando se había percatado de que realmente la estaba dejando libre.

¡Dios! ¿Qué le había hecho?

¿Cómo podía dejarla así?

Volvió a leer las notas de Meghan, saboreando su sabiduría, escuchándolas con aquella insolente voz, viendo su sonrisa mientras él la miraba y daba un golpe sobre la mesa. *¡Maldita sea, si tan solo pudiera dejarlo estar!*

Entonces, ¿qué demonios estaba haciendo allí sentado, taciturno como un crío?

¿En qué momento de su vida, si había querido algo, había ido a buscarlo?
Que él recordase, nunca.

¡Esta vez iba a ir sin duda!

Con las prisas por ir tras ella se levantó enfadado del escritorio, volcándolo y tirando los manuscritos.

Se daba cuenta de que había hecho lo correcto, salvo por el hecho de que la había dejado marchar sin decirle lo que sentía. ¡Y no era tarde para eso!



MEGHAN APENAS PODÍA CREERSE LO ENFADADA QUE ESTABA.

—¿O sea que te levantó, te miró y te dijo que te marcharas? —repitió, enrabiada, la historia de Alison. Estaba cansada del trayecto, le dolía el brazo y más aún su corazón—. ¿No tuviste ni que pedirselo?

Alison negó con la cabeza y sus propios ojos se llenaron de furia por Meghan.

—¡Maldito forastero bastardo! —estalló Colin, aunque no entendió la mitad de la historia.

Meghan se agarró el brazo con el corazón roto.

—Ay, Meghan, tranquila —dijo Alison quitándose el cabestrillo del cuello y poniéndoselo a Meghan, ayudándola a colocar el brazo.

Tenía ganas de llorar.

Tenía ganas de gritar.

Pero se quedó allí, dejando que Alison le colocase el brazo, a pesar de que su corazón estaba herido de muerte.

Tantas esperanzas puestas en que la amase por más que su rostro.

¡Tanto por su amor!

Por otro lado, Meghan recordó que nunca había afirmado amarla. Solo le

había dicho que la *quería*. Que quería su corazón. Querer era bien distinto a jurarle su amor, y eso no lo había hecho.

Se regañó a sí misma por ser una cría estúpida.

Reprimió las lágrimas, convenciéndose de que era mejor saber la verdad en aquel instante que más adelante.

Alison se acercó para abrazarla.

—Tranquila, tranquila —la acunó—. ¡Meghan, no llores!

Meghan intentó sofocar un sollozo sin conseguir reprimirlo y abrazó a Alison con el brazo sano.

—Estás horrible —dijo Alison, rompiendo a llorar—. ¡Nunca te había visto tan fea!

Meghan no sabía si ponerse a reír o a llorar.

—Tú también estás espantosa —gritó sin poder reprimir el llanto por más tiempo—. ¡Y te has puesto el moratón en la mejilla equivocada!

Colin, Leith y Gavin se miraron extrañados.

—Estúpidas mujeres —dijo Colin, sacudiendo la cabeza y sin coma delante—. Muy bien, Alison, ¡ya es suficiente! ¡Deja que alguien más la abrace también! —Y se acercó a dar un abrazo a Meghan cuando Alison la soltó.

Meghan se puso a llorar sobre el hombro de Colin, luego en el de Leith y luego en el de Gavin.

—Bienvenida a casa, Meghan —dijo Gavin en voz baja—. ¡Te hemos echado de menos, muchacha!

—¿Lo suficiente como para librarme de tus sermones? —preguntó Meghan entre lágrimas.

Gavin soltó una carcajada.

—Bueno, eso no lo sé. Supongo que ya veremos.

Meghan se atragantó con la risa.

—Sienta bien estar en casa.

—¡Está bien tenerte en casa! —dijo Leith—. ¡Estamos muy contentos de

verte, eso seguro!

—¡Lo siento mucho, nunca debí de arriesgarme así!

—No es que lo hicieras a propósito, Meghan —respondió Leith.

—Es culpa mía —intervino Colin—, nunca debí dejarte ir sola a encontrarte con Alison.

—¿Cómo puedes decir eso, Colin? No era la primera vez que iba sola al bosque. ¿Qué vas a hacer, chico estúpido? ¿Escoltarme allá a donde vaya durante el resto de nuestras vidas?

Colin frunció el ceño por no saber qué responder, y ella continuó:

—¡No lo creo! Ya me puedo imaginar que dirían entonces todas tus mujeres, tontorrón.

—Exacto —asintió Gavin —, eso es justamente lo que deben decir, ¡no! —lo dijo con tanta sinceridad que Meghan se sintió inmediatamente como en casa. Algo de lo que todos podían estar seguros era de la piedad de Gavin ante cualquier cosa; su fe era inquebrantable.

Colin miró a Gavin ofendido, Meghan soltó una carcajada y le dijo:

—No digas eso, Gavin, de lo contrario se morirá.

Tanto Leith como Colin se echaron a reír y Alison se unió a ellos.

—Meghan —continuó Leith—, tengo algo que comunicarte...

Meghan miró a su hermano mayor para ver que se había colocado al lado de Alison, y de pronto se acordó del mensaje que le había dado su amiga.

—¡Anda! Yo también... —exclamó—. Leith, Alison me dijo que te dijera que no solo se casará contigo, sino que lo hará con todo su corazón.

Leith miró sorprendido a Alison.

—¿Es eso cierto? —le preguntó, y colocó las manos en sus hombros para darle la vuelta hacia él.

Alison le sonrió con timidez, y Meghan se alegró tanto por los dos que casi se puso a llorar. Con un sollozo sobrecogedor, se lanzó entre ambos y Alison la volvió a abrazar.

—¡Maldito despreciable forastero roba-corazones, mentiroso y

confabulador! —gritó Meghan—. ¡Estoy tan contenta por ti, Alison!

—¡Bueno, ya! —dijo Alison, dándole unas palmaditas en la espalda para reconfortarla—. ¡Sé que lo estás, Meghan! Piensa que... ¡ahora vamos a ser hermanas... de verdad! —dijo con entusiasmo.

—¡Estoy tan contenta! —exclamó Meghan, y se puso a llorar como si su corazón se fuese a romper en dos.

—Alison —dijo Colin en tono contrito; la muchacha se giró para mirarlo sin dejar de dar palmaditas en la espalda de Meghan—, gracias por arriesgar tu vida por Meghan —dijo—. Fue algo muy valiente por tu parte, muchacha. Te debemos mucho.

Alison le dedicó una gran sonrisa.

—¡No me debéis nada, Colin Mac Brodie! Pero gracias de todos modos.

—Vaya, ¿quién podrá ser? —dijo de pronto Leith.

Meghan estaba tan ocupada llorando con la cara hundida en el hombro de Alison que ni se dio cuenta, ni escuchó que se estaban acercando unos jinetes, hasta que Colin estalló en un arrebato de ira.

—¡Maldito sea! —dijo su hermano.

—¿Cómo se atreve a presentarse aquí? —dijo Leith enfadado—. ¡Inglés bastardo!

—¡Es el maldito Montgomerie! —dijo Gavin horrorizado.

Meghan se quedó helada.

Levantó la mirada para ver como Lyon y sus hombres se acercaban a toda prisa.

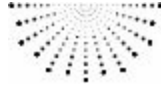
Sentado sobre su corcel, con la rubia cabellera al viento, se acercaba a ellos con mirada furiosa y decidida.

—¡Oh, Dios! —exclamó Meghan, volviendo a la realidad mientras su hermanos desenvainaban las espadas y se acercaban a saludarlo. La joven agarró a Alison del brazo.

—No puedo enfrentarme a él, Alison. ¡Ven conmigo!

Y se llevó a Alison con ella a la capilla.

CAPÍTULO VEINTISIETE



Lyon ni se molestó en tratar con los hermanos de la muchacha.

Meghan sabía que Lyon debía de haberla visto, pues el estruendo de los cascos resonó por todo el santuario mientras tiraba de las riendas frente a las puertas de la capilla. El eco de su voz resonó en las paredes de piedra en el momento en el que ordenó a sus hombres que se quedasen allí y vigilasen la puerta.

Meghan pudo escuchar las voces furibundas de sus hermanos tras las puertas de la capilla. Los hombres intercambiaban amenazas y rezó para que no llegasen a las armas.

—Solo quiero hablar con ella —aseguró Lyon a los enfadados hermanos—. Me iré en cuanto suelte lo que tengo que decir.

Meghan no tuvo tiempo de devolverle el cabestrillo a Alison y de colocarle el velo. Lyon irrumpió en la capilla instantes después de que Meghan se escondiese tras la tarima.

¡No podía enfrentarse a él en aquel momento! ¡No podía mirarle a los ojos! Y no le importaba lo más mínimo lo que él tuviera que decir, ¡no quería escuchar ni una palabra suya!

—¡Meghan! —su voz resonó por toda la pequeña capilla; rebotó por las paredes hasta clavarse en su corazón, el cual latía como un loco. Se meneó bajo la tarima, desesperada por que él no la viera.

Observó sin aliento cómo se aproximaba a Alison, con actitud decidida y la expresión contenida con determinación. Se echó a temblar al verlo. Llevaba puesta la misma camisa y pantalones que el día anterior, con el tartán abrochado a la cintura, y sus ojos parecían brillar como llamas ardientes.

Era tan atractivo... atractivo pero peligroso para su corazón indefenso, pues sus brazos ansiaban aferrarse a él a pesar de su hipocresía.

—Meghan — dijo con sentimiento, y agarró a Alison por los hombros y la giró para mirarla.

Los pulmones de la muchacha se quedaron sin aire cuando Alison soltó un grito bajito. Meghan se sintió avergonzada por haber puesto a su amiga en aquella posición tan insostenible. Y, sin embargo, no era lo suficientemente valiente como para enfrentarse a él por sí misma.

Lyon se puso de rodillas frente a Alison, y Meghan parpadeó sorprendida cuando él la cogió de la mano con suavidad.

—He leído lo que escribiste en mis manuscritos —reveló él —, y te envié de vuelta porque pensé que era lo correcto. ¡Perdóname, Meghan!

Alison permaneció en silencio, y Meghan se mordió el labio inferior intentando controlarse para no gritarle que era un humilde bastardo y que jamás lo perdonaría, ¡jamás!

¿Quería su perdón por haber sido un bellaco superficial?

—El caso es —continuó él—, que tenías razón. He estado toda la vida buscando algo que tenía que haber descubierto en mí mismo hace tiempo. ¡Y has sido tú, Meghan Brodie, la que me ha abierto los ojos!

Meghan pensó con amargura que aquella era una buena forma de mostrar su gratitud.

—¿Me perdonarás algún día?

¡Nunca!

Alison se quedó helada, mirándole, y Meghan supo que tenía miedo de hablar. ¡No Meghan! Si fuese ella la que estuviese delante de él, sabía que habría retrocedido y le habría dado una bofetada en aquella cara demasiado

bonita.

—Meghan —dijo él, mirando el rostro de Alison cubierto por el velo. Sacudió la cabeza —. Todos estos años he buscado la satisfacción en los brazos de tantas mujeres...

Meghan no sintió nada más que una oleada de ira al escuchar aquellas palabras. ¡Cómo osaba recordarle eso en aquel momento! ¡Cómo podía estar echándole sal en las heridas!

—Y nunca la encontré —confesó él—. No hasta que tu...

Meghan parpadeó confusa.

¿Yo? Pensó, y pronunció la palabra con la boca, anonadada por aquella revelación.

¿Yo?

—Sí —respondió él, como si lo hubiera preguntado en voz alta—. ¡No hasta que te conocí! —repitió y luego dijo—: No estés tan sorprendida, mi amor.

¿Mi amor?

La sorpresa recorrió todo su ser igual que la voz de Lyon resonó por las paredes de la capilla. A Meghan le pareció que el corazón se le iba a salir del pecho y se tumbó sobre el frío suelo de madera mientras escuchaba su confesión.

—Te amo, Meghan Brodie —declaró con efusividad—. Te amo con todo mi ser.

El corazón de Meghan comenzó a latir con fuerza mientras se le llenaban los ojos de lágrimas, y un sollozo se le atascaba en la garganta.

—¿En serio? —la joven pensó que había preguntado ella, pero había sido la voz de Alison la que había resonado por la capilla y no la suya. En aquel momento no podría haber hablado ni aunque lo hubiese intentado.

—¡Sí! —respondió él con sinceridad—. Me da exactamente igual tu apariencia; ¡puedes tener verrugas en los párpados y pelos en la barbilla! Eres mi más preciado regalo —le dijo—, y tu corazón es más valioso para mí que

el oro. Y tu sonrisa —continuó—, hace que mi corazón cante. Y tus palabras... espero sin aliento poder escucharlas. Y tus ojos... entregaría el brillo de todas las joyas que poseo con tal de poder ver su reflejo un día más. Y tu sabiduría... ¡te amo, Meghan Brodie! Y si me aceptas, me sentiría afortunado de poder tenerte como mi esposa. Y juro que te amaré y adoraré hasta el día en que mis ojos se cierren para siempre.

El corazón de Meghan floreció con alegría. Las lágrimas recorrieron sus mejillas. A penas podía creer lo que estaban escuchando sus oídos.

Aguantó la respiración, observando a Alison y Lyon juntos. El verlo delante de ella arrodillado, mientras le entregaba su corazón, era la cosa más romántica que jamás había presenciado en su vida. Era el tipo de cosas que cantaban los trovadores y contaban los bardos en sus historias. Y aquellas palabras eran solo para ella, y se estaba escondiendo detrás de la tarima. *¡Jo!* Pensó, *¡Alison, di algo!*

¡Dile que yo también lo amo!

Con la sangre recorriéndole las venas como el fuego, Lyon contuvo la respiración y aguardó a que Meghan respondiese. Pero tan solo se quedó allí quieta, mirándolo como si fuese una víbora enroscada delante de sus pies.

Y de pronto se percató de la mano que estaba sosteniendo y frunció el ceño con confusión. Era la mano izquierda de la muchacha; y Meghan se había herido el brazo izquierdo, ¿cómo era posible que lo estuviese agarrando en aquel momento?

Miró de reojo el rostro de la chica.

Aquella mirada bizca lo miraba con confusión y miedo. Y su ceño se frunció más aún cuando se dio cuenta de que el moratón estaba en la mejilla izquierda en lugar de en la derecha. ¿Dónde lo tenía cuando la había enviado a casa la noche anterior? Estaba tan cansado y preocupado con su cargo de conciencia que no se había parado a pensar lo que significaba. Pero en ese momento lo hizo, y estaba muy seguro de que se había hecho daño en la mejilla derecha, no en la izquierda...

Y entonces su mirada se dirigió de nuevo a la mano que estaba sujetando, pues sabía sin dudar que el brazo que se había herido era aquel cuya mano sujetaba en aquel instante.

Sin duda, algo no encajaba.

Lyon le soltó la mano y se puso en pie con el cuerpo tenso por la sospecha, y se quedó mirando fijamente su rostro, mientras su enfado iba en aumento.

El silencio de la capilla fue un rugido para sus oídos.

Su corazón se hundió mientras la miraba a los ojos... le eran familiares, esto estaba claro, pero a pesar de ser del mismo color, no eran los ojos de Meghan Brodie.

¡Maldita sea!

Arrancó el velo y por un segundo se quedó perplejo frente al rostro que le estaba mirando.

Y luego su cara se llenó de furia.

—Veo que me habéis tomado el pelo —dijo sin más con la voz tensa.

MEGHAN CREYÓ QUE SE IBA A PONER A LLORAR POR LA REACCIÓN QUE VIO EN su rostro cuando él se giró para marcharse.

Las lágrimas le corrían por las mejillas, intentó arrastrarse por debajo de la tarima, pero con el brazo herido no era lo suficientemente ágil.

—¡No! —gritó—. ¡Espera!

Él se paró y se giró hacia ella, pero no la vio, y Meghan sacudió la mano desde debajo de la tarima.

—¡Espera! —exclamó, retorciéndose todo lo deprisa que pudo desde debajo de su prisión de madera.

Finalmente Lyon la vio, y su reacción al mirarla fue por un segundo indescifrable. Meghan se quedó quieta con el corazón en un puño. Aguantó la respiración, con miedo a que él escupiera en el suelo con asco y se marchase

sin darle la oportunidad de decir lo que pensaba.

—¡Te amo! —gritó—. ¡Lo hago! —y soltó una palabrota de pura frustración—. ¡Pero estoy atascada en esta maldita tarima! ¡Ayúdame!

—¿En serio? —preguntó él, y fue hacia ella de inmediato.

—Sí —prometió ella, y se dio cuenta vagamente de que Alison se había marchado dejándolos a solas para que hablasen.

—Dios, muchacha, ¿qué haces ahí debajo?

—¡Ay! ¡Estúpido hombre! —dijo ella—. ¡Me estaba escondiendo de ti, está claro!

Lyon la sacó y la abrazó, dándole un intenso beso en los labios.

—Ay, Meghan —dijo Lyon—. ¿Vendrías a casa conmigo, mi amor?

Meghan rodeó el cuello de Lyon con el brazo sano.

—Sí —respondió—. ¡Quiero ir!

Eso era todo lo que Lyon necesitaba escuchar.

La cogió en brazos y salió de la capilla, ordenando a sus hombres que se apartasen de su camino.

Los hermanos de Meghan gritaron advertencias y lucharon por llegar hasta ella con las espadas en alto.

—¡Déjala marchar! —exigió Leith a Lyon.

—¡Ni pensarlo! —respondió Lyon.

—¡Bastardo! —gritó Colin, y Meghan se echó a reír.

—¡Está bien! —les dijo, anunciando a todo el mundo—. ¡Ya que, después de todo, me voy a casar con este maldito bastardo!

Sus hermanos se quedaron en silencio mirándose los unos a los otros con sorpresa.

Lyon se echó a reír por las palabras que Meghan había utilizado, pero sin sentirse lo más mínimo ofendido por ellas. Y en aquel momento, mientras robaba a su mujer de sus hermanos, la joven le llenó los oídos con risas, lo que provocó que se le llenase el corazón de felicidad.

—¡Ay, Meghan! —susurró—. ¡Me vas a hacer un hombre muy feliz!

Después de todo, David no le había mentado; recordó mientras miraba hacia la capilla acordándose de la promesa que le había hecho cuando eran pequeños. Había encontrado la felicidad y se la había entregado en plato de plata.

—Igual que tú a mí —le aseguró Meghan—. Como ya lo has hecho.

Y así lo hizo él.

Y así lo hizo ella.

SOBRE LA AUTORA



Nacida en Rota, España, Tanya Anne Crosby vive ahora en los Estados Unidos con su marido y sus dos hijos. Las novelas de Tanya han cosechado numerosos *bestsellers*, incluidos en varias ocasiones en las listas del *New York Times* y del *USA Today*. Estas, conocidas principalmente por sus historias cargadas de humor, emociones a flor de piel y repletas de personajes imperfectos, han obtenido reconocimiento y unas críticas brillantes. La autora reside con su marido, dos perros y dos gatos malhumorados en el norte de Michigan.

Más información:

www.tanyaannecrosby.com

tanya@tanyaannecrosby.com

